

LITERATURA AMERICANA

TROZOS ESCOGIDOS

EN PROSA Y VERSO

ORIGINALES DE AUTORES NACIDOS EN LA AMÉRICA LATINA

EPISODIOS HISTÓRICOS. — RETRATOS.
CUADROS DE LA NATURALEZA. — TIPOS Y COSTUMBRES.
CRÍTICA LITERARIA.
GEOGRAFÍA. — HISTORIA NATURAL, ETC., ETC.

SELECCIÓN HECHA

POR

MARTÍN CORONADO

TOMO PRIMERO.—PROSA.

BUENOS AIRES

IGON HERMANOS, EDITORES

Librería del Colegio
60, CALLE BOLÍVAR, Y ALSINA, 90

—
1885

Esta obra es propiedad de los editores, quienes la ponen
bajo la protección de la ley.

Paris. -- Imp. PAUL DUPONT (Cl.). — 1884.

J. Gicant

ADVERTENCIA.

Al reunir materiales para este libro, hemos tenido en vista hacer de él, ante todo, la expresión más artística posible del pensamiento americano, creyendo, como creemos, que el más hermoso modelo que pueda presentarse á la juventud, es esta literatura de América, en la cual la inteligencia se mantiene siempre en las cumbres, y que, por lo mismo que no tiene páginas rastreras, sólo puede despertar en el espíritu nobles propósitos y ambiciones generosas.

Pero al mismo tiempo, y sin separarnos de este plan, le hemos dado una limitación que importa una verdadera utilidad, eligiendo casi exclusivamente aquellos trozos en que el asunto tratado es también americano, y que encontrándose dentro de estas dos condiciones : verdad y belleza, pueden servir á la

vez para dar á conocer bajo una faz cualquiera el Nuevo Mundo.

De este modo llena mejor el libro el objeto á que está destinado, completando, por decirlo así, el panorama de una literatura de tan altos vuelos, con la exhibición de los hombres, los cuadros y las glorias que han servido de molde á sus creaciones.

Lujos y esplendores de la naturaleza, hechos heroicos, costumbres pintorescas, tipos legendarios, todo está ahí, en esas páginas llenas de savia y de frescura como la juventud, en donde muchas veces se ve de relieve el candor, pero donde jamás se encuentra la baja.

Esto en cuanto á la prosa.

La parte destinada á la poesía, que formará la materia del segundo volumen, no podría ajustarse en un todo al plan concebido, sin hacerse monótona, dada su naturaleza misma, que le exige espacios sin límite para remontar el vuelo. Á fin de obviar este inconveniente, le daremos á ella mayor amplitud, sin que por esto deje de ser esencialmente americana, haciendo una colección selecta y variada con lo mejor que de cada autor conozcamos.

Siendo evidente también que la muy limitada extensión de este libro no basta para desarrollar por completo nuestro plan de presentar á la América

bajo todas sus faces por intermedio de sus más notables escritores, no necesitamos agregar que nuestra tarea no concluirá aquí, y que la continuaremos en volúmenes sucesivos, si la obra merece las simpatías del público, llegando hasta donde sea necesario para complementarla.

Por lo demás, cada volumen puede aisladamente servir á su objeto, no teniendo otra ligazón entre sí que la del método, común á todos, y siendo, por lo demás, independientes unos de otros.

TROZOS ESCOGIDOS
DE
LITERATURA AMERICANA

LA POESÍA AMERICANA.

Si hay cielos y climas propicios á la imaginación como los de Grecia é Italia, deben contarse entre ellos los del Nuevo Mundo, en donde sus primeros descubridores creyeron hallar el paraíso terrenal, y admiraron constelaciones desconocidas y esplendentes. No sólo el mundo material se agrandó con el hallazgo de América, sino que tomó creces con él la fuerza intelectual del hombre, á quien vemos desde fines del siglo XV, desplegar mayor inventiva y audacia. Colón, piloto y cosmógrafo, se transforma en poeta en presencia de las primitivas y fragantes florestas, y dirige á los Reyes Católicos aquellos bellisimos trozos de poesía descriptiva, rebosando en profundo sentimiento de la naturaleza, que la historia nos ha dado á conocer con el humilde título de cartas. Su vida

misma es una odisea; así como las narraciones de las proezas de los conquistadores pueden considerarse como romances escritos con sus espadas tintas en sangre de indígenas.

Pero existen hechos más positivos para demostrar la influencia que nuestro continente ejerce sobre las facultades de crear y de sentir. Los españoles no han notado esos hechos ó intencionalmente los han dejado sin mención, siendo así que se manifiestan por sí mismos. ¿Cómo podrá negarse que la musa épica de los castellanos es una amazona americana? En sus manifestaciones más robustas y bellas, es hija legítima y fruto propio de las regiones vírgenes en donde la luz, el aire, el agua, los vegetales, revelan misterios al pensamiento y á la expresión de quienes comprenden y oyen su lenguaje.

Convienen los mejores críticos en que los poemas sobresalientes del Parnaso de nuestros padres, son tres: la *Araucana*, el *Bernardo* y la *Cristiada*. Pues bien, todos tres fueron escritos en América. El primero, por el noble batallador Ercilla; el segundo, por un obispo, maestro tanto ó más que Ovidio y Petrarca en achaques del corazón, apellidado Balbuena; el tercero, por un santo varón que parece embriagado en el amor del Crucificado cual si hubiera bebido del vino hecho sangre de la última cena. En estas tres producciones resalta sin esfuerzo el sello impreso por el lugar en que fueron concebidas. Las octavas de Ercilla resuenan como clarines de guerra y pintan caracteres inquebrantables y hechos de bravura y de patriotismo dignos de los hijos jamás domados de las selvas y breñas de Arauco. La impetuosa fantasía de Balbuena corre con extremada libertad en sus cantos y complicados episodios, á remedo del magnífico desorden con que la naturaleza sembró los bosques de

ceibas y desató los tortuosos torrentes sobre el suelo de las Antillas. Y, bajo la apacible atmósfera de la ciudad de los Reyes, ¿qué otras inspiraciones que las del amor y de la caridad pudieran despertarse en las sensibles entrañas del Padre Ojeda?

Antes que la civilización cristiana penetrase en América, era ya muy estimado en ella el talento poético.

Algunos príncipes mejicanos difundieron las máximas de la moral, lloraron su esplendor decaído y celebraron los primores de la naturaleza, bajo las formas de la poesía. El nombre *harabicus* con que se distinguían los vates durante el reinado de los Incas peruanos, significaba, en lengua de los mismos, *inventor*, probando así que exigían de sus cantores el ejercicio de la más alta facultad del espíritu humano. La voz de los *harabicus*, según el testimonio de Garcilaso, se alzaba en los triunfos, en las grandes solemnidades del imperio, y sus poesías como la historia estaban destinadas á perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales.

Mas no por eso estaba encerrada exclusivamente la poesía en aquellos emporios de civilización antigua. Las tribus indómitas que inspiraron los cantos de Erquilla, tenían sus *Jempín*, nombre expresivo que significa « dueño del decir » y que conviene perfectamente á los poetas de Arauco, estando á la opinión de uno de sus más afamados cronistas.

Quiénes adoraron al astro del día como una de sus primeras divinidades, debieron experimentar el entusiasmo que distingue al poeta, ayudándose para expresarlo de las imágenes pintorescas propias de los idiomas primitivos. Por esa razón es que, según los viajeros en América y sus numerosos historiadores, casi no hay una tribu, ya more en las llanuras ó en

las montañas, que no posea sus varones inspirados y su poesía más ó menos rústica.

Cuando la lengua de Castilla se arraigó en la parte meridional de nuestro continente, sus hijos enriquecieron á la madre patria « no menos con los tesoros de su suelo que con sus aventajados talentos que fecundiza un sol ardiente y desarrolla una naturaleza grandiosa y magnífica » (1). Ellos cantaron en el habla de Mena y de León,

No con ruda zampona
Sino con lira grave (2),

y muchas y muy lozanas hojas del *Laurel de Apolo*, dejó caer el monstruo de los ingenios españoles sobre sienes americanas.

Don Juan de Alarcón, guía del gran Corneille en sus más celebrados aciertos, y la virgen mejicana, de quienes extensamente nos hemos ocupado, no son los únicos nombres gloriosos del Parnaso americano en la época colonial. Oña, Castellanos, Aguirre, Delso, Olavide, son los precursores de Navarrete, que rivaliza con el autor de la *Noche serena* en elevación y candor; de Gorostiza, que logró colocarse á la par de Moratín, entre Martínez de la Rosa y el fecundo Bretón de los Herreros, y de otros muchos que como Lavardén, en el Río de la Plata, cultivaban la literatura poética espontáneamente y casi sin estímulo.

Por entonces el sonido de las liras americanas se perdía entre el grande concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella en el mar á cuyo alimento contribuía. Pero la revolución política que convirtió los vireinatos en re-

(1) D. Eugenio de Ochoa, *Tesoro del teatro español*, tomo V.

(2) Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, publicado por primera vez en 1630, hablando de un antiguo poeta chileno.

públicas, encordó con bronce aquella lira. Y como la única ocupación de los brazos fué el manejo de la espada, y la victoria la exclusiva inspiratriz del ingenio, el carácter de la poesía, durante la lucha de la emancipación, fué puramente guerrero.

Entonces canta Fernández Madrid al *Padre de Colombia* y á los *Libertadores de Venezuela*; López entona su *Himno* imperecedero; Olmedo eterniza el nombre de *Junín* á par del suyo; y otros muchos entusiastas y nobles siguen el carro de la victoria hasta el término de su carrera.

De entonces hasta los días actuales, toma la poesía otra dirección en América.

Los poetas pudieron pensar en sí mismos é interesarse con sus dolores ó con sus dichas personales. Las flores, el cielo, la mujer, la naturaleza, la tradición histórica, los recuerdos, en fin, hijos del silencio, entraron como colorido en el pincel del poeta. Aquellos mismos que antes cantaron á los héroes, cantan á las *Rosas*, ó vierten á la lengua materna las descripciones de Delillé ó los pensamientos de Pope. Pesado traduce á David y se inspira en los sagrados libros; Varela (infatigable atleta poético) traduce á Horacio, y muere con la *Eneida* en la mano, esforzándose por continuar la versión de este poema.

Todos nuestros escritores en verso han respetado religiosamente las conveniencias de la decencia y de la moralidad, y cada uno ha podido escribir al frente de sus producciones estas palabras de un vate de la antigüedad: « Sacerdote de las musas, canto para las almas inocentes y puras. » La trivialidad no tiene sonido en la lira americana. Sus notas son levantadas y nobles como son grandiosos los objetos de la naturaleza que la inspira. El cinismo y las provocaciones á la risa, propias de las literaturas achacosas

y artificiales, se buscarán en vano entre los buenos versos firmados por nuestros poetas.

Esta distinguida calidad puede explicarse por sus antecedentes personales, pues los más de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las asambleas legislativas, representaron á sus gobiernos en países extranjeros, los presidieron á veces, y siempre pertenecieron al movimiento político ó á la administración de sus respectivas repúblicas.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

FISONOMÍA DEL NUEVO MUNDO.

No parece sino que el Autor de la naturaleza quiso hacer gala de su grandeza y poderío al dejar salir de sus manos el continente que habitamos. Su vasta extensión, las formas colosales de sus montañas y de sus ríos, la riqueza de sus producciones, la magnificencia y el lujo de su vegetación, su zoología tan varia, tan diversa de la del mundo antiguo, el esplendor de la ornitología tropical, lo bello y majestuoso de las escenas, tan distintas todas, hablan al sentimiento y á la imaginación, llenan de goces el espíritu, y elevan el alma del hombre dotado de sensibilidad y verdadero patriotismo á la admiración y gratitud que son debidas al supremo Hacedor, por la prodigalidad con que ha derramado en América la vida orgánica, y con que ha querido enriquecernos.

Si Píndaro hubiese visto nuestra Cordillera, esta

elevada cadena de montañas que atraviesa todo el continente, esparciendo sus ramales en varias direcciones, si la hubiese visto elevando su soberbia cresta hasta el firmamento, en montes sobrepuestos unos á otros, cual si fuera á renovarse la fábula de los Titanes, á buen seguro que no habría llamado al *Etna*, sino al *Orizaba* y al *Popocatepetl*, al *Descabezado*, al *Chimborazo*, al *Illimani* y al *Sorata*, las verdaderas columnas del cielo. En esa cordillera gigantesca, llena de manantiales perennes, al lado de cimas peladas, cubiertas de nieve secular, se presentan cerros perpetuamente cubiertos de follaje, de verdes y de ricos pastos, y de trecho en trecho, fanales encendidos por la mano de la naturaleza, el *Tunguragua*, el *Pichincha*, el *Cotopaxi*, volcanes colosales, cuyas erupciones ruidosas y tremendas, oídas á veces hasta á doscientas leguas de distancia, han sepultado ciudades considerables, y arrasado extensas haciendas, sin aterrarse por eso el hombre. Es un rasgo característico de nuestra geografía verse cultivando los cereales al lado de aquellos cráteres devoradores, en una elevación triple de lo que se hace en los Alpes, habitando ciudades populosas en mesas de 6 á 8,000 pies de altura, en las inmediaciones del estupendo lago Titicaca, que se eleva á 12,000 sobre el nivel del mar, y en las del Ecuador, en el pueblo de Antisana, que está á 13,500 pies, y excede, por consiguiente, al pico más alto de los Pirineos y aun al de Tenerife. Vense, por otra parte, dilatadas llanuras desnudas de arboledos, ó cubiertas de selvas donde jamás penetraron los rayos del sol, ó adornadas de gramíneas y de una vegetación asombrosa; sabanas que « como el Océano llenan el espíritu del sentimiento de lo infinito »; desiertos que en su vasta extensión no presentan más que silencio y muerte; valles de 5,000 pies de profundidad;

playas abundosas, encantadoras, risueñas como las del Brasil ó las regiones ecuatoriales, ó áridas como las de Patagonia, el Perú y parte de Chile, donde « no pueden vegetar las lecideas, ni ningún otro liquen, donde pasan siglos antes que la arena movediza pueda ofrecer á las raíces de las plantas un punto de apoyo seguro ». Nuestros lagos, el *Michigán*, el *Hurón* y el *Superior*, tienen 16, 29 y 35,000 millas cuadradas, cuando los mayores del antiguo mundo, el *Ladoga* y el *Aral*, no pasan de 6 á 9,000. Nuestros ríos parecen mares, y no tienen igual por lo largo de su curso, ni por el volumen de agua que llevan al Océano. El *Orinoco*, el *San Lorenzo*, el *Plata*, el *Amazonas*, el *Missuris* y el *Missisipi*, corren mil, más de dos mil, y hasta tres mil y quinientas millas desde sus cabecezas hasta su desembocadura, regando inmensos llanos, que á diferencia de los del Asia y los de África, no están condenados á una perpetua esterilidad, sino más bien recargados de vegetación; tienen una extensión de aguas que son navegables por espacio de dos, de ocho, de veinte, de cuarenta, y hasta de cincuenta mil millas cuadradas, cuando se unen aquellos dos últimos ríos; y son canales naturales para facilitar infinito la comunicación de lo interior con las costas, y para beneficiar todas las regiones que ellos riegan, cuando tomen la población y la industria el vuelo que corresponde, y penetren hasta el corazón del continente los vapores venidos de lejanas tierras.

¡Cómo pintar dignamente la inmensa variedad de la climatología americana y esas regiones « donde la naturaleza permite al hombre que sin salir del suelo natal vea todas cuantas formas de vegetales se encuentran esparcidas sobre la haz del globo, y que recoorra la bóveda del cielo, que se despliega de un polo á otro sin ocultarle ninguno de sus mundos

resplandecientes! » ¡Cómo encontrar palabras que hagan justicia á la grandiosidad, á la magnificencia, á la diversidad, al lujo de producciones en los tres reinos de la naturaleza! Pida á su antojo el amante de ésta, ó el de la sociedad, las escenas que quiera, seguro de encontrarlas, ya sea que busque pinturas poéticas, ó ya principios de analogías civiles. Todo se presenta en el continente bajo distintas formas, suaves y cautivadoras aquí, fuertes é imponentes allá. En el espacio de unas pocas leguas se pasa de los suntuosos edificios y de las comodidades y refinamiento del hombre eminentemente civilizado, á las miserables chozas y á la vida infeliz de las tribus de salvajes, en que se muestra el hombre en su sencillez primitiva.

Nuestros países ofrecen todos los rasgos que los poetas distribuyen entre las diversas regiones de la tierra: en unos el soplo de Bóreas hace experimentar los frios de la Siberia; en otros se siente uño abrasado por los ardores de Flejetonte; en otros el hálito de Céfiro produce el apacible clima del jardín de las Hespérides, ó del delicioso valle de Tempe. Aquéllos tienen el cielo brumoso uná gran parte del año; en éstos la atmósfera serena está apenas teñida de vapores, y no « trasparente el azulado velo ni la más leve gasa de una nube »; aquí parece que se deshace en agua; allí no llueve jamás. En ninguna parte se comprueba más el influjo eterno que la naturaleza física ejerce sobre las disposiciones morales y sobre los destinos del hombre. Acá tiene su trono la suave melancolía; allá, la festiva jovialidad; en una parte se advierte atolondramiento; en otra, reserva; en otra, agradable franqueza y cordialidad; más lejos, indolencia y apatía; más allá, intolerancia; en un punto se notan rasgos predominantes de orgullo,

de heroísmo ; en otro, de pusilanimidad ; acá impera la volubilidad, allá la constancia, más allá la tenacidad.

Paréceme que veo en el continente de Colón una nueva Roma, que imita á la antigua en la acogida que diera á todos los dioses del universo, y que como ella se elevará á un alto grado de poder, por su carácter y por sus instituciones ; una Lacedemonia en el patriotismo y en la sencillez ; una Atenas en la elegancia, en la brillantez de imaginación, y con el puerto del Pireo en sus inmediaciones ; una Pafos con su aire blando y su voluptuosidad, que incita á Venus á « soltar las riendas de oro con que gobierna el mundo, para venir á habitarla » ; una Granada con sus emociones tumultuosas que hacen hervir la sangre ; una ciudad florida y docta, como la capital de la Toscana, cuya mansión ahora mismo no la desdennan las musas ; una Tebaida largo tiempo religiosa y solitaria, que ya abre las puertas á la civilización y franquea al mundo sus tesoros ; una supersticiosa Delfos ; una opulenta Tiro, de valor no domeñado aún por ningún Alejandro ; una región de que pueda decirse con Sófocles que « anda allí vagueando Baco entre sus divinas nodrizas, las ninfas de la lluvia » ; otra que merezca denominarse el jardín de América, cual es la Italia el jardín de Europa, y que por un concurso de circunstancias afortunadas, está llamada á una gran prosperidad ; otra que se asemeja á aquellas islas Fortunadas, que Homero pinta con tan brillantes colores, como un refugio dejado á los mortales contra las agitaciones de la existencia, como escenas de profundo reposo donde se disfruta de la paz del alma en medio de las pompas de la naturaleza. Paréceme, por último, que veo una nueva Corinto, á quien pueda aplicarse aquel verso de Ovidio

á la ciudad de Constantino: *His locos gemini janua vasta maris.*

Una población de esas que Saint-Marc Girardin llama necesarias y naturales, que eclipsará con el tiempo á Constantinopla y á Venecia, á Tiro, á Alejandria, á Cartago, y que será el depósito de todo el comercio de Europa y del Asia, del África y de la Oceania.

En la regiones tropicales, es imposible dejar de experimentar una profunda y fuerte impresión al considerar «con qué profusión está universalmente esparcida la vida. El tapiz con que la pródiga diosa de las flores cubre la desnudez de nuestro planeta, es más variado y más tupido en esos climas donde el sol se eleva á mayor altura en un cielo sin nubes. Á medida que nos alejamos del ecuador, ó que subimos sobre el nivel del mar á las faldas, y hasta á las cumbres de la Cordillera, cambia la fisonomía de la naturaleza, y aunque por todas partes halla el hombre vegetales que le alimenten y lo necesario á su comodidad y regalo, ya son desemejantes la gracia de las formas y la juventud y el vigor eterno de la vida orgánica. Conteniendo el hemisferio de Colón esa vasta cadena de montañas tan extensas como elevadas, que forman una línea de separación entre la vegetación de los diversos distritos, mayor que la que constituyen muchos grados de latitud, y abrazando tantos desde la línea hasta los polos, comprende todas las regiones botánicas, desde la de las palmas y la vegetación del ecuador, hasta la del trópico, hasta la de la región alpina é hiperbórea; desde los arborescentes compuestos, la chinchona, los pimientos, las melastomas, las flores labiadas y las plantas umbelíferas y crucíferas, hasta las escalonias, los musgos, los líquenes y los saxifragos, hasta esas matas de la vegetación ártica, que apenas pueden vi-

vir. Primero tenemos el cacao, que bien merece denominarse *bebida de dioses*, y que gusta de valles cálidos y húmedos; el plátano, vegetal tan benéfico, tan abundante de sustancia nutritiva, y causa de tanta indolencia; el maíz y la piña refrigerante; el café y el algodón; la vainilla y el tabaco; la cera y la caña de azúcar; el añil y las ricas maderas; las limas y los naranjos. Después vienen los campos ricamente cubiertos de cereales hasta á 10,500 pies de elevación, y la serie de plantas y frutos de la zona templada; más arriba se encuentran el mirto y el laurel y los de la zona frígida. En unos lugares, se ven bosques enteros de canelos, de aromas, de especerías que lisonjean el olfato y el gusto: mil bálsamos y plantas saludables; en otros, los nitros y las sales, los mármoles y los pórfidos, el diamante y el carbón, los minerales de toda especie, los metales preciosos con que el Nuevo Mundo ha regalado al antiguo por valor de seis mil y quinientos millones de pesos.

La zoología en sus tres divisiones, la de las regiones árticas, de la intermedia ó templada y de la tropical, todo lo abraza; desde el grande oso polar, que se encuentra en las extremidades de nuestro continente, desde el puma y el jaguar hasta el perezoso y el armadillo. Cuantos animales pueden ayudar al hombre á labrar la superficie de la tierra, ó fecundarla, servirle de alimento, ó proveer á su vestimenta, otros tantos se encuentran hoy, en incontables millares, en el continente americano: si algunos faltan, son los animales más feroces del antiguo mundo, con los cuales no son de comparar las especies que más se les acercan, y en cambio tenemos otros cuadrúpedos indígenas, entre ellos la preciosa familia de los llamas y vicuñas.

¡ Y qué diremos de la ornitología !.... de esa ornitología, que comprende desde el águila y el cóndor, rey de los buitres, hasta los gallináceos de delicioso sabor, hasta el pavo que el hemisferio de Occidente obsequió al de Oriente, hasta el vistoso colibrí... De esa ornitología tropical de tan brillantes colores y de tan ricos plumajes ; de esos innumerables insectos, lucientes éstos, aquéllos cruelmente atormentadores, y de los cuales se encuentran algunos hasta en la elevada mesa que sirve de base al Chimborazo.

JUAN GARCÍA DEL RÍO.

YAPEYÚ.

Remontando el majestuoso Uruguay hacia sus remotas fuentes, entre los dos grandes saltos ó cascadas que hace el enorme volumen de sus aguas, extiéndose, hacia el norte, bajo el cielo caliente de la vecindad del trópico, una comarca deliciosa, limitada al fondo por el Paraná, y que ha recibido recientemente el nombre de Mesopotamia argentina, aludiendo á su similitud con el país que bañan el Tigris y el Eufrates en Asia.

Los nombres de ríos y de lugares acusan la existencia de un pueblo aborigen, blando de carácter, como es eufónico y vocalizado el idioma en que empezaba á balbucear sus primeras ideas. *Aguapé, Ibi-cuí, Boicúa, Aurupá, Yaguari é Isoy* muestran al niño hombre ya que tiene por modelo á las avecillas que

saludan al sol, ó el susurro del céfiro en los palmeros, sin sonidos rudos, sin terminaciones ásperas, como si hubiese prestado el oído para distinguir las fugitivas modulaciones del eco que va repitiendo los rumores de las selvas ó el murmullo de las aguas, para imitar el lenguaje de la naturaleza. Á la orilla de arroyos con nombres tan dulces como sus aguas, á lo largo del Paraná y del Uruguay, que descienden silenciosos por entre islas floridas ó cañaverales de bambúes ó tacuaras colosales, otra historia y otro mundo de ideas revelan los nombres de ciudades y pueblos que no existen ya. *Belén, La Cruz, La Asunción, Los Apóstoles, Los Mártires, San Ignacio Guazú, San Francisco de Borja, San Javier*, han dejado escrita en esta tierra virgen la historia del cristianismo desde su cuna en Belén hasta san Javier, el último de los santos apóstoles que fué por el mundo universo á anunciar á las naciones la buena nueva.

Las misiones de los jesuitas han dejado en esta parte del mundo una triste historia, y á orillas del Uruguay y del Paraná, por todo recuerdo, bosques de naranjales y granados que indican dónde estuvo alguna de sus famosas reducciones.

Era la Menfis del gobierno teocrático de esta compañía de sabios, Yapeyú, situada á la margen norte del Uruguay. Todavía se descubre entre el espeso bosque que cubre sus ruinas, la plaza rodeada de corredores dobles para abrigar bajo su sombra á los transeuntes, sostenida la galería por columnas robustas de urunday en basamentos de piedra labrada. Sobre las murallas desmanteladas de los templos crecen hoy *cactus* colosales de las formas extravagantes que asume este primer ensayo de la naturaleza para formar de hojas árboles; y como si hubiese querido iluminar á la luz del sol aquella escena de desolación,

que á los rayos de la luna seria melancólica y fantástica, mézclanse á los cactus y enredaderas, bromelias con sus hojas de un vivo color de lacre, que hacen á la distancia el efecto de flores gigantescas.

Existe el Colegio, residencia de la orden, donde quiera que hubo reunidos un plantel de sus miembros. Existen los almacenes públicos que guardaban los viveres para un pueblo regido, como lo han propuesto más tarde los filósofos socialistas, en comunidad de bienes, bajo la tutela paternal del gobierno. Pero ha enmudecido la campana que ordenaba levantarse por las mañanas y orar; salir á los campos á trabajar; volver á los refectorios á comer y orar; ir á la iglesia á oír el catecismo; volver á sus casas á acariciar á sus hijos y orar.

De la población que rebullía en la plaza de los torneos, plantada de algodoueros florescentes, no queda hoy sino algunos de estos testigos de otras épocas, sofocados por *orquídeas* de todos colores, apasionados por enredaderas en que triscan monos, ó hacen sus nidos las aves. Bosques de naranjales y de granados señalan por donde quiera, en estas provincias que la naturaleza ha recobrado, los lugares que recibieron por un momento el sello de la civilización.

Los tigres han hecho su morada de los templos ocultos entre malezas y palmeros, y acaso sus cachorrillos juegan á la claridad de la luna con cabezas de querubines talladas en piedra ó en maderá, y que ruedan hoy por el suelo desprendidas de los altares de que fueron ornato.

Un centenar de indios guaraníes dispersos en la vecina isla donde cultivan para sus necesidades un poco de maíz, tabaco ó caña de azúcar, ignoran hoy que son ellos los últimos restos de una población floreciente, y hasta han olvidado la memoria de los jesui-

tas, si bien á falta de sacerdotes suelen reunirse los domingos á cantar alabanzas á Dios al són de flautas, guitarras y violines, que hicieron entre ellos populares los misioneros, que se servian de la música como medio civilizador.

Las famosas misiones no han producido en la historia de América hecho ninguno que afecte su civilización ó sus progresos. Nada ha quedado de aquella facticia asociación, ni el pueblo que en todas partes sobrevive á las grandes catástrofes que hacen desaparecer los imperios, ni monumentos que recuerden su gloria, ni instituciones que otros pueblos reciben como un legado.

Y sin embargo, de Yapeyú, capital de las malogradas misiones, salió la espada que debía cortar las cadenas de las colonias españolas, dando á la mitad de la América la independencia que las constituiría, en el porvenir del mundo, campo vasto para el ensayo de las modernas instituciones republicanas.

El capitán general de tres Repúblicas sud-americanas, el fundador armado de la independencia de medio mundo, *Don José de San Martín*, nació en Yapeyú el día en que dejaba de ser la residencia del gobernador teocrático.

DOMINGO F. SARMIENTO.

LA MARÍA DE ISAACS.

La *María* es admirable, pero ¿qué es?

No encontramos en ella ni un soplo de Shakespeare, ni un soplo de Dickens, ni menos y por fortuna un soplo de Dumas. María es una niña, niña de cualquier

país, de cualquiera sociedad, con tal de ser niña. Efraim es un joven capaz de pensar y querer fuertemente, pero á quien conocemos en el crepúsculo de su virilidad, amando como todas las naturalezas de su temple, cuando no han sido labradas por el rozamiento brutal de la traición ni de ninguna entre las miserias arrogantes y agresivas que sombrean los caracteres : amando explosiva y angélicamente. El teatro de sus amores es nuevo y espléndido : nuevo para el arte, espléndido para la pasión. Pero ni los graves perfiles del Cauca ni la indefinida serenidad de la pampa prestan elemento al drama; cuando no intervienen en él pasiones que se chocan y le anudan, y cuyo desarrollo le desenlaza en la catástrofe ó en la suprema delicia. Esta lucha no existe en la *María*. El grupo de sus actores es un grupo hermoso, demasiado hermoso, demasiado monótono en su belleza para que pueda llenar las condiciones dramáticas de la novela. ¡Qué tremenda cosa sería la vida sin la perspectiva, más ó menos lejana y tétrica, de la muerte! ¿Cómo podrían resaltar la virtud y la fuerza sin el contraste del vicio y de la debilidad?

El teatro y la novela pueden asumir infinitas formas ; pero generalmente obedecen al imperio de la h abitud en el autor, y en este caso revisten un genio nacional. En la novela francesa domina por lo común el elemento social ; y ella reproduce preferentemente cuadros de costumbres, estados morales característicos del país en momentos dados, vicios gerárquicos, aspiraciones políticas ó económicas ; porque en Francia se vive casi siempre bajo la influencia de la atmósfera exterior, y el poeta siente y piensa arrebatado por las fuerzas difusas de las cuales se alimenta. En la novela y en el teatro ingleses sobreabundan los tipos originales y vigorosos que constituyen el drama

por su simple movimiento, por la acción y el combate de la pasión que caracteriza á uno ó dos personajes que atraen á sí toda la atención y todos los elementos que se les relacionan ; porque la Inglaterra es un pueblo esencialmente individualista, en que cada uno piensa con sus sesos, y obra bien ó mal, según que acierte ó se equivoque en la manera de entender la vida y de concebir el deber.

Sin embargo, pueden estas obras literarias emanar de una inspiración eminentemente subjetiva á impulsos del sentimiento que contiene mayor fecundidad poética. Entonces tenéis á *Werther*, á *Atala*, á *Pablo y Virginia*, á *Graziella*, á *María*.

Descartemos á *Werther*. Es el abismo bañado por un rayo celeste. Aquel amor es estático y vertiginoso ; ensancha un corazón y le estruja ; compendia el drama en el misticismo y el *spleen*, en el arrebató de la inmortalidad y el delirio del suicidio.

La *Atala* es obra de imaginación, de imaginación pura y no sujeta ni complicada por los arranques de una sensibilidad inspiratriz. Obra grandiosa y espléndida sin duda y que responde á un estado psicológico del poeta, pero que no tiene ni la sencillez, ni la ternura, ni el candor de *Pablo y Virginia*, de *Graziella* y de *María*.

En la *Graziella* de Lamartine la catástrofe viene de las influencias sociales. Saint-Pierre y Isaacs han creado una acción más simple. Sus obras invitan al paralelo. Una y otra son el idilio interrumpido por la muerte. Dos almas igualmente puras que se entregan recíprocamente con la lozanía de su único amor, viven de los deleites de la esperanza y son separadas en la tumba.

Los esplendores de aquellas dos vidas y las amarguras de aquellas dos muertes se encuadran, digá-

moslo así, en los espectáculos soberbios de dos pedazos de tierra exornados con todos los lujos de la naturaleza.

Dada la prioridad de Saint-Pierre, parece que su gloria, resistente al tiempo y á las variaciones del gusto, hubiera de eclipsar la de Isaacs, privándole del mérito de la originalidad á que nunca es insensible la crítica. Siq embargo, la sencillez misma del tema destruiría esa observación. Ninguno de ambos poetas lo ha creado : es un fenómeno eternamente reproducido mientras el corazón humano ame y necesite amor. Su concepción no requiere esfuerzo. Son los accesorios del cuadro y la pintura del detalle los que dejan campo al trabajo de la imaginación ; y en ese punto los dos libros difieren entre sí, ya por los caracteres del teatro, ya por los rasgos empleados para expresar el origen y el crecimiento de la pasión que constituye el fondo del romance. Nada tiene Isaacs que perder en este paralelo.

Por lo demás, reputamos superior la *María á Pablo y Virginia*. Ésta encierra una tendencia doctrinaria, y es una forma especial y pintoresca dada por Saint-Pierre á su propaganda exagerada y quimérica en favor del estado de naturaleza, expuesto con otros tonos y colores en sus *Armonías*, en la *Cabaña indiana*, etc. La *María* es simple y puramente la historia del amor de dos jóvenes. De aquí su limpieza de toda invectiva contra la sociedad y de toda disertación.

Pablo sucumbe á su dolor después de la muerte de Virginia, y la narración de su vida pierde brillo y movimiento al pasar por los labios de un anciano misántropo, cuyas reminiscencias amorosas no podían prestarle el fuego y el colorido que tendría en boca del héroe mismo. Esta circunstancia es gravísima si se tiene en cuenta las condiciones de verosimilitud exi-

gidas por el arte cuando refleja la emoción recóndita y los profundos misterios de una pasión. En todos los romances de su género, la acción se personifica generalmente en el narrador obedeciendo á esta exigencia.

Embebido, pues, el poeta en sus elucubraciones filosóficas, y puesta la historia en labios de un espectador lejano, no podía esperarse que el amor de los héroes fuera expresado por la reproducción fiel de fenómenos íntimos y de los mil episodios en que se descubren, triviales y sin significado para quien los mira sin ser inspirado por la iluminación interna. Así nada hay en los amores de Pablo y Virginia característica ni exclusivamente humano. Su amor es el amor de dos niños ó de dos pájaros ó de dos flores : es la atracción de la fuerza armónica y fecundante de la naturaleza.

La narración de Isaacs es humana, circunstancial, gráfica. El héroe cuenta su amor y su amargura. Ninguna fibra del alma deja de vibrar en su dolorosa historia, ningún incidente externo olvida, y todo es eficaz, porque todo es sincero : se siente en ella una vitalidad palpitante, y predispone al lector por no sé qué modificación simpática de la sensibilidad, á reproducir como una lámina bruñida y sonora las iluminaciones y los acentos de la pasión narrada. Hierde todas las fuentes de nuestros propios amores y nos reimpregna en su caudal, estremeciendo todas las cuerdas de la emoción. Nos hace penetrar en el misterio de aquellas almas cándidas y fuertes, en todas sus ilusiones, sus congojas, sus zozobras, sus agüeros, sus presentimientos y sus esperanzas, desde el nacimiento hasta el estrago de su fe. La *María* es más fuerte que toda indiferencia y que cualquier escepticismo. Lamartine ha dicho que las lágrimas de Virginia y de Pablo serán siempre contagiosas para ojos de

veinte años. Por nuestra parte trasladaríamos de buena gana este elocuente tributo de admiración al autor de *María*.

A pesar de la sencillez del episodio, hay en la catástrofe de la *María* una singularidad que la diferencia ventajosamente de *Pablo y Virginia*. El naufragio es un espectáculo que cautiva, pero la muerte producida por él, y consiguientemente inesperada, no es un resorte dramático. María sucumbe á una enfermedad hereditaria, cuyas primeras explosiones amargan las primeras horas de su amor. Su muerte es, por consiguiente, presentida, esperada. El amor de los jóvenes lucha contra aquella sombría perspectiva, y cuando en la efusión de sus alegrías la alejan por intervalos, el ave negra les suscita dolientes supersticiones que la reproducen y la fijan tenazmente en su horizonte.

Por fin, la *María* resiste el paralelo respecto de la grandeza y el color de las descripciones de la naturaleza, y excede, cuanto lo hemos notado, en la concepción del plan, en la sencillez y la eficacia de la narración, al romance de Saint-Pierre, tenido hasta hoy por el modelo de su género, y sustituido en adelante, si no nos equivocamos mucho, á lo menos en América, por la admirable creación del poeta colombiano.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

RETRATO DE SAN MARTÍN.

San Martín, como ser físico, poseía una figura arrogante, altiva y en todo militar. Había nacido soldado y murió soldado. Alto, moreno, ancho de

pecho, rígido como un sable, su espesa cabellera negra caía aún en su edad madura en enérgicas guedejas sobre su frente atezada, según se dejaba ver en un retrato casi juvenil que de él se conservaba en la sala de gobierno de la antigua Mendoza. En su vejez, peinaba, empero, sus canas cortadas militarmente, con la llaneza del cuartel. Su nariz era aguileña, su barba saliente, su boca enérgica, si bien en sus últimos años su espeso bigote, completamente cano, disimulaba la languidez de sus pliegues y la pérdida de su dentadura. Su vida entera parecía, empero, concentrarse en sus ojos, de un negro brillante y sombrío, en que todas las pasiones parecían teñirse de relámpagos, como en los de aquel admirable tipo de la belleza guerrera, que sólo ayer se extinguió entre nosotros, su capitán favorito, Las Heras.

La « mirada terrible » del general San Martín ha quedado en Chile como una especie de leyenda; pero á nuestro juicio había en la severidad de su semblante más aparato que ira, más estrategia que pasión. San Martín, por no gritar, miraba. Y una de sus pestañadas causaba más miedo á un *godo*, que la lectura de su sentencia de muerte.

No obstante su marcial hermosura, realzada en sus últimos años por la veneración de las canas, San Martín aborrecía los retratos, y aun ocultó siempre tenazmente su tostado rostro al dulce pincel de su hija. Se ha conservado de él, sin embargo, una reproducción magnífica por su semejanza gráfica, pues se puede decir de ella que el viejo campeón, no sólo habla, sino que mira. Pero aun esta imagen de sus últimos días debióse sólo á una filial estratagema y á la destreza de un fotógrafo de Bolonia, en cuyas manos el general, cuando tenía ya setenta años, cayó por

un bien meditado ardid, como si hubiera sido un niño.

De esa fotografía provienen los únicos grabados y litografías, que son una revelación verdadera de aquella vida. Los otros, como el que publicó Miller en sus *Memorias*, ó el que hizo dibujar Álvarez Condarco en el cuadro de la *Batalla de Maipú*, son simplemente diseños ideales. No fué tampoco más feliz el escultor Daumas al reproducir en la rigidez del bronce su expresivo rostro. Y en éste, digámoslo de paso, ninguno de nuestros estatuarios ha tenido éxito. San Martín tiene sólo la expresión beata de un cruzado en éstasis delante de Jerusalén...

Por lo demás, la figura del general San Martín, aun en su ancianidad, era de ese tipo de fierro que se graba eternamente en la pupila, como los perfiles atrevidos de farellón que el mar socava. Los que lo vieron cuando niños atravesar la plaza de Santiago con su sable corto bajo el brazo, su sombrero de hule en la cabeza, y sus botas granaderas hasta la rodilla, le recuerdan con la viveza de una aparición. De su vejez se cuenta también una anécdota curiosa á este respecto. Habiendo dejado olvidado su pañuelo en un *restaurant* de campo, en Enghien, á cuatro leguas de París, entró algunos años más tarde á un café de la barrera de esta ciudad, y fué grande su sorpresa al notar que la mujer del *comptoir* venía á presentarle su perdida y ya olvidada prenda. La buena huésped no sabía su nombre ni quién era, pero no había podido olvidar la mirada del « hombre del pañuelo ».

BENJAMÍN VICUÑA MARENN.

EL GAUCHO ARGENTINO.

À uno y otro lado del Uruguay, desde el delta del Paraná á las fronteras del Brasil, y desde el Paraguay á las riberas del Atlántico, se extendían campañas de una belleza incomparable, de una fertilidad exuberante, y de un clima que, aunque templado, no relaja el vigor de los temperamentos. Esas campañas estaban incultas en manos de la España. Arroyos innumerables y muchos ríos caudalosos, acompañados en una y otra ribera de selvas tupidísimas, distribuían por todas partes una masa enorme de aguas puras y saludables, que alimentaban pastizales inmensos, donde los ganados y el hombre crecían y se multiplicaban libres y salvajes. El hombre tenía allí la carne, el fuego y el agua, sin ningún trabajo, con un cielo espléndido de luz y de transparencia. El atraso moral de la metrópoli, la incuria de su gobierno, su absoluta falta de industria, su impotencia caduca para educar y para llevar la vida civil al seno de los desiertos americanos, habían extenuado todas las facultades de la España, rindiéndola en una indolente holgazanería á mediados del siglo XVII. Era imposible, pues, que el aliento creador de los intereses económicos, que sólo se levantan en la vida urbana, hubiese podido penetrar en nuestros campos. Así es que la población errante que se había apoderado de ellos, había crecido desparramada, inculta y vagabunda. La extensión indefinida que ocupaba, hacía que el derecho de la propiedad raíz fuese inútil para sus habitantes,

y hasta se puede decir que era desconocido. Donde cada hombre podía obtener el derecho nominal de llamarse dueño de cincuenta ó más leguas de terreno, sin otro trabajo que denunciarlo, abonando veinte ó cincuenta pesos á la tesorería del rey, era imposible que la posesión fuese verdadera delante de la ley, para responder al título de la propiedad. De modo que el gaucho argentino no necesitaba de semejante título para tener tierras y para satisfacer sus necesidades; y en un estado semejante, era natural que no le fuese fácil concebir que los demás hombres tuviesen razón y justicia para privarle de la facultad de ocupar el desierto, como cosa suya, y de poner su rancho donde mejor le conviniera. Sin peligro del hombre; sin miedo del aislamiento, porque la rápida carrera de su caballo lo trasportaba en un momento á las aldeas de la costa, y dueño de los ganados que pacían por los campos, era claro que no tenía necesidad ninguna de pedir á la tierras ese fruto sabroso de la agricultura, que civiliza por el trabajo y por la influencia de las leyes que rigen las producciones del suelo. El hombre civilizado de nuestros campos había retrogradado, verdaderamente, á un estado semibárbaro, por causa de su aislamiento relativo. Pero estaba muy lejos de haber perdido las tradiciones de la civilización de que había tomado origen, como algunos observadores poco discretos lo han dicho; y sus condiciones no eran las de un estado pastoril, análogo al de los patriarcas de la Asia. Éstos necesitaban, por lo menos, de la propiedad de los rebaños; gobernaban como patricios la tribu numerosa de sus parientes, y vagaban por las áridas sequedades de la África, buscando un pozo de agua y un poco de yerba para ellos y para sus bestias.

El gaucho argentino vivía absoluto é independiente,

con un individualismo propio y libre. Se emancipaba de sus padres apenas empezaba á sentir las primeras fuerzas de la juventud ; y vivía abundantemente de las *volteadas* de los animales que Dios creaba en el desierto. Armado del lazo, podía echar mano del primer potro que le ofrecía mejores condiciones para su servicio ; escogía, por su propio derecho, la vaca más gorda para mantenerse ; y si necesitaba algún dinero, para procurarse alguno de los objetos comerciales que apetecía, derribaba tantos toros cuantos quería, les sacaba los cueros, é iba á venderlos en las aldeas de las costas, á los mercaderes que traficaban con ellos, para surtir el escasisimo comercio que teníamos con la Europa. La ley civil ó política no pesaba sobre él ; y aunque no había dejado de ser miembro de una sociedad civilizada, vivía sin sujeción á las leyes positivas del conjunto. Tomaba una mujer de su clase, libre como él, sumisa y buena, sin cuidarse mucho de las formas con que se unía á ella. Plantaba una choza en la rinconada de un arroyo, bien cerca del agua para evitarse el trabajo de acarrearla ; y como los prebostes de la Hermandad solían tener la ocurrencia de atravesar los campos, con cincuenta ó sesenta blandengues, ahorcando expeditivamente bandoleros, el gaucho tenía buen cuidado de levantar esa choza cubierta por el bosque, y con sendas ó vados que le eran conocidos, para evitar que le encontrasen desprevenido ; porque la justicia del rey no era muy solícita en distinguir á los inocentes de los vagos ; ni él mismo sabía bien entre cuales se había de clasificar. Por lo general, apenas llegaban las mujeres á la pubertad, eran *robadas* del rancho de sus padres ; pero no quiere decir que eran violentadas, sino que desaparecían voluntariamente, con un hombre de su afecto, saltando á las ancas de su caballo ; y no pocas veces,

volvían con dos ó mas niños á la choza de donde habían huido, sin que esto tuviese consecuencias, ni causase la menor contrariedad en la familia.

Á todos estos rasgos, propios del género de vida que hacían, los gauchos agregaban las dotes de un temperamento fuerte, nervioso é inquieto. El clima en que vivían les permitía viajar á la intemperie, bajo las influencias, templadas algunas veces, rígidas otras veces, de la naturaleza y del espacio. Acostumbrados al peligro, y ariscos por decirlo de una vez, estaban siempre prontos á *pelear* á la justicia del rey, cuando los sorprendía; y como ella no usaba de procedimientos muy cuidadosos para determinar sus fallos y sus castigos, los gauchos la evitaban, siempre que podían, como se evita un peligro grave, ó como se huye de un yugo incómodo.

Su cuerpo era por consiguiente muy ágil. Sus miembros mostraban, por su esbeltez y delicadeza, que, de una generación en otra, se habían criado sueltos de las tareas abrumadoras y serviles de la agricultura ó de la industria. Esa constante gimnasia del caballo les daba una destreza admirable para sorprender con la velocidad de un gato las furias del potro salvaje, y sentarse gallardamente en sus lomos, con un equilibrio que la fiera nunca descompenía, aunque brincase y se revolviere con demencia por deshacerse del ginete que la domaba. Su porte era elegante y cauto. Sus maneras serias; y aunque parecían mansas, lo hacían impenetrable y digno al mismo tiempo. Algunas veces, fiero é impetuoso, daba rienda suelta á sus pasiones; otras, era hidalgo y generoso. Pero siempre era difícil y desigual, como los seres bravíos que se crían en las soledades de la tierra. Era bello, como ellos, por el temple y por los rasgos pronunciados de su tipo.

En general, el gaucho tenía á pecho ser amigable y hospitalario en su cabaña. Recto en el cumplimiento de su palabra, no se excusaba jamás de proteger con nobleza á los que reclamaban su amparo, aunque hubiesen sido sus enemigos. Hablaba tranquilo, y con una voz cubierta que podría parecer dulce, si no fuese que sus palabras eran siempre escasas, ambiguas ó taimadas. Cuando encontraba algo de que burlarse, su ironía era profunda, pero siempre disimulada con la doblez del sentido, con el monosilabo ó con un acento particular que daba á sus expresiones. El enojo no le arrancaba gritos ni gestos; y ya en las dificultades del peligro, ó dominado por la ira, era siempre concentrado, guardando las apariencias de una moderación, que era amenazante por su propio laconismo.

Destituido de toda creencia en la fatalidad de los sucesos, ponía su personalismo sobre todos los intereses de la vida y sobre todas las influencias religiosas; así es que siempre estaba pronto para reaccionar en defensa de su persona ó de su libertad, y aun reducido al último trance, marchando, por ejemplo, al suplicio entre filas de enemigos, ocultaba bajo un aire resignado la atención más vigilante al menor azar, al menor descuido de sus verdugos, para tirarse al fondo de un río, salvar un percipicio, ó saltar sobre un caballo y desaparecer como una sombra entre los arcabuces y sablazos de sus perseguidores. Verdad es, que nunca le faltaba entre estos mismos un cómplice, ó un aparcerero que se interesase por su suerte, y que preparase el lance dejándole los riesgos de la ejecución.

Todos estos contrastes hacían del gaucho argentino un hombre libre y civilizado en medio de la semibarbarie en que vivía, ó más bien, en que vagaba. Porque aunque distante de la vida urbana de los pueblos

Europeos, no era ajeno, sin embargo, á la vida política; y ya sea por la raza, ya por las ideas, ó por los móviles morales, estaba unido al orden fundamental de la asociación colonial; puede decirse que era un europeo que había caído en la vida errante de los desiertos americanos; y que habiendo conservado su personalismo absoluto é independiente, había venido á constituir un tipo especial, que reunía todos estos contrastes, con un sello indefinido de identidad y de originalidad á la vez; y si fuese posible dar claridad á cosas que parecerán tan contradictorias, yo diría que los gauchos de las campañas argentinas, tomados en masa, fueron el germen preparado para producir las evoluciones constitucionales de nuestro organismo, y que á pesar de que, cuando arrojaron su influencia decisiva en las vicisitudes de nuestra historia, se hallaban hundidos en un estado cercano al de la barbarie, eran, con todo, un pueblo libre, que lleno de la conciencia de sus intereses y de sus derechos políticos, introdujo una revolución social en el seno de la revolución política de Mayo, moviéndola en un sentido verdaderamente democrático y en busca de una civilización liberal sin las trabas del pasado.

La vida de los gauchos no tuvo jamás ninguno de los accidentes de la vida de las tribus. Ellos constituían una población homogénea, señalada con un mismo tipo, con unos mismos hábitos, con unas mismas pasiones; y que poseía todas las aptitudes y las formas de una nacionalidad política, distintiva y peculiar. Aunque los gauchos nunca vivían aglomerados, estaban sin embargo espontáneamente distribuidos en *pagos*, de acuerdo con la configuración que el curso de los ríos, los montes y los accidentes limitrofes, le daban á cada porción de la campaña. Reconocían entre sí, por esto, una cierta cohesión geográfica análoga á

la que tienen los diversos vecindarios, si es que la idea de vecindad puede aplicarse á las partes incultas de un vasto territorio. Tenían por lo mismo una especie de patriotismo local sumamente apasionado, con entidades dominantes ó caudillejos que surgían por el coraje, por el acierto, por la audacia de sus empresas y por los crímenes que cometían ó por otros mil de esos accidentes, que en todas partes concurren al acaso para formar personajes populares á la altura del medio social en que nacen y en que se nutren.

El gaucho argentino no reconocía por jefe, ni prestaba servicio militar, sino al caudillo que él mismo elegía por su propia inclinación; porque ante todo se tenía por hombre libre, y como tal usaba de su criterio y de su gusto individual con absoluta independencia de todo otro influjo. Eso sí, cuando se había decidido por una bandera, su adhesión no tenía límites y podía contarse con ella para toda la vida; no economizaba sacrificio ninguno, y su constancia, sobre todo en las luchas políticas, llegaba hasta el heroísmo. Tomaba partido por sentimiento propio y por pasión, jamás por interés, ni con la mira de obtener el menor provecho directo como premio de sus esfuerzos. Lo único que lo movía eran las afinidades de los hábitos y de las tendencias entre su persona y la de los jefes á quienes servía; es decir, un patriotismo á su modo, pero que en resumidas cuentas era un sentimiento político y moral que tenía causas puras y libres en su misma voluntad.

Cuando el acaso terrible de la *leva* lo había apresado para el servicio de los ejércitos veteranos de la patria, se debatía, como un animal bravío, por escapar á la presión y á la esclavitud de la disciplina rigurosísima de San Martín ó de Belgrano. Desertaba apenas podía, y se escondía en las entrañas de la

tierra. Pero si le volvían á cazar, se daba más ó menos pronto según su carácter más ó menos indómito; y cuando una campaña feliz, una batalla ganada ó perdida, venían á darle la pasión del cuerpo en que servía, se convertía en un soldado ejemplar, como no creo que tuviese mejor ninguna otra nación civilizada. Era sobrio, sufrido, bravo y experto: ni el hambre, ni la desnudez lo indignaban ó lo abatían.

Entregado siempre á la voluntad de sus jefes, con una alegría templada que jamás se desmentía, servía animado del amor de la patria y con el orgullo militar del ciudadano libre que tiene fe en su causa, y que se considera con la obligación personal de vencer. Toda su filosofía se reducía á saber que servía á la patria, y que *la patria esperaba ser salvada por sus soldados*: la doctrina era lacónica, pero tan cierta, que apelo al testimonio de cuantos hayan conocido al gaucho argentino, convertido en *granadero de á caballo*, ó en *voltigero* del ejército de los Andes, para que digan si esto era verdad.

En cuanto al sentimiento religioso, el gaucho estaba tan lejos del árabe, que es imposible hallar entre ellos punto alguno de contacto. En las cosas de su persona, de su casa, de sus relaciones ó de sus negocios, la religión y sus ministros no valían ni pesaban un ápice para él. El árabe es ante todo tétrico, *fatalista y creyente*. Vive dominado por un panteísmo religioso que dirigè todas sus ideas: habla directamente con Dios, en la nube que pasa, en las estrellas que brillan en los cielos, en todos los fenómenos del desierto y en cada uno de los acontecimientos que tejen el hilo fatídico de su vida. Su ferocidad, sus crímenes y hasta sus virtudes, son hijos de su fanatismo. Al gaucho argentino no se le ocurrió jamás nada de esto. Su alma había florecido libre de todo cuerpo de doctrina

y batida sólo por los intereses de la vida material : era alegre de espíritu y vivía independiente en un país bellissimo, lleno de recursos, bien regado, fértil, abundante, y que no tenía ningún punto de contacto con la adusta é imponente severidad del clima abrasador de la África, siempre seco, rígido, oscuro por su mismo fuego como el Korán ; y en donde sólo la noche y las sombras dan expansión al alma de los mortales y de las fieras. El gaucho era en el fondo un ser completamente descreído : su religión era un deísmo *sui generis* que se reducía á figurar una cruz con los dedos, ó á besar el escapulario que llevaba al pecho, en los momentos difíciles de la vida. Una vez que lo hacía, se tenía por salvado en el cielo, si moría ; ó por amparado del poder y del favor de Dios, si se salvaba. Después, ya no volvía á acordarse de sus deberes religiosos, sino para saludar los símbolos del catolicismo, si los encontraba á su paso : una cruz de un sepulcro, un fraile, ó la puerta de una iglesia. Con esto, se tenía por católico romano y por papal, sin entender palabra de la cosa, y sin procurar entenderla tampoco ; porque todo lo demás era para él asunto puro de tradición, de que no se daba otra cuenta sino como de un hecho superior, que le venía impuesto por el asentimiento vago del pueblo, por una tradición que, aunque desprovista de doctrina, dominaba en las campañas y en las chozas donde criaba á su familia.

VICENTE FIDEL LÓPEZ.

LOS GRANADEROS.

Los Granaderos á caballo son la epopeya de la revolución de la Independencia. Cuéntanse diez y nueve generales y cerca de doscientos oficiales de todas graduaciones salidos de sus filas. Halláronse sus escuadrones en San Lorenzo, donde probaron sus sables, anchos en la punta, suavemente templados, de empuñadura delgada y montados con adorable equilibrio. Las fábricas europeas dejaron de mandar después armas de munición de la calidad de aquellas, de que se encontraban todavía algunas hojas ahora veinte años en Mendoza y Chile. Pero los Granaderos á caballo no las usaron como salían de la fábrica, sino después de pasadas á molejón, hallando siempre los soldados que les quedaba sabrosa la mano al dar una cuchillada.

Sus escuadrones se encontraron sucesivamente en Montevideo, en Tucumán, en Mendoza, en Chacabuco, Talcahuano, Maipo, Lima, Junín y Ayacucho. Á las órdenes del comandante don Juan Lavalle, se batió el suyo en retirada en Torata y Moquegua, atravesó á pie con el recado al hombro los arenales dilatados del norte del Perú, pereciendo de sed, y llegó al Ecuador, donde á vista del Chimborazo y de Bolívar, dos dignos testigos de sus hazañas, por sólo mostrar la pujanza de sus mandobles, se batieron con una división española de cuatrocientos hombres, éstos á lanza, á sable aquéllos, dejando ciento cincuenta muertos en cambio de algunos chuzazos recibidos. Á la hazaña de Riobamba se siguió la batalla de Pichincha.

En 1826, un día los vecinos de Buenos Aires acudían en tropel á ver entrar ciento veinte hombres al

mando del coronel Bogado, últimos restos de los Granaderos á caballo, que volvían después de trece años de campaña por todas aquellas Américas, como ellos decían, á deponer sus armas en el Parque de donde las habían tomado, anunciando que no quedaba un español armado en todo el continente. Sus armas y sus estandartes formaron un trofeo en la sala de armas.

La tarea estaba terminaba. ¡No sabemos si la patria les dió las gracias! Siete soldados volvieron, los únicos que quedaban vivos ó reunidos en cuerpo de los que salieron del Retirò. De éstos sí que sabemos que no fueron distinguidos por pensión ni gracia alguna.

En la guardia de prevención traían dos reos, que fueron remitidos á las autoridades. Eran dos soldados de los sublevados que entregaron á los españoles las fortalezas del Callao. Dos traidores á la patria. Rivadavia mandó fusilarlos. La guerra del Brasil iba á comenzar, y ante todo era preciso remontar la moral del nuevo ejército, con el castigo de delincuentes que de luengas tierras venían á su patria á servir de escarmiento.

¿Cómo se obraron estos prodigios?

Hasta la creación del regimiento de Granaderos á caballo, el patriotismo y el valor habían disipado su fuerza en combates sangrientos en que perecieron á millares los más distinguidos ciudadanos. Los caminos que conducen al alto Perú se veían desde 1811 adelante cubiertos de grupos de jóvenes de las primeras familias, estudiantes que abandonaban su carrera, comerciantes que cerraban sus almacenes para acudir á los campos de batalla, como el pueblo de París en los días gloriosos de la revolución marchaba á la frontera al grito de la patria en peligro.

San Martín se propuso economizar hijos á las ma-

dres y brazos á la industria, montando esa mecánica humana que se llama regimiento, compuesto de articulaciones animadas, pero con una sola alma y un solo espíritu; máquinas de vencer resistencias, de matar en regla con pocos brazos y mucha potencia de destrucción. La táctica y la disciplina eran mucho; pero más era el espíritu moral de estos veteranos que debían imprimir su sello á todos los ejércitos. Tomó al efecto jóvenes robustos, bellos, educados en las maneras cultas, susceptibles de todos los sentimientos nobles. Hízoles llevar la cabeza erguida con exageración, y avanzar el pecho hacia adelante con altanería. Para atusarse los bigotes debían levantar ambos codos más arriba de la altura de la mano, y no dar vuelta la cara sin volver el cuerpo entero. El lenguaje insolente de estos matones debía corresponder á su talante, y sus actos á su lenguaje. Una sociedad secreta cuidaba de que todo insulto fuese lavado con sangre, y toda acción innoble trajese en pos la excomunión del mal caballero, á quien ninguno de sus compañeros dirigía la palabra hasta su separación del cuerpo. Permitidas las calaveradas extravagantes ó licenciosas, con tal que fuesen de buen género y en buena compañía, estos bizarros ginetes, galanes rendidos, sableadores insignes, han dejado por toda la América rastros de proezas que es lástima no pueda la historia recoger, como el polvo que se pega á los grandes monumentos. De diez cuabras podía conocerse á la distancia un oficial del ejército de San Martín, por esa transfiguración del aspecto humano, obrada por la dilatación del espíritu; y hasta ahora es fácil conocer un viejo coronel ó un simple soldado, por la manera de llevar la cabeza á la Saint-Just, mirando más arriba del horizonte.

LA SELVA DE LA YERBA-BUENA.

Después de hora y media de marcha, penetramos en la selva de la Yerba-Buena. Fué entonces que se ofreció ante nosotros un espectáculo maravilloso, que se prolongó durante dos horas, hasta llegar á la cumbre, sin perder un momento su grandiosidad, ganando á cada instante por los paisajes que se desarrollaban al pie del cerro, á medida que trepábamos.

Cuando he empezado á escribir estos recuerdos de mi viaje á Tucumán, he estado á punto de abandonar la empresa, sólo pensando en que llegaría un momento en que me sería indispensable la descripción de lo que he visto en la selva de la Yerba-Buena. Sea que el género descriptivo me ofrezca dificultades insuperables, sea que la sequedad de la narración impida desarrollar aquel cuadro en toda la intensidad de su belleza, el hecho es que me siento aniquilado ante el simple recuerdo de aquella maravilla: jamás he visto una vegetación semejante; he viajado por Europa y he estado varias veces en Río Janeiro, admirando la fecundidad de aquella tierra en que las palmeras brotan á la orilla de los caminos y en los intersticios de las rocas. He contemplado las selvas de la Francia, los bosques de la Italia y aquellos pinos gigantes que en los Alpes suizos nacen en el abismo y levantan su cabeza buscando la vivificante luz del sol. Todo es pálido, todo cede ante la opulencia agobiadora del suelo tucumano. Hay algo de intensamente primitivo en esa grandeza salvaje; parecen restos de otras épo-

cas perdidas en la edad del mundo, y para encontrar una vaga analogía en el espectáculo, se necesita recordar las ilustraciones que traen los libros de los viajeros de la India.

Laureles gigantescos, cuyo tronco formidable mide tres ó cuatro metros de circunferencia, levantándose al cielo arrogantes y esbeltos; lianas y enredaderas monstruosas que los cubren por completo, cayendo desde su copa en brazos sueltos de cinco á seis pulgadas de espesor, meciéndose lánguidamente bajo la acción del viento; miles de parásitos incrustados en el árbol y viviendo de la generosa vida del gigante, especie de cactus arraigados en la bifurcación de sus brazos, conservando en su espléndido tallo el agua fresca y cristalina que apagaría la sed del viajero, si un arroyo que parece correr sobre un lecho de diamantes no bajara serpenteando caprichosamente; naranjos silvestres que embalsaman el aire y encantan la vista con sus frutos de oro y sus hojas de un verde oscuro que contrastan bellisimamente con el claro color del nogal silvestre, que á su vez parece pugnar en tamaño con los titánicos laureles; el arrayán, que ostenta su pequeña fruta roja, como rubies engarzados en hojas de esmeralda; una vegetación vaga, indefinida, indescriptible que se levanta confundida hasta veinte pies del suelo, con sus mil colores, con sus flores de toda especie; precipicios profundos á ambos lados del camino, cuyo fondo no se alcanza á ver, porque las copas de los árboles que arrancan de su lecho se elevan hasta la cumbre en que marcháis, formando un velo impenetrable á cuya sombra parece entregarse la naturaleza á las misteriosas y secretas ansias de la fecundación; y luego allá, á lo lejos, al pie de la montaña, el valle entero de Tucumán, surcado por mil ríos que dibujan sobre el verde elegan-

tísimos filamentos de plata ;... ¡ he ahí los elementos de ese cuadro que hace inclinar la cabeza, que ensancha el corazón y acelera la sangre entre las venas!

MIGUEL CANÉ.

SAN LORENZO.

Remontando la corriente del Paraná, el viajero divisa á la distancia dos blancas cúpulas, que en lontananza hacen la ilusión de alas de garzas que hien-den el espacio; más de cerca, parecen velas de embarcaciones que se levantan sobre los bosques de las islas circunvecinas; hasta que, aproximándose á la gran cancha que lleva el nombre del fronterizo monasterio de San Lorenzo, se destacan en el horizonte su atrevida torre y su media naranja blanqueadas, y á su inmediación un pino gigantesco cuya forma atormentada atestigua el embate de los huracanes del tiempo.

Allí alcanzó San Martín su primer triunfo americano, y aquel pino marca el punto de partida de su gran campaña continental, cuyo teatro de operaciones fué la América meridional, á través de ríos, pampas mares y montañas...

Al frente del monasterio, por la parte que mira al río, se extiende una vasta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, á cuyo pie se extiende la playa, media una distancia de poco más de 400 varas, lo suficiente para dar una carga á fondo. Dos sendas sinuosas, — una sola de las cuales era

practicable para infantería formada, — establecían la comunicación, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior.

Con estos conocimientos recogidos á la luz incierta que precede al alba, San Martín dispuso que los Granaderos saliesen del patio, y se emboscasen formados con el caballo de la brida tras de los macizos claustros y tapias posteriores del convento, que enmascaraban estos movimientos; haciendo ocupar á Escalada y sus voluntarios posiciones convenientes en el interior del edificio, á fin de proteger el atrevido avance que meditaba. Al rayar la aurora, subió por segunda vez al campanario, provisto de su anteojo militar.

Á las 5 de la mañana del 3 de Febrero, empezó á iluminarse el horizonte, destacándose de entre las sombras de la noche aquel pintoresco paisaje de grandes aguas tranquilas y de resplandeciente verdura, velado de nieblas transparentes, en medio al cual el monasterio, los buques y los hombres aparecían como puntos perdidos en el horizonte. Pocos momentos después, las primeras lanchas de la expedición, cargadas de hombres armados, tomaban tierra. Á las cinco y media de la mañana, subían por el camino principal dos pequeñas columnas de infantería en disposición de combate.

San Martín, bajando precipitadamente de su observatorio, encontró al pie de la escalera á Robertson, y le dirigió estas palabras: « Ahora, en dos minutos más, estaremos sobre ellos sable en mano. » Un arrogante caballo bayo, de cola cortada al corvejón, militarmente enjaezado, se veía á pocos pasos, teniéndolo de la brida su asistente Gatica. Montó en él, apoyando apenas el pie en el estribo, y corrió á ponerse al frente de sus Granaderos. Desenvainando su sable corvo de forma morisca, con empuñadura abierta,

arengó en breves y enérgicas palabras á los soldados, á quienes, por la primera vez, iba á conducir á la pelea, recomandándoles que no olvidasen sus lecciones, y, sobre todo, que no disparasen ningún tiro, fiándose únicamente en sus lanzas y en sus largos sables. Después de esto, tomó en persona el mando del 2º escuadron, y dió el del 1º al capitán don Justo Bermúdez, diciéndole: — « En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos, y allí daré á V. mis órdenes. »

Los enemigos habian avanzado, mientras tanto, unas 200 varas, en número como de 250 hombres. Venian formados en dos columnas de compañía por mitades, con la bandera desplegada, y traian al centro y un poco á vanguardia, dos piezas de artillería, marchando á paso redoblado á son de pífanos y tambores.

En aquel instante, resonó por la primera vez el clarín de guerra de los Granaderos á caballo, que debía hacerse oír por todos los ámbitos de América, desde el Paraná hasta el pie del Pichincha. Instantáneamente, salieron por las dos alas del monasterio los escuadrones, sable en mano y en aire de carga, tocando á degüello. San Martín llevaba el ataque por la izquierda, y Bermúdez por la derecha.....

Las cabezas de las columnas españolas, desorganizadas por la primera carga, que fué casi simultánea, se replegaron sobre las mitades de retaguardia, y rompieron un nutrido fuego contra los agresores, recibiendo á varios de ellos en la punta de sus bayonetas.

San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zavala, jefe de toda la fuerza de desembarco. Al llegar á la línea, recibió á quema-ropa una des-

carga de fusilería y un cañonazo á metralla, que matando su caballo, le derribó en tierra, tomándole una pierna en su caída. Trabóse á su alrededor un combate parcial al arma blanca, recibiendo en él una ligera herida de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya á atravesarlo con su bayoneta, cuando uno de sus granaderos llamado Baigorria (puntano), lo atrevesó con su lanza.

Imposibilitado de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido al fin en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiera venido en su auxilio, echando resueltamente pie á tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza á su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancias en que los enemigos, reanimados por Zavala á los gritos de *¡ Viva el rey !* se disponían á reaccionar; y recibe en aquel acto dos heridas mortales, gritando con entereza : « ¡ Muero contento ! ¡ Hemos batido al enemigo ! » Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila ; era natural de Corrientes, y murió dos horas después, repitiendo las mismas palabras...

La victoria que había tardado tres minutos en decidirse, se consumó en menos de un cuarto de hora.

Los españoles, desconcertados y deshechos por el doble y brusco ataque, se replegaron haciendo resistencia sobre el borde de la barranca, abandonando en el campo su artillería, sus muertos y sus heridos. La escuadrilla rompió entonces el fuego para proteger la retirada, y una de sus balas hirió mortalmente al capitán Bermúdez, en el momento en que, habiendo asumido el mando en jefe por la imposibilidad de San Martín á consecuencia de su caída, llevaba la última carga. El teniente D. Manuel Díaz Vélez que le acompañaba, arrebatado por su entusiasmo y el

impetu de su caballo, se despeñó de la barranca, recibiendo en la caída un balazo en la frente y dos bayonetazos en el pecho.

Estrechados sobre el borde de la barranca y sin tiempo para rehacerse, los últimos dispersos del enemigo no pudieron mantener su posición, y se lanzaron en fuga á la playa baja, precipitándose muchos de ellos por el despeñadero, por no acertar á encontrar las sendas de comunicación.

Una vez reunidos en la playa y cubiertos por la barranca como por una trinchera protegida por el fuego de sus embarcaciones, los restos escapados del sable de los Granaderos consiguieron embarcarse, dejando en el campo de batalla su bandera y su abanderado, dos cañones, 50 fusiles 40 muertos y 14 prisioneros, llevando varios heridos, entre éstos, su propio comandante Zavala, cuya bizarra comportamiento no había podido impedir la derrota.

Los Granaderos tuvieron 27 heridos y 13 muertos, siendo de estos últimos : — dos porteños, tres puntanos, un oriental y un santiaguëño, estando todas las demás Provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus más valientes hijos para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte...

En el huerto del convento de San Lorenzo, consérvase aún el pino añoso, á cuya sombra, según cuenta la tradición, descansó San Martín el 3 de Febrero de 1813, después de la jornada de aquel día, bañado en su propia sangre y cubierto con el polvo y el sudor de la victoria.

BARTOLOMÉ MITRE.

EL CHIMBORAZO.

La cordillera de los Andes, á pesar de extenderse en una longitud de 1,500 leguas, en ninguna parte presenta tanta aglomeración de montañas, picachos elevados y altas mesetas, como en el Ecuador; principalmente desde la línea hasta 3^o Sur. Tres especies de formas principales tienen las altas cimas de los Andes. Los volcanes activos, que no tienen sino un solo cráter de extraordinaria dimensión, son unas montañas cónicas con cúspides más ó menos truncadas, como el Cotopaxi y Tunguragua. Los volcanes cuya cima está destrozada por una larga serie de erupciones presentan crestas erizadas de puntas de rocas quebradas y que amenazan ruina, como, como el Altar y Carahuirazo. La tercera forma es la más magnífica de todas; tal es aquella del Chimborazo, cuya cima es redondeada.

Esta majestuosa y corpulenta montaña, cuyo cono se halla sentado en la *mesa de Tapi*, elevada á 3,176 varas sobre el nivel del mar, levanta su plateada cúspide, como el gigante de los Andes, dejándose ver á muchas leguas de distancia desde el océano Pacífico. El Chimborazo es el punto culminante de la República; su cúspide está á 7,682 varas de altura; y es, ciertamente, un volcán apagado. Su masa se compone de la acumulación de fragmentos de rocas traquíticas; sus ángulos son siempre agudos, las muchas grietas que le surcan parecen divergir de un antro común, y puede compararse á la superficie de una vidriera estrellada.

Las aguas que dan sus ventisqueros no corresponden de ningún modo á la enorme cantidad de nieve que tiene esta corpulenta montaña, pues nevados más pequeños dan veinte veces más cantidad; sus aguas deshechas son sin duda absorbidas por la porosidad de la roca. La magnificencia del Chimborazo hace que todos los viajeros lo visiten con placer. El célebre filósofo A. barón de Humboldt lo subió á una altura de 5,909 metros, á la que ninguno había llegado; mas el intrépido Bolívar pasó este límite, y sentado, con faz serena, escribió su delirio tan lleno de fuego y contemplación. En el año de 1831, el infatigable é ilustre físico Mr. de Bousingault lo subió en compañía del esclarecido patriota coronel Hall, á una altura de 6,004 metros, quedándoles sólo que subir 520 metros para llegar á su cumbre.

Esta pirámide majestuosa es la única en el mundo que ha tenido un viajero á 6,004 metros de altura absoluta, que es, sin disputa, la mayor elevación á que los hombres han ascendido en las montañas. El barón de Humboldt dice : « el Chimborazo se levanta sobre toda la cadena de los Andes, semejante á esa cúpula majestuosa, obra del genio de Miguel Ángel, sobre los antiguos monumentos que rodean el Capitolio. »

Al Chimborazo se puede subir por dos puntos : por el *Arenal*, y por *Chillapullo*; por el primero, la pendiente es áspera, y la nieve parece rasgada por muchos picos de la roca traquítica; por *Chillapullo*, el declive es menor, pero la cuesta es más larga. Para subir por el segundo punto, que está cerca de Mocha, se duerme en la hacienda del Chimborazo, á una altura de 3,800 metros; desde allí, se sube en mulas hasta la altura de 4,808, y después, á pie, hasta 5,115 metros, siendo imposible pasar adelante por la rapidez

de su pendiente. Por el Arenal se sube á caballo hasta la altura de 4,945 metros, y á pie, con muchos peligros, hasta la altura de 6,004 metros, de donde no es posible pasar, porque las masas de nieve sobresalen de la vertical, como si se fuesen á desplomar, presentando, por su faz inferior, una aglomeración de maravillosas y vistosas estalactitas que forman, ya sistemas de columnas, ya pintorescas cascadas.

En la base de esta hermosa montaña, se halla el volcán extinguido de *Calpi*, de una roca porfidica que se asemeja al basalto; está contiguo á la eminencia llamada *Yanaurcu*, que es una roca traquítica abierta por todas partes y cubierta de grietas: en ellas hay una caverna donde se oye el ruido de una cascada subterránea, que, según la intensidad del sonido, la masa de agua que la ocasiona debe ser considerable; y es tanta su profundidad, que las sondas que se han echado no dan con el fondo. Este río es, sin duda, el que se forma por la absorción de las aguas del Chimborazo, y le estorba inflamarse, puesto que á pesar de estar contiguo al volcán de Carahuirazo, tan elevado en otro tiempo, ha permanecido inofensivo, conservando siempre su primacía como el padre de los Andes. La enormidad de su mole produce un efecto óptico que es curioso de notar, pues por esta causa, no puede calcular el viajero la verdadera distancia á que se encuentra el monte, sucediendo con frecuencia, que parece retirarse cuanto más se aproxima. Es también notable el fenómeno meteorológico que se observa á causa del gran enfriamiento que produce en las columnas de aire que se acercan al monte, pues todas ellas inciden á él, sirviendo como de centro á todos los vientos. Se halla á 20 millas O.N.O. de Riobamba.

PASO DE LOS ANDES. — CHACABUCO.

- Pronto puso San Martín al ejército en estado de comenzar una campaña que ya no podía envolverse en el misterio. En la necesidad de preparar el campo para las operaciones bien meditadas de antemano, fomentó sublevaciones de patriotas al otro lado de las Cordilleras, que distrajeron la atención de las autoridades españolas, al mismo tiempo que por medio de parlamentos con los indios del sur de Chile, persuadió á las mismas autoridades á que, en caso de invadir, tomaría una ruta que estaba muy lejos de su verdadera intención.

El campamento de Mendoza tomó la actitud que debía tomar en realidad muy pronto al frente del enemigo. Desde la primera luz ya estaba San Martín en él; un tiro de cañón anunciaba la formación de todos los cuerpos, y las maniobras militares duraban todo el día, prolongándose á veces á la claridad de la luna.

Pero el ejército no podía aventurarse en los desfiladeros, sin un reconocimiento formal practicado de antemano. San Martín que, ayudado del espíritu de la revolución, había sabido convertir en director de sus parques á un fraile franciscano, halló un hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes capitanes de su artillería. Álvarez Condarco fué encargado del reconocimiento facultativo del camino de las Cordilleras, disfrazado con el carácter de parlamentario, portador de una nota dirigida al presidente de Chile, contraída á noticiarle la declaración de la Independencia Argen-

tina proclamada por el Congreso de Tucumán. Puede calcularse la impresión que causaría á Marcó esta embajada, verdadero desafío á su poder puesto en ridículo, mucho más cuando forzosamente tenía que disimular su enojo, por temor de empeorar la suerte de sus compatriotas prisioneros en el territorio de Cuyo.

Mientras se practicaba por aquel medio ingenioso el reconocimiento del tránsito, dividió San Martín el ejército en tres cuerpos principales, de los cuales él se reservó el mando de la reserva, confiando al mayor general D. Miguel Estanislao Soler la vanguardia, y el centro al general O'Higgins. Zapiola, Crámer, Las Heras, Alvarado, Plaza, etc., eran los principales entre los valientes jefes que le acompañaban. La infantería montaba al número de tres mil hombres, la caballería regular á 600 granaderos, la artillería, compuesta de diez cañones de á seis, de dos obuses y de cuatro piezas de montaña, la servían trescientos hombres. Mil y doscientos milicianos montados y algunos hombres destinados á conducir los víveres y forrajes y á despejar el terreno, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un ejército de cinco mil y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes argentinos se levantaban delante de esta expedición que llevaba la libertad á la falda que mira al océano Pacífico. Cumbres más elevadas que el Chimborazo, nieves perpetuas que se mantienen á la altura de cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas á otras desnudas de toda vegetación, constituyen la naturaleza de esa cordillera, en cuyos valles angostos, en que serpentean los torrentes, no encuentra el viajero más que peligros. Estos valles, algunos de los cuales se prolongan con el nombre de quebradas de un lado al otro, facilitan la comunicación entre nuestra República y la de Chile. El ejército se

internó por dos de estas quebradas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas entre sí. En el término de diez y ocho días, y después de caminar al borde de los abismos más de ochenta leguas, comenzaron aquellos bravos á descender las primeras pendientes occidentales, y el 4 de Febrero de 1817, reunidas las vanguardias de las dos divisiones invasoras, comenzaron á guerrillar al enemigo. Dos brillantes jóvenes de Buenos Aires, célebres más tarde en la gran guerra de la Independencia, Nechochea y Lavalle, tuvieron la principal parte en estos primeros encuentros. Los españoles, después de varios movimientos en diversas direcciones que demostraban la sorpresa y el terror que les infundía el desnudo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del general Maroto al pie de la CUESTA DE CHACABUCO. Allí les fué á buscar San Martín el día 12 de Febrero.

El ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus equipajes y municionándose cada soldado con setenta cartuchos. Á las dos de la madrugada del 12, comenzaron á moverse los patriotas, divididos en dos cuerpos, el uno á las órdenes de Soler, y el otro á las de O'Higgins. San Martín los seguía de cerca y rodeado de su estado mayor; á media legua de la cuesta, donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron á operar, la una á la derecha, y la otra á la izquierda. La acción se trabó poco después, y las cargas á la bayoneta dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granaderos á caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea pusieron en completo desorden al enemigo y le obligaron á huir, dejando dueño del campo al general San Martín. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco después del medio

día estaban en poder de los vencedores, todo el parque de los realistas, sus cañones, armamento y el estandarte del batallón de Chiloe. Más tarde y á consecuencia de esta victoria, se tomaron seis banderas más, tres de las cuales se conservan en la catedral de Buenos Aires.

El vencedor en Chacabuco, quedó inscrito desde el memorable 12 de Febrero, en el número de los grandes capitanes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las más ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron naturalmente al lado de Anibal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce días después. Á las tres de la tarde del 26 de Febrero, el Director, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en Chacabuco, que colocada en lo alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo á las banderas nacionales de los batallones de patricios. El pueblo se agolpó á presenciar aquel espectáculo, y sus alegres aclamaciones se mezclaron á las salvas de la artillería y á los repiques de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba á nuestra población, la prensa de aquellos días exclamaba con entusiasmo: « Gloria inmortal á cuantos han tenido la dicha de merecer el elogio sublime del regocijo público de sus compatriotas. »

El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento al vencedor, con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pensión vitalicia de 600 pesos, á favor de su hija D.^a María Mercedes Tomasa de San Martín, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones: *La patria en Chacabuco. Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile.*

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

LA CAÑADA DE LAS CALAVERAS.

La cañada de las Calaveras es una de las más estu-
pendas construcciones de la naturaleza. Está situada
á 291 metros de altitud y formada por dos montañas
paralelas, sin declives, casi cortadas de alto á bajo,
que no se elevan sobre la superficie de la cañada me-
nos de 1,500 metros, y que están cuando más 300
metros de distancia una de otra. Extendida esta an-
gostura desde la cadena central que la cierra por el
Oriente, termina á un kilómetro más ó menos en la
laguna del Inca, torciendo violentamente hacia el
Norte por una garganta fragosa, cubierta de nieves
eternas, y cuyo fondo está ocupado por la laguna en
una extensión que no baja de cinco kilómetros.

La laguna tendrá 800 metros de anchura, y el azul
oscuro de sus cristalinas aguas indica una profundi-
dad enorme.

Todo es lúgubre y solemne en aquel portentoso
templo, cuyas colosales murallas bien merecen tener
por techo el firmamento. Pero las horas de su lúgubre
esplendor son las de la noche. Nadie las pasa allí,
sino es forzado por alguna tormenta. Con todo, yo
había pasado en la casucha de las Calaveras, dos años
antes, una noche serena. Llegamos cuando ya se os-
curecía en el valle del Juncal, en tanto que las nie-
ves de las cimas de la garganta de las Calaveras esta-
ban doradas por los rayos del sol poniente, y refleja-
ban en el fondo una luz amarilla que daba á todo el
color del oro.

Los vientos ecuatoriales descendían mansamente arrastrando en girones y en grandes masas el éter trasparente, que se veía rodar como si fuera un vapor incoloro, que dejaba lucir el azul del cielo. Apagadas casi de repente las luces del sol, cayeron las sombras de la noche, y en el techo de aquel prodigioso templo se veían, entre infinitas y lucientes estrellas, Marte, como una oscura réfulgente, y Júpiter y Venus, que caían al ocaso, como dos lunas de ópalo y de topacio iluminando el cielo.

Allí no hay oscuridad verdadera en una noche serena; pero tampoco hay luz, sino una claridad incierta, oscilante, que se refleja de las nieves diseminadas en las pendientes, dando á las sombras proporciones colosales, haciendo aparecer fantasmas donde quiera que hay un punto oscuro, y dejando relumbrar con un brillo tétrico los hilos de agua que se desprenden de las nieves y que de día parecen corrientes de plata derretida.

Al pie de la montaña del Norte brama sordamente el torrente que se desprende de las nieves del Portillo y que va recogiendo las demás vertientes para ir á formar allá abajo el río Aconcagua.

El espíritu está allí en una especie de vértigo. Los ojos no bastan para discernir cuanto se ve en aquellas horas de noche, y los oídos están asordados por el estruendo. Las derivaciones del viento tropical se hacen más violentas y van tronando al engolfarse en la garganta de la laguna y al descender al valle del Juncal.

Aquel paraje debía llamarse el templo de los fantasmas. ¿Por qué se llama *de las Calaveras*?

Uno de mis guías respondió á mi pregunta:

— Es — me dijo — porque encima de esta casucha había en otros tiempos dos calaveras, que conoció mi

abuelo, que era también viajero como yo y que sabía la historia.

— Cuéntamela, — le repliqué, tomando asiento en una piedra al rededor del fuego que habían encendido los arrieros para hacer su cena.

— ¡Ah! no, señor, aquí no se puede; mañana se la contaré.

— ¿Por qué no se puede? Ahora es cuando debes contármela, para entretener la noche.

— ¿Y si se nos aparece la viuda? — me dijo con viveza. — En este lugar, señor, hay muchas visiones. No tiene más que extender la vista. Aquí penan más que en el panteón de San Felipe.

La resistencia del narrador dió lugar á un diálogo, en que los demás me contaron, cada uno un poco, la historia de las calaveras.

Es la sempiterna tradición de la viuda que se conoce en todas las ciudades y los campos del país, variada aquí en algunos detalles por las circunstancias del lugar.

Según el guía, su abuelo había visto en tiempo de los españoles, muchas veces á la viuda, que salía de noche á inquietar á los pasajeros que se veían precisados á estar por aquellas horas en este lugar. La viuda era hermosa y seductora, y cuando un viajero se le resistía, le cortaba la cabeza, que dejaba en el camino, y arrastraba el tronco á la laguna.

Los que la seguían iban á ser encantados y á servir al rey Inca, que vive en los fondos de la laguna en palacios de oro y de cristal.

Una vez había hecho destrozos la viuda. Una caravana entera de pasajeros, que se había visto precisada á parar en aquella cañada una noche, había sido degollada, y sus cabezas palpitantes habían caído á aumentar el número de las calaveras que cubrían el camino.

.

Dos oficiales de un barco del rey que estaba en Valparaíso oyeron referir el suceso, y animosos como eran, emprendieron viaje para conocer de cerca á la sitibunda y temible viuda.

Llegaron á la casucha, y después de alojados, salieron en busca de su aventura. La viuda no tardó en presentárseles á provocarlos con sus poderosos atractivos, y atraerlos hacia la laguna. Uno de ellos logró asirla, y en vez de atacarla la estrecha entre sus brazos. La viuda se desploma en huesos pelados, como un esqueleto, dejándole entre los brazos y pegada á sus labios su cabeza. Su cabeza era una calavera en cuyas hondas cuencas relucían los ojos como dos luciérnagas verdosas.

El oficial cayó muerto.....

Las montañas se conmueven con una espantosa tronada, y la nieve comienza á caer en aludes enormes desde las cumbres y del cielo. El otro oficial gana la casucha, y desde la puerta divisa que la nieve va cubriendo los huesos y el cadáver, y que á medida que sube, la cabeza de su amigo, unida á la calavera de la viuda, flotan encima.

La nieve sube más, cubre al fin la casucha, y el oficial queda prisionero y sepultado en aquel oscuro hueco.

Después de algunos días, el deshielo hizo rodar á la laguna el cadáver y los huesos; las dos calaveras quedaron encima de la casucha, y el marino fué á tomar el hábito de donado en San Francisco de Curimón. El abuelo de mi guía le había conocido, le había oído la historia y había visto las dos calaveras.

LA ABDICACION DE SAN MARTÍN.

Se ha dicho con verdad, que sólo dos grandes figuras de los tiempos modernos, bajaron tranquilas de la cima de la grandeza: — Washington y San Martín, — porque ellos no fueron ni poder, ni ambición, ni partidos, ni odios, ni gloria egoísta, sino una misión que debía concluir en un día irrevocable, en medio de la propia existencia.

Washington no abdicó. Al colgar su espada después del triunfo, y entregar el poder público en manos de un pueblo libre, afirmó la corona cívica sobre sus sienes, siguió sin violencia el ancho camino que le estaba trazado, y alumbrado por astros propicios, se extinguió en el reposo con la angélica serenidad de los genios tutelares.

San Martín abdicó en medio de la lucha, antes de completar su obra, no por su voluntad, como él lo dijo en su despedida y como se ha creído por mucho tiempo, sino forzado por la lógica de su destino y obedeciendo á las inspiraciones del bien; y en haberlo reconocido en tiempo bajo los auspicios de la razón serena, consiste la grande moral de su sacrificio. Buscó su camino en medio de la tempestad en que su alma se agitaba, y lo encontró; y tuvo previsión, abnegación, y fortaleza para seguirlo, y por eso el sacrificio no fué estéril.

El Perú había sido libertado por un puñado de cuatro mil hombres (dos mil argentinos y dos mil chilenos) contra veintitrés mil soldados, que mante-

nían en alto los últimos pendones del rey de España en toda la extensión del continente americano. San Martín, sosteniendo en sus brazos robustos, como muy bien se ha dicho, el cadáver de su pequeño ejército diezmado por la peste y los combates, había declarado la independencia del Perú.

Esta grande empresa, realizada con tan pobres medios, con tanta economía de fuerzas y de sangre, y tan fecundos resultados, se caracteriza como profunda combinación política y militar, en que circunscribió la lucha de la independencia americana á un punto estatégico; en que forzó el último baluarte de la dominación española en Sud-América; en que hirió el poder colonial en el corazón, con la espada de Chacabuco y Maipo; en que encerró en un palenque sin salida á los últimos ejércitos republicanos y realistas, dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo combate á muerte, la causa de la emancipación de un mundo.

Desde ese momento, el triunfo de la causa de la independencia americana dejó de ser un problema militar y político: fué simplemente cuestión de más esfuerzos y tiempo.

Desde ese día, el sol al levantarse sobre del hemisferio de Colón, no alumbró más esclavos que los que aun continuaban aherrojados bajo las plantas de los últimos ejércitos realistas, atrincherados en las montañas del Perú.

Pero, para alcanzar la victoria definitiva, era necesario que el mismo Perú hondamente revolucionado pusiese sobre las armas diez mil soldados más, y el Perú no podía ponerlos. Chile no podía repetir el supremo esfuerzo que había hecho, para remontar sus tropas expedicionarias. La República Argentina, política y socialmente disuelta, al mismo tiempo que sus

hijos ausentes emancipaban lejanos pueblos, no podía enviar nuevos contingentes á su ejército libertador de los Andes.

Mientras tanto, las legiones triunfantes de Bolívar, que desde las bocas del Orinoco habían cruzado de mar á mar el continente, se encontraban con las de San Martín, que desde el Plata habían cruzado al Pacífico, dominándolo; y bajo la línea ardiente del ecuador y al pie del Chimborazo, se saludaban las banderas independientes de las provincias unidas del Río de la Plata, de Chile, del Perú y de Colombia, sellando la alianza continental con una nueva victoria alumbrada por los fuegos volcánicos del Pichincha.

En tal situación, Colombia era el árbitro de los destinos del Nuevo Mundo, y en manos del Libertador Bolívar estaba la masa hercúlea que debía dar el golpe final, en el supremo y definitivo combate que iba á librarse en el Perú.

Para concentrar este supremo esfuerzo, los dos grandes Libertadores se encontraron en aquel punto céntrico del mundo en que sus soldados habían fraternizado. Sus miradas se cruzaron como dos relámpagos en la región tempestuosa de las nubes; sus brazos se unieron, pero sus almas no se confundieron, porque comprendieron, que aunque profesaban una misma religión, no pertenecían á la misma raza moral.

Bolívar era el genio de la ambición delirante, con el temple férreo de los varones fuertes, con el corazón lleno de pasiones sin freno, con la cabeza poblada de flotantes sueños políticos, sediento de gloria, de poder, de resplendor, de estrépito, que acaudillando heroicamente una gran causa, todo lo refería á su personalidad invasora y absorbente. Él mismo se ha retratado así, prorumpiendo en uno de sus teatrales simulacros de renuncia del mando supremo: — « Salvadme de

mi mismo, porque la espada que libertó á Colombia no es la balanza de Astrea. »

San Martín era el vaso opaco de la Escritura, que escondía la luz en el interior del alma : el héroe impersonal que tenía la ambición honrada del bien común, por todos los medios, por todos los caminos, y con todos los hombres de buena voluntad, según él mismo se ha definido en la intimidad con estas sencillas palabras : « Un americano, republicano por principios, que sacrifica sus mismas inclinaciones por el bien de su suelo. »

Por eso los dos murieron en el ostracismo. El uno en su edad viril, precipitado de lo alto, con las entrañas devoradas por el buitre de su inextinguible ambición personal, llorando hasta sus últimos momentos el poder perdido. El otro descendió sereno y resignado la pendiente del valle de la vida, con la estóica satisfacción del deber cumplido, guardando en su ancianidad el secreto roedor de sus tristezas, como en los heroicos días de su épica carrera había guardado el sigilo pavoroso de sus grandes concepciones militares.

Estas dos naturalezas opuestas y compactas, fuerte la una por sus defectos en el choque, y la otra por sus calidades en la resistencia, se midieron como dos gigantes al abrazarse, y se penetraron mutuamente. San Martín fué vencido por el egoísmo imperioso de Bolívar; pero San Martín venció á su rival en gloria, mostrándose moralmente más grande que él.

El Libertador de Colombia alcanzará más triunfos, cosechará más laureles y merecerá más la admiración de la historia por su gloriosa epopeya terminada.

El Libertador argentino, venciendo las más arduas dificultades, preparando el camino y vencíendose á sí mismo, merecerá en los tiempos la simpatía etérea de las almas bien equilibradas.

San Martín, con su alto buen sentido, dándose cuenta clara de la situación y de sus deberes para con ella, se inmoló friamente en aras de una ambición implacable, que era una fuerza eficiente, y cuya dilatación fatal era indispensable al triunfo de su causa.

Los realistas conservaban aún diez y nueve mil hombres en las montañas del Perú. San Martín apenas contaba con ocho mil quinientos, y necesitaba forjar nuevos rayos para continuar la lucha. Bolívar, al frente del victorioso ejército de Colombia, tenía en sus manos el rayo, que á uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder español en América; pero á condición de no compartir con nadie su gloria olímpica.

Ante esta solemne expectativa, San Martín reconoció el temple de sus armas de combate, y vió: — que el Perú flaqueaba, que su opinión pública estaba sublevada, que su ejército no tenía ya el acerado temple de Chacabuco y Maipo, y que no podría dominar estos elementos rebeldes sino haciéndose tirano. — Interrogó al porvenir, y previendo que en un término fatal su gran personalidad se chocaría con la de Bolívar, dando quizás un escándalo al mundo, y retardando de todos modos el triunfo de la América con mayores sacrificios para ella, prefirió eliminarse como obstáculo. — Sondeó su conciencia, comprendió que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria, y reconociéndose sin voluntad para ser tirano y sin poder moral y material para continuar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, y entregó á Bolívar la espada de Chacabuco y Maipo, después que se convenció de que su ofrecimiento de servir no sería aceptado.

Tal es el significado histórico y el sentido moral de la abdicación de San Martín.

BARTOLOMÉ MITRE.

PRIMERA FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES.

D. Pedro de Mendoza, natural de Guadix, gentil-hombre de cámara del Emperador, acababa de regresar de Italia, donde á las órdenes del condestable de Borbón, había tomado parte en el asalto y el saqueo de la ciudad de Roma. Mendoza volvió rico á España con su parte de botín; pero, no por eso su avaricia y su amor á empresas arriesgadas estaban satisfechos; y cuando supo que el gobierno, por escasez de fondos, no se resolvía á enviar una expedición al Rio de la Plata, para tomar por retaguardia el imperio de los Incas, él se ofreció á prepararla á su costa, y á conducirla á su destino.

Para este fin, se preparó la más brillante expedición que había salido de puertos españoles para la América. Componíase de veintidós naves, y más de 2,000 soldados aguerridos, entre ellos 150 alemanes, á cuyo número pertenecía Ulderico Schmidel, uno de los historiadores de la conquista. Entre los oficiales venían muchas personas de distinción.

En las capitulaciones otorgadas por el Emperador, había una que obligaba al *Adelantado* á traer cien caballos y cien yeguas, primer origen de los que después han cubierto nuestras fértiles llanuras.

La armada salió de San Lúcar el 1º de Setiembre de 1534; se detuvo en el Janeiro algún tiempo, y habiéndose enfermado gravemente D. Pedro, delegó el mando en D. Juan Osorio, á quien poco después hizo apuñalear por sospechas de infidencia.

À principios de 1535 entró la expedición al río de la Plata, y fondeó en la isla de San Gabriel. El Adelantado mandó en seguida á su hermano D. Diego, jefe de la flota, á reconocer la costa meridional, y se trasladó allí con toda ella, abriendo el 2 de Febrero de 1536 el cimiento de una trinchera de tapia, en cuyo recinto se construyeron los alojamientos de los españoles. Aquel mismo día puso el Adelantado en posesión de sus cargos á los capitulares que habían venido nombrados desde España. Á esta población se le dió el nombre de Puerto de Santa María de Buenos Aires, con motivo de haber exclamado el capitán Sancho García al poner el pie en tierra: *¡Qué buenos aires son los de este suelo!*

Ocupaban el país donde se había fundado la nueva ciudad los Querandís, raza belicosa y cazadora, cuyas armas eran una especie de dardo de madera fuerte, que les servía para combatir de cerca, las bolas arrojadas y la formidable bola perdida. De éstos descienden los actuales Pampas, que conservan las mismas armas, excepto el dardo que han convertido en chuzas, desde que tomaron posesión del caballo, introducido por los conquistadores.

La embocadura del Paraná y las islas de su delta estaban ocupadas por los Guaranís, que se extendían hacia el Norte por ambos lados del río, bajo diferentes denominaciones, Timbús, Calchaquis, Tapes, y otros, hasta tocarse con los Mbayas y los robustos Guicurús que vivían en el Chaco.

En la banda setentrional del río de la Plata, estaban las tribus feroces de los Charrúas y Yaros, y en las islas del Uruguay los inofensivos Chanás.

En el Entre Ríos, desde la margen del Uruguay hasta poco más allá del río Ibicuí, vivían los Minuanes; y desde allí para el Norte todo el país estaba

habitado por las diferentes tribus de los Guaranís.

Todos ellos se encontraban en un estado verdaderamente salvaje; vivían de la pesca ó de la caza; no tenían ninguna idea de Dios, ni noción alguna moral, y los lazos de familia eran apenas algo más fuertes que en los animales gregarios. Todos se pintaban el cuerpo, á excepcion de los Pampas; y todos vivían desnudos ó cubiertos de pieles de nutria, de guanaco y otros animales. Los que vivían á orillas de los ríos navegaban en canoas hechas de troncos de árboles. Sin agricultura, sin industria, sin cambios, estas tribus eran completamente pobres.

Los Querandís se pusieron muy pronto en guerra con los recién venidos; los víveres escasearon; la humedad del clima y la falta de habitaciones originaron enfermedades entre los pobladores. Para escarmentar á los indios fué enviada una partida de doce capitanes á caballo, y ciento treinta infantes á las órdenes de D. Diego Mendoza. Los Querandís les hicieron frente, y se batieron con una valentía que los conquistadores no habían encontrado hasta entonces en América. D. Diego fué muerto con una bola perdida, é igual suerte tuvieron diez de á caballo y veinte de á pie. Á fines de Junio la población misma fué vigorosamente embestida; los indios ataban manojos de paja encendida á las bolas arrojadizas, y tirándolas sobre las casas lograron quemarlas casi todas. La misma hostilidad dirigieron sobre los barcos fondeados en el Riachuelo, á cuyas inmediaciones estaba la nueva población.

Luis L. DOMÍNGUEZ.

SAN MARTÍN EN LA EXPATRIACIÓN.

Habitaba el marqués de las Marismas en los veranos una residencia de principes llamada Petit-Bourg, situada á una hora de camino por ferrocarril, entre Fontainebleau y París. San Martín le acompañaba allí con frecuencia, y talvez por un rasgo de la independencia de su espíritu, se decidió á comprar en la vecindad de aquel castillo una pequeña casa de campo en el precio de cinco mil pesos, y la cual su hijo político realizó después por una suma aun inferior. Tal fué la célebre posesión de Grand-Bourg, que algunos viajeros antojadizos, guiados sin duda por lo sonoro del nombre, han convertido en un palacio, cuando apenas podía considerarse superior á una choza.

Allí pasó el general San Martín sus mejores días, porque la soledad del campo es para los hombres cuya vida ha sido una borrasca, una especie de resurrección infinita en que la memoria y sus imágenes reemplazan á la pasión y sus fantasmas.

Vamos á contar aquí esa existencia, con aquellos pormenores, al parecer nimios y casi insustanciales de la vida diaria, cuyo conjunto forma, sin embargo, de continuo el más auténtico retrato de las grandes naturalezas, cuando se las ha sorprendido en el abandono de una intimidad sin testigos.

—

El general San Martín se levantaba con el alba, este reloj del gallo y del soldado. Poníase á la ligera una

bata de tela humilde, que se conserva todavía como un recuerdo de familia, y él mismo se preparaba su bebida matinal. ¡Cosa extraña! siendo argentino, casi paraguayo, el general no hacía nunca uso del *mate* en Europa; mas por una ingeniosa transacción con sus viejos hábitos, se servía el té ó el café en aquel utensilio y lo bebía con una bombilla de caña. Igual pacto había dictado á su robusta naturaleza con el consumo de la morfina, que los dolores neurálgicos que aquejaron siempre á su estómago le acostumbraron á emplear en dosis excesivas, principalmente en el Perú. Los cigarros habanos fueron la primera transición, y en seguida picaba el tabaco de éstos en una tabla, que todavía guardan sus deudos, para envolverlo en la chala ú hoja del maíz, ó absorber su humo en una pipa. De estas últimas, poseía el patriarca de Grand-Bourg un considerable surtido, así como una hermosa colección de armas, á las que era singularmente aficionado. Y así, con frecuencia, en aquellas primeras horas de forzado ocio, poníase á limpiar con la prolijidad de un *asistente* aquellos objetos. Á esto llamaba él alegremente *trapichear*, talvez por la obra lenta y paciente que había visto ejecutar en su niñez á los *trapiches* primitivos del Ibicuy, á orillas de cugo río naciera. En otras ocasiones, ocupábase en pequeñas obras de carpintería, de cuyo oficio tenía una caja bien surtida, ó en iluminar litografías, especialmente marinas, afición que había ganado en los cruceros de su juventud, y que jamás perdió eligiendo para morir la orilla del Océano.

Guardaba también un choco de agua que le habían regalado en Guayaquil, y al que pasaba horas enteras enseñándole pruebas de paciencia ó agilidad. Consistía una de éstas en fusilarle, con su bastón, después de haberle sentenciado como *desertor*: agudezas que el

animal ejecutaba á maravilla, siendo un favorito de la casa hasta su muerte de vejez.

El general San Martín cuidaba también como un recluta de su modesto guardaropa, y á este fin tenía siempre sobre su mesa una caja de madera que había servido de estuche á una edición microscópica de clásicos franceses, en la que guardaba su hilo, sus agujas y botones. Cuando su hija quería intervenir, alegando las prerogativas de su experto dedal, — ¡*Quita allá!* decíale dulcemente el austero soldado, ¿*por qué quieres quitarme mis buenos hábitos?* y de esta suerte nunca el vencedor de Maipú se puso camisa cuyos botones no hubiese cosido él mismo, así como la camisa con que su mayor general asistiera á la catedral de Santiago al *Te-Deum* de Maipú, fué, según su confesión, préstamo de un amigo, porque él no la tenía... ¡Hombres sublimes!

En el vestir era el general San Martín un espartano : una levita de paño azul abotonada constituía todo su lujo. Su corbata era, cuando no el corbatín de crin del soldado, un pañuelo de algodón á cuadros, y ésta especialmente era su toilette de verano. Existen cuentas de la época en que este hombre original fué dictador omnipotente en Chile, y en ellas aparecen no pocas partidas por remiendo de sus botas. Esto no obstante, el general conservaba el uniforme de coronel de granaderos á caballo con que pasó los Andes, el cual ha sido reproducido fielmente sobre el original en su estatua ecuestre. Su deslumbrador uniforme de *Protector* del Perú yacía también en el rincón de un armario; mas allí han ido á desenterrarle á última hora las manos de rapaces invasores para arrancarle los botones, que se imaginaron eran de oro. Otro tanto, por desgracia, ha sucedido con sus armas, sin que

hayan valido los reclamos diplomáticos, porque ya ha quedado suficientemente sancionado por el uso, que la primera ley de la guerra en Europa es el *saqueo*.

Mucho mejor que esos trapos, el libertador del Perú conservaba con celosa veneración el estandarte de Pizarro, su único espolio por un reino redimido, y cuyo reciente extravío en Lima habría sido una pérdida completamente irreparable, si su hija no lo hubiese reproducido por el pincel con una perfecta semejanza. De aquí la oleografía que adorna la colección publicada en Buenos Aires con el nombre de *San Martín*.

El menaje de su habitación era, como el de su cuerpo, de una sencillez antigua. Había sustituido su catre de campaña (propiedad hoy del general Mitre) por otro más sólido de fierro, pero tan común como los que se usan en los colegios, y no tenía otro mueble de regalo que una vieja é incómoda poltrona. Cuando estaba ya muy achacoso, sus hijos le hicieron aceptar á viva fuerza un *fauteuil* más cómodo, pero sólo como adorno, porque hasta lo último prefirió la antigua poltrona.

Después que el general terminaba su trapicheo matinal, montaba á caballo cuando residía en el campo, y era aquel su ejercicio predilecto. Cuando habitaba la ciudad prefería pasear á pie por los suburbios de Paris, mezclándose familiarmente con el pueblo, pues así como en Bolívar jamás desapareció el gran señor de la colonia, San Martín fué el único de los argentinos que le acompañaron á Chile, sin exceptuar al mismo glorioso Las Heras, que se mostró siempre demócrata, siempre popular.

En sus alimentos era de una frugalidad que es ya

un título adquirido á su noble vida por la historia. Su antiguo secretario íntimo, el general Guido, asegura en algunos de los preciosos recuerdos que publicó antes de morir, que en Chile el general en jefe del ejército de los Andes comía ordinariamente en la cocina, mientras sus ayudantes y cortesanos devoraban los banquetes de su mesa de Estado. Por una parte, su estómago enfermizo, y la índole soldadesca de su naturaleza moral, le habían creado desde la juventud esos hábitos de abstinencia y de regularidad. El señor de Grand-Bourg vivía como el hacendado de Montalván, y como aquel culto é ilustre soldado que habitaba hasta hace poco una quinta histórica en la calle de San Diego de nuestra capital. Un vaso de generosa chicha solía ser para éste y sus convidados el lujo de sus últimos festines. El *guiso* favorito de San Martín era el *asado*, este pan cotidiano de los argentinos, como la yerba mate es su agua.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.

ORIGEN Y CIVILIZACIÓN DE LOS ANTIGUOS PERUANOS.

El Perú, este país tan afamado por su riqueza y antigua civilización, era el vasto imperio de los Incas, y á la llegada de los conquistadores se extendía desde 2° de latitud norte hasta 37 de latitud sur. Creen algunos que la palabra *Perú* viene de *Birú*, nombre de un cacique que tenía sus estados en la costa del Pa-

cífico; pero la historia más admitida es la siguiente. Cuando llegaron los primeros españoles á nuestras costas, preguntando por el nombre del país á un indio, les contestó éste: *Berú*; luego, mirando al río dijo: *Pirú*. Entonces los mencionados españoles respondieron: *Acabemos que aquí todo es Perú*. De esta ocurrencia graciosa viene el nombre que actualmente tiene nuestro país.

Apenas se conoce, y con incertidumbre, la historia del imperio peruano desde el siglo XII en que reinó *Manco-Cápac*, fundador y civilizador del Perú, cuyo nombre en lengua índica significa « grande y poderoso ». Hizo creer este memorable personaje que era hijo del sol y enviado por él para libertar al mundo de un mal genio, á cuya diabólica influencia estaba entregado este globo. Llevaba consigo una cuña de oro, y decía que donde ésta se internase fácilmente allí fundaría un pueblo. Esto sucedió cerca de la ciudad del Cuzco, razón por la cual fué ésta la capital del imperio.

Se dice asimismo que antes de esta época se hallaban los peruanos sumidos en la más completa barbarie y sin conocimiento de las artes útiles al hombre, como la agricultura, las artes mecánicas, etc. Erraban en los bosques á manera de animales, sin tener una habitación fija que les abrigara de la inclemencia de la atmósfera.

No cabe duda de que es una mera ficción la de suponer que *Manco-Cápac* y su hermana y esposa *Mama-Oello*, fueran hijos del sol y enviados por él; ficción inventada para lisonjear la vanidad de los monarcas peruanos y para dar otra sanción á su autoridad, derivándola de un origen celeste; pues hay motivos fundados para creer que antes de *Manco-Cápac* existió en el país una raza civilizada que moraba

cerca del lago de Titicaca. Así lo enseña la tradición, siendo además apoyada esta conjetura por los majestuosos restos de arquitectura que aun subsisten hoy día en sus orillas, á pesar de la acción destructora del tiempo.

Manco-Cápac y *Mama-Ocillo*, enseñaron á los peruanos cuanto les convenía para pasar la vida cómoda. *Mama-Ocillo* les hizo conocer el arte de hilar, tejer, etc., y su marido el arte de construir habitaciones y labrar la tierra. Les hizo abandonar el culto bárbaro y sangriento á que se hallaban habituados, haciéndoles ver que debían rendir homenaje al sol, por ser este astro brillante el de la naturaleza, inculcándoles máximas de moralidad y virtud. De este modo, con muy pocas leyes, pero llenas de sabiduría y de prudencia logró hacerse obedecer y reconocer como su monarca, retardando, es verdad, el progreso de los indios, pues obligaba al hijo á seguir el oficio del padre.

Rápido y asombroso fué el progreso de la civilización de los peruanos bajo el imperio de *Manco-Cápac* y de sus sucesores; pero desgraciadamente no pasó de cierto estado, por convenirles así á los monarcas. En ninguna parte de América llegó la agricultura á un estado más floreciente. Daban el ejemplo los mismos Incas, trabajando con sus propias manos un campo en el Cuzco.

El espléndido templo del sol en Pachacámac, el palacio de los Incas en el Cuzco, la fortaleza de esta ciudad, y los dos grandes caminos de 1,500 millas de largo que de ella partían para Quito, y después para Chile, el uno por entre montañas y precipios, y el otro á lo largo de la costa, son, hoy mismo que se conoce bien la mecánica y otras artes, obras colosales que llenan el espíritu de asombro y admiración. A

distancias convenientes había depósitos de los recursos necesarios para la comodidad de los Incas, y puentes de cuerdas para atravesar los ríos desde los Andes hasta el mar occidental...

Hallábanse los peruanos á la vanguardia de los otros pueblos americanos, en el arte de labrar las piedras preciosas y en la minería. En los jardines imperiales del Cuzco había adornos, árboles y arbustos de oro y plata, de una hechura exquisita. Hacían también de estos metales los vasos y otros utensilios domésticos, y sus espejos de piedra tenían un pulimento que asombra. Mediante una mezcla de metales obtenían uno tan duro como el fierro, del que se valían para sus herramientas.

Escribían por medio de hilos de varios colores, en los que echaban nudos para escribir alguna cosa ó para practicar su cálculos: estos hilos se llamaban *quipos*. Arreglaban sus meses á la luna, y llamaban á las semanas cuartos de luna. Señalaban los solsticios de invierno y verano en altas torres que levantaron en el Cuzco, y hacia el este y oeste. Asimismo observaron los equinoccios, y celebraban el paso del sol por el cenit con una solemne fiesta en el templo de este luminar, al que la dedicaron.

Había vírgenes ó *vestales* destinadas al culto del sol; y si alguna de ellas era violada, la enterraban viva, dando al mismo tiempo al violador la más espantosa muerte.

El gobierno de los Incas era teocrático, pues ejercían á la vez el dominio temporal y el divino. La familia real hablaba un idioma especial que sólo ella poseía, y el del pueblo era el mismo que hoy se llama *quichua*.

MUERTE DEL GENERAL SAN MARTÍN.

Paris, 29 de Agosto de 1850.

Cumplo hoy con el doloroso deber de comunicar la más triste noticia que pueda transmitirse á las Repúblicas de la América del Sur, la muerte del general D. José de San Martín. En la noche del 17 salí para el puerto de Boulogne, acompañado por un compatriota, con el objeto de visitar al ilustre enfermo, cuya salud se hallaba en estado alarmante, como anuncié á V. el mes pasado. En la mañana del siguiente día supimos la noticia de su muerte, acaecida el mismo día de nuestra partida. D. Mariano Balcarce, esposo de la noble hija del general, nos refirió, con el corazón destrozado por el dolor y bañados los ojos en lágrimas, sus últimos momentos.

El 17, el general se levantó sereno y con las fuerzas suficientes para pasar á las habitaciones de su hija, donde pidió que le leyeran los diarios, que el estado de su vista no le permitía desde mucho tiempo leer por sí mismo. Nada anunciaba en su semblante ni en sus palabras, el próximo fin de su existencia.

El médico le aconsejaba trajera á su lado una hermana de caridad, á fin de ahorrar á su hija las fatigas ya tan prolongadas de sus cuidados, y á fin de que el mismo enfermo tuviera más libertad para cuanto pudiera necesitar, lo que á veces no hacía por no molestar á su hija. Esta señora no quería ceder el privilegio, tan grato para su amor filial, y de que disfrutó hasta el último instante, de asistir á su padre en su penosa enfermedad.

El señor Balcarce salió en la mañana de ese mismo día á hacer esa diligencia, acompañado por D. Javier Rosales, á quien comunicó las esperanzas que abrigada en el restablecimiento del general, y su proyecto de hacerle viajar; tan lejos estaba de prever la desgracia que le amenazaba, y tanta confianza le inspiraba el estado, en ese día y los anteriores, de su padre. El señor Rosales procuró disipar esas ilusiones que podían hacer más sensible un golpe, que él consideraba inmediato, y sus tristes predicciones no tardaron por desgracia en realizarse.

Después de las dos de la tarde, el general San Martín se vió atacado por sus agudos dolores al estómago. El doctor Jordán, su médico, y sus hijos estaban á su lado. El primero no se alarmó y dijo que aquel ataque pasaría como los precedentes. En efecto, los dolores calmaron, pero repentinamente el general, que había pasado al lecho de su hija, hizo un movimiento convulsivo, indicando al señor Balcarce con palabras entrecortadas que la alejara, y expiró casi sin agonía. Es más fácil comprender que explicar la aflicción de sus hijos en presencia de esa muerte tan súbita como inesperada.

Algunos días antes, el general se sintió atormentado en la noche por sus dolores, tomó una dosis de opio mayor que la prescripta para calmarlos, y en la mañana siguiente amaneció moribundo. Las aplicaciones de siñapismos lograron reanimarlo, pero vino luego una reacción con fiebre violenta, que entiendo ha influido en su muerte imprevista, á pesar de las engañosas apariencias de mejoría que se notaron en los cuatro últimos días.

En la mañana del 18 tuve la dolorosa satisfacción de contemplar los restos inanimados de este hombre, cuya vida está escrita en páginas tan brillantes de la

historia americana. Su rostro conservaba los rasgos pronunciados de su carácter severo y respetable. Un crucifijo estaba colocado sobre su pecho, otro en una mesa entre dos velas que ardían al lado del lecho de muerte. Dos hermanas de caridad rezaban por el descanso del alma que abrigó aquel cadáver.

Bajé en seguida á una pieza inferior, dominado por los sentimientos religiosos que se levantan en el corazón del hombre más incrédulo al aspecto de la muerte. Un reloj de cuadro negro, colgado en la pared, marcaba las horas con un sonido lúgubre, como el de las campanas de la agonía, y este reloj se paró aquella noche en las tres, hora en que había expirado el general San Martín. ¡Singular coincidencia! El reloj de bolsillo del mismo general se detuvo también en aquella última hora de su existencia...

FÉLIX FRÍAS.

LAS SIERRAS DEL TANDIL.

Ahí están asentadas sobre alfombras de romeros y margaritas, con las plantas guarnecidas por los penachos blancos de las *cortaderas*, vestidas con la yerba de las piedras (buscadas como medicina por el campesino, como tinta para sus tejidos por el salvaje), con las sienas adornadas con flores del aire ó ceñidas por capus rojos, contemplándose en la transparente corriente de los arroyos, que murmuran al deslizarse entre festones de berro.

La *piedra movediza* está allí también balanceándose sobre el abismo.

(Pesa 48000 libras)

Bajando los ojos del monumento, la vista se encuentra con las tierras aradas que rodean la base de la colina, y que se extienden á sus plantas como un gran paño negro.

Volviendo los ojos á la izquierda del camino, ellos tropiezan con grandes piedras que recuerdan los *dolmen* druidicos, cubiertos por la verbena sagrada y salpicados con la sangre de Norma.

Entre aquellos grupos informes se levanta una casita.

Los árboles y las plantas de su jardín, las gallinas y palomas que comen los granos de maíz que su dueño les arroja, parecen objetos parásitos, adheridos á las rocas por un capricho de la naturaleza.

Las piedras sueltas que cubren el camino, entre las cuales saltan las perdices sorprendidas por el ruido de nuestro carruaje, le interceptan el paso, por cuya razón es necesario dejarlo á algunas cuadras de la sierra.

Una vez sueltos los caballos para que descansen comiendo la yerba y bebiendo el agua de los manantiales, emprendemos la marcha precedidos por nuestro *cicerone*, que camina delante de nosotros con su escopeta al hombro.

Ya estamos á pocos pasos de la sierra que vamos á escalar.

Sobre la piedra movediza se posan dos águilas, que tienen un enemigo en nuestro guía.

Después de algunos minutos de camino nos detuvimos, y volvimos el rostro á la población que acabábamos de abandonar.

Mirando el pueblo del Tandil desde sus colinas, parece un pueblo microscópico.

Cada una de sus casas parece una piedra blanqueada, menor que cualquiera de las que tenemos á nuestro lado.

Aquellos puntos blancos presentan un efecto curioso, cuando se les ve agrupados como las partículas de un gran mosaico entre las piedras heridas por el rayo, húmedas por el agua que destilan, ó teñidas con los jugos de los parásitos que las visten.

A la espalda tenemos un pueblo adherido á las colinas; aquí á nuestro lado, moles inmensas; al frente, oleadas de granito de fácil acceso; allí, grutas abiertas en el cuerpo de la sierra; más allá, nichos formados por la separación de dos piedras, cuya entrada defienden plantas de captus ó grupos de penachos blancos.

Avanzando algunos pasos, encontramos á la derecha del desfiladero piedras blancas, redondas, calvas, que parecen cubiertas de cerebros gigantescos; á la izquierda piedras cóncavas, semejantes á la concha del cliptodón mirado por dentro; á nuestro frente y sirviéndonos de escalones, fragmentos de rocas que parecen huesos de seres antdiluvianos.

En estos huecos, en estas grutas, en estos nichos, penetra la palabra del hombre, cuyo eco, que estremece el agua del oculto manantial, se confunde con los murmullos del viento, formando un ruido misterioso, que atravesando una y otra roca, va á escaparse por alguna hendidura de la sierra, á una larga distancia del lugar de que partió.

Las águilas no se mueven de la piedra movediza, porque no se dan cuenta de que el hombre pueda perseguirlas en su elevado asilo.

Nuestro guía, que escala como ellas las colinas, apresura sus pasos, llega á una meseta, hace pie, prepara su escopeta, y cuando los ecos repiten el ruido de su arma disparada sobre las aves, las plumas de sus alas vuelan, y las águilas se levantan pesadamente, exhalando gritos de dolor.

• Observada la piedra movediza desde esta meseta,

presenta por cada uno de sus lados una figura diferente.

El frente del norte se asemeja por su configuración á los grandes pianos de Erard ; el del sur es un pentágono irregular ; los del este y oeste tienen la forma de un cono mal dibujado.

El ingeniero Moog estudió prolijamente, el año pasado, este asombroso monumento.

Al efecto subió sobre la misma piedra, la midió y dibujó prolijamente.

De este estudio resulta, que oscila sesenta veces por minuto, y que su centro de gravedad mide un metro.

El señor Moussy dice que la piedra movediza mide cuatro metros de ancho y cinco de largo.

El huracán y el rayo no han podido quebrantar la ley de equilibrio que la sustenta sobre el vacío, en el último plano inclinado de la sierra á que ha dado nombre.

Un cacique de Rosas, obedeciendo al instante de su señor, que pretendía no dejar piedra sobre piedra, intentó violar aquella ley, y llevar á cabo lo que no habían podido realizar el huracán y el rayo.

Cuentan las crónicas del Tandil que el vándalo enlazó la piedra con gruesas poleas, á las cuales ató treinta yuntas de bueyes.

La picana ensangrentó á los inocentes cómplices de aquel acto de barbarie ; los pobres animales bregaron, pero, gracias á Dios, no se realizó el desco del buen federal, y he!a ahí como una gran masa lanzada desde el cielo y detenida sobre el precipicio á cuyo borde se balancea, cuya extensión parece medir desde la altura ; ¡ he!a ahí como el asiento desde el cual el genio de las borrascas dirige la tormenta, lanza sus rayos, y habla á la tierra conmovida, con la voz de sus huracanes!

Sigamos ascendiendo.

El camino que ha de conducirnos hasta el pie del coloso, se hace más penoso á cada paso.

Gruesas gotas de sudor caen de nuestra frente.

He ahí una cueva que es la sepultura de los animales que caen en ella, y que lo sería del pasajero que se desviara una línea de la senda.

Un esfuerzo más.

Aquí es necesario deslizarse por entre dos piedras como una culebra que va á abandonar su vieja piel ; allí es necesario saltar como un cabritillo ; más allá es necesario ascender apoyándose en los dedos, como un gato que escala un muro.

Un esfuerzo más, y nos encontramos á doscientos quince pies sobre el nivel del mar, de pie en la meseta en que descansa el gigantesco acróbata de piedra, que agradecido á la admiración que le profesamos y dócil á nuestra voluntad, comenzó á ejecutar su gran prueba de equilibrio, apenas lo tocamos con nuestra mano de pigmeo.

Luego que lo examinamos minuciosamente, abrimos una botella de vino de Italia, que bebimos, brindando en silencio á la buena suerte de nuestros mejores proyectos.

En seguida colocamos el cristal vacío junto al eje de la piedra : imprimimos á ésta un ligero movimiento hacia nosotros ; la botella crujió saltando en millares de pedazos.

SANTIAGO ESTRADA.

SAN MARTÍN Y BOLÍVAR.

Semejante á aquel río de los trópicos, el mayor del universo, que cuando sale de madre en las súbitas

creces del verano, baña en un solo día comarcas tan vastas que formarían por sí solas un dilatado imperio, y arrasa en sus hinchados turbiones los bosques como deleznable yerba, y se desborda por las cimas de las montañas que comprimen su cauce, Bolívar, hijo del Amazonas, desciende desde las montañas del Aragua é inunda de bayonetas todos los valles de la América que aclaman sus victorias. San Martín, el coloso de los Andes, ha ido levantándose, á semejanza de esas calladas moles que los geólogos afirman han brotado en recientes siglos sobre la costra de la tierra, alzándose lentamente en silenciosa majestad.

Bolívar apenas cabe en el estuario del más grande de los ríos de la América. El pedestal eterno de la gloria de San Martín está fijo en la cúspide de los Andes. Desde allí ha visto pasar delante de su severa mirada, ejércitos y naciones, dando á aquéllos gloria, y libertad á las últimas. Y por esto, á su vez, las generaciones le divisan todavía en lo alto de las rocas como la sombra de Anibal, contemplando las obras portentosas que su genio ha sembrado por doquier.

San Martín es el pico de Aconcagua, cuyo solitario y apagado cono desafía al cielo. Bolívar es el ígneo Chimborazo que sacude las entrañas de las sierras tropicales con ruido atronador.

En la deshecha borrasca de la América, Bolívar es el aquilón que asola y arranca las mal seguras naves á sus cables. San Martín es el faro, inamovible entre las rocas, que las alumbrá y que las salva.

Bolívar es el vuelo, el ave, el águila de las *sabanas* que se remonta hasta los astros y hace resonar, bajo la bóveda del firmamento, los roncós gritos de sus victorias. Para juzgar á San Martín es preciso, al contrario, descender á los abismos, interrogar sus simas de granito, pedir á los arcanos eternos la explica-

ción de su grandeza, acusada á veces de terrible, pero casi incomprensible todavía.

Y cuando la hora del éxito llega para los campeones, ¡de cuán distinta suerte la acogen almas tan diversamente templadas y tan vivamente grandes! « Hemos ganado completamente la acción »: tal es el boletín de la batalla de Maipo. « Á fuerza de paciencia somos dueños de la capital de los Pizarros »: tal es el boletín de Lima. « La América del Sur, exclama Bolívar, empinándose sobre los Andes que resuenan todavía con las descargas del Condorcanqui, está cubierta de los trofeos de nuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos. ¡Soldados colombianos! ¡centenares de victorias alarguen vuestra vida hasta el término del mundo! »

Otra diferencia de soldados y caudillos. Bolívar es solo. Nadie manda donde él manda. Nadie puede donde él está, porque él es todopoderoso. San Martín, hijo de las Logias, al contrario, se ve sujeto, bajo ley de muerte, á una tenebrosa subordinación que al fin le pierde. Bolívar, después de Chacabuco, no habría repasado los Andes, solitario viajero, seguido de un ayudante que no hablada siquiera su propia lengua. Habría desobedecido al Eterno; y, con la lanza en los riñones de Ordóñez, habría entrado junto con él en Talcahuano.

Pero entre la soberbia omnipotencia de Bolívar y la admirable unidad de conducta de San Martín, la historia vacila en distribuir el timbre de la superioridad. Bolívar es un gran jugador que todo lo echa en los azares de la guerra. San Martín es un experimentado piloto que no aparta su mirada de la estela que deja la combatida nave. Bolívar casi no sabe dónde va, porque nada preconice, de nada se da cuenta;

su inspiración fugaz es su único consejo. San Martín, fuerte al timón desde la primera hora de su misión sublime, mantiene la proa contra todos los vientos y todas las borrascas hacia el puerto designado. Lima es la Cartago de la América, y mientras sus muros no hayan caído, su obra de redención no se da por terminada. *¡Delenda Lima!* es su divisa.

Como hombres, la diversidad es aun más sostenida. Bolívar tiene la organización del águila, la estructura nerviosa, la mirada de fuego, la tez bronceada, el paso ágil, la voz ronca, el corazón siempre encendido. San Martín, semejante á los robles de las primitivas selvas en que vió la luz, encubre, bajo su ruda corteza, todo lo que hay de ardiente y de fecundo en la savia que la alimenta. Por esto el bronce los ha caracterizado con propiedad en las estatuas que la gratitud de los dos pueblos que ambos libertaron, les consagra. Bolívar, lanzado sobre su caballo como el rayo sobre el trueno, parece que hiende los aires como si fuera un grupo de fuego. San Martín, al contrario, ha detenido su dócil bridón, y fija en el asta de la bandera, que es *el emblema de una idea*, su mirada serena de sublime convicción.

Bolívar asimila por orgullo, San Martín emancipa por amor. Bolívar por doquier se impone, San Martín se sacrifica en todas partes. Bolívar es *el personalismo americano*, San Martín es sólo la *identificación de la causa americana*, y por esto algunos le han comparado al padre de la América del Norte, como otros han llamado á su émulo « el Napoleón del Nuevo Mundo ».

Bolívar es la brillante petulancia de los trópicos, rica y espontánea como su espléndida naturaleza. San Martín, sereno como las tardes de la zona templada, pasa casi mudo por la tierra. Hijo de un sol-

dado de las montañas de León, tiene en su sangre la reserva de la raza de Pelayo. San Martín nunca ha hablado, nunca se ha defendido, y pidió por gracia que hasta sobre su féretro se guardase el silencio de su gloria. La apoteosis que hoy hacemos á sus manes es, en cierto modo, una irreverencia á su postrer voluntad.

Bolívar, gran capitán, gran poeta, gran orador, todo á la vez, es la prodigiosa multiplicidad de las facultades del genio. San Martín es la inflexible unidad del genio mismo. Y así, en el más allá de los grandes seres, mientras la sombra de Simón Bolívar se agitará en los espacios, inquieta y deslumbradora, don José de San Martín se habría quedado de pie en el pórtico de la inmortalidad, esperando como el soldado en facción, que los siglos le señalen la consigna de su puesto.

De esta manera, San Martín deja de ser un hombre para ser una misión, mientras que Bolívar no se ha levantado jamás de la esfera de caudillo. Por esto, la posteridad, si alguna vez se pronuncia entre los dos colosos del setentrión y del mediodía, podrá decir, sin temor de ser injusta, que si Bolívar fué más grande como *hombre*, San Martín, á su vez, le fué superior como *americano*.

Pero ni en la misma muerte, ni en el mármol de sus sepulcros, en que nos fué dado arrodillarnos, besando el santo suelo, desaparece el sello de sus opuestas naturalezas. Bolívar muere solitario y sombrío, como el corso de Santa Elena; San Martín, rodeado de cuantos ama, como Washington en Mount-Vermont.

Las nieblas de Bolonia envuelven en la marcha el féretro de encina del soldado de las zonas templadas.

El sol de los trópicos acaricia todavía la losa del sepulcro en que descansó el libertador de un mundo, después de la expiación y antes de la gloria.

BENJAMÍN VICUÑA MAKENNA.

VUELTA Á LA PATRIA.

En cuanto supe el derrumbamiento de la dictadura, escribí á mi buen padre manifestándole mi deseo de volver á su lado. Pocos meses después, sin haber aun recibido una contestación terminante, llegaba yo al Río de la Plata.

Por fin tornaba á ver la patria después de largos años de ausencia. No bien por entre los girones de la niebla ímatinal vi delinearse á Buenos Aires en el horizonte lejano, palpitóme el pecho fuertemente y se me agolparon las lágrimas : « Allí estás, madre ilustre de esclarecidos varones, tutela un día y escudo de la independencia de América, convalciente apenas de tu fiero martirio. Tu hijo desconocido te saluda con amor y respeto. Demasiado joven para haberte servido con provecho, peregrino, ha quemado su incienso en altares incógnitos y en misteriosas aras. Oscuro, ignorado, sin fortuna, sólo te trae un corazón entero, una fe inquebrantable en la justicia, un deseo vehemente de consagrarse á tu servicio, de sacrificarse si necesario fuere por tu dicha. »

Á medida que avanzaba hacia la playa, voy reconociendo los sitios, los templos, los edificios de la ciudad natal, tan caros á mis recuerdos de infancia.

Aquella es la cúpula de la catedral donde tantas veces ví á mi madre en las místicas elevaciones del sagra-rio; en frente, la Alemada, en la cual extraño no ver los grandes ombúes, refugio á mis escapadas de la escuela; á la derecha, las torres del convento de las Catalinas, asilo de vírgenes cristianas, que como el de San Juan, cuya *campanita* resuena en todas partes en los oídos de los hijos ausentes de Buenos Aires, deja escapar de sus claustros la oración, trasmitiendo á las almas sencillas su santidad y su perfume. Aquél es nuestro viejo *Fuerte* con sus macizos murallones, dominados en los extremos por los cubos ó atalayas ennegrecidos del tiempo, venerable monumento de la conquista y de la patria redimida, compendio histórico de nuestra vida, en piedra, desde D. Juan de Garay, su fundador, hasta la revolución de Mayo y desde entonces hasta el momento oprobioso en que le derribara la piqueta manejada por la mano sórdida de la especulación. Ya se oyen las campanas; las reconozco en el tañido; parece me llamasen á orar. Sí, aquí estoy dando gracias á Dios que conduce la nave al puerto, y vuelve al redil la oveja descarriada.

Una ráfaga del pampero ha disipado la neblina. La aurora fresca y brillante se refleja en las aguas que se tiñen de púrpura. Ese cielo límpido es mi cielo, esa tierra es mi tierra; allí nací, allí quiero morir.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

PINTURA DE UN BOSQUE TROPICAL.

Cuando Martín emprendió la demarcación de las posesiones, hubo de explorar, por conveniencia y ne-

cesidad, los bosques más cercanos al territorio de la misión. Al hollar aquellos bosques primitivos, su alma se abrió á la contemplación de las maravillas de la naturaleza y á todos los encantos y delicias de una poesía sana, vigorosa y llena de grandiosidad. Había sobre todo un espacio comprendido en el vértice formado por la confluencia del Cravo y del Meta, que tenía todas las condiciones de lo maravilloso. Era un campo alfombrado de grama que la naturaleza había encerrado como un primoroso parque inglés en medio de tres colosales y espesos muros de verdura.

De un lado estaba el Meta, sobre cuya margen izquierda se desarrollaba la selva diez veces secular, con toda la exuberancia, el desorden salvaje, la enormidad de formas, la variedad de matices, el agrupamiento y complicación de especies y familias y la prodigiosa hermosura de la vegetación primitiva. Del otro lado se extendía, sobre la margen derecha del Cravo, una ancha cinta de verdura, compuesta casi únicamente de cañabavales, guaduales y cámbulos. En fin, desde la orilla del Meta hasta la del Cravo, cerrando un extenso triángulo, se ostentaba un bosque largo y angosto compuesto solamente de palmeras.

El *Paraíso*, como denominó Martín aquel espacio triangular, tenía un no sé qué de pulcro y *civilizado* que maravillaba. La naturaleza parecía haber prodigado allí toda su coquetería seductora, todas sus delicadezas de ornato y elegancia, todo lo que sus creaciones pueden tener de caprichoso y risueño. La grama del *parque* estaba salpicada á trechos desiguales, en mil puntos, de matorrales de estoraque y otros pequeños arbustos aromáticos, de cepas, de piñas y piñuelas, matas de fique y otras plantas de la elegante familia de los aloes, y bosquecillos de arrayán, de guayabos, de anoncillos y otros arbustos y árboles

frutales. Y todo aquel enjambre de cepas, matas, matorrales, arbustos, arbolillos y árboles de mediana talla, se dispersaba en la pradera, sobre la alfombra verde y fresca de grama, describiendo innumerables plazas, plazuelas, calles, callejones, encrucijadas, galerías, círculos, semicírculos, triángulos, cuadriláteros, y espacios de todas las formas imaginables, formando en su totalidad un prodigioso laberinto de verdura en que lo caprichoso armonizaba con lo regular, lo enano con lo grande, lo rastrero con lo aéreo, lo dulce y apacible con lo grave ó severo, los matices de lo verde, en cien gradaciones diversas, con el oro de las frutas amarillas, el carmín de las piñas en embrión, el rubí de los convólvulos, el blanco brillante de los racimos de flores de estoraque y el rojo vivo de las estrelladas florecillas de *venturosa*.

Y del seno de aquel paraíso, ebrio de fecundidad voluptuosa y palpitante al contacto de los besos del sol, se alzaba un concierto de trinos de pajarillos primorosos que saltaban sobre los arbustos, y un olor á felicidad, compuesto de los aromas de las plantas: trinos y aromas que subían á perderse en los senos diáfanos de la brisa, bajo la bóveda de un cielo deslumbrador.

Al acercarse á la orilla del Cravo, el paisaje tomaba otro aspecto, presentando las proporciones de lo brillante y seductor. Si en el centro del *Paraíso* la naturaleza se había hecho coqueta, voluble y caprichosa, adornando su seno como un inmenso retrete de mujer, en la orilla del Cravo se había hecho artista consumada, sacando de su paleta formas admirables y matices prodigiosamente bellos. La base de aquel bosque se componía de matorrales de carrizo, tan tupidos y apretados, que formaban como una inmensa onda de verdura. Sobre las arqueadas palmi-

llas de los carrizos aparecía otra capa de verdura más clara, compuesta de cañas-bravas, cuyas hojas largas y tendidas como abanicos, y cuyos plumeros de espigas grises, ondeaban con una gracia encantadora. Encima todavía, se mecían, formando una muralla movable de banderas y flotantes colgaduras de terciopelo verde-claro, inmemorables guaduas, cuyos magníficos penachos describían en pintoresca confusión mil curvas diversas, arcos inversos ó concéntricos, agujas rectas ó tortuosas, y pabellones desiguales, en que lo majestuoso de los movimientos que la brisa imprimía á los nudosos mástiles, y sus delgadas y espinosas ramas, armonizaba primorosamente con el verde suave y pálido de todo el follaje. Por último, sobre el inmenso cojín de verdura de las guaduas, pues los carizos, las cañas-bravas y las guaduas formaban como tres inmensos cojines superpuestos sobre una alfombra, se alzaban las copas de numerosos *cámbulos* ó *cachimbo*s, esos dandis colosales de las selvas americanas, príncipes de la moda entre los árboles elegantes, que dos veces al año se despojan de su follaje como de un vestido usado, y se cubren durante algunas semanas con las más rojas y lindas flores de la novedad que puede inventar para el estío la gran modista de los desiertos, la naturaleza. Los tupidos ramilletes rojos y algo anaranjados de los *cámbulos*, sobresaliendo encima de las guaduas entre el verde-claro de la tierra y el vivo azul del cielo, parecían islas de corales construídas por legiones de titanes artistas entre las ondas de un mar de esmeralda.

Mas lejos se ostentaba la otra maravilla, el bosque de palmeras, donde la grande artista, dejando á un lado la paleta y sirviéndose de la escuadra, la plomada y el cincel, se había convertido en arquitecto y es-

cultor. Aquello era un laberinto de palmeras de veinte especies distintas, desde la palma casi enana, la *yagua* ó *nacuma*, la *pepire* ó *nolí*, la romántica *chuapo* y el punzante *corozo*, hasta la elegante *moriche*, la esbelta *mararai*, y la encumbrada y corpulenta *putui* ó palmera real, soberana de las llanuras. Aquello era un semillero de troncos, un almacigo de mástiles, un prodigioso enjambre de columnas formidables y gruesos tallos de acero vegetal, que parecían hechos para sostener el velamen de mil flotas y las bóvedas y cúpulas de mil catedrales.

Los corozos, erizados de puas casi metálicas, se entrelazaban en grupos apretados, como si quisiesen proteger contra los rayos del sol sus abundosos racimos, de un verde-gris manchado, en su primera edad, y de un morado casi negro, en sus madurez. Las yaguas, esas fecundas y regorditas matronas de la selva, de cuyo seno saca el indio su mazamorra, su chicha, sus bateas, sus arcos y su yesca, dejaban caer á una vara de la tierra, como gemelos numerosos y robustos, sus rojos racimos de cuescos llenos de pulpa, sus arqueadas ramas, cuyas puntas barrían el suelo, y sus mullidas guedejas de yesca. Otras palmeras, de mediana talla y hojas anchas y desprovis-tas de ramas leñosas, se ostentaban al soplo de la brisa, ya como abanicos desplegados, ya como elegantes quitasoles ó paraguas. Otras más enhiestas y empinadas, hacían subir sus mástiles y copas hasta una altura donde sólo la inquieta ardilla ó el bullicioso yátaro podían regalarse con el opíparo banquete de sus dulces racimos. Otras, en fin, las grandes palmeras, columnas maestras de la selva, salían de entre el laberinto de verdura, como si quisiesen aspirar y beber libremente el aire del desierto y alzar sus copas á la región de los huracanes, y las ostentaban en toda su

grandiosidad sobre troncos estupendos, asilos perforados por las guacamayos, semejantes á esas columnas de granito sobre las cuales elevaban los griegos y romanos sus capitolios, sus templos y sus arcos triunfales más extraordinarios.

Todo aquello tenía un aire de basilica, pero de basilica inmensa, prodigiosamente complicada, en que lo griego y lo romano se confundía con lo gótico y lo moderno, en que la estatuaria y la arquitectura colosal se disputaban el campo, en que la severidad de las líneas rectas y las curvas regulares armonizaba con las formas ogivales y las filigranas de verdura, como si la naturaleza hubiese empleado allí una pléyada de artistas de todos los tiempos para componer una babilonia de altares y santuarios, de grutas y retretes, de columnas diversas, de arcos y arcesonados prodigiosos, de bóvedas grandiosas y cúpulas aéreas.

Martin salió de aquel laberinto de catedrales, embargado de admiración y poseído de santo recogimiento. Pero le faltaba todavía sentir una grande y profunda emoción. Penetró á la selva de la orilla del Meta, como entra un huésped azorado á un vasto edificio que le es desconocido y en cuyo seno reinan el silencio, la soledad, el misterio y las vagas sombras de la noche que se acerca. Aquello era más que la exuberancia y la majestad de la vida: era el delirio silencioso de las fuerzas creadoras de la naturaleza en increíble actividad. Lo colosal protegía á lo enano; lo gracioso y encantador se abrigaba á la sombra de lo monstruoso; la vida crecía sobre la muerte, se nutria con sus despojos, y regenerándolos, perpetuaba la savia de la creación en una infinita variedad de formas.

El cielo estaba allí invisible. No había más cielo

que el formidable ramaje de miles de caracolies y ceibas estupendas, caobas colosales, guayacanes de troncos de hierro, cumulaes rugosos y empinados, diomates encorvados y de corteza manchada como la piel del tigre, y cien otras especies de gigantes de la vegetación intertropical. Todos esos gigantes formaban con sus ramas como una sola bóveda, pero dividida en mil cúpulas que se sostenían entre sí contra el furor de los huracanes, como se sostienen todas las torres, las naves y las cúpulas de un templo.

Debajo de aquella inmensidad de ramas y follaje hormigueaba un mundo de cosas exuberantes, de maravillas vivientes, de fuerzas vegetales que, como si quisiesen imitar todas las pasiones y todos los instintos de la humanidad, se buscaban, se abrazaban, se besaban, se retorcian, se perseguían, huían luego unas de otras, trepaban, volvían á caer, subían á dar asaltos atrevidos, se agarraban, se columpiaban, se cernían en el aire, se entretejían en guirnaldas, se agrupaban en cordones y cables apretados, se desataban y descomponían en mil brazos, horquetas y garras; se hacían ora troncos, ora lianas, aquí árboles ó arbustos, allí bejucos trepadores y flotantes cortinajes; se comprimían, se estrangulaban mutuamente, se enroscaban para estirarse después, se descomponían en gajos innumerables é innumerables arabescos.

¡ Aquello era el amor, y era la rabia, era la hermosura y la fealdad, era la armonía y la disparidad, lo esbelto y lo contrahecho, la juventud y la vejez, la vida y la muerte ! ¡ Era la anarquía de todas las formas, el tumulto de todas las fuerzas, las insurrección de todas las necesidades de crecimiento, expansión y exuberancia; era la naturaleza con toda la voluptuosidad de sus amores, con toda la majestad de su opu-

lencia soberana, con toda la gloria de su perpetuidad divina!

De tempo en tiempo se sentía algún rumor que interrumpía el silencio de aquella rebelión oprimida y domada por los colosos de la selva: era la queja profunda de algún paují solitario, el eco del paso cadencioso de algún tapir perdido en la espesura, el ruido fugitivo de alguna serpiente que se deslizaba entre la seca hojarasca del suelo, el sordo zumbido de algún enorme insecto ó de alguna colmena de abejas, el salto repentino de algún ciervo asustado con el vuelo de un pájaro, la evolución de algún mono haciendo en las altas ramas sus ejercicios de trapecio, ó el metálico chasquido de los dientes de algún pecarí que devoraba el tronco de una palmera enana.

De trecho en trecho se entreabía la muralla espesa de la selva, presentándose limpia de matorrales y arbustos, y dejaba ver á lo lejos, por en medio de los troncos de ceibas, unas grandes manchas amarillentas, lívidas é inmóviles, que contrastaban con la verdura del bosque; eran las aguas del Meta, que resbalaban silenciosas, mansas, desiertas y con una majestad solemne.

JOSÉ MARÍA SAMPER.

ANTIGUOS HABITANTES DE MÉJICO.

Antes de la conquista que los españoles hicieron á principios del siglo XVI, y á que fueron dando mayor extensión en los dos siguientes, el país se hallaba poblado por diversas naciones, que según sus

historias, habían emigrado en distintas épocas de las regiones setentrionales, estando trazado con mucha precisión en sus pinturas geroglíficas, el camino que algunas de ellas siguieron desde el norte de California hasta las lagunas mejicanas, y todo inclina á creer que estas emigraciones procedieron de la gran llanura central del Asia, que por un lado lanzó sobre la Europa los enjambres de bárbaros que contribuyeron á destruir el imperio romano, y por el otro las tribus que poblaron el continente americano; sin negar por esto que hubiese otra emigración por el Atlántico, más antigua y de pueblos más adelantados en cultura, de los que ya no quedaba ni memoria en el siglo de la conquista, y sólo son conocidos por las gigantescas minas del Palenque y las que se ven todavía en varios puntos de Yucatán. De estas varias naciones, la mejicana, gobernada bajo la forma de una monarquía electiva, era la más poderosa, y con sucesivas conquistas se había ido extendiendo desde la laguna que fué su primer asiento, hasta el seno Mejicano por el oriente, comprendiendo las provincias de Méjico, Puebla y Veracruz; sus límites por el poniente eran más estrechos, pues sólo llegaban á pocas leguas de la capital, lindando con la serranía de Tula y río de Moctezuma ó de Tampico; más por el sur se prolongaba hasta el mar Pacífico, en todo el resto de la provincia de Méjico y parte de la de Michoacán. Dentro de aquel imperio se hallaba enclavada la república aristocrática de Tlaxcala, con su pequeño territorio, excepto por el norte, que tenía por vecinos á los bárbaros chichimecas; siempre en guerra con los mejicanos para defender su independencia, el odio nacional que se había creado entre ambos pueblos por estas hostilidades continuas fué el gran resorte, que con admirable sagacidad supo emplear Cortés para subyugar á

unos y otros. Estas naciones ocupaban en su parte principal las llanuras más elevadas de la mesa central, en el clima templado y frío; las monarquías de Oajaca y Michoacán se hallaban situadas en el descenso de la cordillera hacia el mar del Sur, y tenían la misma extensión que las intendencias que llevaron después estos nombres; varios caciques independientes dominaban las costas de Jalisco ó Nueva Galicia, y quedaban también algunos otros que no habían sido sometidos al yugo mejicano en las del norte, hacia la embocadura del Pánuco. Éstos eran los pueblos que por sus leyes, instituciones políticas y conocimientos en la astronomía y en las artes, habían llegado á un grado más ó menos elevado de civilización, especialmente los mejicanos, y todavía más el reino de Tezucuo, que así como el de Tacuba, se hallaba unido á aquéllos por una especie de triple alianza, de que sería difícil encontrar otro ejemplo en la historia. Todo el resto del país hacia el norte estaba ocupado por tribus vagantes, en estado de completa barbarie, que costó mucho tiempo y trabajo á los españoles reducir y civilizar, más por medio de los misioneros que por las armas, y aun este género de población iba disminuyendo á medida que se apartaba del centro de la civilización, que era el valle mejicano, hasta terminar en regiones casi del todo despobladas y yermas.

LUCAS ALAMÁN.

EL ABRA DE YUMURÍ.

Hay tal encanto para mí en ciertos sitios que he visitado, y sobre todo, en algunos de los que se hallan

en las cercanías de Matanzas, que, siempre que los contemplo, encuentro allí alguna nueva belleza que admirar. Uno de ellos es el « abra del Yumurí » .

Me acuerdo de cuando yo era niño, y entre la tropa de traviesos condiscipulos, recorría aquellos lugares en algunas tardes ¡ que ahora la ilusión del recuerdo me pinta tan alegres, tan rosadas, tan hermosas! Y acuérdome también de que, algunos años después, volví á visitar con frecuencia aquellas soledades; pero, ya no era para correr y travesear alegremente, sino para esconder mi tristeza, y á veces mis lágrimas, en el seno de aquella naturaleza inviolada todavía. Antes, como niño; luego, como hombre: he aquí la dolorosa diferencia.

Aun ne se han borrado de mi corazón las impresiones de la última vez que estuve allí.

Era una de esas apacibles tardes de Febrero, en que el cielo de Cuba, azul y trasparente como un cendal de leve gasa, se teñía con un color de rosa suavizado por la misteriosa media tinta del crepúsculo.

Los que nunca hayan estado en aquel sitio solitario, silencioso y agreste, deben quedar sorprendidos á la vista de esa naturaleza salvaje, que, á tan pocos pasos de la ciudad, se presenta todavía tan majestuosa y tan intacta, como en los tiempos de la raza primitiva que habitaba nuestra isla. Al llegar, — por un camino que á la izquierda limitan las faldas de las alturas de Simpson, y á la derecha, los mangles de la margen del río, — se descubre, de súbito, el paisaje: en el primer término, dos altas y escarpadas lomas parece que acaban de desunirse, abriendo un abismo en el medio, para dar paso al manso Yumurí, que, murmurando dulcemente, lleva al mar el eterno tributo de sus aguas; y allá, al fondo, se alcanza á ver un jirón del bellissimo cuadro de ese poético valle, que da su

nombre al río. Algunas veces, al llegar allí, me ha parecido que miraba al través del lente de un panorama inmenso; y luego, en reconociendo la realidad de la naturaleza, he sentido en mi alma la profunda admiración á que nos mueven las obras del divino Arquetipo universal. ¿Qué es del arte humano, donde la Creación brilla como allí?

De un lado y otro, el aspecto de las gigantes rocas que forman el Abra es imponente y melancólico. Ambos montes parecen cortados á pico verticalmente; y las concavidades, las grietas y los ángulos que proyectan de su superficie parecen atestiguar que un grande cataclismo fué lo que las separó, según cuenta cierta antigua tradición cubana. Caprichosas estalactitas cubren, con mil formas diferentes, los muros de ambas soberbias moles, que, una frente á la otra, con el río á sus pies, parecen dos gigantes de piedra, puestos de centinela á la puerta del magnífico valle.

Ora se ve un arco ojivo, sostenido por una columna de enormes dimensiones; ora un cuerpo de mujer que se destaca de la ennegrecida roca; ora un colosal cocodrilo que parece que baja de la cumbre para lanzarse al agua; y otras innumerables y fantásticas formas, á que la imaginación da nombre, vida y movimiento. La vegetación entre aquellas estériles y escarpadas rocas es, como debe presumirse, rara y mezquina; y yerbas de tallos delgados, rectos y desnudos de hojas, que más bien parecen alambres que vegetales; coronan la frente sombría de ambos montes.

Hacia la parte del este, se ve un camino que va á lo largo de la orilla del río, y se pierde hacia el norte, torciendo á la derecha, por donde la falda de la montaña es más accesible, aunque escabrosa. Allí, he fijado mis ojos algunas veces, con zozobra, en una enorme piedra, que, desprendida de la peñascosa

cresta del monte, se ha detenido allí, en mitad de la carrera, amenazando con su caída, de un momento á otro, al caminante que tranquilamente pasa por debajo, quizás sin echar de verla.

Á la izquierda, junto á un lugar donde todavía existen las ruinas de un pequeño y tosco edificio, que llaman el « Baño de la Marquesa », hay un trillo, que á través de algunas maniguas conduce á la subida de las elevadas rocas, cuyos cimientos lame el río. Tomé aquel camino, y aunque á costa de algún esfuerzo, subí hasta la mitad de la altura del paredón, y me senté á tomar algún descanso en una meseta formada por un peñasco suelto, bajo una especie de bóveda, bajo la cual pueden abrigarse hasta una docena de hombres,

Desde allí, descubría yo los techos y las torres de nuestra pintoresca ciudad; las aguas de la bahía, sus buques y sus botes; y en el fondo, hacia el sur, la cordillera, desde la loma de San Juan hasta las colinas de Camarioca, que, apenas se divisaban como dos azules nubecillas sobre el horizonte rosado y sereno. La niebla empezaba á levantarse sobre la ciudad, para envolverla en su flótante y trasparente velo.

Bajo mis pies seguían su sosegado curso las mansas aguas del Yumuri, que, torciendo á la izquierda, á poco andar del Abra, se perdía entre dos riberas de verdes y espesos mangles. Sobre mi cabeza, pendían los rudos y colosales peñascos que amenazaban desprenderse sobre mí, cuando alzaba mis ojos para ver el cielo, y, engañado por el vuelo de las nubes que venían del este, creía que la montaña, en que estaba yo sentado, corría á reunirse con la otra.

Aquel espectáculo inmenso, tan variado, tan sublime, — la soledad, el profundo silencio, lo agreste del paisaje, — arrobaban mis sentidos, suspendían

mi espíritu entre la tierra y el cielo; y un confuso tropel de diversos pensamientos, ora tristes, ora alegres, se agolparon entonces en mi mente. — Pasados los primeros momentos, la fuerza de aquellas impresiones abrumó mi alma, y como quien acaba de sufrir una gran fatiga y necesita descanso, permanecí sentado en la ruda peña, hasta que las lenguas de bronce de la vecina iglesia, anunciando la hora de la plegaria vespertina, me sacaron de mi abstracción, y me encaiminé de vuelta á la ciudad.

MIGUEL T. TOLÓN.

BOGOTA.

En los primeros días, me creí trasportado á la España del tiempo de Cervantes. Las calles estrechas y rectas, como las de todas las ciudades americanas; por lo demás; las casas bajas y de tejas, con aquellos balcones de madera que aun se ven en nuestra Córdoba, salientes, como excrecencias del muro, pero muchos labrados primorosamente, como los de la casa solariega de los marqueses de Torretagle, en Lima; las puertas enormes, de madera tosca, cerradas por dentro en virtud de un mecanismo, en el que una piedra atada al extremo de una cuerda hace el primer papel; el pavimento de las calles de piedra no pulida, y por fin, el arroyo que corre por el centro, que viene de la montaña y cruza por la ciudad con ese eterno ruido monotonó, triste y adormecedor. Más de un momento de melancolía debo al caño desolado, que parece murmurar una queja constante; es algo como

el rumor del aire en los meandros de un caracol aplicado al oído.

Aunque de poca profundidad, el caño basta para dificultar en extremo el uso de los carruajes en las calles de Bogotá. Al mismo tiempo, comparte con los *chulos* (los gallinazos del Perú) las importantes funciones de higiene pública, que la municipalidad le entrega con un desprendimiento deplorable. El día que, por una obstrucción momentánea (y son desgraciadamente frecuentes), el caño cesa de correr en una calle, la alarma cunde en las familias que la habitan, porque todos los residuos domésticos que las aguas generosas arrastraban, se aglomeran, se descomponen bajo la acción del sol, sin que su plácida fermentación sea interrumpida por la acción municipal, deslumbrante en su eterna ausencia.

Sí, la España del siglo XVII... En las esquinas, de lado á lado, la cuerda que sujeta, por la noche, el farol de luz mortecina, que una piedra reemplaza durante el día. Al caer la tarde, el sereno lo enciende y con pausado brazo lo eleva hasta su triste posición de ahorcado. ¡Cuántas veces, cuando las sombras cubrían el suelo, me he echado á vagar por las calles! Un silencio absoluto, algo como la apagada calma veneciana, sin el grito gutural y monotonó de los gondoleros que se dan la voz de alerta. Á veces, á lo lejos, un farol cuyo reflejo va dibujando caprichosos arabescos en el suelo, alumbra y precede... una silla de manos, que oscila cadenciosa al andar de los dos hombres que la llevan. Es una señora que va á una fiesta. Me detengo y busco en mi ilusión los pajes con antorchas ó el escudero armado que cierra la marcha... Siento un rumor lejano, un apagado murmurar, el tenue choque de maderos contra las piedras. Avancemos; al doblar una esquina aparecen unos quince ó veinte hom-

bres, ocupados en colocar los atriles de una orquesta frente á los balcones desiertos de una casa envuelta en la oscuridad. Hablan quedo; un hombre, cuya juventud vibra en su andar firme y erguido, da sus últimas instrucciones en voz baja y va á perderse en la sombra de un portal, frente al balcón que devora con los ojos.

¡Qué efecto profundo y penetrante el de los primeros acordes, y cómo esas notas han de ir dulcemente á acariciar á la virgen que duerme, y que despierta continuando el sueño en que creía oír una voz impregnada de ternura, hablándole con el acento de los cielos, de los amores de la tierra!

¿Qué tocan? ¡Oh, el bogotano es hombre de buen gusto, y conoce los maestros divinos que han trazado las notas más seguras para llegar al corazón de la mujer! Es el *Adios* ó la *Serenata* de Schubert, el preludio de la *Traviata*, que surgiendo en el silencio con su acento tenue y vago, produce un efecto admirable; son sobre todo los tristes, los desolados *bambucos* colombianos, con toda la poesía de la música errante de nuestras pampas... Al principio la casa duerme; cuando empieza la segunda pieza, un postigo se entreabre de una manera casi invisible en el balcón desierto, y un rayo imperceptible de luz, brotando de la oscura fachada, anuncia discretamente que hay un oído atento y un pecho agitado. Luego... nada más. Los músicos han partido, los raros pasantes atraídos se alejan, el silencio y las sombras recuperan su dominio, y sólo queda allí el guardián de noche que ha gozado de la serenata, pensando tal vez en su nido calentito...

A diferencia de Caracas, que ostenta su Calvario y su linda plaza Bolívar, Bogotá no tiene paseos de ningún género. La plaza principal es un cuadrado de

una manzana, sin un árbol, sin bancos, frío y desierto, algo como nuestra antigua plaza 11 de Setiembre. En el centro se levanta una pequeña estatua del Libertador, de pie, de un mérito artístico excepcional en esa clase de monumentos. Fué regalada al Congreso de Colombia por el general París, que la encargó á uno de los artistas italianos más famosos de la época... Hay el pequeño *square* Santander, muy bien cuidado, lleno de árboles, y en cuyo centro se encuentra la estatua del célebre general, pero que en valor artístico está muy por debajo de la de su ilustre amigo y jefe. Desgraciadamente ese punto, que podría ser un agradable sitio de reunión, está generalmente desierto, como sucede con la ancha calle de las Nieves y la plazuela de San Diego, que en el futuro serán un desahogo para Bogotá, cuya población aumenta sin cesar, sin que la edificación progrese en relación.

Los libros en general dan 60,000 almas á Bogotá. Puedo afirmar que hoy la capital de Colombia tiene seguramente más de cien mil. Me ha bastado ver las enormes masas de gente aglomerada con motivo de festividades religiosas ó civiles, para fijar el número que avanzo como *minimum*. Pero, como he dicho, la ciudad no se extiende á medida que la población acrece, lo que empeora gravemente las condiciones higiénicas. Así, la gente baja vive de una manera deplorable. Hay cuartos estrechos en que duermen cinco ó seis personas por tierra; la bondad de aquel clima, fuerte y sano, salva solo á la ciudad de una epidemia.

Las iglesias de Bogotá son superiores á las nuestras de la misma época, si no como tamaño, seguramente como arquitectura. La catedral es severa y elegante; pero, á mi juicio, se lleva la palma al frente de la pequeña capilla que tiene al lado, sencillo,

desnudo casi, con sus dos exiguos campanarios en la altura, que acentúan la inimitable armonía del conjunto. En el camino á las Nieves, hay una iglesia, cuyo nombre no recuerdo, totalmente cubierta al interior de madera labrada. Se cree entrar á la catedral de Burgos, donde el Berruguete ha prodigado los tesoros de su cincel maravilloso, filigranando el tosco palo y dándole la expresión y la vida del mármol ó del bronce.

Pero, me diréis, los bogotanos no pascan, no tienen un punto de reunión, un club, una calle predilecta, algo como los bolevares, nuestra calle Florida, el Ring de Viena, el Unter den Linden de Berlín, el Corso de Roma, el Broadway de New-York ó el Park-Corner de Londres? Sí, pero todo en uno: tienen el Altozano. Altozano es una palabra bogotana para designar simplemente el atrio de la catedral, que ocupa todo un lado de la plaza Bolívar, colocado sobre cinco ó seis gradas, y de un ancho de diez á quince metros. Allí, por la mañana, tomando el sol, cuyo ardor mitiga la fresca atmósfera de la altura, y por la tarde, de las cinco á las siete, después de comer (el bogotano come á las cuatro), todo cuanto la ciudad tiene de notable en política, en letras ó en posición, se reúne diariamente. La prensa, que es periódica, tiene poco alimento para el reportaje en la vida regular y monotonía de Bogotá; con frecuencia el Magdalena se ha regado con exceso, los vapores que traen la correspondencia se varan, y se pasan dos ó tres semanas sin tener noticias del mundo. ¿Dónde ir á tomar la nota del momento, el chisme corriente, la probable evolución política, el comentario de la sesión del Senado? Al Altozano. Todo el mundo se pasea de lado á lado. Una bolsa, un círculo literario, un areópago, una *colterie*, un salón de solterones, una *coulisse* de tea-

tro, un *forum*, toda la actividad de Bogotá en un centenar de metros cuadrados: tal es el Altozano. Si los muros silenciosos de esa iglesia pudieran hablar, ¡qué bien contarían la historia de Colombia, desde las luchas de precedencia y etiqueta de los oidores y obispos de la colonia, desde las crónicas del *Carnero bogotano*, hasta las últimas conspiraciones y levantamientos!

MIGUEL CANÉ.

EL CÓNDOR.

La palabra *Cóndor* con que se denomina universalmente un buitre tan desproporcionado y enorme, se deriva de la lengua perulera; porque los chilenos llaman *Manque* á este pájaro, que es sin contradicción el mayor que sostienen los aires. Linneo le da 16 pies de envergadura; pero los mayores que yo he visto no tenían más que 14 pies y algunas pulgadas. Su cuerpo, mucho más grueso que el del águila real, está vestido de plumas negras, á excepción de la espalda, que es totalmente blanca. Adórnale el cuello un collar de una pulgada de ancho y formado de plumas levantadas y blancas; en la cabeza no tiene más que una especie de pelo corto y bien fino; los ojos son negros, con el iris de color rojo pardo; el pico, que tiene cuatro pulgadas de largo, es grueso y corvo, negro por la base y blanco hacia la punta; las guías de las alas tienen por lo común dos pies y nueve pulgadas de largo y cuatro líneas de diá-

metro ; los muslos tienen diez pulgadas y ocho líneas de largo, pero las canillas no tienen más que unas seis pulgadas, y en cada pie lleva cuatro dedos robustos : el de detrás es casi de dos pulgadas de largo, con una sola articulación y una garrá negra que mide once líneas ; el del medio tiene tres articulaciones, y su largo son cinco pulgadas y diez líneas, no contando la garra, la cual es corva, blanquizca y de veinte y dos líneas de largo ; y aunque son algo más cortos los otros dos dedos, están armados de garras no menos robustas. La cola de este pájaro es entera y pequeña con proporción á la gran mole del cuerpo ; la hembra es menor que el macho, y de color pardo : no tiene el collar que dejamos descrito, pero lleva en la cabeza un penacho ó pequeño copete.

Los cóndores hacen sus nidos en las faldas más ásperas de los montes, sobre las rocas que se salen fuera de tierra, donde ponen dos huevos blancos mucho mayores que los de las pavas ; sirviéndoles por lo común de sustento la carne de los animales que encuentran muertos, ó que matan ellos mismos, haciendo las veces de lobos, que no se conocen en Chile. Acometen á los rebaños de ovejas y cabras, y no pocas veces dan caza á los becerros cuando los encuentran separados de sus madres, lo cual hacen juntándose algunos de ellos ; porque precipitándose entonces de improviso sobre el becerro, le rodean con las alas abiertas, le pican los ojos para que no pueda huir, y le destrozan en un momento. Los labradores, que buscan todos los medios posibles para acabar con estos verdaderos piratas del aire, se tienden en tierra, cubriéndose el cuerpo con un cuero fresco de buey, de cuya apariencia engañados los cóndores se acercan á ellos creyendo que sea carne muerta ; y entonces los agarran por las patas con gran destreza, teniendo

vestidas las manos con unos guantes muy fuertes; y visto esto por varias otras personas que están en acecho, acuden con gran prontitud á dar socorro al que hace la presa, y á dar muerte entre todos al pájaro. Otras personas más precavidas construyen una estacada pequeña, y poniendo dentro de ella un animal muerto, los cóndores, que tienen un olfato muy vivo y una vista muy perspicaz, acuden á devorarlo inmediatamente, cargándose de tal modo los buches con su natural glotonería, que no pudiendo levantar vuelo, ni menos facilitárselo con la carrera, á causa de lo reducida que es la estacada, quedan muertos á palos á manos de los labradores; bien que como logren ponerse sobre alguna eminencia, vuelan con facilidad, por muy bien comidos que estén, elevándose hasta perderse de vista, ó á lo menos hasta parecer no mayores que un tordo.

JUAN IGNACIO MOLINA.

LAS HUACAS DEL VALLE DEL RIMAC.

En quichua la palabra *huaca* significa idolo, pero el uso la ha consagrado especialmente al montículo que revela la existencia de sepulturas indias, sin duda porque allí se encuentran, entre otros objetos, los que sirvieron antes á la adoración de los depositados muertos. En Chile y del otro lado de los Andes por donde pasa el camino del Inca, conservan este nombre los mismos montones de tierra, acaso por haberse extendido á aquellos puntos la conquista peruana, acaso porque la palabra se introdujo en el

idioma español para señalar un objeto nuevo y americano.

El valle del Rimac está circundado de cerros bajos, extendiéndose al pie de uno de ellos Lima, adulteración de Rimac, nombre del río que la atraviesa (el que habla). El Callao está á una legua, mediando un pueblecillo de origen indio, Bella Vista, como al pie de otro cerro al sur está Chorrillos, célebre lugar de baños de mar, y habitado por cholos descendientes de indios. La pirámide que se divisa al lado es la Huaca Juliana.

Entre esas montañas y la isla de San Lorenzo y otros peñascos que asoman sus cabezas desnudas desde el fondo del océano, elévanse en el centro del valle pedregoso, aquí y allí diseminadas, colinas aisladas de diversa extensión y altura. Éstas son las Huacas de Lima, que no sólo son montículos artificiales según la consagrada acepción de la palabra, sino que lo son más todavía por la forma que asumen, afectando el perfil de montañas con sus sinuosidades naturales, á diferencia del túmulo que conserva en la pirámide su forma cónica originaria.

Muy solemne impresión deja en el ánimo del transeunte por los ferrocarriles del Callao y Chorrillos, saber que son obras humanas, éstas que al principio tomó por colinas. Vistas de cerca, ó subiendo á ellas, lo que se hace generalmente á caballo para ahorrarse fatiga, otro espectáculo aumenta, con la inmediata percepción de la magnitud de la obra, la admiración del espectador, confundiendo la primera noción de su aislamiento. De Huaca á Huaca discurren caminos cubiertos entre paredones, que las ligan entre sí. ¿ Á qué pudieron servir estas comunicaciones? ¿ Había en su tiempo procesiones religiosas en honor de los muertos de unas á otras Huacas, cantando himnos en

alabanza de los héroes, en cuyo honor se erigieron?

Más natural es creer que existiendo desde antiguo estas prominencias del terreno, fueron más tarde aprovechadas para la defensa contra irrupciones de otras tribus guerreras, constituyéndolas en fortalezas y ligándolas entre sí para auxilio ó retirada de las guarniciones.

Confirmarían esta idea las ruinas que aun se conservan sobre las Huacas, visiblemente de fortalezas, en unas, de palacio ó moradas de Régulos, en otras, con restos de numerosas habitaciones, y corralones fuertemente amurrallados, como para encerrar tropas ó asilados. De este carácter es la que está en San Isidro, á unas veinte cuadras de Lima. Esta Huaca, no de las más colosales, está formada de tapias piramidales, es decir, retraídas hacia adentro para mayor duración y resistencia, rellenos los intervalos entre unas y otras con el ripio que cubre toda la estructura. Esta noción de arquitectura es como se sabe egipcia, hallándose en propilones ó portadas, y en las murallas de los templos. Ni griegos ni romanos la tomaron, y de ahí viene que nosotros no la tengamos tampoco. San Pedro en Roma es construído á plomo. La tapia aplicada á la construcción del montículo es ya un progreso sobre el primitivo hacinamiento de tierra. La Huaca Juliana, mayor aún que ésta y á poca distancia, es de adobe crudo en murallones cruzados, que sin duda forman en sus entrañas vastos salones donde están depositados los cadáveres, y el todo como las otras revestido del ripio que figura colinas naturales.

En San Isidro hay otra Huaca de un género particular en forma de montículo, sin núcleo de tapia ó adobe, y ocupando en su base una área de 11,000 varas cuadradas, exactamente media cuadra. Esta Huaca es un cementerio indígena, flanqueado de calaveras

desprendidas por el tiempo ó la dislocación. Donde quiera que se remueva el ripio que la forma, en la base ó en la cúspide, aparecen las momias sedentes ó acurrucadas, como era la práctica nacional de enterrarlas....

Las momias de esta Huaca-cementerio son de gentes pobres, como puede conjeturarse por la rareza de objetos de oro, que se encuentran con frecuencia en las que llamaríamos señoriales. Lo que llama la atención y yace desparramado donde quiera que han sido removidas, es algodón en rama de que están rellenas, y lleno el cuenco de los ojos, de que ha sido extraído el globo.

No es raro encontrar una momia de mujer cuyos cabellos sueltos, largos y abundantes, la cubren toda entera, aunque de ordinario los tienen trenzados. El atavío mortuorio es ritual, tan uniforme en la manera como están conservadas : las rodillas juntas con la barba, las manos cerradas sobre las mejillas... ¿Era casual esta disposición al depositar cadáveres en el seno de la tierra? Una cuerda de lana da varias vueltas al cuello, y sirve para amarrar las manos y conservar con cañas ó un palo por detrás el empaquetado.

La momia así acurrucada toma, con los envoltorios que sujeta una malla de esparto, la forma de una pera. En las excavaciones hechas en el ferrocarril de Arica á Tacña se encontró una envuelta en una lámina de oro, que rompieron los trabajadores antes que pudiera ser rescatada por los directores, que sólo obtuvieron fragmentos...

Los envoltorios de la momia, ó lo que llamaríamos mortajas, se suceden de afuera hacia adentro en el orden siguiente : la malla que sujeta una estera de juncos ó totora, una faja de algodón que envuelve la momia de abajo á arriba y sujeta las cañas ó palos á lo

largo de la espalda ; un paño de lana roja ó de varios colores que la cubre toda ; en la parte inferior, una ó dos sábanas de algodón que se conservan en parte blancas, y cubren y aseguran vasitos, adornos, el *hualquí* de la coca, y en casi todas una *canopa*, el canopo egipcio de oro, plata ó barro, según los posibles ó dignidad de la persona. En fin, el sudario pegado á la momia, de una tela de algodón más fina que las otras, y la soga del cuello.

No he podido averiguar con certidumbre si en este cementerio se han encontrado *chaquiras* ó abalorios de vidrio que hagan conjeturar si ha estado en actividad hasta la conquista. Créese que en la cúspide se han encontrado cuentas de vidrio. La conservación y fecundidad del maíz nada arguye contra una remota antigüedad, pues con las momias egipcias se encuentra trigo que ha germinado. Si las Huacas no son de una época remotísima, pertenecen á un pueblo que conservó sin los progresos del Cuzco, Iraguanaco y Huancavelica, los primeros instintos arquitectónicos de la raza humana anteriores á la Pirámide.

DOMINGO F. SARMIENTO.

DON ANDRÉS BELLO.

... La generalidad de sus artículos sueltos, que parecen fragmentos arrancados á otras tantas obras maduras por una laboriosa meditación, son verdaderas joyas en que no se halla defecto. Al leerlos y saborearlos, nos parece penetrar en los secretos de su com-

posición. El autor se nos coloca por delante como evocado por nuestro afecto. Con una mente clara y serena, agraciada por aquel tinte de bienestar que experimenta quien ama desinteresadamente el trabajo del espíritu, se le ve exponer el asunto, extender sobre él no sabemos qué materia diáfana que lo convierte en transparente, y entrar sin pereza y sin precipitación en el examen del todo y de los pormenores, armado del buen sentido más recto, del análisis más agudo, y de una forma de expresión que desespera á quienes, comprendiendo cuán bella es, quisieran imitarla. Los asuntos predilectos del ilustre escritor son la crítica literaria, la inducción filológica, el desarrollo histórico de ese fenómeno admirable, instrumento de la grandeza del hombre, que se llama el idioma. En las cuestiones de gramática se ata á las reglas como á única tabla de salud, pero á condición de que esas reglas sean fórmulas matemáticas, discutidas en presencia de los hechos y aceptadas por una filosofía crítica discretamente despreocupada. Nadie más que él avanza en el terreno de la innovación, pero también previas ciertas condiciones : no caminará adelante en tanto que no sienta el pie posterior firmemente apoyado en el terreno de lo bien conocido. El señor don Andrés, bajo las formas más disimuladas, ha sido un innovador atrevidísimo en diversas materias, y un obrero efectivo del progreso y de la libertad. Había grandeza en sus procedimientos á este respecto : odiaba el ruido vano y la vocinglería, y no se contentaba con el relumbrón de las promesas sino con el oro de la palabra cumplida. Era un poeta positivo ; un crítico agudo que jamás hizo reír á costa de nadie, pero que condenó á completa vergüenza á toda doctrina falsa, á toda reputación usurpada, con sólo hincarle con una de las puntas de su pluma bien cor-

tada. Sabía apoyarse en la ciencia y en la erudición para levantarse á las regiones vagas de la imaginación y de la armonía. Su oído no era para él un instrumento sensual meramente, sino un auxiliar de su razón severa. Quería gozar de la armonía silábica de las voces humanas, y del vocablo como vestido de las ideas; pero quería también saber el por qué de esa armonía, y la estudiaba fundamentalmente por entre los dédalos oscuros de la prosodia y de la ortología de las lenguas vivas y muertas. Amaba los principios abstractos; pero tomaba la humanidad cual la encontró en sus días, y aconsejó las mejores prácticas internacionales después de escudriñar menudamente en la historia moderna los procedimientos dictados por la conveniencia á las naciones provecas. Fué una abeja laboriosa que libó la miel de todas las civilizaciones en sus flores más originarias, dándonos á beber en el más exquisito licor patrio el fruto de sus útiles correrías por todos los climas favorecidos del pensamiento y del gusto.

Reservó para los días de su sana vejez la más alta prueba del vigor de su razón, presentando, como fruto final de sus estudios y corona del edificio de sus vastos conocimientos de las cosas, de los hombres y de los fines sociales, su *Proyecto de Código Civil* para la nación que fué su segunda patria. Esta obra es la alianza más completa de las dotes eminentes del le-gista filósofo y del literato que ha cultivado las letras con el fin de dar al pensamiento la forma externa que le haga más perceptible y claro.

El señor Bello fué notable por su carácter. No tuvo enemigos ni despertó jamás la envidia de nadie. Respetó el amor propio y la honra de sus prójimos como cosa suya. La palabra *yo* es la única que se echa de menos en su abundante vocabulario. Nunca hizo mé-

rito de sus trabajos ni de sus servicios, y depositó una confianza casi indolente en el juicio y en la justicia de los extraños para con él.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

LA CAZA DEL TIGRE.

Serían las diez cuando, listos ya todos, cargado Lucas con el fiambre que Luisa nos había preparado, y después de las entradas y salidas de José para poner en su gran garniel de nutria tacos de cabuya y otros chismes que se le habían olvidado, nos pusimos en marcha.

Éramos cinco los cazadores: el mulato Tiburcio, peón de la chacra; Lucas, neivano agregado de una hacienda vecina; José, Braulio y yo. Todos íbamos armados de escopetas. Eran de cazoleta las de los dos primeros, y excelentes, por supuesto, según ellos. José y Braulio llevaban además lanzas cuidadosamente enastadas.

En la casa no quedó perro útil: todos, atramojados (1) de dos en dos, engrosaron la partida expedicionaria dando aullidos de placer; y hasta el favorito de la cocinera Marta, Palomo, á quien los conejos tenían con ceguera, brindó el cuello para ser contado en el número de los hábiles; pero José le despidió con un zumba! seguido de algunos reproches humillantes.

(1) Atraillados.

Luisa y las muchachas quedaron intranquilas, especialmente Tránsito, que sabía bien era su novio quien iba á correr mayores peligros, pues su idoneidad para el caso era indisputable.

Aprovechando una angosta y enmarañada trocha, empezamos á ascender por la ribera setentrional del río. Su sesgo cauce, si tal puede llamarse el fondo selvoso de la cañada, encañonado por peñascos en cuyas cimas crecían, como en azoteas, crespos helechos y cañas enredadas por floridas trepadoras, estaba obstruido á trechos con enormes piedras, por entre las cuales se escapaban las corrientes en ondas veloces, blancos borbollones y caprichosos plumajes.

Poco más de media legua habíamos andado, cuando José, deteniéndose á la desembocadura de un zanjón ancho, seco y amurallado por altas barrancas, examinó algunos huesos mal roídos dispersos en la arena; eran los del cordero que el día antes se le había puesto de cebo á la fiera. Precediéndonos Braulio, nos internamos José y yo por el zanjón. Los rastros subían. Braulio, después de unas cien varas de ascenso, se detuvo, y sin mirarnos hizo ademán de que parásemos. Puso oído á los rumores de la selva; aspiró todo el aire que su pecho podía contener; miró hacia la alta bóveda que los cedros, jiguas y yarumos formaban sobre nosotros, y siguió andando con lentos y silenciosos pasos. Detúvose de nuevo al cabo de un rato: repitió el examen hecho en la primera estación; y mostrándonos los rasguños que tenía el tronco de un árbol que se levantaba desde el fondo del zanjón, nos dijo, después de un nuevo examen de las huellas: « Por aquí salió: se conoce que está bien comido y ya es equiano. » La chamba (1) terminaba veinte varas

(1) Zanja.

adelante por un paredón desde cuyo tope se conocía, por la hoya que tenía al pie, que en los días de lluvia se despeñaban por allí las corrientes de la falda.

Contra lo que creía yo conveniente, buscamos otra vez la ribera del río, y continuamos subiendo por ella. A poco halló Braulio las huellas del tigre en una playa, y esta vez llegaban hasta la orilla del río.

Era necesario cerciorarse de si la fiera había pasado por allí al otro lado, ó si, impidiéndoselo las corrientes, ya muy descolgadas é impetuosas, había continuado subiendo por la ribera en que estábamos, que era lo más probable.

Braulio, la escopeta terciada á la espalda, vadeó el raudal atándose á la cintura un rejo, cuyo extremo retenía José para evitar que un mal paso hiciera rodar al sobrino á la cascada inmediata.

Guardábamos un silencio profundo y acallábamos uno que otro aullido de impaciencia que dejaban escapar los perros.

— No hay rastro acá, — dijo Braulio después de examinar las arenas y las malezas.

Al ponerse en pie, vuelto hacia nosotros, sobre la cima de un peñón, le entendimos por los ademanes que nos mandaba estar quietos.

Zafóse de los hombros la escopeta; la apoyó en el pecho como para disparar sobre las peñas que tenía á la espalda; se inclinó ligeramente hacia adelante, firme y tranquilo, y dió fuego.

— ¡Allí! — gritó señalando hacia el arbolado de las peñas cuyos filos nos era imposible divisar; y bajando á saltos á la ribera, añadió:

— ¡La cuerda firme! ¡los perros más arriba!

Los perros parecían estar al corriente de lo que había sucedido: no bien los soltamos, cumpliendo la orden de Braulio, mientras José le ayudaba á pasar el

rió, desaparecieron á nuestra derecha por entre los cañaverales.

— ¡Quietos! — volvió á gritar Braulio ganando ya la ribera; y mientras cargaba precipitadamente la escopeta, divisándome á mí, agregó :

— Usted aquí, patrón.

Los perros perseguían de cerca la presa, que no debía tener fácil salida, puesto que los ladridos venían de un mismo punto de la falda.

Braulio tomó una lanza de manos de José diciéndonos á los dos :

— Ustedes más abajo y más altos, para cuidar este paso, porque el tigre volverá sobre su rastro si se nos escapa de donde está Tiburcio con ustedes, — agregó.

Y dirigiéndose á Lucas :

— Los dos á costear el peñón por arriba.

Luego, con su sonrisa dulce de siempre, terminó al colocar con pulso firme un pistón en la chimenea de la escopeta. :

— Es un gatico, y está ya herido.

En diciendo las últimas palabras nos dispersamos.

José, Tiburcio y yo subimos á una roca convenientemente situada. Tiburcio miraba y remiraba la ceba de su escopeta. José era todo ojos. Desde allí veíamos lo que pasaba en el peñón y podíamos guardar el paso recomendado; porque los árboles de la falda, aunque corpulentos, eran raros.

De los seis perros, dos estaban ya fuera de combate: uno de ellos destripado á los pies de la fiera; el otro, dejando ver las entrañas por entre uno de los costillares desgarrado, había venido á buscarnos y expiraba dando quejidos lastimeros junto á la piedra que ocupábamos.

De espaldas contra un grupo de robles, haciendo serpentear la cola, erizado el dorso, los ojos llameantes y

la dentadura descubierta, el tigre lanzaba unos bufidos roncós, y al sacudir la enorme cabeza, las orejas hacían un ruido semejante al de las castañuelas de madera. Al revolver, hostigado por los perros, no escarmentados aunque no muy sanos, se veía que su ijar izquierdo chorreaba sangre, la que á veces intentaba lamer inútilmente, porque entonces lo acosaba la jauría con ventaja.

Braulio y Lucas se presentaron saliendo del cañaveral sobre el peñón, pero un poco más distantes de la fiera que nosotros. Lucas estaba lívido, y las manchas de carate de sus pómulos, de azul turquí.

Formábamos así un triángulo los cazadores y la pieza, pudiendo ambos grupos disparar á un tiempo sobre ella sin ofendernos mutuamente.

— ¡Fuego todos á un tiempo! — grito José.

— No, no; los perros, — respondió Braulio; y dejando solo á su compañero, desapareció.

Comprendí que un disparo general podía terminarlo todo; pero era cierto que algunos perros sucumbirían; y no muriendo el tigre, le era fácil hacer una diablura encontrándonos sin armas cargadas.

La cabeza de Braulio, con la boca entreabierta y jadeante, los ojos desplegados y la cabellera revuelta, asomó por entre el cañaveral, un poco atrás de los árboles que defendían la espalda de la fiera : en el brazo derecho llevaba enristrada la lanza, y con el izquierdo desviaba los bejucos que le impedían ver bien.

Todos quedamos mudos; los perros mismos parecían interesados en el fin de la partida.

José gritó al fin :

— ¡Hubi! ¡Mataleón! ¡hubi! ¡Picalo, Truncho!

No convenía dar tregua á la fiera, y se evitaba así riesgo mayor á Braulio.

Los perros volvieron al ataque simultáneamente. Otro de ellos quedó muerto sin dar un quejido.

El tigre lanzó un maullido horroroso.

Braulio apareció tras el grupo de robles, hacia nuestro lado, empuñando el asta de la lanza sin la hoja.

La fiera dió la misma vuelta en su busca, y él gritó :

— ¡Fuego! ¡fuego! — volviendo á quedar de un brinco en el mismo punto donde había asestado la lanzada.

El tigre lo buscaba. Lucas había desaparecido. Tiburcio estaba de color de aceituna. Apuntó, y sólo se quemó la ceba.

José disparó. El tigre rugió de nuevo, tratando como de morderse el lomo, y de un salto volvió instantáneamente sobre Braulio. Éste, dando una nueva vuelta tras de los robles, lanzóse hacia nosotros á recoger la lanza que le arrojaba José.

Entonces la fiera nos dió frente. Sólo mi escopeta estaba disponible : disparé ; el tigre se sentó sobre la cola, tambaleó y cayó.

Braulio miró atrás instintivamente para saber el efecto del último tiro. José, Tiburcio y yo nos hallábamos ya cerca de él, y todos dimos á un tiempo un grito de triunfo.

La fiera arrojaba sanguaza espumosa por la boca : tenía los ojos empañados é inmóviles, y en el último paroxismo de muerte estiraba las piernas temblorosas y removía las hojarascas al enrollar y desenrollar la hermosa cola.

JORGE ISAACS.

BOLÍVAR.

Vedle allí: gallardo en la actitud, envuelta la cabeza en resplandores, cargada la frente de milagros y blandiendo la espada de los portentos. ¡Escuchad! aquellos labios pronuncian una palabra extraña, y á su voz se han conmovido los Andes: « sea la libertad, sea la República! » ¡Ved aquí el prólogo de aquella Iliada con sus anales brillantes y héroes de leyenda! Bolívar preside. No tiene soldados, pero es nuevo Cadmo y brotan de la tierra al trueno de su voz; escasas son las armas, pero en las combinaciones de su táctica el parque del enemigo entra como condición de sus movimientos; su caja de guerra está vacía, pero la sobriedad inaudita, de que da ejemplo, anima sus milicias y crea imitadores. Y hay más; como si tantas complicaciones no fueran suficientes para preocupar el ánimo y aventajar al contrario, la misma naturaleza con el desastre de 1812 apura los rigores de la suerte amedrentando masas ignorantes y sustrayéndole auxilios poderosos. Pero así y todo: sin tropas regulares, pobre de armas, limitado de mantenimientos y rodeado de escombros, empinando su talla de gigante, sobrepasa la atmósfera de las contradicciones, y de pie sobre el monte de la colonia, refrenda sus juramentos á la libertad y su independencia á la América. ¡Qué hombre! y ¡qué destino!

Habla, y á la manera de Carlos III de Nápoles, que saca de las profundidades de la tierra á Pompeya y Herculano, así su encendida palabra, penetrando el corazón de la patria, resucita el entusiasmo, aviva

la fe y procura soldados á su causa. Nada resiste á su voz: la naturaleza le había comunicado la fuerza incontrastable del destino. Bolívar poseía el don de lenguas y el numen sagrado de los profetas. Trágica como la de Esquilo, Sófoles y Eurípides, la musa inagotable de su pensamiento, robando sus fuegos al sol, excitaba en el alma de sus compatriotas aquellas emociones profundas que arrebataron á Ricaurte en San Mateo á esculpir su nombre á los reflejos de un incendio, y al ejército, testigo de aquel suceso extraordinario, á mirar pasmado cómo suben al cielo, entre el humo de la detonación y los temblores de la catástrofe, las almas de los héroes.

¡Cómo descuellan en él sus prendas marciales! Naturaleza de torbellino y águila por la sorprendente rapidez del vuelo, si concebía con prontitud, ejecutaba sin tardanza. Acción multifaria, certera como la saeta que va, extendida como los espacios que dominaba, y veloz como los movimientos del rayo, recorría zonas y traspasaba cordilleras para anunciar triunfos y libertar naciones. La España lo sabe: Bolívar nunca dormía sino bajo las alas de la victoria. Constante y atrevido en sus designios, fiel al encargo que recibió de la Providencia, atormentado por la santa ambición de construir en América el imperio de la República, y queriendo muchas veces adelantar la hora, precipitar el tiempo, hubo de sufrir, en ocasiones memorables, serios descalabros y golpes sensibles. Pero de nada aprovechaba á la España. No era solamente el genio de Bolívar su formidable contendor: eran la idea de la independencia, la idea de la libertad y los derechos de un mundo que tenían en él su primer soldado. Para contrarrestar el fuego de la idea, mal aconsejados los tiranos hacían hervir las cárceles con el propósito de no dar tregua al oficio del ver-

dugo. Dolorosas hecatombes llegaban á las nubes, y ríos de sangre empapaban el suelo. ¡Insensatez!... « Se acaba con un hombre, con dos, con un millón, pero no se acaba con una verdad. Cuando se hiere á un hombre, brota la sangre; cuando se hiere una verdad, brota la luz ». Por eso, cuando Bolívar se retiró de Caracas, mediando aquel lapso de tiempo que presenció su retorno á Cartagena, la expedición de los Cayos y la salvaje carnicería del fuerte de Barcelona, la historia cuenta el rasgo más brillante de su vida militar. Á orillas del majestuoso Orinoco y bajo la espesa sombra de sus bosques amigos, armó su tienda de campaña absorto en la gravedad de los acontecimientos. Rendido el cuerpo á las fatigas y reclinada la cabeza, entregóse á un sueño pasajero que hicieron delicioso el rumor de las aguas y el columpio de las palmeras. En aquel instante, el genio protector de la América, destrenzados los cabellos y velado el semblante, habló á su oído, entre sollozos y lágrimas, sentidas frases de dolor. La frente del guerrero quedó nublada; era que el ángel le argüía con la túnica ensangrentada de la patria, con su desolación y sus ruinas. Aun hablada, cuando el rostro de Bolívar, iluminado de improvisó, y viendo presente lo futuro, descubre nuevos horizontes y señala derrotero á sus huestas invencibles; era que había tomado cuenta á la victoria, puesto sello á otros pactos y declarado para sí el principado de la gloria. Trasfigurado de esta manera, pronuncia un nombre misterioso y despierta. Allá va, hendiendo el aire en su bridón de guerra, devorando con el alma las distancias y empujando sus escuadrones por entre el hielo. Llega y triunfa. El sueño del Orinoco produjo á Boyacá.

LOS BAÑOS DE APOQUINDO.

El día de Pascua ha amanecido triste para mí. Ésta es una fiesta en que las familias cristianas se reúnen bajo el techo de los abuelos, y en que los amigos verdaderos se buscan para contemplar juntos la luz de la resurrección. Estoy lejos de mi familia y de mis amigos, y me considero hoy un hombre anónimo, á quien el destino ha arrojado en medio de extraños.

Tú sabes que en mis horas de tedio ó de malestar, tenía la costumbre de abandonar la ciudad, y tomando un carruaje ó el tren, me dirigía á disfrutar del cielo, del aire y de los perfumes vírgenes de la naturaleza.

Consecuente con esa mi costumbre, acabo de salir de Santiago, y heme aquí entre los bañistas de Apoquindo, sentado cómodamente en el comedor del hotel y fumando mi pipa.

Al frente se extiende una cadena de montañas, en cuyas cumbres empiezan á acumularse las nieves. Á su pie se descubren, medio velados por la bruma, los edificios de Santiago. El terreno forma una hondonada, que se levanta suavemente hasta la meseta en que está la casa de baños, apoyada en los cerros que le suministran las aguas de sus bulliciosas vertientes. En esta hondonada hay algunas pobres chozas, precedidas de pequeños jardines, plantados para atender al alimento de las abejas y ofrecerles materia prima para sus trabajos. Un camino abierto á través de las ondulaciones del terreno, ostenta á uno y otro lado las cercas de algunas propiedades, formadas por espi-

nos raquíuticos, eucaliptus perfumados, verdes nogales y lustrosos olivares. De trecho en trecho asoman algunos álamos gigantescos cubiertos de amarillentas hojas, que se desprenden y vuelan, se arremolinan y descenden, cual si fueran las mariposas del invierno, perseguidas por las brisas heladas de los altos Andes. Uno que otro pájaro se posa en las acacias que rodean el hotel, y acompaña con sus trinos melancólicos al bañero que espera cantando á sus parroquianos. En el parque lateral juegan algunas alegres muchachas, mientras sus compañeros, alemanes la mayor parte, beben cerveza, fuman ó juegan al billar. Los niños saltan en el jardín alrededor de una fuente que deja escapar una finísima lluvia, ó contemplan un aquarium en que se revuelven centenares de pececillos plateados. Una mujer, cuyo origen adivino, aun cuando no la veo, ejecuta en el piano del salón una tierna balada que le recuerda patria, familia y amores. Algunas muchachas recorren el jardín, produciendo con sus pies, que se hunden en la alfombra de hojas secas, un sonido seco y extraño. Las malvas inglesas, los ramos más frescos de los cedrones y las últimas y descoloridas rosas del otoño pasan á sus manos rosadas, y de sus manos á sus cabellos rubios. Y sobre este cuadro, digno del idilio de los pastores que recogen sus cabras y marchan cargados con la leña recogida en sus montañas, brilla un sol pálido, el primero de los soles del invierno que empieza para la naturaleza y para mi alma. Embebido en mis recuerdos, pensaba en la patria y en ustedes, contemplando el humo azulado de mi pipa, que se elevaba pesadamente en la atmósfera húmeda. Antonio, mi fiel servidor, me miraba sentado del otro lado de una mesa de mármol que nos separaba; tenía en sus manos uno de los primeros libros que leí en la infancia: *La ca-*

baña indiana de Bernardino de Saint-Pierre. No pudo contenerse, y adivinando mi situación me dijo: — ¡Usted está triste! — ¡Sí! le respondí. El buen hombre agregó: — ¿En qué puedo servirlo? — En nada, Antonio, le contesté. Ni él ni nadie podría haberme consolado; yo necesitaba alas para volar á la patria en que alguno de mis hermanos sufre, al hogar en que la familia rodearía la cuna de un niño nacido en mi ausencia, al antiguo solar en que todos nosotros celebraríamos la Pascua reunidos en torno de la mesa. Sufri, sufrí mucho en aquel instante. Extendí mi mano hacia el libro, lo abrí al acaso y leí estas palabras del paria indio: «La adversidad se parece á la montaña negra de Bember, en los confines del atrasado reino de Sabor, que á la subida presenta estériles peñascos, pero desde cuya cima se descubre todo el cielo y á sus pies el reino de Cachemira.» — Cerré el libro y los ojos. Yo estaba sobre una montaña, el cielo azul me cubría, y á sus pies se extendió un territorio en que el Creador había derramado los dones de su amor: ¡la hora de la tribulación, el ciclo de la esperanza, la patria del porvenir!

SANTIAGO ESTRADA.

LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES.

En un oasis asentado entre las arenas del mar y las primeras rocas de los Andes, extiéndese la opulenta metrópoli.

Capital de la más rica de las repúblicas sudamericanas, cuenta á granel los millones que afluyen á su

tesoro, por centenas los palacios de mármol que se alzan en su recinto ; pero se rehusa una casa para sus recepciones oficiales, un teatro donde recibir á los grandes artistas; que atraídos por su esplendor vienen á visitarla.

En el flanco setentrional de una bella plaza adornada con fuentes, jardines y estatuas, álzase apenas del suelo, ruinoso, sucio y grotesco edificio coronado de una baranda de madera carcomida, y flanqueado de tiendas atestadas de telas vistosas y abigarradas y de una profusión de objetos heterogéneos. Diríase un bazar de Oriente.

Llámanlo *Palacio de Gobierno*. Sus huéspedes, cuidándose poco de esa transitoria morada, conténtanse con forrarla interiormente de seda, oro y mármol para su propio *confort*, dejando á sus sucesores el cuidado de la parte monumental.

Cinco cuadras de allí distante, un engañoso frontispicio da entrada á un caserón vetusto, informe, cuarteado en todos sentidos, y con las más pronunciadas apariencias de un granero. ¡Es el teatro!

Y sin embargo, con la cuarta parte del oro y las pedrerías que en su espléndido entusiasmo ha derramado Lima en ese escenario sobre sus artistas favoritos, habría podido construir el más hermoso teatro del mundo.

Y sin embargo, aun, en las noches de estrenos, cuando las encantadoras hijas del Rimac llenan las tres líneas de palcos, y el gas resplandece, y los abanicos se agitan, y las miradas se cruzan, un prestigio extraño, casi divino, trasforma el derruido edificio; y ningún joven abonado lo cambiaría entonces por el más suntuoso teatro de París, por el más aristocrático de Londres.

Pero esta misma ciudad, desdeñando indolente la

creación de esos monumentos que, con el templo, son la base material de la vida social, consagra á la exposición de su industria un bellissimo palacio; aloja á sus sentenciados en alcázares de granito, y sepulta á sus muertos en basílicas de mármol.

Al traspasar la portada de Guadalupe divísanse ambos: palacio y alcázar.

El uno, gracioso, elegante, adornado con todos los órdenes de arquitectura, cercado de jardines donde se elevan los más sombrosos árboles, donde se abren las más hermosas flores, donde cantan las más canoras aves, donde rugen las más horribles fieras.

El otro, sombrío pero magnífico, agrupando sus bronceadas piedras en muros y bóvedas de severo é imponente aspecto. Tras de esos muros, bajo esas bóvedas, en vez del fatídico ruido de cadenas, escúchase el alegre golpear de instrumentos industriales; y en el silencio de la noche, las notas melodiosas de Verdi y de Bellini se exhalan de ese recinto, llevando al alma de los desventurados que allí moran, recuerdos y esperanzas. Es la penitenciaría.

Si en pos de grandezas se torna la mirada hacia el noreste, descúbrese más allá de la puerta de Maravillas una ciudad de mármol, blanca como un cisne y medio oculta entre la sombra inmóvil de los cipresos. En su extenso recinto se alzan, en profuso desorden, cúpulas, pilastras, columnas cuyo elegante corte se dibuja en el azul del cielo. Creeríasela una fantástica aparición entrevista allá en el fondo de un ensueño.

Pero al aproximarse, al abarcar con una ojeada aquel suntuoso conjunto, detalles de un primor exquisito revelan el nombre de ese inmenso hacinamiento de riquezas artísticas. Es el cementerio.

Sin embargo, trabajo cuesta al pensamiento asimilar á la idea de la muerte un lugar donde por todas

partes respira la vida en su más ardiente expresión. Amor, dolor, resignación, plegaria, todos los sentimientos sublimes del alma palpitan bajo la blanca inmovilidad de esas estatuas, que de entre el embalsamado follaje de los rosales se alzan, esparciendo entorno á los helados restos que guardan, esa vida inmortal transmitida al mármol por el fuego sagrado del genio.

En fin, si dejando la mansión de los muertos, el viajero penetra en la ciudad, encuéntrala habitada por un pueblo compuesto de las tres razas primitivas, en tan iguales proporciones, que completando el contraste haríanlo vacilar entre Pekín y Congo, si el sello de belleza incomparable que este clima afortunado imprime en la raza caucásica no le forzara á exclamar :

¡ Lima !

JUANA MANUELA GORRITI.

UNA PLANTA ARTILLERA

— ¿Quieres recibir una lección de botánica, Inesita? Te encuentro tan ocupada en tus flores, cada vez que te visito, que bien creo debían ellas revelarte los misterios que ocultan á tus miradas. Vamos, interroga cualquiera de tus plantas, y ella nos descifrárá un enigma.

— ¿Cuál quieres que escoja?

— La que tú quieras. Queda á tu voluntad decirte por la más bella, tu hermana en atractivos, ó por la más sencilla, tu hermana en modestia.

— Escogeré la más insignificante, aquella que florece en todo el año y que colocó en los ramilletes que regalo á mis amigas : la *doradilla*.

— ¿Y por qué ese antojo, bella niña?

— Porque conozco esta planta desde mi niñez ; porque la percibo á todas horas, sobre el techo de mi casa, ó aquí en mi jardín, donde ella sobresale por la belleza de sus ramas.

— Bien, pues, hablemos de la doradilla ; pero te advierto que ella te proporcionará un buen susto.

— ¿De qué manera?

— Es una planta que tiene oculta una artillería terrible, que al entrar en acción produce un incendio : es una batería volcánica que lanza sus proyectiles y sus columnas de humo.

— ¿Es posible?

— Sí ; desde el momento en que la gota de agua toque las ramas de esta planta, la batalla principiará. Cada una de las flores presentará su batería, y los puntos encarnados se convertirán en pequeñas estrellas de nieve : al instante el cañoneo se escuchará ; los proyectiles, las granadas cruzarán los aires, y una nube de polvo llenará el campo de batalla. La planta parecerá un incendio oculto ; de cada flor se levantarán espirales de humo, sentiráse el ruido de las detonaciones, se divisarán los soldados que entran en acción, y á poco todo el campo rojo se convertirá en un campo de cenizas y de cadáveres.

— Entonces, amigo mío, desisto.

— ¿Y por qué? No te inquietes : aquí no habrá ni baterías, ni granadas, ni proyectiles, ni incendio, ni calor, ni humo, ni pelea alguna. Será un fenómeno del amor en uno de sus tantos caprichos ; será un juego entre la gota de agua y el polvo fecundante de las flores : evoluciones de la vida. Vamos,

toma la pequeña regadera y humedece la *doradilla*.

Inesita toma la regadera y humedece la planta. Al punto todos los capullos encarnados se abren con violencia, y estrellitas blancas como la nieve aparecen sobre el verde ropaje de las ramas. En seguida se ven levantar de dos en dos los cuatro estambres que estaban doblados y ocultos en cada uno de los sépalos del cáliz, ya abierto en cruz. Ellos se levantan como soldados que escucharan el toque de llamada; se enderezan, se forman en batalla y dan el grito de alerta á las anteras que están situadas en sus extremos libres. Éstas se abren á su turno con violencia, lanzan su contenido globular, y una densa nube de humo asciende por todas partes.

Inesita se espanta, cree que es un incendio, y toma de nuevo la regadera para apagarlo; pero mientras más riega, más humo sale de la planta.

— ¿Qué es esto, amigo mío? — pregunta la cándida niña.

— ¿No te dije, angelical criatura, que aquí no había ni volcán, ni batería, ni incendio, ni humo? Todo esto es un fenómeno mecánico: es la elasticidad. Esos proyectiles que se enderezan y forman en cruz son los cuatro estambres que yacían doblados antes de abrir la flor; esas bombas que salen de sus extremos son las anteras que se rompen y lanzan al aire sus granillos imperceptibles, y la nube de humo es la abundancia del polvo fecundante, que se entrega en manos de Eolo para que lo derrame de una manera imperceptible sobre toda la tierra.

Esta planta, Inesita, es la *Pilea microphylla* de la ciencia. *Pilea*, viene del griego *pilos*, que significa gorro, porque una de las partes de su cáliz está abultada; y *microphylla* quiere decir de hoja pequeña. Los ingleses la llaman *artillery plant*, y su patria es

desde las Antillas hasta el Brasil. Ella pertenece á la familia de las *Urticeas*, nombre dado á esta sección de vegetales, porque la mayor parte de sus géneros, *Ortiga*, *Parietaria*, *Pilea*, etc., irritan con sus hojas la piel, simulando la picadura de la hormiga. Como lo ves, esta planta es apétala, es decir, no tiene pétalos: las flores que ves son los cuatro sépalos coloridos del cáliz, que se abren en cruz. Tan luego como el agua los toca, ellos se abren en forma de estrellas, y las capsulitas (anteras) que están sobre su extremo libre, se rompen y lanzan al aire la abundancia de granos de polvo fecundante que cada una contiene. Sus hojas son pequeñas, opuestas, y las ramas alternas y decrecientes, y todas ellas disticas, es decir, que están colocadas de dos lados del tallo principal, que es rosado por encima. Las flores nacen agrupadas en las axilas de las hojas, y toda la planta se llama *doradilla*, porque á proporción que envejece, aparece color de oro á los rayos del sol. Otros la llaman *samancito*, porque imita en su ramaje al coloso de las selvas.

La *Pilea* con sus 130 especies crece sobre los tejados, en los lugares húmedos, y hoy se cultiva en los jardines. Sus hermanas congéneres, las *Ortigas* y las *Parietarias*, ostentan el mismo fenómeno, pero ninguna con tanta belleza como la planta artillera. Aquí tienes, Inés, la historia de tu planta predilecta.

ARÍSTIDES ROJAS.

LAVALLE EN RÍO BAMBA.

El combate de Río Bamba es el choque de caballería más lucido que haya tenido lugar en la guerra de nuestra emancipación, y el que ha elevado también á más alto grado el renombre de bravo que llevaba el ejército de los Andes, en los gloriosos tiempos que dejamos á la espalda. En él se vió al intrépido Lavalle con 96 granaderos arrollar cuatro escuadrones, fuertes cada uno de 120 hombres, de las mejores tropas del Rey, hasta meterlos á sablazos bajo los fuegos de la infantería, habiendo pasado antes por la villa de Río Bamba, que estaba interpuesta entre los dos ejércitos, para desafiar á la caballería enemiga, que con la intención de alejarlo de toda protección, no salía de la pequeña planicie que está al pie de las alturas que coronan áquel pueblo, y á las cuales quería atraer al general Sucre el jefe español, para batirlo con ventaja.

La posición de Lavalle, en ese día, era tanto más conspicua, cuanto que estaba peleando por primera vez con una fuerza cuatro veces mayor que la suya, en presencia de los orgullosos soldados de Colombia, y contra la voluntad del general en jefe, que en esos momentos lo acusaba de imprudente, por haber comprometido un choque en que tenía que combatir uno contra cinco, y del cual, según él, no podía salir victorioso. En prueba de lo que dejamos dicho, citaremos las palabras que el coronel Ibarra, sobrino del libertador Bolívar, dirigió al general Sucre en aquellos momentos supremos, y sus contestaciones, sacadas de los apuntes del coronel del ejército de los Andes don

Juan Espinosa, publicadas en el « Correo Peruano » del 23 de Mayo de 1846. Después de la primera carga que Lavalle dió á los españoles, y en la cual llegó hasta tiro y medio de fusil, los Granaderos se retiraron al tranco... Entonces el general enemigo organizó los cuatro escuadrones que habían sido acuchillados momentos antes, y los hizo cargar poniéndose él mismo á la cabeza. Lavalle, cuando estaban á cien pasos á su retaguardia, volvió caras por pelotones, y cargó al centro de los cuatro escuadrones. En este momento el general Sucre creyó perdidos á los Granaderos por la imprudencia de su jefe, « y no quiso protegerlos, dice Espinosa, *por no comprometer una acción general para la cual no estaba preparado, y por ser muy avanzada la hora* ». Á las repetidas instancias que le hicieron de proteger al escuadrón con alguna infantería, contestó : *El comandante Lavalle ha querido perderse, que se pierda solo*. El coronel Ibarra, sobrino del Libertador y un valiente de primera clase, le dijo : — « Mi general, déjeme V.S. ir con mis Guías en protección de los Granaderos, y yo le respondo del triunfo » ; y saltándosele las lágrimas, añadió : — « ¡Cómo se pierde un escuadrón tan valiente ! mi general, permítamelo V.S. » — El general Sucre, con una calma inalterable, le contestó : — « Coronel Ibarra, aquí el único responsable soy yo ; pero vaya V. y haga su deber. »

Poníanse recién al gran galope los denodados Guías de Colombia, cuando los bizarros Granaderos decidían la victoria, sin que les cupiese más que á cincuenta de esos bravos ayudar á recoger los laureles, que los inmortales Granaderos habían alcanzado, segando cabezas españolas con el corvo de los Andes, en aquel anfiteatro de la Edad Media.

PEDRO LACASA.

LAS RUINAS DE MENDOZA.

Desde que á algunas leguas de Mendoza empezaron á presentarse las casas destruidas, nos apercibimos de que penetrábamos en la región de las ruinas, y descubrimos con religioso respeto nuestra cabeza para recibir el polvo de los muertos.

Llegamos al fin á la ciudad caída. Nos pareció que la noche era la hora más propicia para visitar á los muertos, y que el fúnebre espectáculo sólo podía ser bien examinado á la luz de la luna.

Se ha dicho con razón que la luna es la compañera del hombre. Buena y dulce compañera, en efecto, puesto que ella despierta en el alma los afectos generosos y tiernos y el recuerdo de las dichas perdidas como la esperanza del bien que anhelamos. La luna nos acompaña en los momentos en que cesan los ruidos del mundo, del que nos convida á alejarnos para contar en la soledad y el silencio todos esos astros del cielo, que narran las glorias del Señor y sirven de pedestal á su trono. La melancolía es el sentimiento que se apodera de todo nuestro corazón en esas horas calladas de la noche; ella nos enseña á la vez nuestro origen y nuestro destino : nos dice por qué culpas perdió el hombre el paraíso en que Dios le creó, y cuáles son las virtudes que han de abrirle el paraíso que no se pierde. La melancolía no es la alegría, pero es el dolor consolado; es la más natural de las afecciones humanas : cuando ella domina su ánimo, el hombre recuerda y espera, está en plena posesión de sí mismo.

Y al que quisiera observar el mundo moral, que no

se ve desde la altura del Tupungato, le aconsejaríamos visitara en Mendoza las ruinas bajo las cuales descansan tantos miles de hermanos nuestros, cuando arroja sobre ellas sus resplandores la reina de las estrellas.

Fué en una noche de luna, cuando visitamos la destruida ciudad, penetrando por entre los escombros con el cristiano recogimiento con que se marcha sobre las tumbas. ¿Cómo describir aquel horrible espectáculo? ¿Qué palabra puede bastar á hacer concebir al hombre lo que sus ojos no han visto?

Renunciemos á una descripción imposible, por lo menos para nosotros; en vez de pintar el aspecto material de aquel caos, hablemos sólo de los recuerdos y las imágenes que asaltaban nuestra mente abatida en presencia de cuadro tan afligente.

Imaginaos una ciudad en que todo está en movimiento, todo con vida. Era el último día de la estación del verano, á las siete y media de una hermosa noche; y nadie sospechaba por cierto que un instante después el frío de la muerte había de apagar la existencia de casi todos los habitantes de la ciudad. Los unos, descansando de las tareas del día, acariciaban tranquilos á sus hijos en el seno de la familia; otros conversaban tristemente en medio de los amigos sobre las recientes calamidades que habían consternado á todo el país; las señoras aprovechaban la claridad de la noche para visitar las tiendas; las gentes piadosas se retiraban en gran número del templo, en que un padre jesuita acababa de predicarles la palabra evangélica, y de exhortarlas á cumplir el deber de la penitencia, para asistir con la conciencia sin mancha en los días santos que se acercaban, á adorar al Salvador muriendo en la cruz. Apenas se habían cerrado los labios de los que habían pedido á la Virgen Inmaculada en sus oraciones rogara á Dios por ellos en la

hora de la muerte, que ignoraban ¡ay! estuviera tan cercana, cuando la muerte se presentó de improviso, ¡y cuatro segundos después la ciudad no existía!

El trueno subterráneo resonó al tiempo mismo que ella se desplomaba. El movimiento de la tierra fué tan violento que no era posible mantenerse en pie ni marchar sobre ella. Los que lograron andar algunas varas para llegar á la calle, buscaban su refugio en el lugar precisamente del mayor peligro, pues las paredes al derrumbarse se cruzaban sobre el centro de las calles mismas.

Un silencio verdaderamente sepulcral, interrumpido sólo por el aullido lejano de los perros, siguió al espantoso temblor. Una nube densa de polvo se levantó de las ruinas, y cubrió la faz de la luna con un manto negro. En la calle principal estalló el incendio, cuyo humo se confundía con el polvo en el aire; y, cuyas llamas, al tiempo que despedían sus luces siniestras sobre la ciudad hecha escombros, formaban como una muralla impèntrable de fuego, dentro de la cual perecieron abrasadas muchas personas, entre ellas algunas jóvenes de las familias más distinguidas. Las pocas gentes que habían logrado salvar se agruparon en la alameda y la plaza, habiendo dejado los más, principalmente las mujeres, sus vestidos en los escombros. Muchos de aquellos infelices tenían roto algún miembro de su cuerpo, y todos ellos despedazado el corazón por ignorar la suerte que había cabido á sus padres, sus esposas, sus hijos. Un frío extremo y raro en aquella estación vino á agregar los sufrimientos físicos á las angustias indecibles del espíritu...

Todas esas escenas espantosas, horribles, que conocíamos al visitar las ruinas de Mendoza, y de las que hemos hecho una pálida y breve reseña, se presentaban á nuestra imaginación con sus coloridos más vi-

vos, y hacían en ella impresión tanto más intensa, cuanto que nos hallábamos en el teatro mismo de tan grande calamidad. Cada casa caída, y todas lo estaban, nos traía el recuerdo de una familia cuya mayor parte estaba allí sepultada, y los otros miembros abrumados bajo el doble peso del dolor y de la miseria. ¿Cuántas horas duró la agonía de gran número de esos difuntos, cuando han salido con vida varios individuos de entre los escombros, cinco, seis y hasta ocho días después? ¿Cuántos desgraciados buscaron inútilmente el cadáver de su padre ó su esposa, para poseer á lo menos, cuando todo lo habían perdido, una tumba que guardara los restos del objeto de su ternura? ¿Cuántos otros vinieron á llevar su ropa y algunos muebles, y hallaron todo robado?

Llamaba nuestra atención en aquella noche, que ha dejado en nuestra memoria imperecederos recuerdos, el aspecto majestuoso é imponente de las ruinas de los templos, alumbradas por las antorchas del cielo que habían reemplazado á las del santuario. Menos las torres, la mayor parte del frente de ellos ha quedado en pie y grandes trozos de los muros de los costados. La Matriz, San Francisco, Santo Domingo, San Agustín y la Merced eran templos espaciosos y elevados, cuales sabían construirlos los españoles en tiempo de la colonia. En los atrios de ellos veíamos muchas tumbas, sobre las cuales había cruces sencillas, formadas de simples cañas las más de ellas. Nos parece que las preces que se eleven á Dios desde esas tumbas y delante de aquellas iglesias caídas, han de hallar en el cielo acogida muy favorable, y que con la tierra humedecida con tantas lágrimas han de erigirse más tarde otros santuarios, predilectos para la piedad de los fieles, en aquellos lugares consagrados por el infortunio...

FÉLIX FRÍAS.

· BELGRANO.

El general Belgrano es una de aquellas figuras históricas que, lo mismo que con una bandera ó una espada, podría ser representada con la pluma del escritor ó con el libro de la ley en las manos, ó bendiciendo con ambas la cabeza de un niño deletreando en una cartilla; porque fué hombre de acción y hombre de pensamiento, y porque á la vez que combatió por su creencia, derramó á lo largo del surco de la vida la semilla fecunda de la instrucción y de la virtud.

No era un general del genio de San Martín, ni un economista del alcance de Vieytes, ni un jurisconsulto de la ciencia de Castro, ni un tribuno de la elocuencia de Castelli, ni un escritor del temple de Monteagudo, ni un político de la talla de Rivadavia, sus contemporáneos, sus compañeros y sus amigos en la época de la revolución; pero fué todo eso en la medida de sus facultades, en medio de una época memorable, con una alma grande y pura y un carácter elevado y sencillo; y por eso el general Belgrano es uno de nuestros grandes hombres en el pasado y en el presente, como lo será en los tiempos venideros.

Su grandeza, principalmente cívica y moral, no es el resultado de la superioridad del genio sobre el nivel común, ni está exclusivamente vinculada á los grandes hechos políticos y militares en que fué modesto actor. Ella consiste en el conjunto armónico de sus altas calidades morales, que no pretendían sobreponerse á la razón pública; en el equilibrio del alma serena en medio de la tempestad, que no se dejó arrébatarse por

el orgullo ni avasallar por el egoísmo; en la austeridad con que mandaba y en la humildad con que obedió, teniendo la conciencia de su rol contemporáneo y de su rol póstumo ante la historia; en que fué el representante de las generosas aspiraciones al bien de todos los tiempos, y en que lo sirvió en el nombre y en el interés de todos, haciendo concurrir á todos al triunfo de una causa eterna, prolongándose su acción en la posteridad; en que fué de los primeros que en la noche de la esclavitud presagió la aurora de la independencia, inspirado por el amor á la libertad; en que fué uno de los padres de la patria que legó triunfante á sus hijos el símbolo eterno de la nacionalidad argentina; en que fué humilde y perseverantemente apóstol, combatiente y jornalero, y regó con su sudor el campo de la labor humana, en medio de los combates, en los consejos del gobierno, en las páginas del periodismo, y hasta en el tosco banco de la escuela primaria, sobre el cual depositó, como en un altar, la ofrenda de su tesoro, muriendo en la oscuridad y la pobreza.

Éste es el tipo ideal del héroe modesto de las democracias, que no deslumbra como un meteoro; pero que brilla y brillará eternamente como un astro benéfico y apacible en el horizonte de la patria; como brillan los nombres de Washington, de Guillermo Tell, de Orange, de Hampden y de Lincoln, que no fueron grandes genios, y que en nombre y en representación de los buenos y de los humildes de todos los tiempos y de todos los países, han sido aclamados grandes entre los grandes, con el aplauso de la conciencia humana y de la moral universal.

BARTOLOMÉ MITRE.

EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC.

Venid á este bosque, hombres que amáis la soledad, y que buscáis inspiraciones. Veréis qué bello es, cuando en la alborada del día interrumpen las aves con sus silbidos el silencio con que se adormecía aquella naturaleza salvaje y misteriosa. La cumbre de los árboles más colosales se ilumina con el albor de la mañana, y entonces resaltan más esas sombras, entre las que se mecen suavemente las ramas de la selva. Por entre esas ramas flotantes y sombrías, pasan algunos rayos de luz, y uno que otro pájaro atraviesa esas ráfagas, volando perezoso.

Al medio día, la luz del sol cae sobre el bosque, como una gasa de oro que flota entre las ramas. Entonces sorprende más ese hermoso contraste de sombras y de luz, que hace aquel sitio tan bello y misterioso. Uno que otro graznido, uno que otro canto interrumpe el silencio del bosque; porque las aves van en aquella hora á buscar sombra y frescura hasta la cumbre de los ahuehuetes, y á esconderse del sol entre los ramosos brazos de aquellos árboles.

En la tarde, el cielo se tiñe en occidente de rosicler y nácar, se inunda con un fulgor purpúreo, ó se extiende en él un velo de topacio. Sobre esa tela de luz que flota en el ocaso, veréis cómo se diseñan con sus grandiosas formas, con sus membrudos brazos y sombrío ramaje aquellos ahuehuetes que, aislados y dispersos, forman en el bosque grupos pintorescos. Entonces vaga entre ellos ese pájaro que llaman crepuscular, porque sale á cazar insectos á la hora en

que el lucero de la tarde centellea entre las ramas de la selva. ¡Qué vago se percibe entonces en esta soledad el rumor de la corte populosa, y el eco sonoro de las campanas, cuya voz resuena majestuosa, cuando el ángel de la oración baja á la tierra!

En la noche, la oscuridad del bosque es imponente, misterioso el silencio de aquel vasto recinto, y poético el murmurio del viento rumoroso.

Pero nada está más en armonía con la majestad y silencio de este antiguo bosque, que esa luz aperlada y suave, esa apacible claridad que la luna derrama sobre la copa de los árboles, y esos rayos plateados del astro de la noche, que penetran entre las sombras, que vagan trémulas y brillantes cuando el follaje se agita al soplo de las auras. Entonces el silencio de la selva, interrumpido solamente por el murmullo de la noche, y la luna que ríela sobre las ondas de la alberca, y las sombras de los árboles, cuyas formas fantásticas varían á cada instante, todo da á Chapultepec un aspecto salvaje y al mismo tiempo augusto y misterioso. Se trasporta uno involuntariamente á los pasados siglos; y cuando entrevé algunos árboles cubiertos con la niebla vagarosa, cuando escucha al murmullo de los vientos, le parece ver un guerrero que pasa por la selva, un cazador parado bajo un árbol y que se apoya en su arco formidable. Entonces, cuando se levanta de la alberca un vaporcillo que la luna platea ligeramente, parece que asoma entre las aguas una de aquellas beldades indias en tiempo de Guatimoc y de Alvarado.

¡Qué majestuosos sois, soberbios ahuehuetes, y qué venerable aspecto, cubiertos con ese parásito ceniciento que crece sobre vuestras ramas y brazos gigantescos! Al veros envueltos en él, se diría que el tiempo había ido acumulando sobre vosotros el polvo

de los siglos. Ni las tempestades, ni el huracán os despojan jamás de ese manto verde y ondeante que os hace tan hermosos. ¡Vivid aún por muchos siglos, árboles excelsos, que tantas veces habéis visto estallar sobre vuestras cabezas el rayo de los cielos!

¡Ah! si en la soledad hay algunos genios que se recreen en contemplar las bellezas salvajes de una naturaleza vigorosa, magnífica y fecunda, yo les pido que sean propicios para vosotros, y que os preserven de la barbarie de los hombres. ¡Ojalá la presente generación no llegue á ver por el suelo vuestros enormes troncos, ni mutilados vuestros brazos, ni marchito el verdor de vuestras ramas! ¡Ojalá un siglo que presume de civilizado conserve y embellezca cada día más ese bosque que los antiguos veneraron como sagrado y que lo dejaron á su posteridad como un monumento de civilización, como resto magnífico de una vegetación salvaje, exuberante y prodigiosa!

LUIS DE LA ROSA.

EL RÍO GRANDE.

Á la falda de las elevadas montañas que forman el sistema orográfico oeste de las infinitas bifurcaciones secundarias de los Andes, y siguiendo la dirección de las fecundas serranías que corren de este á oeste en el límite divisorio que separa los departamentos de Chuquisaca y Cochabamba, se extienden las aguas rosadas y turbulentas del Río Grande.

Esta poderosa vena fluvial procede, según geólogos

de sensato criterio, de las filtraciones del lago Titicaca, inmenso vaso suspendido en las mesetas de los Andes, á más de tres mil metros sobre el nivel del Pacífico, y sin desagüe natural visible. La teoría que atribuye al Río Grande tal procedencia es, pues, sobradamente razonable. Las aguas del río, después de recorrer una vasta extensión al pie de las cordilleras, cortan los fecundos senos del trópico, y dirigiéndose al oriente, se precipitan en el Madera y van á perderse en los senos robustos del Amazonas.

Pocas leguas más allá de la Barca, único punto vadeable, en las cabeceras del caudaloso río, en la época del descenso de las aguas, las montañas se van estrechando progresivamente, oprimiendo sus márgenes, hasta encerrar el inmenso caudal del río en un chiflón estrecho, rígido y profundo, abierto á tajo sobre la roca.

El lecho de las aguas en sus márgenes naturales, abraza una extensión de más de noventa metros, y su profundidad en la bajante es de una brazada. Nada más imponente, nada más bello, que aquel vasto cristal que se tiende majestuoso rizando su movible superficie con caprichosas ondas y espumosos oleajes.

Ese gran caudal de agua se precipita súbitamente, desesperado, rabioso, por aquel angosto canal, abierto indudablemente por un rompimiento brusco de las montañas al pasar de improviso del periodo de ignición al de enfriamiento repentino.

La estrechez de la grieta no mide más de seis metros; de sobre sus bordes se divisan las aguas, apenas como una cinta de bruñido acero, semejando una serpiente de plata comprimida por dos gigantes murallas de granito.

La profundidad sombría de aquel recinto insondable, cuyas elevadas paredes negruscas, áridas,

rígidas, parecen el sepulcro de la esperanza, no permite medir su seno, y ni aun los pájaros avezados á los abismos se aventuran jamás en su honda cavidad.

Las aguas se precipitan desesperadas azotándose sobre los muros verdosos, intentando en vano romper aquella cárcel inquebrantable, ó escalar su inaccesible y elevada cima.

El espectáculo es aterrante y magnífico, conmovedor, indescriptible, lleno de toda la grandiosidad de dos elementos en espantoso consorcio, y de todos los horrores de un abismo cuyo lecho es una vorágine hirviente arrebatadora y ciega....

SANTIAGO V. GUZMÁN.

EL GUARDIERO.

No sé, amigo mío, si tú alguna vez discurriendo en mañana alegre y fresca, al gotear de los árboles el rocío, unguida tu alma con pensamientos tiernos y apacibles sobre cuán bella es la naturaleza, cuán dulce es vivir, cuán santa cosa reir inocente al teñirse el cielo con los fulgores del día, pensando en tu madre, en tu patria; no sé si recorriendo los campos con el pecho abierto de esa manera á los goces inefables de la poesía, has escuchado por ventura no lejos, pero sin saber dónde, el hermoso gorgceo de un pájaro que acompaña con su melodía el murmurar de un arroyuelo, y que habiendo sentido tus pasos, se calla de improvisó. La voz del pájaro te ha embelesado, has sentido vibrar en tu alma mil cuerdas de oro, vibrar un instante, pero callar con aquel gorgceo; lleno de ausien-

dad te has quedado inmóvil aguardando otro; pero todo ha seguido en profundo silencio...

Yo también he seguido un pájaro por ver sus plumas y escuchar su canto; pero te confieso que en aquellos momentos no era menos viva mi ansiedad. Lo apacible de la tarde había derramado en mi corazón las más tiernas impresiones, y por común que en nuestros campos sea el bohío de un *guardiero*, presentía que me esperaban instantes de gran placer. Eran además muy poéticos sus alrededores, muy adecuada la hora para gustar las bellezas del cuadro. El sol se estaba poniendo, á la sazón: sobre el *limpio* abierto delante del bohío alumbraba todavía como el dudoso resplandor de un incendio, y aquí y allí veíanse largos listones de sombra producidos por el tronco de las palmeras. En el bohío vara en tierra, fabricado al pie de un frondosísimo *jagüey* que se levanta á orillas del río, casi á oscuras ya, percibíase como un fuego fatuo la pálida claridad de la llama que en ellos arde perennemente, y cuya luz iba tomando por momentos un color más vivo. En el *limpio* no había ni una yerba siquiera, porque el *guardiero* muchas veces, antes de comenzar ó después que acababa de tejer canastas, le *daba una mano* con el machete, y todos los días lo barría con una escoba de palma. La tierra de allí era muy bermeja, y mucho más lo parecía por la verdísima yerba que circundaba el *limpio*. Éste se halla rodeado de algunas palmas, de un bosquecillo de cañas de *güin*, y no lejos se deslizan las azules aguas del río. Las hojas de aquéllas, estremecidas de vez en cuando por el soplo de la brisa, formaban un patético murmullo, que hacía más dulce el lejano y sordo resonar de las cascadas. Á ocasiones sucedía á tan deleitable concierto un silencio sepulcral, y sólo se escuchaba el ruido leve de alguna hoja

que cayera tropezando con las ramas, imagen triste de cómo nuestros días se van desprendiendo del árbol de la vida, y luego de repente tornaban los murmullos tan suaves, tan melancólicos como los acordes de un arpa.

Después de haber ladrado, siempre con la misma petulancia, estaba echado junto al *guano* el perrito manchado de blanco y negro, y el guardiero, luego que desgranó varias mazorcas, habíase sentado sobre el trozo de madera en que, tejiendo canastas para el ingenio, conversando con los ahijados y parientes, tocando la *marimba*, pasaba los iguales años de su vida. Dábale las últimas vueltas á una canasta, y sin interrumpir su tarea alzaba frecuentemente la vista para contar las gallinas que iban entrando una á una por la gatera. Así permaneció largo rato, hasta que concluida la canasta se levantó, colocóla sobre otras que tenía debajo del jagüey, y tapó en seguida la gatera con una piedra. Después entró en el bohío, le dirigió algunas palabras al *manchado*, que se levantó gruñendo y meneando el rabo; atizó la candela, puso á asar plátanos, y salió, arrojándole á aquél un poco de harina cocida, con una pequeña caja de madera en la mano; pero el *manchado*, en lugar de precipitarse sobre la comida, alzó la cabeza tristemente mirando al guardiero, como significándole que le diera otra cosa, el cual al parecer compadecido, mas riñéndole ásperamente, sacó un pedazo de tasajo y se lo arrojó en el suelo. El perrito lo devoró, se volvió á echar, puso la cabeza entre las manos, y clavó con aire de ternura y agradecimiento en el negro sus ojos llenos de inteligencia. ¿Acordábase de que tres años antes, una mañana en que el mayoral, habiendo separado dos cachorros no más, estrellaba los otros con bárbara frialdad en una cerca de piedra, y teniéndole ya así-

do por las patas, cruzó casualmente por allí camino á su bohío el viejo guardiero, y luego que lo vió, pensando que las frutas de la arboleda y muchas gallinas se las robaban por falta de un perro, se acercó al mayoral, pidióle sumisamente el cachorro manchado que iba á morir, y aquél, no sin deseos todavía de matarlo como á sus hermanos, se lo había dado?

La escena del perro, amigo mio, hubo de interesarme más por aquel cuadro tan sencillo, pero al mismo tiempo tan original. La caja que el guardiero llevaba en la mano era una *marimba*, á cuyo son lúgubre acostumbraba cantar por las tardes, bien cuando se sentía triste, bien cuando algún pensamiento alegre aparecía como el iris en su imaginación. Sentóse en el trozo de madera, colocó la marimba entre las piernas, é inmóvil como una estatua estuvo algún espacio con los ojos fijos en el suelo. Yo aguardaba, con una curiosidad mezclada de tristeza que no te puedo explicar, que sus duros dedos tañesen los gruesos alambres, para escuchar los sonidos que sacaba, y sobre todo para ver cómo cantaba un negro que de tan anciano apenas podía dar un paso sin apoyarse en su bastón. Cuando menos lo pensaba hizo un movimiento brusco, enderezó la marimba, y punteando los alambres sacó unos acordes muy bajos y entonó un cantarcillo, que sólo por el silencio del lugar podía escucharse. Cantó al principio en un mismo tono, y su cuerpo conservaba una misma postura; pero luego fué interpolando un estribillo más triste, y cada vez que llegaba á él movía la cabeza como llevando el compás. Al mismo tiempo que cantaba y tocaba, sonaban las hojas del jagüey, sonaba el río, sonaban las palmas y las cañas, haciendo tantas armonías juntas un concierto tristísimo que inútilmente se buscaría en otras partes.

A. SUÁREZ Y ROMERO.

EL AVESTRUZ AMERICANO.

El avestruz de América, que los indios guaraníes llaman *ñandú* y *churí*, habita las provincias de Tucumán y Salta, el Paraguay, las llanuras de Montevideo, las pampas de Buenos Aires, y se dice que hay de estas aves hasta en el estrecho de Magallanes. Prefieren el campo raso á los bosques, y se asocian por pares, y á veces en bandadas de más de treinta individuos. Donde no se les molesta, se acercan á las habitaciones campestres y no huyen de la gente de á pie; pero donde se acostumbra darles caza, son en extremo ariscos, y huyen con tanta velocidad que aun con buenos caballos es dificultoso alcanzarlos. Los cazadores les tiran al cuello una especie de lazo, que termina en tres ramales, cada uno de éstos con una gruesa piedra á su extremidad. Cuando el ñandú ha sido enlazado y atajado en su carrera, es necesario que el cazador se le acerque con precaución, pues aunque no ofende con el pico, tira coces capaces de quebrantar las piedras. Cuando van á todo correr, llevan las alas tendidas hacia atrás, y mudan frecuentemente de dirección, abriendo una de ellas, con lo que el viento les ayuda á ejecutar rápidamente estas vueltas, que frustran los movimientos del cazador. Cuando están tranquilos, su porte es grave, su modo de andar majestuoso, con la cabeza y el cuello enhiestos y la espalda arqueada. Para pacer, bajan el cuello y la cabeza, y cortan la yerba de que se alimentan.

Los pollos que se crían en las casas se hacen mansos y familiares desde el primer día, entran en todos

los aposentos, se pasean por las calles, salen al campo y vuelven á casa. Son curiosos y se paran á las ventanas y puertas, para atisbar lo que pasa en el interior. Comen granos, pan y otros alimentos; no desdennan las moscas y demás insectos volantes, que atrapan diestramente en el aire; tragan también piezas de metal, monedas, y aun las piedrezuelas que encuentran. La carne de los pollos es tierna y de buen gusto, la de los adultos no vale nada.

Su natural es simple, apacible, inocente; cobran afición á las personas con quienes viven, y gustan de ser acariciados. Los primeros huevos aparecen á entradas de Agosto, y los pollos en Noviembre. Los huevos tienen la superficie lisa, matizada de amarillo y blanco, los dos extremos son de igual grosor: el diámetro, mayor de cinco y cuarto pulgadas; y el menor, de tres y tres cuartos: tienen buen sabor, se usan principalmente para hacer bizcocho. El nido se reduce á un hoyo, esterado á veces de paja, y el ñandú no procura, como otras aves, ocultarle; de manera que nada es más fácil que ver de lejos el ave y los huevos. Á veces hay sesenta y ochenta en un solo nido, pero se asegura que todas las hembras de un cantón depositan los suyos en un mismo paraje, y que un solo macho los empolla. Lo que es positivo, es que un solo individuo se encarga de esta operación, conduciendo y protegiendo los polluelos, sin que alguno de los adultos le acompañe ó le ayude. La voz del ave es entonces á manera de silbo. Se asegura también que si alguien llega á tocar los huevos, el ave los abandona, y que si echa de ver que le observan mientras está sobre ellos, les toma aversión y los rompe á coces. Otra opinión general es que el macho separa cuidadosamente algunos huevos y los quiebra cuando se acerca la época de salir á luz la cría, para que

halle alimento en la multitud de moscas que acude á ellos.

Los naturales del Río de la Plata separan el cuello entero y parte del *ñandú*, lo despluman y limpian, suavizan el cuero, y abriéndolo por la extremidad inferior, hacen talegos, que llaman *chuspas*. Las plumas alares se mandaban á España, donde solian emplearlas en plumeros, penachos y adornos de damas; las blancas (que se hallan debajo de las alas) son las más estimadas, porque se pueden teñir y rizar como se quiera. Sus cañones son larguísimos, y aunque delgados no sirven para escribir; pero teñidos de encarnado y azul, se cortan en tiras con que se hacen bellas riendas y látigos.

ANDRÉS BELLO.

LA SERENA.

Tendida en la vecindad del mar y á los pies de una serie de colinas que van alzándose en anfiteatro hacia el oriente, se ostenta risueña, hermosa, serena cual su nombre, la noble capital de Coquimbo. Una sábana de verdura llamada, cual en Granada, la *Vega*, la separa de la playa del Pacífico, y corónala en la altura una meseta de suaves declives, conocida con el nombre de *Santa Lucía*, que le diera, como á nuestro romántico cerro de Santiago, la piedad de los viejos castellanos; mientras que el azulado río que regala al valle su nombre y su tapiz de mieses y de flores, serpentea por su barranca del norte, sirviéndole de marco en el costado opuesto la profunda *Quebrada*

de *San Francisco*, cuyos modestos caseríos se esconden entre el follaje de las arboledas.

La perspectiva es risueña, el clima dulce, la planta de la ciudad, cortada como un tablero de ajedrez, limpia y esbelta. Las brisas que soplan por la tarde ó con el alba del día, vienen empapadas en la humedad del mar; y cuando aparece el sol ó se despide, condénsalas en las tenues ráfagas de una niebla que envuelve la tranquila ciudad sin ocultarla, como el velo de gasa que esconde las espaldas de la virgen para hacer más bello el donaire de su rostro. Es grato entonces subir á las colinas y divisar á sus faldas el panorama de la tarde. Descórrense á la vista la ciudad, la vega, el mar, el río, y por los lejanos horizontes las velas que blanquean en la remansa bahía ó los distantes picos de las montañas, que van encumbrándose por la costa en dirección al norte; grupos sueltos de ganado pacen en la *Vega*, y vienen lanzando inofensivos bramidos hasta la pintoresca *Barranca*, á cuyo borde se empina la ciudad, ostentando los blancos campanarios de sus siete iglesias, que se desprenden lúcidos del fondo oscuro de los huertos de lúcumos y perfumados chirimoyos.

El ruido de la industria llega hasta el solitario pórtico del *Panteón*, que, cual diadema de mármol, corona la cúspide de la más alta meseta á la que el viajero llega; y reposando ahí, descansa y goza, ama y admira aquel apacible conjunto en que la labor del hombre y los primores de la naturaleza se han enlazado en un consorcio fecundo en mil bellezas. Vese desde ahí serpenteando por la ribera del mar el camino que conduce de la ciudad al *Puerto*, cuyas altas chimeneas asoman vomitando llamas por entre las rocas y farellones de la playa; y recogiendo de nuevo la vista, se abraza en un solo cuadro el delicioso alfombrado de

verdura y de jardines, de arboledas y alfalfares que desde la Portada se dilatan hasta el aislado morrillo de *Pan de azúcar*. Lucen hacia el norte los flancos de montañas de desnudo aspecto, pero que esconden los mil veneros de sus metales de plata y cobre, entre la cumbre del monte *Brillador*, que se levanta hacia la costa, y las cadenas del famoso *Arqueros*, que van internándose por el valle hacia las cordilleras. Al pie de estas montañas, que retumban noche y día con el combo y la pólvora del minero, corre tortuoso atravesando los vados del río el camino por el que los arrieros de Elqui conducen á los puertos las sazonadas cosechas de sus viñedos, mientras las campanas de los establecimientos industriales que pueblan el valle dan la señal del trabajo á las *peonadas*, y los dispersos pescadores arrancan de los guijarros del río los pintados *camarones* que van á ser el manjar apetecido de la opulencia.

Tal se ostentaba la Serena en la primavera de 1851, ceñida de mil guirnaldas de las flores silvestres que esmaltan sus prados, bañada del perfume de las tibias brisas de su clima. ¡Tres meses pasaron! Y aquel panorama deleitoso se había convertido en un páramo de horror y de muerte; tiñéronse rojas las aguas del río; huyeron las naves del puerto; bandas de mercenarios desalmados cruzaban por todos los caminos, llevando en una mano el botín del saqueo, y en la otra el sable de los degüellos; las festivas calles de la ciudad exhalaran ahora el hedor de los cadáveres insepultos, y después de oirse el reto de los clarines, bajaban á la Vega, antes apacible, los ginetes de la ciudad para medirse cuerpo á cuerpo con los invasores que habían venido de remotas campañas y aun de más allá de los salvajes desiertos del otro lado de las Andes. Parecía que ya no brillara más en aquel recinto de

la paz risueña y del amor fecundo, el astro del día, y que para contemplar el horror de aquella súbita transformación fuera preciso aguardar, como los espectros, la hora de la media noche, y divisar desde la altura, á la luz de los incendios y al estampido del cañón la perspectiva de aquella Serena de ayer, erizada hoy cual la melena de un león con una red de trincheras, cuyas brechas tapaban los pechos de mil bravos, y cuyas almenas se disputaban con gritos de muerte un heróico puñado de sitiados con otro heróico puñado de invasores chilenos.

BENJAMÍN VICUÑA MAKENNA.

ALLENDE.

Un día, hace ya algunos años, caminaba yo por las montañas. Era la estación de primavera; los campos habian vestido su verde ropaje, las florecillas asomaban tímidas sus corolas por las grietas de las rocas. Las unas eran rojas como el pudor de la mujer á los dieciseis años, las otras moradas como la tristeza que se apodera del corazón en cierta época fatal de la vida, las otras amarillas color de oro como la alegría de la juventud. ¿Habéis visto los pajarillos volar de una roca á otra, colgarse después de una rama, recoger, batiendo las alas, el alimento que Dios derrama en las praderas para sus lindas criaturas? ¿Habéis visto al insecto dorado besar amoroso á las flores, y sacar su néctar y llevarse su polen?... Todo era fiesta y regocijo en la naturaleza. El cielo azul, el campo con sus ruidos misteriosos, el viento arrojando la

delicia y la voluptuosidad con sus frescas alas en medio de los rayos del sol, las montañas unas tras otras, altas, azules, majestuosas, dejando ver en sus eternas cimas los pinos viejos y añosos y los cedros tiernos y verdes; grandes y solitarias alamedas plantadas por la mano de la naturaleza.

Repentinamente cambió todo este paisaje, y el camino, por una angosta vereda, me condujo á una de esas mesas interminables de la sierra Madre, donde la vegetación es mezquina, donde las rocas asoman sus calvas cabezas, y donde las aves pasan rápidas en parvadas, porque su vista no descubre ni árboles ni flores. El calor era cada vez más fuerte, los rayos del sol de medio día reflejaban sobre las superficies blancas y producian una especie de vértigo que entraba por los ojos y se respiraba en la atmósfera abrasada. Ni un árbol, ni un animal, ni siquiera una choza en aquella inmensa soledad que se perdía en el horizonte tembloroso y lleno de vapores, que no alcanzaba á percibir la vista; era el verdadero desierto de la Siria.

¡ Qué encanto ! ¡ qué sorpresa, qué sensación inesperada y tan agradable ! El desierto desaparece repentinamente, se transforma, se hunde á mis pies, y allá en una profundidad diviso una cosa maravillosa. Es un jardín, y dentro de ese jardín una ciudad con altas cúpulas resplandecientes, con casas encarnadas y blancas, con sus almenas feudales y sus balconerías, con calles como si fueran sembradas entre las peñas, y luego diviso los arroyos cristalinos que corren como cintas plateadas, siento la deliciosa humedad, sube hasta mi rostro el perfume de las flores, y se llenan mis pulmones de su aire embalsamado y vivificante que emana de los mejores amigos del hombre, de los hermosos árboles que creó y cultiva con tanto primor

la maravillosa mano del grande y excelso jardinero del mundo.

Unos cuantos minutos más, y estoy ya dentro de San Miguel el Grande, dentro de esa ciudad donde todo es amable, donde todo es bello, donde son simpáticas hasta las pobres muchachuelas que con sus zagalejos encarnados atraviesan las calles, cargadas con su verdura, con sus aves ó con sus manojos de flores.

San Miguel el Grande es en el interior lo que es Jalapa en la costa del Golfo y lo que es Tepic en el mar del Sur. Ciudades que son al mismo tiempo aldeas, pueblos, haciendas, jardines, todo á la vez, y participan en ciertas ocasiones del bullicio y de la animación de la ciudad grande, otras de la apacible quietud del pueblo pequeño, y siempre del aroma y de la belleza de los jardines.

San Miguel, además de su posición, de su hermosura y de su clima, es todo él un libro abierto, un monumento histórico, un almanaque de los sucesos de la Independencia. En Querétaro, en San Miguel y en Dolores nació y se desarrolló todo el drama sangriento cuyo prólogo terminó en los patibulos de Chihuahua.

Allende fué el mosquetero de la revolución. Comenzó batiéndose con la espada y la pistola, y pocos días antes de morir todavía arrojó sus balas á la frente de los jefes españoles. Los historiadores que lo conocieron lo describen como un hombre alto, bien hecho, hermoso, fuerte, ágil en el manejo de las armas, guapo y airoso disparándose en su caballo contra los enemigos, resuelto y pronto en sus ataques, excelente militar para su época, y hombre de previsión. No siempre se siguieron sus consejos y sus inspiraciones, y quizás por esto la guerra de la Independencia no terminó en el primer período en que hizo el mismo

empuje terrible que la pólvora que se prende encorradada en una mina.

La idea de la Independencia y de la Libertad aparece depositada en el cerebro de Allende mucho antes del año de 1810. ¿Fue el verdadero autor de la idea ó el colaborador de Hidalgo? Parece que lo primero es más probable; pero la gloria reflejó de una manera más intensa en el anciano de Dolores, mientras la muerte y la tumba fueron igualmente negras é inexorables para los dos.

Allende era hijo de ese pintoresco pueblo de San Miguel, de que he hablado, y su familia y su posición social tan distinguidas, que llegó á ser capitán de dragones de la Reina. Sirvió en San Luis á las órdenes de Calleja, y después en el célebre cantón de las Villas.

En principios del año de 1810 ya se registran diversas historias y tradiciones que comprueban que Allende, en unión de otros oficiales de su cuerpo, habían pensado en la Independencia, y que de todo esto tenía conocimiento Hidalgo. La conjuración se descubre, el intendente Riaño, de Guanajuato, manda prender á todos los que según la denuncia estaban comprometidos; pero Allende intercepta por una rara casualidad la orden, manda ensillar sus caballos, y en medio de las sombras y saltando peñascos y barrancas, corre veloz como el viento, llega á las doce de la noche á Dolores, despierta á Hidalgo, hablan los dos un momento, se deciden á arrojar-se á lo desconocido de las aventuras, á lo lúgubre y sangriento de la guerra; en una palabra, allí abren su sepulcro, labran su ataúd, al saludar á la libertad dicen adiós á la vida, se despiden de la bella naturaleza, y dan, con cuatro ó cinco miserables del pueblo, el tremendo é histórico grito de Dolores, el 16 de Setiembre de 1810. He aquí la Independencia, historia sencilla, rápida, magnífica, sor-

prendente, inesperada como todas las grandes cosas.

Comenzaron esta obra terrible media docena de hombres. Los mejicanos nunca han medido los acontecimientos, y una vez decididos, no han conocido tampoco ni la magnitud de las dificultades, ni han podido ya comprender ese triste fenómeno nervioso que se llama miedo. Se lanzan, se arrojan á una aventura, sin temor de estrellar su frente contra ese obstáculo de fierro que se llama lo imposible.

De Dolores marcharon Hidalgo y Allende á San Miguel el Grande. Lo primero que hicieron fué entrar á una iglesia y sacar el lábaro al derredor del cual había de reunirse el pueblo oprimido y desheredado. De San Miguel la marcha fué á Celaya. Ya no eran seis los personajes, sino sesenta mil. En momentos habían aumentado en una progresión decimal asombrosa y nunca vista.

Hidalgo era el generalísimo. Allende era su segundo; pero estas distinciones poco importaban entre masas que no podían tener organización. Eran masas, instrumentos, fuerzas depositadas durante siglos, y empujadas por el huracán de la guerra. En vez de seguir á la capital, esta avalancha humana retrocedió y se dirigió á Guanajuato.....

Hidalgo y Allende, después de permanecer en Guanajuato algunos días, salieron para Valladolid, y se posesionaron de la ciudad sin dificultad ninguna. Allí aumentaron y organizaron su tropa tanto como fué posible, y en el mes de Octubre todo ese grande ejército independiente, que en su mayor parte se componía de indigenas mal armados, se dirigió á la capital tomando el rumbo de Maravatio, la Jordana, Ixtlahuaca y Toluca.

En Méjico reinaba no sólo la consternación sino el terror. El virey Venegas creyó en su última hora; pero haciendo un esfuerzo, logró reunir una división de tres mil hombres, que puso al mando de D. Torcuato Trujillo, el que salió al encuentro de los insürgentes; pero su número sólo le agobiaba, y á medida que Hidalgo avanzaba, el jefe español retrocedía, hasta que en el monte de las Cruces tomó posiciones que la naturaleza hacía inexpugnables, y se resolvió á esperar.

Fué en esta célebre batalla dondê Allende mostró todo su valor personal. .

Las tropas de Trujillo eran pocas, como hemos dicho, pero disciplinadas, resueltas y bien situadas en alturas, y cubiertas con la misma fragosidad del terreno y con los árboles y malezas del bosque. Sin embargo de ésto, se repetían las cargas confusas, y la muerte y la sangre no hacía más efecto sino irritar y hacer más tenaz á la raza indigena.

Es un hecho bien averiguado que los indios de Hidalgo llegaban hasta las baterías españolas y pretendían tapar con sus sombreros de palma las bocas de los cañones.

Allende, al recorrer los puntos de más peligro, tratando, aunque en vano, de organizar el ataque y de reducirlo á las reglas de la táctica española, observó que los enemigos habían enmascarado unas piezas de artillería con unas ramas, de manera que las columnas que atacaban, llegaban hasta cierta distancia, y allí eran desbaratadas por la metralla.

En el instante, sin calcular el peligro ni los obstáculos, dice á los que le rodean:

— Es menester quitar esas piezas, y la batalla será nuestra: seguidme.

Desata el lazo que llevaba en la grupa, pone las espuelas á su caballo, y seguido de algunos rancheros

corre sobre aquel horno de fuego, que cubría la verdura de los árboles.

Se oye una detonación que reproducen los ecos de las montañas, y el intrépido caballero y los que le seguían quedan envueltos en una nube rojiza de humo. ¡ Todo se ha perdido !

— ¡ Viva Méjico ! — grita Allende, que había escapado de la metralla ; y de un salto llega adonde están las piezas, les tira el lazo, y lo mismo hacen los rancheros ; amarran á la cabeza de la silla, ponen la espuela á los caballos y se llevan la artillería, dejando á los soldados españoles atónitos, con la mecha, el estopín y las balas en la mano.

La batalla se gana completamente ; todos los oficiales y soldados españoles quedan tendidos en el campo, y Trujillo, merced á su caballo, se escapa y se presenta como una fantasma sangrienta á anunciar la catástrofe al virey.

MANUEL PAYNO.

INCURSIÓN POR LAS ISLAS.

Sencilla es mi canoa como mis afectos, humilde como mi espíritu. Ella voga exenta y tranquila por los apacibles arroyuelos, sin osar lanzarse á las inquietas ondas del gran río. Bien ve las naves fuertes naufragar ; bien ve los floridos camalotes fluctuantes, que separados de la dulce linfa natal, de los plácidos arroyos de la patria al empuje de las corrientes, vagan acá y allá, ora batidos y desmenuzados contra la ribera, ora arrebatados por el océano de las aguas amargas hasta las playas extranjeras.

¡Paraná delicioso! tú no me ofreces sino imágenes risueñas, impresiones placenteras, sublimes inspiraciones; tú me llamas á la dulce vida, la vida de la virtud y la inocencia. ¡Cuántos goces puros! ¡cuán deleitosas fruiciones plugo á tu Hacedor prepararnos en tu seno! En medio de tus aguas bienhechoras, de tus islas bellisimas, revestidas de flores y de frutos; entre el aroma de tus aires purisimos; en la paz y la quietud de la humilde cabaña hospitalaria de tus bosques... ¡allí, allí es donde se encuentra aquel eden perdido, aquellos dorados días que el alma anhela!

La leve canoa, al impulso de la espadilla, se desliza rápida y serena sobre la tersa superficie, semejante á un inmenso espejo guarnecido con la cenefa de las hojosas y floridas orillas, reduplicadas por el cristal de las aguas en simétricos dibujos. El sol brilla en su oriente sin celajes; las aves, al grato frescor del rócío y del follaje, prolongan sus cantares matinales, y se respira un ambiente perfumado. Las islas por una y otra banda se suceden tan unidas, que parecen las márgenes del río; pero este gran caudal de agua que hiende mi canoa no es más que un simple canalizo del grande Paraná, cuyas altas riberas se pierden allá, bajo el horizonte.

Á medida que adelanta la canoa, nuevas escenas aparecen ante la vista hechizada, en las caprichosas ondulaciones de las costas, y en los variados vegetales que las orlan. Á cada momento el navegante se siente deliciosamente sorprendido por el encuentro de nuevos riachuelos, siempre bordados de hermoso verdor; sendas misteriosas que transportan la imaginación á Eliseos encantados.

Al paso que se desarrollan las vueltas salientes de las costas, vanse descubriendo nuevas abras y cana-

les, frondosos arbolados y continuados bosques; no como aquellas selvas vetustísimas, donde los resquebrajados troncos seculares levantan sus copas infructíferas, sofocando bajo de sí toda otra vegetación, y ofreciendo el reino de la noche y el silencio. No; sobre este suelo de reciente formación, surcado por una red de corrientes cristalinas que fluyen sobre lechos de flores, se elevan bellos árboles y arbustos que protegen los raudales, coronando sus orillas de ópimos presentes de Flora y de Pomona; bellos árboles variados de mil formas y matices, que la vista contempla embebecida. Ya separados por familias, ó bien entremezclados, forman acá y allá espesos boscajes interrumpidos por claros espaciosos que dejan gozar libremente de la luz y hermosura de los cielos. Unas veces desplegando libremente su ramaje, se muestran con la fisonomía peculiar á cada especie; otras veces en densos grupos, forman sombríos embovedados; y otras, se encorvan sobre las aguas, oprimidos con la muchedumbre de sus frutos.

Aquí el naranjo esférico ostenta majestuoso su ropaje de esmeralda, plata y oro; allí el cónico laurel de hojas lucientes refleja el sol en mil destellos; allá asoman sus copas el álamo piramidal, la esbelta palma, el enhiesto aliso y el sauce de contornos aéreos, que mece sus cabellos al leve impulso de los céfiros; más allá los durazneros, de formas indecisas, compiten entre sí en la copia y variedad de sus pintados frutos; y por todas partes el seibo florido, patriarca de este inmenso pueblo vegetable, muestra orgulloso sus altos penachos del más vivo carmín, y extiende sus brazos á las amorosas lianas, que lo visten de galas y guirnaldas, formando encumbrados doseles, graciosos cortinados y umbrosas grutas que convidan al reposo y al deleite.

Aun los leños privados de su savia se ven vistosamente abigarrados por los líquenes, festonados de bonitas enredaderas, y embalsamados por la flor del aire, planta inmortal que vive de las auras.

Los globosos panales de camuati y la lechiguana, cual desmesurados frutos, cuelgan aquí y allí, doblegando los arbustos con el peso de la miel más pura y delicada.

Si en la edad dorada los troncos y las peñas destilaban los tesoros de la abeja, escondidos en sus huecos, aquí se brindan al deseo en colmenas de admirable construcción, pendientes de las ramas de un arbusto. Y no es la tosca bellota, ni las bayas desapacibles el regalo que ofrecen estos montes, sino las más gustosas y variadas frutas.

En estas aguas y vergeles, innumerables peces y anfibios se solazan; y prodigiosa multitud de aves, con el brillo y variedad de sus colores, la gracia y belleza de sus formas, adunan el concierto de sus cantos con la alegría y viveza de sus giros, para acrecer los embelesos del paisaje.

Sigue la canoa de arroyo en arroyo hasta las últimas ramificaciones de las aguas que ora salen del seno de las islas, ora penetran en él estrechándose cada vez más, hasta tener que surcar sobre las plantas acuáticas que de orilla á orilla entretejen sus tallos y sus flores. Algunos de estos arroyuelos, cuando ya parece que van á terminarse, desembocan en una cancha dilatada ó ancho cauce, produciendo una sorpresa inexplicable. El que surca mi canoa, corre en línea recta como un largo canal, sombreado de árboles cubiertos de bejucos.

Aquí se empieza á oír con el silencio el blando murmullo de las aguas. Las aves han cesado ya en sus cantos. Sólo resuena alguna vez la caída de la

capiguara que se somormuja con estrépito, y se escucha el arrullo compasado de la tórtola, que tan tiernas emociones nos inspira.

Allá á lo lejos se avista entre los sauces una pequeña choza sobre el borde del raudal: es el rancho solitario del carapachayo, el hombre de las islas. Bajo de ese humilde techo pajizo residen el sosiego, el contento y la benevolencia. Aquí es donde se encuentran en toda su pureza la índole suave y el carácter noble de los hijos de la región del Plata, inteligentes, animosos, sufridos, sobrios, generosos y hospitalarios. ¡Con cuánto interés escucha uno las animadas narraciones de estos hijos de la naturaleza! ¡qué interesante es la descripción de sus exploraciones, del acopio de maderas y construcción de sus hangadas, de la recolección de frutas y de mieles, de sus sementeras, cacerías, pescas y otros ejercicios en que se emplean agradable y útilmente, proveyéndose de lo necesario para una vida frugal é independiente! ¡Con cuánta facilidad y placer se acomoda uno á sus sencillos usos y á su rústico menaje! ¡Cuán gustosamente participamos, al lado de su hogar, del mate aromático, inocente vínculo de sociabilidad entre los pueblos del gran río! ¡Costumbres puras y sencillas de la patria, cuánto imperio tenéis sobre un corazón que os idolatra!

Si, en medio de estas cabañas solitarias, es donde reinan la seguridad, la calma y la armonía; bienes debidos, no al freno de las leyes, sino á la influencia de la religión, de la libertad y la naturaleza. Esta madre liberal é inagotable prodiga en estos ríos y estos campos, como en el siglo de oro, sus bellezas y sus bienes. Todo parece aquí preparado para las satisfacciones y el bienestar del hombre, sin el trabajo abrumante que por todas partes lo persigue. Todo le in-

duce al fácil cultivo de tan fecundo suelo; todo le inspira el amor á la paz y la confraternidad.

¡Libertad anhelada! ¡dulce reposo! ¡deliciosa correspondencia de las almas ingenuas! ¡placeres puros, bálsamo del corazón! ¡al fin, os he encontrado! ¿En dónde construiré mi humilde choza? Fluctúo sin resolverme entre tanto sitio encantador, como el picaflor que gira sin decidirse á elegir el ramito de que ha de colgar su pequeño nido.

MARCOS SASTRE.

23 DE MAYO DE 1810.

La noche había pasado en grande agitación. Los cuerpos cívicos, reunidos en sus cuarteles, habían querido muchas veces salir á pedir con las armas la deposición de Cisneros y la formación de una Junta de su entera confianza, logrando sus jefes contenerlos con dificultad. En vista de esta agitación, Castelli y Saavedra habían ido á imponer á sus colegas de la Junta de lo que pasaba, y proponer la renuncia colectiva, que acabamos de mencionar.

El 22 muy temprano se reunió el Cabildo para tomar en consideración esta renuncia, y contestó en el acto que no la aceptaba, y que la Junta hiciera uso de la fuerza para hacerse respetar.

Éste fué el momento de la revolución. « En estas circunstancias, dice la acta de aquel día, ocurrió multitud de gente á los corredores de las Casas capitulares, y algunos individuos, en clase de diputados, se apersonaron en la Sala exponiendo que el pueblo se

hallaba en conmoción, y *que de ninguna manera se conformaba con la elección de Cisneros*; que el Cabildo se había excedido en sus facultades, y que para evitar desastres que ya se preparaban, era necesario variar la resolución comunicada al pueblo. »

El Cabildo, alarmado ya con el peligro imprudentemente provocado, citó nuevamente á los comandantes de los cuerpos, para averiguar si estaban prontos á apoyar sus resoluciones.

Eran las nueve y media de la mañana, cuando aquéllos se presentaron en la Sala capitular. Interrogados por el síndico Leiva, « si se podría contar con las armas de su cargo para sostener el gobierno establecido », contestaron « que el disgusto era general en el pueblo y en las tropas; y que no sólo no podían sostener al gobierno establecido, sino que ni aun de sí mismos estaban seguros, porque los tenían por sospechosos; que la fermentación era terrible, y era necesario atajar el mal con tiempo. »

En este estado de la conferencia, el pueblo invade las galerías, y golpea las puertas de la Sala capitular, gritando que quiere saber de lo que se trata. El Cabildo, amedrentado, manda al comandante de húsares D. Martín Rodríguez, para aquietarlo, y comisiona á los cabildantes Mansilla y Anchorena, para que vayan á comunicar al Virey que quedaba desde entonces separado de toda autoridad.

El Virey, que sentía rugir el volcán bajo sus pies, oyó con resignación aquella orden, quedando de hecho terminada la soberanía de los Reyes de España en Buenos Aires, á las doce de la mañana del 25 de Mayo de 1810.

El pueblo no se contenta con esta primera victoria. Invade segunda vez la Sala capitular, y por medio de sus diputados declara : — que ha reasumido la auto-

ridad que había depositado en el Cabildo; *que no quería* que existiese la Junta nombrada, sino que se procediese á constituir otra, que debía componerse así: presidente, vocal y comandante general de armas, el señor D. Cornelio Saavedra; vocales, los señores doctor D. Juan J. Castelli, licenciado D. Manuel Belgrano, D. Miguel Azcuénaga, doctor D. Manuel Alberti, D. Domingo Matheu y D. Juan Larrea; y para secretarios, á los señores D. Juan J. Passo y D. Mariano Moreno; con la condición de que en el término de quince días prepararían una expedición de 500 hombres para las provincias del interior, costada con los sueldos del Virey, Oidores, y otros funcionarios públicos.

El Cabildo, no pudiendo ya resistir, pidió que esta petición se hiciera por escrito; y comunicó al mismo tiempo á la Junta del día anterior que no había más autoridad que la que estaba deliberando en la plaza pública.

La petición escrita, que desde la noche anterior circulaba ya por todas partes recogiendo firmas, se presentó entonces al Cabildo. La tarde estaba lluviosa, y los grupos de pueblo habían quedado muy reducidos, cuando el síndico se presentó en el balcón de Cabildo á pedir la ratificación verbal del escrito. Notando la escasez del concurso, preguntó: *¿Dónde está el pueblo?* á lo que contestaron que se llamara con la campana y se le vería. Entonces, abriendo una conferencia el Cabildo con el grupo de ciudadanos reunidos bajo sus balcones, fueron dictadas en la plaza pública las bases de la primera constitución política que ha tenido Buenos Aires. Esta ley, concebida en pocos artículos, determinaba que el Poder Ejecutivo sería ejercido por la Junta; que el Cabildo vigilaría sobre su conducta; que la Junta llenaría por sí misma sus vacantes; que el poder judicial sería independiente; que se daría

publicidad al movimiento del tesoro público; y finalmente, « que la Junta no podría imponer pechos, gravámenes y contribuciones al vecindario, sin consulta y consentimiento del Cabildo ».

Sin perder momento, se procedió en la tarde misma á tomar juramento al nuevo Gobierno; el presidente exhortó al pueblo desde el balcón á mantener el *orden*, la *unión* y la *fraternidad*, y en seguida pasó á la Fortaleza, por entre un inmenso concurso que había acudido apenas se divulgó la noticia de los nuevos nombramientos, saludando las campanas y las salvas de artillería la instalación del primer Gobierno Nacional, y la inauguración de la era republicana.

Luis L. Domínguez.

MARIANO MORENO.

Hacia 1765, las tempestades del Cabo de Hornos arredaban para doblarlo á la tripulación de un navío. Mal afortunada no obstante, en el estrecho de Magallanes, que escogió para pasar, naufragó en él, siendo arrojados sobre la *Tierra del Fuego* un centenar de viajeros, destituidos de todo recurso que no fuera la plegaria y su energía. Hambrientos y helados, emplearon, á pesar de tan crudas fatigas, largos meses en construir un nuevo buque, en el cual, desistiendo de un viaje al Perú, dieron rumbo hacia el Río de la Plata. — Uno de los náufragos de la Concepción se estableció en Buenos Aires. Su primer hijo se llamó Mariano.

Á la sombra del techo paterno, embellecido por la presencia radiosa de una madre santa, aquel espíritu, fiero desde la infancia y susceptible de toda pasión grandiosa, se desenvolvía con extraordinaria rapidez, robustecido por un sentimiento religioso eficaz y vivido, y diariamente adquiría mayor elasticidad y vigor para recorrer las regiones de la ciencia que sus maestros le abrían. Su discreción prematura era el encanto y el asombro de las íntimas y modestas veladas de su familia, y el *copista* de San Carlos no tardó en ser el orgullo de las aulas y el terror de las *conclusiones*. — Un fraile franciscano, de corazón de ángel y alma de revolucionario, Cayetano Rodríguez, descubrió en el espíritu de aquel adolescente fuerzas superiores al radio escolástico, de cuyos límites desbordaban, y cuya dialéctica era para él un instrumento dócil y familiar; y ponía en sus manos libros que le iniciaban en rumbos más abiertos, y le ofrecían espectáculos en que pudiera buscar contemplaciones dignas de su espíritu.

Mientras fué niño, presidió siempre los pasatiempos de sus compañeros, arrastrado por un instinto misterioso de superioridad. — Cuando llegó á la juventud, discurría con impetuosidad genial, y su palabra era dominante y atractiva.

Poseía una voluntad de hierro, resistente á todo combate, y tenaz en medio de las agresiones de la suerte. — Viajando hacia el Perú, un día fué abandonado enfermo y casi agonizante, sin lecho ni abrigo; pero ni las torturas ni los deslumbramientos del delirio febril enervaron su fibra, ni arrebataron á su razón el dominio de su vida. Quiso, y se puso de pie. Quiso, y aquel enérgico arranque lo devolvió á la vida y á la salud.

Devoraba en Charcas, en casa de su favorecedor el canónigo Ferrazas, cuantas páginas le explicaban la

revolución moderna. — Allí, dejóse sin duda subyugar por los espectáculos de la revolución francesa, los cuales le inspiraron tan viva admiración que no le permitieron discernir claramente las fuerzas y tendencias legítimas de la democracia, del despotismo popular y revolucionario.

Temido por los mandones en el foro, que prefirió al sacerdocio, al cual parecía estar destinado, cruzaba hacia 1806 el territorio argentino, para regresar á Buenos Aires con su esposa y su único hijo. — Nos ha dejado en páginas palpitantes la expresión del amargo dolor que las desventuras del indio peruano suscitaron en su alma. — Lloró y meditó más tarde, cuando las armas inglesas conquistaron la tierra de sus amores, y su carácter se acentuó en las terribles enseñanzas de aquel período. Las conmociones de 1809 lo hallaron en la primera línea. Su impaciente prisa por la revolución lo complicó en la de Álzaga el 1° de Enero; pero, en seguida, rectificando su línea de conducta, abordó las cuestiones prácticas y vivas, arrancando con un escrito famoso, de labios de Cisneros, la emancipación mercantil de la Colonia.

En la revolución, superó á sus contemporáneos por la visión del porvenir, siquiera flaquease en la inteligencia de sus medios. Jefe del partido *demócrata*, quería levantar las muchedumbres al foro, entendía el sistema representativo, y era su vehemente deseo verlo triunfante y arraigado; pero, influenciado por la revolución francesa, amaba estos principios consolidados en un gobierno central y exclusivo, moderador de los pueblos en materia política y administrativa. Era demócrata unitario. — Orador y periodista, magistrado y revolucionario, él inoculaba en la juventud la savia novísima, subyugaba el Poder y lo arrastraba con ímpetu y arrojo como si Dantón hubie-

ra resucitado en la Colonia, porfiaba sin reposo por romper toda valla á la soberanía popular. ¡En su cerebro se anidaba el rayo, y en sus grandes ojos fulguraba el estro divinizado del profeta!

Los elementos recalcitrantes que hervían en el crisol vencieronlo temprano... y fué á morir. — Su alma no atravesó los días del vértigo revolucionario, y salió incontaminada de este mundo. — Él hubiera talvez encaminado la revolución en armonía con la índole de los pueblos, variando así esencialmente el carácter de nuestra historia. Talvez hubiera desfallecido, ó incurrido en fanatismo por sus ideas francesas y unitarias... ¿qué sé yo? Pero, es tanto más glorioso, cuanto que á ninguna causa sirvió, sino á la libertad de su país y al impulso inicial de la democracia. Resonó su voz como la palabra de la Sibila en la radiosa aurora, y se sumergió en su propio resplandor. La fuerza primitiva de la revolución, como una esfera mágica y luminosa, envuelve su sombra ante el alma entristecida, y brilla á lo lejos : muy lejos de todo rumor humano y de la tierra que guarda los muertos, entre la inmensidad del mar y la inmensidad del cielo. De las ondas saladas y las nubes encendidas, hizo la suerte un mausolco eterno y digno de su memoria augusta, jamás empañada en cínicos fratricidios, ni en cobardes desencantos y traiciones.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

VIAJE POR EL RÍO MAGDALENA.

...La naturaleza cambia lentamente á medida que avanzamos; al principio, el río ancho y majestuos,

corre entre orillas de un verde intenso, pero la vegetación, si bien tupida y lujosa, no alcanza las proporciones con que empicza á presentarse á nuestros ojos. Á la izquierda, vemos el cuadro inimitable de la Sierra-Nevada, que, cruzando el Estado de Magdalena, va á extinguirse cerca del mar. Sus picos de un blanco intenso é inmaculado se envuelven, al caer la tarde, en una nube rosada de indecible pureza. Á occidente, el espacio, libre de montañas, nos deja ver las puestas de sol más maravillosas que he contemplado en mi vida. Imposible describir ese grupo de nubes incandescentes y atormentadas, con sus franjas luminosas como una hoguera, su fondo de un dorado pálido, inmóviles sobre el horizonte, disolviendo su forma y su color con una lentitud que hace soñar. Todos los tonos del iris se reproducen allí, desde el violeta profundo, que arroja su nota con vigor sobre el amarillo trasparente, hasta el blanco que hiere la pupila interrumpiendo la serenidad del azul intenso de los cielos. Nunca, lo repito, me fué dado contemplar cuadro tan soberanamente bello, ni aun en medio del océano, cuando se sigue al sol en su descenso, formando uno de los vértices de aquel triángulo glorioso de Chateaubriand, ni aun entre las gargantas de los Andes, sobre las que cae la noche con asombrosa rapidez, y que quedan envueltas en la sombra, mientras las cumbres vecinas brillan bajo los rayos del sol, lejano aun de dar un adiós á nuestro hemisferio.

¡Qué calma admirable la que sucede á ese instante solemne! La naturaleza parece recogerse para entrar á la región serena del sueño. El río sigue corriendo silenciosamente; en los bosques impenetrables de la orilla, donde el buque acaba de detenerse, no se oyen sino los apagados silbos melódicos del turpial que llama á su compañero; hasta las enormes y vistosas

guacamayas, con su plumaje irisado, llegan en silencio y buscan entre las ramas el nido que pende de la copa de un inmenso caracolí, mecido por las lianas que lo sujetan. De tiempo en tiempo, el rumor de un eco en el interior de la selva, y luego de nuevo la paz callada extendiendo su imperio sobre todo lo creado...

¡Qué espectáculo admirable! Entramos en la sección del río llamada Angostura. El enorme caudal de agua, esparcida antes en extensos regaderos, corre silencioso y rápido entre las dos orillas, que se han aproximado como aspirando á que las flotantes cabezalleras de los árboles que las adornan confundan sus perfumes. Jamás aquel «espejo de plata, corriendo entre marcos de esmeralda» del poeta, tuvo más espléndido reflejo gráfico. Se olvidan las fatigas del viaje, se olvidan los caimanes, y se cae absorto en la contemplación de aquella escena maravillosa que el alma absorbe, mientras el cuerpo goza con delicia de la temperatura que por momentos se va haciendo menos intensa.

Sobre las orillas, casi á flor de agua, se levanta una vegetación gigantesca. Para formarse una idea de aquel tejido vigoroso de troncos, parásitos, lianas, enredaderas, todo ese mundo anónimo que brota del suelo de los trópicos con la misma profusión que los pensamientos é ideas confusas en un cerebro bajo la acción del opio, es necesario traer á la memoria, no ya los bosques seculares del Paraguay ó del norte de la Argentina, no ya la India misma con sus eternas galas, sino aquellas riberas estupendas del Amazonas, que los compañeros de Orellana miraban estupefactos como el reflejo de otro mundo desconocido á los sentidos humanos.

¿Qué hay ahí dentro? ¿Qué vida misteriosa y acti-

va se desenvuelve tras esa cortina de cedros seculares, de caracolies, de palmeras enhiestas y perezosas, inclinándose para dar lugar á que las guaduas gigantes levanten sus flexibles tallos, entretejidos por delgados bejuquillos cubiertos de flores? ¡Qué velo nupcial para los amores secretos de la selva! Sobre el oscuro tejido se iergue de pronto la gallarda melena del cocotero, con sus frutos apiñados en la cumbre, buscando al padre sol para dorarse; el mango presenta su follaje redondo y amplio, dando sombra al mamey, que crece á su lado; por todas partes cactus multiformes, la atrevida liana que se aferra al coloso jugueteando, las mil fibrillas audaces que unen en un lazo de amor á los hijos todos del bosque, el ámbar amarillo, la pequeña palma que da la tagua, ese maravilloso marfil vegetal, tan blanco unido y grave como la enorme defensa del rey de las selvas indias!

¡He ahí por fin los bosques vírgenes de la América, cuyo perfume viene desde la época de la conquista embalsamando las estrofas de los poetas y exaltando la soñadora fantasía de los hijos del Norte! Helos ahí en todo su esplendor. En su seno, los zainos, los tapiros, los papuareos hacen oír de tiempo en tiempo sus gritos de guerra ó sus quejidos de amor. Junto á la orilla, bandadas de micos saltan de árbol en árbol, y suspendidos de la cola, en posturas imposibles, mirán con sus pequeños ojos incandescentes, el vapor que vence la corriente con fatiga. Los aires están poblados de mosaicos animados. Son los pericos, los papagayos, las guacamayas, la torcaz, el turpial, las aves enormes y pintadas cuyo nombre cambia de lengua en lengua; bulliciosas todas, alegres, tranquilas, en la seguridad de su invulnerable independencia.

La impresión ante el cuadro no tiene aquella intensidad soberana de la que nace bajo el espectáculo de

la montaña; el clima, las aguas, la verdura constante, el columpiar muelle de los árboles dan un desfallecimiento voluptuoso, lánguido y secreto, como el que se siente en las fantasías de las noches de verano, cuando todos los sensualismos de la tierra vienen á acariciarnos los párpados entreabiertos....

MIGUEL CANÉ.

EL RODEO Y LA APARTA EN CHILE.

El día del rodeo fué anunciado desde las primeras horas de la mañana por los gritos de los vaqueros, que con sus numerosas cuadrillas de perros conducian los piños de ganado desde los cerros á los *corralones* destinados á la *aparta*. Veíaseles llegar arreando, en compañía de los inquilinos, porciones de doscientos y más animales vacunos, que unian sus prolongados mugidos á las voces de los jinetes y al ladrido incesante de los perros, formando así un concierto de los más característicos que es dado ver en los campos de Chile, en los que todavía se conservan intactas las costumbres de las pasadas generaciones. Difícil era distinguir las facciones de los vaqueros ni las de los inquilinos, cubiertas del espeso polvo que en densas nubes levantaban los cascos de los animales; pero era fácil reconocer á los primeros por el traje, que hasta el día conservan los que ejercen esa especie de dignidad campestre en la jerarquía de las haciendas. Esa jerarquía principia en el patrón, viniendo después, sucesivamente, el administrador, el mayordomo,

el vaquero, el potrerizo, el inquilino, y por último el peón gañán, este gitano de nuestros campos, que no tiene hijos, ni mesa, ni hogar, que duerme á la intemperie, y vaga de hacienda en hacienda, según el jornal, sin más culto sincero que el del jugo popularizado por Noé, según la historia, y por Baco, según la mitología. Esas vaqueros vestían, como todos los de Chile, un calzón corto de algún género de lana, cubierto por otro de cuero que les ceñía las piernas hasta terminar sobre el pie en forma de polaina. Este calzón estaba abotonado por la parte exterior de las piernas por medio de botones hechos de *corriones* trenzados, formando un nudo, que es el botón, en una extremidad, y cayendo en ramales sobre la pierna, de manera que formen un fleco de *corriones* de cuatro á seis pulgadas de largo. Colocados esos botones á muy corta distancia uno de otro, el fleco es muy *tupido* y se mueve sobre la pierna cuando el vaquero anda á pie. Algunos sujetaban este calzón á la cintura por medio de un cinto de cuero con calados, bajo los cuales se veía paño colorado; este cinto se afianzaba á su vez por una hebilla formada de dos medallas de metal amarillo, del tamaño de una onza de oro sellada, de las que el nuevo sistema decimal de monedas ha desterrado casi enteramente de la circulación. Otros reemplazaban ese cinto por un *ceñidor* de algodón, especie de banda enrollada de dos ó tres vueltas al rededor de la cintura. Todos ellos llevaban tosco zapato, espuela de rodaja descomunal, una manta amarrada á la cintura, que caía hacia atrás en forma de triángulo; otra puesta, con ribete de ancha cinta en la boca, y sombrero ordinario de fieltro, de alas anchísimas y de pequeña y redonda copa. En los ceñidores y en las mantas reinaba el color colorado, que todo *huaso* considera como el ideal de la belleza en

materia de colores, y la mayor parte de los vaqueros llevaba el pelo largo, trenzado en una sola trenza que caía sobre la espalda. Esta moda de la trenza, heredada talvez de los indígenas, de quienes descienden la mayor parte de las familias de nuestros campos, ha perdido en el día su fuerza.

El traje de los inquilinos se diferenciaba del de los vaqueros en ciertas prendas. Así el sombrero, que muchos de ellos llevaban, era de paja ordinaria, ó bien el grueso bonete de paño llamado *bonete maulino*; las espuelas eran más pequeñas, y en lugar del calzón de cuero, cubrían la pantorrilla con la *cota de campo*, especie de pierna de calzón muy ancha, hecha de un tejido de lana azul, amarrada á la rodilla por una *huincha* de colores, de lana ó de hilo, y doblada de modo que la parte que parece destinada á cubrir el muslo caiga sobre la que cubre la pantorrilla, y que termina sobre el pie en forma de polaina.

Las monturas de todos estos ginetes eran de enjalma, con numerosos y bien recortados pellones, alforjas para el *cocaví*, lazo al *corrión* de la enjalma y gran machete en la cabeza de la misma.

Como dijimos poco ha, estos hombres llegaban arreando hacia el corralón del rodeo grandes piños de animales. Algunos de éstos con frecuencia, destacándose del grupo, parecían querer buscar en la fuga el camino de los cerros en que se hallaban *aquereñados*; y en esta circunstancia, que en tales casos se repite muy á menudo, lucían los *huasos* su destreza en el manejo del lazo, arrojándolo á los cuernos del prófugo animal en medio de una veloz carrera; ó bien cuando los fugitivos eran muchos, lanzábanse á correr tras ellos sin detenerse ante zanjas ni matorrales, hasta obligarlos á incorporarse al piño que seguía su marcha.

À las dos de la tarde, llegaban diversos piños, conducidos como acabamos de describirlo, y entraban confusamente al corralón, que era un vasto cuadrilátero cerrado por tapias de *pirca*, y dividido en tres corrales por dos pircas paralelas entre sí y perpendiculares á los lados más largos del gran cuadrilátero. Estas dos pircas trasversales dejaban en cada una de sus extremidades, claros que servían de puertas para la aparta de animales. El terreno encerrado por las pircas era perfectamente plano y sin vegetación, atravesado por una acequia para servir de bebedero á los animales en la época anual de los rodeos.

Al lado de las pircas, las mujeres encendían, á esa hora, sus fuegos para preparar la cena de los hombres ocupados en el trabajo. Los de á pie coronaban la borda de las pircas con lazo en mano, y se entretenían en lanzarlo á los animales, que, encerrados en el corralón, daban vueltas en su derredor como buscando una puerta para salir á los potreros vecinos, cuya alegre verdura les convidaba de todas partes. Los hombres de á caballo se habían dividido en diversas ocupaciones, á fin de guardar las puertas unos, y de reconocer los otros el ganado para designar los que debían apartarse para el comprador.

En circunstancias como la que describimos es cuando el campesino de Chile despliega una verbosidad de que carece en los actos ordinarios de la vida. Montado en su caballo, al que profesa un cariño tanto ó más acendrado, á veces, que á su familia; viendo moverse una masa compacta de animales que han crecido bajo su vista; animado por las voces de la gente, los mugidos de las vacas, los ladridos de los perros, su vista se anima, pierde su rostro la expresión habitual de indiferencia que lo cubre, y se desata su lengua en dichos y refranes, que los oyentes aplau-

den y comentan con señales visibles de satisfacción.

Cuando los habitantes de las casas del Trébol tuvieron noticia de que el ganado estaba reunido en el corral del rodeo, se prepararon á montar en los caballos que les esperaban ensillados en el-patio de las casas...

La escena que se ofreció á la vista de los que llegaban, era una de las más animadas que pueden verse entre las que son propias de la vida de nuestros campos. Aspecto pintoresco, grande animación en las voces, variedad de movimiento, luz, perspectiva y alegría, he ahí el conjunto de ese cuadro. Los hombres de á caballo, con sus mantas de vistosos colores, corrían entre grupos de animales, dando vueltas precipitadas y veloces carreras, y lanzando al aire gritos descompasados que los de á pie repetían desde las pircas que formaban los corralones. El sol derramaba torrentes de luz sobre el corral y los campos, reverberando en el verde pasto y animando los variados colores de los trajes y la pintada piel de los animales, al mismo tiempo que los árboles vecinos, los matorrales y las malezas, mecidos por el viento, parecían acompañar en su alegría á los huasos, cuyo grito festivo repetían los ecos de las quebradas y despeñaderos distantes, como asociándose á esa faena ruidosa y característica. Todo eso, en medio de las nubes de polvo que de cuando en cuando envolvían á hombres y animales, en medio de los rugidos de éstos, del rabioso ladrar de los perros, de los dichos de los vaqueros acerca de algunas vacas ó toros, y de ese entusiasmo, en fin, con que los hombres del campo se lanzan en carreras peligrosísimas, con absoluto desprecio de la vida, á trueque de hacer admirar su destreza como ginetes, y el poder y *buena rienda* de sus cabalgaduras.

La operación de la *aparta* se efectúa en un rodeo por la gente á caballo. Parte de ésta se coloca en las puertas que dan paso de un corral á otro, y la restante es la que desempeña la ocupación activa del trabajo. Para esto rodean los de á caballo á un grupo de animales, y el vaquero encargado de presidir la faena designa uno ó varios de ese grupo para ser apartados. Al instante dos ó tres ginetes hienden el grupo que entre todos han arrinconando en algún ángulo del corralón; colocan sus cabalgaduras rozándose con un costado del animal, que, por huir del que se acerca, se abre paso entre los otros, y emprende una veloz carrera en que el jinete le sigue, animándolo con la voz y sin apartársele una línea hasta dejarlo en otro corral, cuya puerta despejan los que la ocupan para dar paso al animal, volviendo á cerrarla inmediatamente. Pero, muchas veces, el animal designado retrocede con velocidad en su carrera, da precipitadas vueltas y *saca lances* imprevistos para liberarse de la obstinada persecución del que le sigue. Hay, pues, un gran peligro en seguir al animal en estas diversas evoluciones caprichosas, que ponen en dura prueba la destreza de los ginetes y el vigor y maestría de los caballos. Para los huasos, el rodeo es un campo de batalla en que el deber les manda desafiar los peligros: las caídas de algunos y aun la muerte que suelen encontrar en esas caídas, no interrumpen ni modifican el curso de la faena. El herido es transportado por los de á pie fuera del campo, y los demás continúan el trabajo, sin arredrarse ante las probabilidades numerosas de correr igual suerte.

ALBERTO BLEST GANA.

CARACAS. — COSTUMBRES ANTIGUAS.

Parecerá mentira, pero en aquel tiempo hacía en Caracas un frío de soplarse los dedos. La pacífica ciudad de nuestros progenitores amanecía tiritando bajo una espesa niebla que apenas dejaba ver hacia el cielo uno que otro campanario, y en la tierra algún imperturbable cristiano, que arropado hasta las orejas en su capote de cuadros, se encaminaba á oír la acostumbrada misa conventual.

¡Qué tiempos aquéllos!

Las costumbres eran sanas, los amores casi pastoriles; bastaba un pelo de la barba para afianzar la palabra empeñada; sosteníase la amistad por el respeto mutuo y por la llaneza de las aspiraciones, que nunca se sobreponían á los afectos; y la vida se dejaba sentir como el sueño de una reposada digestión.

Yo me imagino á nuestras venerables abuelas en su lozana mocedad, con sus sayas cortas y de escasisima anchura que dejaban adivinar sus formas sin agregaciones ni postizos, y en que el estrecho ruedo permitía el paso libre al pulido pie, primorosamente enrejado de cintas que se cruzaban en losanges sobre la trasparente media de seda calada, y cuyo arqueado puente dibujaba el sutil zapatito de raso ó cordobán.

¡Con cuánta majestad no se alzaría sobre el zorongo piramidal la altanera peineta de carey acariciada por la mantilla de indiscreto encaje!

Lechuguinos de naciente patilla y tímida iniciativa, nuestros abuelos admiraban con ojos antojadizos, el

garbo y donosura de aquellas damas, las que acostumbres á huir siempre de ocasiones pecaminosas, no se atrevían á deleitarse en el gran chaleco de mayúsculas solapas del que pendía á manera de plumada la cadena del reloj de repetición, en el estirado corbatín, la camisa de primorosa rejilla y de cuello invasor, el pantalón de cumplida tapa y la casaca tradicional.

¡Así eran de modestas y recatadas aquellas costumbres!

Cuando las concertadas voluntades de los respectivos padres no quitaban al fogoso muchacho de veinte el derecho de declararse *motu proprio* á la doncella de quince, el pretendiente tenía que ablandar á poder de sentidas décimas y de alusivos romances, no el corazón de la dama, que acaso le tenía partido en dos mitades por su amor, sino la timidez natural de una alma sencilla que había escuchado decir desde sus primeros años que el ver á los hombres era tentación de los sentidos, y el quererlos bien pecado mortal.

Una vez comenzados los amoríos con la poesía pudorosa del romance amatorio, no se evaporaban en los espumosos requiebros del romanticismo, sino que tomaban cuerpo y seriedad de cosa arreglada en el clasicismo de la partida de tresillo con el suficiente *quorum* de tías desocupadas y en el prosaismo del rosario entonado en coro con que se cerraban las pacíficas sesiones de todas las tertulias.

Si se trataba de bailar, cosa que sucedía tan sólo en ocasión de algún cumpleaños de grande alegría en la familia ó de algún padrinzago de barba, y siempre con no poco escándalo del respectivo confesor, que reclamaba para este ejercicio el calificativo de « escollo de la inocencia y tumba del pudor » con que lo anatematizó san Ambrosio : si hombres y mujeres se

entregaban á este género de diversión, la danza no era sino oportunidad en que se disputaban la palma la cortesía y el donaire, sin que las parejas pusiesen en contacto otra cosa que la punta de los dedos, corriendo todo el dibujo por cuenta de los pies, que travesaban sin locura, describiendo caprichosos perfiles y piruetas que nunca se alargaban más allá de los naturales arranques de un placer contenido en los linderos del más ceremonioso respeto.

Reunidos por la noche algunos amigos, jamás la conversacion invadía el terreno de la política, alimentádola únicamente las referencias más ó menos comentadas de inocentes intriguillas de los Reverendos Frailes y las repetidas murmuraciones contra el monopolio de la Compañía guipuzcoana; mas si alguna vez el razonamiento degeneraba en debate y éste llegaba á salirse del grave compás que sendos y pausados golpes de rapé le señalaban, si se dividían las opiniones hasta el extremo de poner en peligro la buena armonía de los amigos, la señora de la casa que estaba en todo, hacía que apareciese de improviso y en lo más espinoso de la disputa, la pulida mestiza portadora de una bandeja donde sonaban en conocido traqueteo igual número de tazas que de tertulianos, en medio de las cuales descollaba una humeante chocolatera despidiendo provocativos vahos que trascendían á canela de ultramar, y que como por ensalmo cortaban las palabras en todos los labios y allanaban los puntos más intrincados de la discusión.

Distribuido en lote á cada cual, dábanse todos á saborear el exquisito chocolate, interpolando entre sorbo y sorbo los crujidores bocados de bizcochos de *granjería* doméstica, rematando la colación por el indispensable puro, oriundo del *Estanco*, que respectivamente iban encendiendo en la brasa que la con-

sabida mestiza llevaba en una cucharilla de plata que hacía parte de la legendaria vajilla batida á martillo.

No se conocían entonces las luminosas propiedades del fósforo ni sus combinaciones con el azufre, que era tenido por el vulgo como pestilencia de espíritus infernales; no se tenía idea alguna de alumbrado público: y si en las noches oscuras se veía vagar por las calles alguna luz, de seguro que partía del farolillo que las criadas llevaban para señalar el camino á las señoras que se aventuraban en sus visitas de costumbre.

Eran los coches enormes berlinas, y éstas, rarezas de que sólo disfrutaba una que otra familia; y ni podía haber satisfacción en echarse á rodar en descomunales máquinas que más convidaban á dar una vuelta al mundo que á pasear las escasas calles de la estrecha capital; por lo que la silla de mano era el vehículo que de ordinario andaba en todas direcciones. Sudaba la gota el par de esclavos para que el señor y la señora se regodeasen á su sabor en el con-toneado caminar de la silla, lloviendo sobre ella mil saludos en el tránsito cuando á través de las mal corridas cortinillas atisbaban los curiosos el semblante del encopetado magnate ó el agraciado palmito de pocos abriles mal recatado en la mantilla de blondas.

¡Qué tiempos aquéllos!

Á las dos de la tarde la ciudad entera quedaba sumida en la soledad y el silencio. Á esa hora no había ciudadano, cualquiera que fuese su condición y sexo, que no se introdujese en la cama con todas las precauciones sibaríticas de quien se promete pasar una buena noche, entregándose voluptuosamente al narcotismo de la siesta, que duraba hasta las tres; no viéndose entretanto cruzar por las calles sino uno

que otro soldado ó alguna partera que diligente acudía al humanitario ejercicio de su ministerio.

Cuando el sonoro reloj de columnata dejaba caer tres veces el martillo sobre el enroscado alambre de su timbre, el criado que velaba en el escaño del corredor tocaba al postigo del dormitorio donde roncaban á pierna suelta los dueños de la casa, y á esta señal poníase de pie toda la familia, que se reunía para rezar un tercio de rosario, volviendo luego cada cual á los modestos quehaceres de aquella existencia llevadera.

¡Así se vivía entonces! Y casi sin cuidados, sin otras aflicciones que las del lote que á cada mortal le cabe en suerte, se pasaban los momentos del penoso tránsito en una monotonía que participaba de todo el encanto del arrullo, hasta que por sus propios pasos, y no con ayuda de vecino, llegaba la muerte á cumplir la ley fatal de este mundo perecedero.

NICANOR BOLET PERAZA.

LA RECETA DEL CURA DE YANA-RUMI.

(LEYENDA ANDINA.)

Niña era todavía, cuando siguiendo á mi padre proscripto, vine con mi familia á Bolivia.

Atravesada la frontera, la multitud expatriada se diseminó en el territorio vecino; y nosotros fuimos á detenernos en un pueblo de indios situado en una vertiente de los Andes.

En aquella primera etapa, el suelo extranjero, todo

era duelo para los desterrados que, perdidos en un día patria, fortuna y hogar, encontraban cuanto veían en torno suyo tétrico y sombrío.

No así yo, para quien el hoy como el mañana aparecían siempre color de rosa.

Encantábame el aspecto agreste de aquellos lugares; y las gigantescas molés de granito que se alzaban sobre mi cabeza escondiendo en las nubes su nevada cima, me extasiaban de admiración. Pasaba los días recorriendo los alrededores; trepando á las alturas; saltando con las cabras sobre las sinuosas quebradas; descendiendo al fondo tenebroso de las huacas, con espanto de los indios, que me amenazaban con el *Chacho*, genio maléfico, habitante de aquellos parajes subterráneos. Referíanme de él historias horribles, que sin embargo no llegaban á intimidarme hasta renunciar á tan deliciosas escursiones.

Un día, buscando nidos en las grietas de las peñas, encontré, cubierto con una piedra, un objeto extraño, que me puse á examinar sin atreverme á tocarlo, con un sentimiento de curiosidad y de temor.

Eran dos figuras forjadas en cera.

La una representaba á una mujer vestida de *hanaco* (1), peinados sus cabellos en multitud de trenzas rematadas con lazos de cintas de colores vivos; adornados cuello y brazos con hileras de corales, y sentada sobre un trozo de azúcar cubierto de canela, incienso y clavo de olor.

La otra figura, era un hombre prosternado á sus pies, juntas las manos, y en ademán suplicante. Vestía como los indios, calzón, poncho, escarpines y montera.

Rodeaba á este grupo la cola de una lagartija negra,

(1) *Acso*, vestido de las indias en la Puna.

que entrelazándolo estrechamente, escondía su cuerpo en el hanaco de la India.

Pudiendo más en mí la travesura que el miedo, cogí por las asas la olla de barro que contenía aquel misterioso grupo, y fui á mostrarlo á la mujer del ovejero, que vivía en una hondonada, á la entrada del pueblo.

La ovejera se apoderó de ella; pero apenas hubo mirado lo que en su fondo había:

— ¡Ah! ¡pícará Chejra! ¡bruja maldita! — exclamó, con una ira que me dejó espantada. — ¡Aquí está! ¡ella es! ¡ella misma, con su cara de vaca, con sus crines que peina el diablo, y los collares que le da para enredar al borracho de mi marido, que *hé lá qui*, lo tiene atado con su cola!

Y llevando en una mano la olla, asíó con la otra de mí, y corrió hasta la casa del cura, á quien me conjuró hiciera la relación del hallazgo.

Hicela, sin omitir el furor y los impropiedades de la ovejera.

— *Hé lá qui, tatay*, — dijo ésta, presentando al cura el cuerpo del delito. — Ahora sí que vas á quemar á la Chejra. Mira la brujería con que tiene agarrado á mi marido, que ya no me quiere ni me hace caso. — ¡Sucia! ¡desarrapada! — diciendo. — Quémala, tatay, ¡quémala, por los ojos de tu madre!

— ¡Quemarla! — dijo el cura, sonriendo con malicia. — Pero, hija mía, ¿con qué leña, si en estos parajes tan áridos apenas la tenemos para la cocina?

— Yo te traeré, tatay, yo te traeré leña para hacer una fogata que se vea de una legua.

— ¿Quieres quemar á la Chejra para que tu marido vuelva á ti?

— Sí, tatay.

— Pues yo voy á darte para ello un remedio mucho más eficaz. Helo aquí:

» Báñate cada día en el remanso del manantial; cuida tus cabellos tan esmeradamente como el diablo cuida las crines de la Chejra; adórnate como ella, con zarcillos, collares y brazaletes; perfúmate, no con canela, ni con incienso, ni clavo, sino con las olorosas flores de los campos; opón á la cola de la lagartija negra, la dorada red de tus caricias; en vez de sentarte sobre azúcar, derrámala en tus modales, en tus palabras, en tus sonrisas. ¡Haz todo esto, y... ya verás! »

El cura rió con bondad; dió una benévola palmadita en la cabeza á la celosa india, y la despidió...

El siguiente domingo, la ovejera, cuyas mejillas rosadas y lustrosas revelaban el efecto de un fresco baño, fué á misa engalanada con gargantilla y pendientes de coral, peineta de similor, y *lliella* de lama de oro.

La sabiduría de los consejos del cura brillaba en las miradas de triunfo que dirigía á la Chejra, agazapada en un rincón como una culpable.

El ovejero, arrodillado al lado de su mujer, dábase golpes de pecho, derramando abundantes lágrimas.

¿Serían de alcohol ó de arrepentimiento?

En cuanto al santo varón, en más de un *dóminus vobiscum* le sorprendí una ojeada de complacencia dada á su benéfica obra.

JUANA MANUELA GORRITI.

EL COTOPAXI.

Está situado este volcán á ocho leguas N.N.E. de Tacunga. Ninguna montaña en América presenta una belleza tan caracterizada como el Cotopaxi: su forma es enteramente la de un cono truncado de exacta regularidad, su nieve es purísima, y su distribución en las faldas se hace con tanta simetría, que es casi imposible contemplar, desde una distancia tan considerable como la en que se apercibe esta bellísima montaña, un espectáculo más agradable, más brillante, ni más apacible. En las tardes de verano, especialmente cuando la atmósfera pura del Ecuador se encuentra libre de vapores y de nubes, las faldas argentadas de este rarísimo nevado, vistas de lejos, arrebatan el alma, aun de las personas que tienen menos hábito y menos propensiones á contemplar con entusiasmo las obras magnas de la creación. El color de esta montaña varía como el del camaleón, según la dirección y modo como la hieren los rayos solares: á veces es enteramente blanca; en ocasiones, bañada por la luz del sol poniente, parece una gran masa de oro bruñida; y otras veces, las sombras nacidas de la distribución de las numerosas rocas repartidas en toda su superficie desde su elevada cima hasta su anchurosa base, le dan un aspecto semi-violado, con tintes purpurinos notables y espléndidos. En su cúspide truncada hay con frecuencia una columna de fumo, y sucede de cuando en cuando, que durante la noche arroja por su cráter, á manera de bomba, y de un modo intermi-

tente, algunas sustancias inflamadas; gracias á este respiradero que se ha formado, y que desembaraza sus entrañas de los productos de una combustión permanente, los pueblos del Ecuador no experimentan frecuentes temblores y violentos terremotos, porque este nevado apacible, como hemos dicho, quieto, calmado é inofensivo en la apariencia, contiene en su seno el germen de la devastación, de la ruina y la desolación de los lugares circunvecinos, como lo ha demostrado en sus diversas erupciones.

La altura del Cotopaxi es de 6,888 varas sobre el mar; y, según el célebre barón de Humboldt, su altura es de 3,754 metros, que es el doble del volcán de Caniguo, y sobrepasa por consecuencia 800 metros á la altura que tendría el Vesubio, si estuviese colocado sobre la cúspide del pico de Tenerife. La anchura de su cráter es de más de 1,000 varas. Este cráter está revestido de un filo de rocas traquíticas, que aparece como un negro anillo que corona sus nieves perpetuas. En la falda de esta montaña, al lado sur, se ve un pequeño cono casi siempre nevado, que, según la tradición, es la copa de la montaña arrojada en su primera erupción: parece esto verosímil atendiendo á la semejanza de la figura, siendo ésta, á la simple vista, el complemento del gran cono del Cotopaxi. Las faldas de esta montaña, hasta una gran distancia, están circundadas de un cúmulo de arenas muertas depositadas en los senos y planicies, que causan gran dificultad al viajero que las atraviesa á pie ó á caballo, porque forman unos verdaderos atolladeros, uniéndose á este obstáculo el continuo temblor de tierra, al que sólo pueden ser indiferentes los diversos cazadores de ciervos que lo frecuentan, experimentándose también un piso escalentado, que cambia la temperatura, y un aire sulfuroso y sofocante. Considerando la masa de

escorias y fragmentos de rocas lanzadas por el Coto-paxi, con las que sus valles están cubiertos en una extensión de muchas leguas cuadradas, se debe suponer que con su reunión se formaría una montaña colosal.

Este famoso volcán ha hecho varias erupciones, de las cuales las más notables son: la primera, que tuvo lugar en el año 1532, en la que, como hemos dicho, arrojó la copa que existe á su falda; la segunda, en 1533; la tercera, en 1742, en que hizo mucho daño la avenida de aguas; la cuarta, en 1743, en que se dejó ver el volcán todo inflamado, arrojando fuego por millares de grietas, y las llamas subieron sobre el borde del cráter á una altura de 900 metros; la quinta, en 1774, en la que arrastró lava y agua hirviendo por un quebradón formado desde la boca hasta el pie: el temblor se sintió en Honda, á una distancia de 200 leguas; la sexta, en 1746; la séptima, igual ó mayor que las pasadas; acaeció en 1766; la octava, en 1768, se reputa por la más horrenda de todas, pues en ella arrojó gran cantidad de piedras incandescentes, arena y agua, y sus cenizas llegaron hasta Guayaquil y Popayán produciendo una noche á los pueblos de Tacunga y Ambato, cuyos habitantes anduvieron con faroles hasta las tres de la tarde; la novena, en 1803, fué precedida de un fenómeno sorprendente, el de la fundición súbita de las nieves que cubrían la montaña. Hacía más de veinticinco años que ni humo ni vapores visibles salían del cráter, y en una sola noche el fuego subterráneo se hizo tan activo, que al amanecer las paredes superiores del cono, que estaban, sin duda, á una temperatura muy elevada, se dejaron ver negras, que es el color de las escorias vitrificadas. En Guayaquil, distante 52 leguas en línea recta del cráter, se oyeron los bramidos del volcán como descargas

repetidas de baterías. Desde entonces permaneció tranquilo hasta el año de 1851, en que empezaron á manifestarse sus llamas en la cúspide y á engrosar cada vez más los borbotones densos de humo, haciendo sus pequeñas erupciones á los bosques orientales; hasta que en 1855 hizo una, más notable, hacia la parte occidental, arrojando lava y algunas piedras incandescentes, y arrastrando gran cantidad de agua; y otra, en 1856, por el lado oriental, en que tomando el canal del río Napo, después de haber sacado de madre á este río, dejó sus playas llenas de pepitas de oro.

MANUEL VILLAVICENCIO.

EL INDIO DE LA AMÉRICA DEL SUR.

Fijemos primero nuestras miradas sobre el morador de nuestras costas; demos la preferencia á las del sur: ¿cuáles son las pasiones, cuáles las virtudes, cuál el carácter del hombre que habita estas regiones? He aquí lo que he recogido en mis viajes. El indio de las costas del océano Pacífico es de estatura mediana, rehecho, membrudo; sus facciones, aunque no bellas nada tienen de desagradable: el pelo negro, grueso, algún tanto ondeado; poca ó ninguna barba, la piel bronceada y mucho más morena que la de los habitantes de la Cordillera. Sus mujeres en poco se distinguen de los hombres. La belleza, los rasgos delicados que distinguen su sexo en los demás pueblos de la tierra, aquí parece que faltan. Los pechos, la voz

y un trozo de lienzo envuelto á la cintura, son los unicos caracteres exteriores que las distinguen. Si los rasgos varoniles de su fisonomía las acercan á los hombres, sus ejercicios las confunden con ellos. Carga, corre, nada, navega con la misma intrepidez y valentía; va á la pesca y sigue al marido á la caza. Es verdad que no se arma, ni ataca á las fieras con valor; pero ve los combates con semblante sereno y sin estremecerse. Es verdad que hila, lava, teje, adereza el alimento, asea la casa y su familia; pero con un aire de nobleza y dignidad, con no sé qué de feroz que parece indicar que obra por necesidad más bien que por inclinación. Tiene el pelo suelto ó llamado hacia la espalda con un ligero trenzado; las orejas perforadas, de donde penden pequeñas arracadas. Los amores en ellos son tranquilos y manifiestan la dureza de su constitución y de sus ejercicios. Apenas conocen los celos, esta pasión terrible que envenena todos los momentos; tan taciturnos, tan pacientes en la caza, como locuaces, bulliciosos é inquietos en sus festines. En éstos beben, comen y danzan sin moderación y sin freno.

Durante tres, cuatro ó más días oyen con igual placer el sonido monotonó de un tambor y de otros instrumentos tan rústicos como el país. Cuando el indio rema largo tiempo, cuando derriba los árboles enormes de sus selvas, cuando está cubierto de subor bajo ese cielo ardiente, entonces se arroja al agua y se baña con el mayor placer. Si los olores gratos son tan mortales á sus mujeres como á las nuestras cuando acaban de dar á luz sus hijos, la dieta, el recogimiento, el abrigo, les son absolutamente desconocidos. El baño, el remo, los trabajos domésticos, en una palabra, todos los ejercicios de su vida, en nada se alteran.

Es tan generoso y pródigo de lo que produce su país, como avaro de lo que le entra de la Cordillera ó viene de regiones distantes. El maíz, la yuca, el plátano y la carne de los animales silvestres son los únicos alimentos de que usa. Nada desea; contento con su destino y con su país, mira con indiferencia el resto de la tierra. Vive sin inquietudes y sin remordimientos, la muerte misma no le turba; la ve acercarse con ojos serenos, y expira con tranquilidad. Éste es el indio de las costas del sur.

El mulato se distingue del indígena sin mezcla por muchos rasgos característicos. Es alto, bien proporcionado, su paso firme, su posición derecha y erguida; su semblante serio, el mirar óblicuo y feroz; casi desnudo... Ceñido de una fuerte cuchilla, el remo en una mano, coloca con majestad la otra en la cintura. Intrépido arrostra todos los peligros, y se arroja con alegría sobre un leño en medio de un mar tempestuoso. Acompañado de sus perros, con una lanza en la mano, recorre los bosques interminables; allí declara la guerra al tigre, al león, al zahino y al tatabro; triunfa, y cargado de los despojos de estas fieras, vuelve orgulloso á ponerlos con desdén y dureza á los pies de la que hace el objeto de sus amores. Los bosques, estos bosques amados de que saca la mejor parte de su subsistencia, hacen sus delicias y los mira como el asilo de su libertad. Aquí respira un aire embalsamado y libre, se halla independiente y todo lo tiene bajo su imperio. Las mismas fieras son para él un patrimonio inagotable; éstas son sus vacadas y sus rebaños. Sin los cuidados que exigen la oveja, la cabra y el cerdo, le prestan ocasiones de hacer brillar su ligereza y su valor. Las serpientes, estos reptiles que inspiran terror en todos los corazones, apenas conmueven el suyo. Mil veces ha triunfado de sus

dardos venenosos con las yerbas que tiene á la mano, y cuyas virtudes conoce. Cuando la sociedad en que vive quiere poner freno á sus deseos, cuando el jefe quiere corregir los desórdenes, entonces vuelve los ojos á los bosques tutelares de su independencia. Cuatro tiestos, una red, una hacha, su cuchillo y su lanza se colocan con velocidad sobre la barca, adonde le siguen su esposa y su familia; rema, atraviesa el laberinto de canales que forman los ríos hacia su embocadura, se hunde después en las selvas, y se arranca para siempre de una sociedad que coartaba sus deseos ó que castigaba sus delitos. El carácter duro que le distingue lo conserva hasta en sus amores. No son los halagos, no los servicios los que le aseguran las conquistas. Un mono, un zahino, un armadillo, un pescado ofrecido con fiereza, unas miradas menos duras, alguna vez promesas y aun amenazas, son los resortes que pone en movimiento. Apenas se ha hecho dueño de un corazón, dicta leyes severas cuya transgresión castiga con la muerte, ó con las más duras penas. Éste es un tirano, aquélla una infeliz.

Si comparamos á éstos con el indio y las demás castas que viven sobre la cordillera, veremos que aquél es menos bronceado, sus facciones se parecen á las de los que viven en las costas: el pelo cerdoso y absolutamente lacio. Éstos son blancos y de carácter más dulce. Las mujeres tienen belleza, y se vuelven á ver los rasgos y los perfiles delineados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las ocupaciones domésticas, recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las ondas y con las fieras. Los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa, están derramados sobre los Andes. Un culto reglado, unos principios de moral y justicia,

una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente, un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna, han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor, esta « zona tórrida del corazón humano », no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa. Aquí se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan, y toman el idioma sublime y patético de la poesía. Los halagos, las ternuras, los obsequios, las humillaciones, los sacrificios, son los que hacen los ataques. Los celos, tan terribles en otra parte y que más de una vez han empapado en sangre la basa de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaños. Pocas veces se ha honrado la belleza con la espada, con la carnicería y con la muerte.

FRANCISCO J. DE CALDAS.

LA CASCADA DE TEQUENDAMA.

La cascada de Tequendama, una de las mayores del Nuevo Mundo, y que bastaría por sí sola para la celebridad de estos países, se halla situada á cuatro leguas al S.O. de la capital. La forma el río Bogotá, cuyo curso, al principio, es muy lento, mientras riega una superficie uniforme y sirve para derramar en nuestros campos la fertilidad y la abundancia; pero después cobra mayor impulso, cuando se interna por las selvas meridionales, en fuerza del declive en que se van presentando.

La senda por donde se camina es bastante agradable por la diversidad de objetos que se ofrecen á cada paso á la vista del pasajero, la frescura del aire que se respira, la frondosidad de los árboles y la mucha volatería que se encuentra en aquellos bosques. Como varía la temperatura y suben los grados del termómetro á proporción que se descende, también varían las producciones de la tierra, se multiplican les especies, hay más elegancia en las formas, y á cada instante es la vegetación más vigorosa. El canto de las aves, el ruido ó susurro de las hojas; anima este risueño aspecto que á cada paso llama la atención del viajero, excitando su curiosidad.

Entre tanto, se oye á lo lejos el ruido de la gran cascada, el agradable estruendo que forma el río al precipitarse, el cual se redobla por grados insensibles, llegando á ser demasiado intenso en su proximidad. Aquí en días serenos se observa el más bello espectáculo que puede presentarse á la vista, y la imaginación se siente exaltada, ó llena de aquellas ideas que nos inspiran siempre las grandes obras de la naturaleza. La parte alta del río es deliciosa por la amenidad de sus orillas, la diafanidad de sus aguas, la elevación de aquellas peñas coronadas de bosques, y la rápida formación de la niebla, ó su disolución momentánea. Se agolpan majestuosamente las aguas en el borde del precipicio; de allí se descubre un abismo, una profundidad prodigiosa que inspira á quien la observa un secreto asombro, y, si podemos hablar de esta manera; cierto horror deleitable. La caída del río es muy pintoresca, ó más bien la pintura es incapaz de representarla: una losa de piedra recibe el primer ímpetu de las aguas, que se resuelven á la vista en una especie de rocío, bajando luego con mayor estrépito al hondo de la cascada.

¡Qué objetos adornan el límite inferior, y qué hermoso contraste con el superior! El golpe de vista no puede ser más pintoresco, por su elegancia y variedad. Esas rocas enormes abiertas por la acción del tiempo y algún vaivén de nuestro globo para dar al Bogotá un libre curso, cuya contemplación excita en el alma ideas de horror ó de grandeza; esas selvas cuya hermosura es siempre nueva, asilo delicioso en los días ardientes por la amenidad de su sombra y el eterno verdor que las cubre; la movilidad de la atmósfera que tan pronto se carga de nubes como se aclará y se despeja; el Bogotá, copioso en la cima, después perdido en la profundidad de su curso y convertido en un pequeño arroyo; aquí los frutos, las producciones, las aves de otra temperatura diferente, queriendo alguna vez elevar su vuelo hacia la parte alta enemiga de su existencia; los extremos de la vegetación confundidos á la vista del espectador; ya una espesa niebla que apenas deja entrever los objetos é inspira al corazón ideas de tristeza, ya la serenidad restablecida; el sol derramando la alegría, y los iris de varios colores regocijando nuestra vista; el estruendo del agua que se percibe á la mayor distancia, vivificando en cierto modo este hermoso cuadro: por todas partes el contraste, el encanto de la novedad, lo horroroso al lado de lo bello. ¡Qué objetos! No puede el pincel más expresivo copiarlos dignamente. Aquí se humilla el arte en presencia de la naturaleza. El filósofo observador la contempla atónito. La imaginación más activa se considera incapaz de imitarla, y el hombre, sensible á sus maravillas, se llena de un sublime enagenamiento de sí mismo, y adora en el silencio de su alma la magnificencia del Creador.

BUENOS AIRES EN 1815.

Se necesita hacer un esfuerzo de imaginación para comprender hoy lo que era Buenos Aires ahora setenta años. La porción urbana que servía de asiento á la iniciativa política y gubernamental de la comuna, ocupaba un radio bastante modesto. Tomando por texto el plano de la ciudad, que, por orden del virey Avilés, levantó en el año de 1800 el señor don Pedro Cerviño, agrimensor y piloto muy competente, se ve que los *suburbios*, es decir, la parte en que no había paredes sino cercos de *tunales*, comenzaban, por el sur, en las manzanas limitadas hoy por las calles de *Méjico* y de *Chile*. Á ese lado, la ciudad quedaba separada de sus orillas por esa *avenida* caudalosa de las lluvias que llaman el *tercero* del sur, cuyo nombre antiguo era el *Puente de los Granados*, porque atravesaba terrenos de la propiedad de la familia de este nombre, á la que pertenecía la virtuosísima madre de nuestro amigo y co-redactor D. Juan María Gutiérrez. Allí comenzaban ya los cercos que encerraban una infinidad de huecos ó eriales atravesados por señas, y en cuya ancha extensión vivían, en casas muy modestas, no sólo las familias pobres, sino también un extenso número de las de mediana condición, sin necesidad y sin idea ninguna de la riqueza. El amueblado de una familia común podía calcularse, cuando más, entre cien y ciento cincuenta pesos de plata. Duraba de una generación á la otra, y no se renovaba jamás sino por piezas muy insignificantes. La mesa

y el mantenimiento se reducía, en general, al gasto de dos á cuatro reales por día, sin dejar de ser abundante y succulenta, porque todos tenían aves y verduras en sus corrales, y lo único que se compraba era la carne y el pan.

Estos suburbios, muy bien caracterizados por Cer viño con el nombre de *Tunales*, se corrían desde el *Puente de los Granados* (en la calle del Perú), siguiendo una línea oblicua hacia el noroeste, hasta la plaza de Monserrat, que quedaba lindera, diremos así, con el despoblado; y que era por lo mismo un *suburbio* popular de los más poblados, y muy turbulento por cierto. La iglesia y la parroquia de la Concepción quedaban naturalmente entre las quintas y entre los cercos agrestes de las *orillas*. Entre Monserrat y la *Plaza Nueva* (hoy *Mercado del Plata*) había unas cuantas manzanas de población algo compacta aunque de pura clase pobre; y lo que es hoy calle de *Salta* quedaba entonces entre los eriales y los huecos, con una ú otra quinta circunvalada por cercos de tunales, que eran verdaderos matorrales de hinojos y de cardos, erizados de arbustos de sauco, y de montes de durazneros que servían para abastecer de leña á la población. En toda la línea del norte, que es hoy la calle de *Corrientes*, comenzaban de nuevo los tunales, los huertos, los cercos agrestes, los eriales con sendas, hasta el *Retiro*, donde estaba la Plaza de Toros, y cuyas cercanías estaban rústicas y muy pobladas de *orilleros*. Había también por allí algunas quintas, que eran verdaderas soledades bastante difíciles de cuidar: campo de la justicia de los prebostes de la Hermandad.

En un país tan lluvioso como el nuestro, formado por terrenos de aluvi6n, es evidente que entonces no podía haber caminos pú blicos en un estado de mediano

servicio. Los pantanos rodeaban la ciudad haciendo un verdadero laberinto de *sendas* y de *portillos*, que requerían una especial vaquía de parte de los que tenían que practicarlos. Más atrás de la zona solitaria de las quintas, había algunas chacras extensas erizadas de montes de talaes, de espinillos y de durazneros, entre los cuales eran célebres, como abrigos de bandidos, el monte de Campana cerca de lo que es hoy la *Floresta*, el monte de Castro, entre Flores y Morón, el callejón de Ibáñez; á los que no les iban en zaga otros lugares, que, aunque más cercanos, tenían también malísima fama; como el hueco de *los Sauces*, los cercos de los *Ejercicios*, la quinta de Rivadavia, el paso de Burgos, el hueco de *Cabecitas* y el de *doña Ingracia*; y sobre todo, los *zanjones del tercero del norte*, que eran hasta 1830 uno de los puntos más selváticos y agrestes que pudiera tener á su costado una ciudad civilizada y revolucionaria como era la de Buenos Aires en 1813.

Era natural que el centro más urbano y más noble de la Comuna participase en algo de las malas condiciones de sus *suburbios*. La carestía de la piedra, la dificultad de sacarla de la Banda Oriental, por falta de brazos aptos y por falta de buques en que conducirla, hacían que apenas hubiese una que otra calle, malísimamente empedrada. Se conocía por calle *del Empeдрado* la que es hoy de la *Florida*; y no es poca lástima que se le haya quitado ese título original de *nobleza*, que le corresponde en la tradición de la cultura de nuestra ciudad. Las lluvias copiosísimas de aquellos tiempos han dejado fama en el recuerdo de nuestros padres. Al correr como torrentes, para salir al río, ó para empozarse en los pantanos, se llevaban gran parte del piso, abriendo curvas de zanjas profundas y de precipicios entre una y otra acera, y hacían impo-

sible atravesar las calles (fuera de ocho ó diez cuadras en el centro) por otra parte que por las esquinas, donde había apoyos de grandes piedras puestas á distancia para afirmar el pie. Era tal este estado, que en la parte que es hoy calle de *Cangallo* (entre *Florida* y *Maipú*) había lagunas donde se ahogaron algunos lecheros en tiempos del virey Vertiz, como consta de documentos oficiales.

Por la noche, esta espléndida ciudad de Buenos Aires, que hoy enrojece su atmósfera con los reflejos del gas, presentaba un aspecto desolado, si es que las tinieblas pueden tener aspecto. Á lo largo de la calle del *Correo* (hoy *Perú*) se divisaban de un extremo á otro, cuatro linternillas diminutas que señalaban las cuatro mesitas en que los loteros privilegiados por el Cabildo expendían cedulillas, arrimados á la pared y con un pequeño farol, que era la única luz de esa calle central. Las veredas eran de mal ladrillo, húmedas, estrechas, desiguales, y temblorosas encima del barrial en que tenían su asiento; y en muy pocas calles las había.

Buenos Aires era una ciudad baja, aplastada y cubierta con las capuchas de los tejados de feísimo aspecto; que tenía sin embargo la reputación de la *belleza* entre las otras ciudades españolas. Pero esa fama le venía de sus habitantes más bien que de su suelo. En ambos sexos, ellos eran de espíritu alegre y suelto; de alma impresionable y simpática; admiradores entusiastas y copistas ardientes de las grandes novedades de la civilización. Naturalmente inclinados á lo liberal; con algo de aturdido y de liviano, pero siempre bien inspirados, inclinados á la pompa y halagados por la vanagloria que viene de hacer el bien y de realizar hazañas. La sociedad era por esto expansiva y hospitalaria. Su arrogancia era abierta, porque

consistía siempre en el anhelo de que su revolución y sus progresos sirviesen á todos, é hiciesen de nuestro suelo y de nuestras leyes, el abrigo de todas las razas del mundo que no estuvieran bien avenidas en el suyo.

Tal era entonces la capital, en cuya frenté el poeta de la Revolución había escrito estos versos tan arrogantes como adecuados, entonces, al genio de la *Comuna* :

Lusharinas Calle Esparta su virtud :
~~Somnolenta~~ calle Roma :
 ¡Silencio ! que al mundo asoma
 La gran Capital del Sud.

Pero, ésta era la ciudad que había hecho la revolución de Mayo, que la había defendido y salvado contra todo el poder de la España, proclamando los principios más elevados, más generosos y más humanitarios de la civilización moderna. Esta misma era la ciudad que había vencido y rendido dos ejércitos ingleses ; que había deshecho y apresado tres escuadras españolas ; que había plantado la bandera argentina en las murallas de Montevideo ; que iba con un paso seguro á reconquistar á Chile, á libertar al Perú, y á llevarle soldados á Bolívar para ganar la batalla famosa de Junín y libertar á Quito. Para motejar, entonces, la arrogancia de la cuarteta, sería preciso ver como podrían borrarse de la historia ó como podrían motejarse los hechos gloriosos que la inspiraron.

VICENTE FIDEL LÓPEZ.

BOLÍVAR EN CASACOIMA.

Era una de las noches más bellas y apacibles. La luna de Mayo asomaba por el oriente ceñida de púrpura y de nieve. Prolongados palmares, la fecunda javia, el coco marítimo se mecían dulcemente al suave impulso de los aires. El majestuoso Orinoco paseaba en un inmenso lecho sus turbias y caudalosas aguas; ningún acento, ningún ruido, sino el sordo que arrojaban las aves nocturnas, ó el del centinela que, con el arma al hombro y fija la vista en el bosque, hollada las hojas secas.

Allá distante, á la sombra de un árbol, que los naturales llaman *Castaño del Marañón*, muchas personas platican al rededor de una hamaca colgada de fuertes ramas. Tristes los unos, el más profundo abatimiento se pinta sobre sus frentes; los otros parecen no pensar sino en lo que les habla desde la hamaca, un personaje ardiente y lleno de confianza.

— Buena, — dijo un hombre pequeño de estatura, de ojo sagaz y penetrante, de carácter pronto y arrebatado, — buena ha sido la tarde; una bala oi silbar tan cerca que, si hubiera bajado un palmo, no tenían que pensar más en mí los margariteños; varias anduvieron cerca de V., general; y á fe que si no nos lanzamos en esa laguna, que tiene más olor de sepultura de cocodrilos que de ensenada del Orinoco, hubiéramos sido víctimas.

— En verdad que es un trabajo de Hércules haberla atravesado, contestó uno de aquellos señores, alto, de

nariz perfilada, de vista inteligente y segura, de aire cortés y en extremo reservado; mucho temieron los enemigos el tal lago, que á vista del hombre que les valdría más que la victoria, con sólo dos al lado y desarmados, no se atrevieron á seguirnos. No dejo de decir á mi cuerpo que tuvieron razón. ¿Les parece á ustedes que debíamos ser más cautos en esto de separarnos del ejército para ir á comer frutas?

— ¿Qué dice V., general? El peligro está pasado y todavía me acuerdo de las dulces piñas que hemos comido; excelentes son las piñas de la Esmeralda. ¿Y qué nos sucedió? Nos persiguió mayor número de hombres armados; fuimos más valerosos, y henos aquí salvos. ¿No es nuestra vida una serie de asechanzas, riesgos y triunfos? — Ésto contestó, sentándose precipitadamente en la hamaca, un hombre que, si bien quemado por el sol, endurecido por la fatiga, manifestaba en su cabello castaño y en sus ágiles movimientos tener seis lustros apenas de edad. En su aire grandioso é imponente, en sus miradas, ya melancólicas como la luz de la luna que las alumbraba, ya ardientes como el fuego de un meteoro, bien se advertía ser el caudillo de la escasa tropa que le rodeaba.

— Pero ésto no es prudencia, general, ni de la aprobación de sus soldados, que saben depende la existencia de la patria de la de V., — exclamó un oficial calvo, de modales apacibles, de insinuante aspecto, en quien el juicio aventajaba á lo años. — Nuestra posición es lamentable, continuó, estamos más escasos de tropas y municiones que de vestuarios y ya ustedes ven qué uniforme traen nuestro general en jefe, el jefe de estado mayor y el general margariteño.

— No tan malo, gritó el de la hamaca. Perdí mi uniforme, pero me hallo mejor con esta bata que me

han regalado, mucho mejor que con las heridas de los pies; mañana estreno la hermosa camisa de corteza de marima, que me regaló un cacique; galanos, si que están los dos generales que me acompañaron, el de camisa de listas sobre todo... — y arrojaba sendas risadas, viendo al que primero rompió el diálogo, envuelto en una ancha camisa de listado.

Ya habrán conocido los lectores que era el Libertador quien hablaba desde su hamaca con los generales Arismendi y Soublotte, el coronel Briceño y varios oficiales del ejército.

La luna estaba ya en la mitad del cielo, y Bolívar les animaba todavía, hablándoles de sus proyectos y esperanzas.

— No sé lo que tiene dispuesto la Providencia, decía, pero ella me inspira una confianza sin límites. Salí de los Callos, solo, en medio de algunos oficiales, sin más recursos que la esperanza, prometiéndome atravesar un país enemigo y conquistarlo. Se ha realizado la mitad de mis planes; nos hemos sobrepuesto á todos los obstáculos hasta llegar á Guayana, dentro de pocos días rendiremos á Angostura, y entonces... iremos á libertar á la Nueva Granada, y, arrojando á los enemigos del resto de Venezuela, constituiremos á Colombia. Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo, é iremos á completar nuestra independencia, llevando nuestros pendones victoriosos al Perú: el Perú será libre...

Sorprendidos, atónitos, se miraban unos á otros los oficiales que le cercaban; nadie osaba pronunciar una palabra. Los ojos de Bolívar arrojaban fuego, y al hablar de la España, de su ruina, tormentas eléctricas parecían ceñir su cabeza, como la cumbre del Duida, cuya sangrienta y encapotada cima alcanzaban apenas á divisar...

Un oficial llamó aparte al coronel Briceño y le dijo llorando: « Todo está perdido, amigo; lo que era nuestra confianza, helo aquí loco; está delirando... ¡En la situación en que le vemos, sin más vestido que una bata, soñando en el Perú! » Confortóle Briceño, asegurándole que el Libertador se chanceaba para hacer olvidar el mal rato que él y todos habían pasado aquella tarde.

Á los des meses Bolívar había tomado á Angostura; dos años después la Nueva Granada le aclamaba vencedor en Bogotá; cuatro años más tarde destruye en Carabobo el ejército de Morillo; á los cinco, da libertad á Quito, y al cabo de los siete años sus victoriosas banderas ondeaban sobre las altas torres del Cuzco.

JUAN VICENTE GONZÁLEZ.

EL NEGRO FALUCHO.

En la noche del 3 de Febrero, subsiguiente á la sublevación, hallábase de centinela en el torreón del Real Felipe un soldado negro del regimiento del Río de la Plata, conocido en el ejército con el nombre de guerra de *Falucho*.

Era Falucho un soldado valiente, muy conocido por la exaltación de su patriotismo y, sobre todo, por su entusiasmo por cuanto pertenecía á Buenos Aires. Como uno de tantos que se hallaban en igual caso, había sido envuelto en la sublevación, que hasta aquel momento no tenía más carácter que el de un motín de cuartel

Mientras que aquel oscuro centinela velaba en el alto

torreón del castillo, donde se elevaba el astabandera en que hacía pocas horas flameaba el pabellón argentino, Casariego decidía á los sublevados á enarbolar el estandarte español en la oscuridad de la noche, antes que se arrepintiesen de su resolución.

Sacada la bandera española de la sala de armas donde se hallaba rendida y prisionera, fué llevada en triunfo hasta el baluarte de Casas-Matas; donde debía ser enarbolada primeramente, afirmándola con una salva general de todos los castillos.

Faltaba poco para amanecer, y los primeros resplandores de la aurora iluminaban el horizonte.

En aquel momento se presentaron ante el negro Falucho los que debían enarbolar el estandarte, contra el que combatían después de catorce años.

Á su vista, el noble soldado, comprendiendo su humillación, se arrojó al suelo y se puso á llorar amargamente, prorumpiendo en sollozos.

Los encargados de cumplir lo ordenado por Moyano, admirados de aquella manifestación de dolor, que acaso interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenaron á Falucho que presentase el arma al pabellón del rey que se iba á enarbolar.

— Yo no puedo hacer honores á la bandera contra la que he peleado siempre, — contestó Falucho con melancólica energía, apoderándose nuevamente del fusil que había dejado caer.

— ¡ Revolucionario ! ¡ revolucionario ! — gritaron varios á un mismo tiempo.

— ¡ Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor ! — exclamó Falucho con el laconismo de un héroe de la antigüedad ; y tomando su fusil por el cañón, lo hizo pedazos contra el astabandera, entre-gándose nuevamente al más acerbo dolor.

Los ejecutores de la traición, apoderándose inme-

diatamente de Falucho, le intimaron que iba á morir, y haciéndole arrodillar en la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaran sus armas al pecho y á la cabeza. Todo era silencio, y las sombras flotantes de la noche aun no se habian disipado. En aquel momento brilló el fuego de cuatro fusiles, se oyó una sorda detonación, resonó un grito de *¡Viva Buenos Aires!* y luego, entre una nube de humo, se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caía al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho, que caía gritando *¡Viva Buenos Aires!* ¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazón de un soldado tosco y oscuro!

Así murió Falucho, como un guerrero digno de la República de Esparta, enseñando cómo se muere por sus principios y cómo se protesta bajo el imperio de la fuerza. Para enarbolar la bandera española en los muros del Callao, fué necesario pasar por encima de su cadáver; se enarbó al fin, pero salpicada con su sangre generosa, y aun tremolando orgullosamente en lo alto del baluarte, el valiente grito de *¡Viva Buenos Aires!* fué la noble protesta del mártir contra la traición de sus compañeros. Esa protesta fué sofocada por el estruendo de la artillería en todos los baluartes del Callao.

Falucho era nacido en Buenos Aires, y su nombre verdadero era Antonio Ruiz. ¡Pocos generales han hecho tanto por la gloria como ese humilde y oscuro soldado, que no tuvo un sepulcro, que no ha tenido una corona de laurel, y que recién hoy tiene un recuerdo en la historia de su patria!

El martirio de Falucho no fué estéril. Pocos días después se sublevaron en la Tablada de Lurín dos escuadrones del regimiento de granaderos á caballo, y deponiendo á sus jefes y oficiales, marcharon á

incorporarse á los sublevados del Callao. Á la distancia vieron flotar el pabellón español en las murallas. Á su vista, una parte de los granaderos, que ignoraban que los sublevados hubiesen proclamado al Rey, volvieron avergonzados sobre sus pasos, como si la terrible sombra de Falucho les enseñase el camino del honor. Sólo los más comprometidos persistieron en su primera resolución, y volvieron sus armas contra sus antiguos compañeros, quedando así disuelto por el motín y la traición el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

BARTOLOMÉ MITRE.

LAS RUINAS DE « LA FORTALEZA ».

La más importante de nuestras excursiones fué la que hicimos á unas ruinas *incarias* (adjetivo inventado por los ingleses para designar lo contemporáneo de los Incas, lo mismo que *preincarial* para denotar lo anterior á ellos, como quien dice *adamita*, *preadamita*). Estas ruinas, conocidas con el nombre de *La Fortaleza*, se hallan al otro lado del río *Barranca*, en el confín superior del valle de Pativilca, á la cabecera de la provincia de Chancay. Don Mateo Paz-Soldán, en su *Geografía*, y Mr. Bollaert, en sus « *Antiquities, Ethnology of South America* », las describen como obra de los *Chimus*, que fueron los dominadores de la costa por el norte hasta la invasión de los Incas. Los territorios del centro y sur se dividían entre los

Yuncas y *Chincos*, de cuyos nombres aun quedan vestigios en algunas de nuestras denominaciones topográficas, como *Chincha*, etc.

Salimos de Arguay al medio día. Atravesamos la hacienda de Galpón, el pueblo de Pativilca, que es otra larga calle con su iglesia muy bonita, ó por lo menos muy blanqueada, nos inclinamos á la izquierda para ganar la playa, y al fin nos hallamos entre otra vegetación y entre otras aves, *sulla marina*, como dice Dante. Descollaba entre los vegetales (cuanto puede descollar un vegetal de playa) una mata favorita de nuestras playas, que nosotros, ignorantes de su nombre y virtudes, llamamos por analogía *dedos de pollo*, y que después hemos sabido se llamaba *la yerba del alacrán*; y entre los pájaros, los *zarapicos*, *chorlitos*, *bandurrias*, de la familia de los *longirostros* ó picos largos, todo esto sin perjuicio de que el señor Raimondi nos enmiende la plana. El *zarapico* es una pavita, aunque con menos cuerpo, y con piernas y pico muy largos, cual conviene á quien se pasea por charcas y tiene que trinchar los gucarapos y lombrices que le sirven de sustento, en el fondo del cieno. Son de color gris, y al volar en bandadas se les podría confundir con las lechuzas. La *bandurria*, que muchos peruanos talvez no conocerán por lo raro, y sobre todo por lo arisco que es este pájaro, tan sabroso en el plato, es un pájaro negro con el pecho y el revés de las alas blancos, lo que forma un hermoso contraste cuando vuela. Anda siempre en bandadas, y su graznido es agradable, sobre todo cuando al compás de él pasan en las tardes por lo alto dibujándose en el azul del cielo como un cordón negro.

La *bandurria* es más ó menos lo que los ingleses llaman *curlew*.

Yuncas y *Chincos*, de cuyos nombres aun quedan vestigios en algunas de nuestras denominaciones topográficas, como *Chincha*, etc.

Salimos de Arguay al medio día. Atravesamos la hacienda de Galpón, el pueblo de Pativilca, que es otra larga calle con su iglesia muy bonita, ó por lo menos muy blanqueada, nos inclinamos á la izquierda para ganar la playa, y al fin nos hallamos entre otra vegetación y entre otras aves, *sulla marina*, como dice Dante. Descollaba entre los vegetales (cuanto puede descollar un vegetal de playa) una mata favorita de nuestras playas, que nosotros, ignorantes de su nombre y virtudes, llamamos por analogía *dedos de pollo*, y que después hemos sabido se llamaba *la yerba del alacrán*; y entre los pájaros, los *zarapicos*, *chorlitos*, *bandurrias*, de la familia de los *longirostros* ó picos largos, todo esto sin perjuicio de que el señor Raimondi nos enmiende la plana. El *zarapico* es una pavita, aunque con menos cuerpo, y con piernas y pico muy largos, cual conviene á quien se pasea por charcas y tiene que trinchar los gucarapos y lombrices que le sirven de sustento, en el fondo del cieno. Son de color gris, y al volar en bandadas se les podría confundir con las lechuzas. La *bandurria*, que muchos peruanos talvez no conocerán por lo raro, y sobre todo por lo arisco que es este pájaro, tan sabroso en el plato, es un pájaro negro con el pecho y el revés de las alas blancos, lo que forma un hermoso contraste cuando vuela. Anda siempre en bandadas, y su graznido es agradable, sobre todo cuando al compás de él pasan en las tardes por lo alto dibujándose en el azul del cielo como un cordón negro.

La *bandurria* es más ó menos lo que los ingleses llaman *curlew*.

En cuanto á los nombres de las aves que acabamos de nombrar, Salvá describe á la bandurria como peculiar de nuestros climas y bajo el nombre de *canelón*. Da por anticuado á *zarapico*, escribiendo *zarapito*, y también escribe bandurria con *v*.

Después de haber caminado buen trecho por canto de playa, porque la distancia entre Arguay y la *Fortaleza* no bajará de cuatro leguas, vimos dibujarse tierra adentro un cuerpo, ó más bien tres cuerpos de murallas de adobe, bastante anchas, asentadas con aspecto ruinoso y superpuestas sobre la vasta planicie de un alto cerro; y á nuestra izquierda, inmediatamente sobre el mar, un peñón, morro ó promontorio, negro, adusto, taciturno y con la forma de una *ventana teatina*.

Nos encaminamos al arduo cerro en que descansa la *Fortaleza*, y á caballo trepamos á él. Este cerro es uno de los más avanzados entre los innumerables que se extienden á su espalda formando una graciosa cadencia; y uno ó dos más que igualmente se desprenden á su lado muestran por los escombros que también estuvieron coronados de edificios.

Al pie de estas ruinas expira la vegetación, y con ella Pativilca y la provincia de Chancay, siendo estos derrumbados monumentos los atalayas del desierto, ó de la vida civilizada para los que vengan del norte. Ya comprenderá el lector que en estas alturas el silencio y la inmovilidad inevitables están en armonía con la tristeza que infunden estos vestigios respetables; lo mismo que el aspecto del mar con su inalterable y sereno esplendor, aun ante las más profundas soledades.

Sorprende en estas ruinas el que estén construidas con adobes casi como los que usamos en el día, y no con grandes *adobones*, como usaban los antiguos.

El color de la pintura, amarillo y almagre generalmente, se conserva bastante bien, y se distinguirían los objetos representados, si los hombres no se hubieran encargado de remediar estos felices olvidos del tiempo, arañando las paredes en todos sentidos. A pesar de ésto, distinguíamos ciertas formas confusas de animales, como de león las unas, como de *llama* las más. Hay multitud de cuartos, ó más bien de alcobas, algunas con sus nichos, en los que aun se nota el apolillado umbral de *caña brava*, y separadas unas de otras por pasadizos sumamente angostos. ¡Cuánto ser animado habitaria un recinto tan vasto, y no queda ya ninguno para dar razón de lo que fué!

Como he dicho, en los cerritos adyacentes se notan también algunos escombros; y en cuanto á la *Fortaleza*, en que nos hallábamos, es de forma cuadrangular, y á nuestros pies veíamos las anchas superficies de los dos cuerpos de murallas inferiores. En los dos ángulos orientales subsiste bien clara la forma de dos torreones avanzados.

PEDRO PAZ-SOLDÁN Y UNANUE.

MONÓLOGO EN EL MAR.

— Sí, ¡ Dios nos proteja ! — dijo después de algunos minutos de silencio, en que sus ojos habían estado extasiados en el firmamento bordado con su luna y sus estrellas, y en que sus ideas parecia que habían

tomado diferente rumbo en aquella alma espontánea, impetuosa, y al mismo tiempo tierna y sensible; y después de esa exclamación continuó, en el silencio de su pensamiento, reclinada su cabeza en la popa de la ballenera, y fijos sus ojos en la bóveda espléndida del cielo:

— Dios, que es la sabiduría y la unidad del universo;

» Dios, que sostiene pendientes en las hebras impalpables de su voluntad soberana esos mundos espléndidos que giran, como chispas de su inteligencia, sobre esa bóveda infinita y diáfana que parece formada con el aliento de los ángeles.

» ¡ Eternos como la mirada que los ilumina, esos astros verán alguna vez sobre estas olas la realización de los bellos ensueños de mi mente! Sí. El porvenir de la América está escrito sobre las obras de Dios mismo: es en una magnífica y espléndida alegoría, que ha revelado los destinos del nuevo mundo el gran poeta de la creación universal.

» Esas inmensas praderas donde brota una flor de cada gota de rocío que cae en ellas;

» Esos ríos inmensos como el mar, que se cruzan como arterias del cuerpo gigantesco de la América, y refrescan por todas partes sus entrañas, abrasadas con el fuego de sus metales;

» Esos espesos bosques donde la salvaje orquesta de la naturaleza está convidando á la armonía del arte y de la voz humana;

» Esta brisa suave y perfumada que pasa por la frente de estas regiones como suspiro enamorado del genio protector que las vigila;

» Estas nubes matizadas siempre con los colores más risueños de la naturaleza;

» Sí; todos esos magníficos espectáculos son palabras

elocuentes del lenguaje figurado de Dios, con que revela el porvenir de estas regiones.

» Las generaciones se suceden en la humanidad, como las olas de este río, inmenso como el mar.

» Cada siglo cae sobre la frente de la humanidad como un torrente aniquilador que se desprende de las manos del tiempo, sentado entre los límites del principio y el fin de la eternidad : se desprende, arrasa, arrebatada en su cauce las generaciones, las ideas, los vicios, las grandezas y las virtudes de los hombres, y descende con ellos al caos eterno de la nada. Pero la creación, esa otra potencia que vive y lucha con el tiempo, va sembrando la vida donde el tiempo acaba de sembrar la muerte.

» Ese torrente indestructible arrebatará de las riberas de este río esta generación amasada con el polvo, la sangre y las lágrimas de ella misma. Vendrán otra y otra, como las olas que se van sucediendo y desapareciendo á mis ojos.

» Vendrán.

» Cada pueblo tiene su siglo, su destino y su imperio sobre la tierra. Y los pueblos del Plata tendrán al fin su siglo, su destino y su imperio, (cuando las promesas de Dios, fijas y escritas en la naturaleza que nos rodea, brillen sobre la frente de esas generaciones futuras, que verterán una lágrima de compasión por los errores y las desgracias de la mía.

» Sí, tengo fe en el porvenir de mi patria. Pero se necesita que la mano del tiempo haya nivelado con el polvo de donde hemos salido la frente de los que hoy viven.

« Sí, tengo fe ; pero fe en tiempos muy lejanos de los nuestros. ¡ Patria ! ¡ patria ! ¡ la generación presente no tiene sino el nombre de sus padres !

» ¡ Y tú, Florencia, ídolo amado de mi corazón ; tú,

ángel consolador de mi alma con la vida, de mi corazón con los hombres, de mi destino con mi patria; tú, hebra de luz que me pones en relación con Dios, extendida desde el cielo al lodo terrenal en que me ahogo; tú, tú eres el único ser de todos los que he visto sobre la tierra á quien quisiera volver á hallar en el cielo, para que nuestras almas volviesen de cuando en cuando, entre los rayos pálidos de la luna, á contemplar la tierra que fué testigo de nuestro amor, como es testigo de tanto desengaño, de tanta virtud mentida, de tanto crimen y miserias reales! »

JOSÉ MÁRMOL.

LOS LLANEROS DE PÁEZ EN « LAS QUESERAS ».

Apenas llegan desenfrenados los lanceros de Páez á cien pasos de la línea española, el estruendo de una descarga resuena formidable; mézclase el polvo que levantan los caballos con el humo que arrojan los cañones, y densa nube se extiende presurosa sobre el ensangrentado campo de aquel duelo terrible.

Siete mil fusiles y seis piezas de artillería disparan sin cesar. Los lanceros se esfuerzan por arrojar sobre las bayonetas enemigas. Sus caballos cerriles, acometidos de pavor, resisten á los agujijones de la espuela, saltan, relinchan, se encabritan y retroceden espantados.

Tras larga lucha, los jinetes se hacen obedecer, al fin, de sus corceles, y amagan á la vez con repetidas cargas la inmensa línea de Morillo, que se les opone

como un muro erizado de bayonetas. Las balas de los cañones surcan la llanura; estrepitosa vocería responde al ruido de las descargas, y resplandecen las lanzas en medio del tumulto como rayos siniestros en el seno de aquella nube espesa, purpúrea, desastrosa, que flota á la merced del viento, cual inmenso sudario, sobre los ensañados contendores.

Después de la primera acometida, Morillo cree propicio el momento para exterminar al tenaz escuadrón que le resiste con tanta bizarría. Con este objetó mueve todo el ejército, el cual, como un gigante, extiende sus robustos brazos para oprimir y ahogar en ellos aquel grupo de insolentes que osan combatirlo. Dos regimientos al mando de Calzada vuelan á ocupar la orilla del Arauca, para impedir á Páez ganar de nuevo el campo de los suyos, mientras la quinta división que dirige La Torre, describe extensa curva con el fin de rodearle por la izquierda.

Desde la margen opuesta, el ejército republicano divisa con profunda ansiedad aquel puñado de valientes circunvalados por fulminantes enemigos.

Cada vez más furiosos, nuestros intrépidos lanceros embisten sobre el centro que sostiene Morillo, repliegan sobre uno de los flancos, acometen al otro, provocan con insultos la numerosa caballería realista, que principia á moverse, y retroceden, al cabo, tratando de escapar de quel círculo de fuego que los oprime y aniquila.

Á la cabeza de cuarenta jinetes, rompe Páez las filas de Calzada. La brecha queda abierta.

Aramendi se lanza como el rayo, atropella los cazadores de Pereira que intentan detenerlo; el resto de los lanceros se escapa por la brecha, y aquellos ciento cincuenta héroes admirables se fingen derrotados y se alejan veloces.

Morillo los cuenta por perdidos, y como azuza el cazador la furiosa jauría tras el ciervo que huye, arroja sobre Páez 1,200 caballos impetuosos, húsares, dragones, carabineros y lanceros, ávidos de vengar, aquel día, las frecuentes derrotas tantas veces sufridas.

Esquivando los fuegos de la izquierda realista, Páez abandona la montuosa ribera del Arauca; divide en siete grupos sus bizarros ginetes: los encabezan Mina, Fernando, Figueredo, Muñoz, Rondón, Juan Gómez, Carmona y Aramendi, los cuales se alejan, primero á toda brida y luego á media rienda, llevando en pos la numerosa caballería realista que los persigue con ahinco.

Nuevo estrépito de pisadas, de sables que se chocan, de arneses sacudidos, de voces que se alientan, de gritos de venganza, de imprecaciones y amenazas conmueven la llanura, donde aun resuena el eco de los rugidos del cañón y el trueno de la fusilería.

Los bravos apureños galopan en una sola línea paralela al horizonte que tienen frente á ellos.

Á su espalda, en medio del espacio que los separa de los regimientos españoles, se ve á Páez, ladeado en la silla hacia el enemigo, á quien provoca y enardece con su actitud y sus sarcasmos.

De esta manera, perseguidos y perseguidores recorren largo trecho. El ejército realista, nuevamente formado en batalla, se divisa á dos millas de su caballería.

Los llaneros acortan la carrera; la distancia que los separa de los jinetes enemigos se estrecha más y más; éstos aguijan sus bridones, cortan el viento con los inquietos sables, y ciegos, aturdidos, frenéticos, se esfuerzan por acercarse á nuestra línea y acuchillarla por la espalda.

Tres cuerpos de caballo apenas los separan del codiciado instante ; los brazos se extienden, los sables se levantan, la sangre va á correr. Llegó el momento.

Un grito agudo resuena de improviso dominando el estrépito ; grito imperioso y breve que encierra orden terrible : la da Páez. Todos la oyen, y simultáneamente la obedecen los suyos con la pasmosa rapidez del rayo.

Aquella orden suprema, aquel heróico grito, encerraba esta frase estupenda : « ¡ vuelvan cara ! »

Lo que entonces pasó no tiene un solo ejemplo en los fastos del heroísmo humano.

La pluma se estremece al describir aquel suceso, la razón se resiste á creerlo ; pero ahí está la historia, y la tradición, y los contemporáneos, y el testimonio de Bolívar, y medio siglo de incontestables alabanzas, y los mismos émulos de Páez que no se atreven á negarlo.

Con la velocidad del pensamiento, los llaneros revuelven sus caballos, centellean las enristradas lanzas, y un choque terrible, formidable, como el encuentro de dos rápidas nubes, de dos furiosas tempestades, hace temblar la tierra.

La primera fila de la caballería española queda en el sitio revolcada ; la segunda vacila ; nuestros lanceros la acuchillan ; el centro, embarazado por los caballos de las dos filas destrozadas, se repliega en desorden ; gira sin tino buscando reponerse, y da el flanco á la cuchilla de aquellos diestros segadores, que cortan sin piedad.

EDUARDO BLANCO.

LAS CARRERAS.

Magnífico era el golpe de vista que ofrecía la extensa llanura, cuajada de gentes de todas clases, sexos y condiciones. Cuadro encantador que, trasladado al lienzo, mientras lo iluminaban los tibios resplandores del sol de la tarde, reflejaría una de las faces más bellas y poéticas de la vida de nuestros campos. Variados y caprichosos trajes, indómitos bridones, adornados con regia esplendidez ó con salvaje pompa...

Los ricos *chamales* de seda, los graciosos sombreros de *jipi-japa*, salpicados de raras y preciosas flores, cuyo hermoso colorido no igualaba á su fragancia; las lujosas vestes de grana y terciopelo; los bordados ponchos con flamante botonadura de filigrana, que descendía en triples hileras desde la garganta al pecho; los puñales, incrustados de brillante pedrería, se confundían con el grosero lienzo, con la raída bayeta, con las remendadas chupas, con los abollados sombreros y grasientos cuchillos de los peones y gauchos pobres. Los briosos corceles, ostentando con marcial orgullo las argentadas estrellas y cadenillas, que, eslabonadas y pendientes en el centro de un sol de oro, esmaltado de rubíes, envolvían su cabeza como una red de nácar, y sujetaban el freno y las riendas, también de plata, hacían resaltar más el humilde arreo de los que por toda gala llevaban el *lazo* arrollado sobre la grupa de su caballo, y la frente y los encuentros de éste ceñidos por una banda de lucientes plumas.

Crecía la muchedumbre por instantes; do quier que se volviesen los ojos, la veían agolparse en distintas direcciones, unida y compacta como un mar de centauros. La tierra desaparecía bajo sus huellas, y el murmullo, las voces, los gritos, las carcajadas de los jinetes, el movimiento, el galope y los relinchos de los caballos, formaban un ruido sordo y prolongado, que, vibrando á la distancia, imitaba el confuso rumor que precede á la erupción de los volcanes.

Eran ya las tres y media.

Á poco aparecieron Suárez y Abreu; pero sólo el primero traía su caballo; el segundo, con una agitación que en vano procuraba ocultar, sacaba continuamente el reloj maldiciendo interiormente su mala estrella, y figurándose que el gaucho le jugaba una pesada burla. Sus amigos, pensativos y cabizbajos, le seguían, preguntándole á cada paso si vendría ó no. Faltaban dos minutos para las cuatro, y Amaro no parecía.

Su rival se frotaba las manos de gozo, arrojándole sarcásticas miradas que se clavaban como punzantes flechas en el corazón de Abreu.

Ya se disponía éste á dar orden que ensillasen el corcel que montaba, que era el mismo con el que pensó primero sostener el desafío, cuando lejana voz, estrepitosos bravos y palmadas le hicieron volver la cabeza, y divisó á Amaro que se encaminaba hacia él, seguido de la muchedumbre, la cual, viéndole venir en pelo, echado el sombrero sobre la frente, y cubierto el rostro, á excepción de los ojos, con un pañuelo de seda, adivinó que era el corredor, el único á quien aguardaban para empezar las carreras.

Los gauchos se agolpaban en torno suyo, y mil exclamaciones volaban de boca en boca, ponderando la bella planta del corcel que montaba; los circunstancias se deshacían en elogios, y los competidores de

Abreu le miraban acercarse llenos de desconfianza y sobresalto.

La gallarda presencia de *Daimán* y su color *pan-garé* (1), muy estimado y acaso el primero, en opinión de los inteligentes, hacían formar de él, al primer golpe de vista, la idea más ventajosa. Luego su pequeña cabeza, su cuello largo y enarcado, sus delgadas piernas, sus anchos encuentros, su escaso vientre, su descarnada grupa, el fuego que brillaba en sus ojos inteligentes, que al galopar se revolvían chispeando en sus grandes órbitas como dos esferas de hierro candente, pretendiendo dejar atrás á su propia sombra, cualidad característica de los buenos parejeros, su poblada cola, la manera como erguía las orejas moviéndolas en dirección opuesta, la arrogancia con que apoyaba el casco en la tierra, tascaba el freno y sacudía sus ondeantes crines, que casi barrían el suelo, su impetuosidad y empeño en adelantarse á los demás, — todo, todo indicaba que aquel caballo, dotado de una extraordinaria ligereza, había sido adiestrado á la carrera en el desierto, sin haber encontrado todavía quien le venciera y humillara su altivez.

—

— *¡Cancha, cancha*, señores! — gritaron los jueces nombrados para presidir las carreras y dirimir cualquier disputa que pudiera tener lugar.

Los espectadores, al oír la frase sacramental con que generalmente empiezan estas diversiones, se abrieron á derecha é izquierda, repitiendo: *¡Cancha, cancha!* palabra que, pronunciada por mil voces distintas, producía en la apiñada muchedumbre el mismo efecto que la férrea quilla de un bergantín, que vuela divi-

(1) Blanco la mitad de la cara, y el resto del cuerpo colorado.

diendo las movibles aguas del mar, acariciado por las brisas nocturnas.

En menos de diez minutos se formó una larga calle de cincuenta varas de ancho y una legua de largo. Los jueces hicieron cuatro rayas en el suelo con intervalos de cien pasos entre cada una : los corredores de *Atahualpa* y *Daimán* se colocaron en la primera, y á una señal suya comenzaron los *vareos*, que consisten en lo que vamos á referir.

Primero marcharon ambos jinetes paso á paso hasta la segunda raya, y volvieron atrás; luego al trote hasta la tercera, y retrocedieron igualmente; después al galope hasta la cuarta, tornando á colocarse en la primera, procurando siempre cada uno detener el ímpetu de su caballo, á fin de inspirar confianza á su adversario.

En seguida galoparon cuatro ó cinco veces desde la primera hasta la segunda, tercera y cuarta línea sucesivamente, y cuando los que presidian la carrera, viendo que pisaban juntos la última raya, gritaron : ¡ahora! respondieron los jinetes : ¡ahora! y se lanzaron á toda brida seguidos de los jueces y de la multitud, que se replegaba tras ellos á medida que pasaban delante de ella devorando el espacio.

Largo trecho galoparon juntos, y la victoria se mantuvo indecisa. Los dos parejeros eran excelentes, y se temía, no sin razón, que á un tiempo pisasen la meta.

Inclinados ambos jinetes sobre su cuello, anhelantes, les palmoteaban frenéticos y les hablaban con voz que dominaba el tumulto ocasionado por el tropel inmenso que los seguía, sin hacer uso del látigo, que reservaban para el último trance.

Daimán y *Atahualpa*, bañados en sudor, arrojando por sus abiertas narices una columna de humo, y mi-

rándose con ira, redoblaban su esfuerzo á cada palabra de sus amos, cuyas largas cabelleras, confundíendose con sus crines, ondeaban como serpientes amenazadoras que se enroscaran silbando sobre sus cabezas.

Por una ilusión óptica muy fácil de comprender en la rapidez de su carrera, en medio del torbellino de polvo y la nube vaporosa que los envolvía, los rayos del sol quebrándose y repercutiéndose velozmente, les prestaban á cada momento nueva forma y colorido. La imaginación, asaltada de un vértigo fantástico, ora creía ver á la distancia dos fenómenos luminosos; dos de esas sombras colosales que al caer la tarde suele divisar con espanto el viajero que ignora su causa, en las cimas de la alta cordillera; ya dos enormes moles de granito bajando por el rápido declive de una montaña al fondo de un valle; tan pronto dos gigantes cóndores, batiendo sus anchas alas y cerniendo su raudo vuelo al confín de la llanura, como dos toros salvajes que salen del bosque con atroz mugido, llevando encima dos tigres feroces, cuyas aceradas uñas les desgarran la piel, clavada la boca en su cuello hecho trizas por sus afilados dientes.

No faltaban ya más que seis cuadras para llegar á la meta; la ansiedad y la espectación iban en aumento. Un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por el pausado galopar de los caballos, se sucede á la animada conversación de los circunstantes. Nadie habla, nadie pregunta nada, nadie levanta la voz ofreciendo juego: todos miran; todos, suspensos y ansiosos, como si se tratase del más grave é importante asunto, aguardan, latiéndoles el corazón, á que se decida el triunfo.

De repente *Daimán* pasa á su contrario, y un grito, semejante al estampido de un trueno, retumba de un

extremo á otro; *Atahualpa* furioso, le alcanza y le pasa á su vez; habla el gaucho á su corcel, y éste le deja de nuevo atrás; torna *Atahualpa* á alcanzarle, y torna *Daiman* á adelantársele. El corredor del primero apela entónces al último recurso; se incorpora, sus talones espolean los flancos del vencido, revuelve el brazo á un lado y á otro cruzándole con el látigo las ancas y el vientre. El noble corcel, indignando, levanta la cabeza, tiembla de coraje, da un bufido, y, por vez postrera, alcanza á su rival.

Amaro imita el ejemplo de su competidor, y cierra piernas á su caballo sin castigarle.

Daimán al sentirse aguijoneado eriza la crin, ier gue las orejas, tiende el cuello, alza la frente arrojando llamas por los ojos, la inclina hiriéndose los encuentros con la barbada del freno, y más veloz que una bala al escaparse del tubo inflamado que la contiene, hiende los aires, porque sus pies no tócan la tierra.

Atahualpa hace un último esfuerzo, se agita, alarga sus crispados miembros, aspira el aire con ardientes resoplidos, sigue con la vista empapada en lágrimas las huellas de su vencedor; pero ¡ay! ¡en vano!... en el mismo momento que éste pisa la meta triunfante, cae reventado él á cincuenta pasos, arrojando un río de sangre por la boca y las ventanas de la nariz.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

CHORRILLOS.

Chorrillos, situado á orillas del mar, á tres ó cuatro leguas de Lima, fué en tiempo remoto un pueble-

cito de pescadores. Convertido más tarde en el Baden-Baden de América, progresó rápidamente y vió llegar hasta las cercas de sus jardines los rieles de un camino de hierro y la locomotora que no cesa de traerle durante el día visitantes y curiosos de todas partes.

Nadie ignora en el continente que Chorrillos es un sitio cubierto de palacios, y preocupáanse los que de él se ocupan, oyendo llamar *ranchos* á sus espléndidas moradas.

El mote de los palacios de Chorrillos tiene por origen la costumbre de llamar rancho á la antigua habitación chorrillana.

Cuando los limeños empezaron á veranear en Chorrillos, verdaderos ranchos eran los albergues de bañistas y paseantes.

Las cabañas de totora fueron desapareciendo paulatinamente, pero quedó en pie la costumbre de clasificar de *ranchos* á las casas del lugar. Ley es, y no ley, como quiera, la convención de la costumbre, buena ó mala, que contracmos de hablar como nos da la gana. Ya no se conocen las cosas por sus nombres, ni los nombres tienen que ver nada con las cosas.

El agua de Chorrillos, ó del Chorrillo, es considerada como antídoto para algunas enfermedades, y el clima repútase inmejorable para aliviar las dolencias del pecho y del estómago.

Deducidos el clima y el agua, que con la salud no tienen rencillas, lo mejor de Chorrillos es su posición geográfica. La plaza principal no disuena en medio de los palacios que la rodean, lo que no es decir poco, tratándose de una plaza campesina...

Paréceme que he procedido con ligereza al decir « lo mejor de Chorrillos es esto ó aquello », antes de hablar del malecón y de contemplar la rada en una noche de luna, cubierto el muelle de mujeres hermo-

sas é inundado el espacio con las armonías de millares de voces musicales.

Pero ¡otra indiscreción!... Lo mejor de Chorrillos no es el malecón, ni la rada : lo mejor de Chorrillo es « El mártir José Olaya », como llama el pueblo á un hombre, salido de su seno, cuyo busto, colocado en una columna de mármol, mira con ojos sin luz el dilatado horizonte del mar. Las arqueadas cejas y la expresión enérgica de la boca, manifiestan un carácter de bronce, material empleado en la reproducción que de Olaya se ha hecho á las generaciones que le han sucedido y sucederán.

José Olaya, pescador chorrillano, era un indio con músculos de hierro y aliento de patriota, que hubiera ahogado entre sus brazos el poder español en América, si en forma de gigante le hubiera encontrado en su camino.

Encerrados en Lima, allá por el año de 1819, los patriotas que conspiraban para dar entrada á la revolución en la ciudad de los Reyes, Olaya era el intermediario entre aquéllos y la esforzada escuadrilla de Chile, fondeada á la razón en la isla de San Lorenzo, frente al Callao.

Nuestro héroe salvaba á nado la distancia marítima que separa á Chorrillos del Callao, y llevaba y traía mensajes de la libertad armada á la ciudad esclava. Sorprendido por los españoles, Olaya despedazó con los dientes la correspondencia y tragóse los despojos. Sufrió tormento y murió víctima de su fidelidad, y esclavo de lo único que podía avasallarle en el momento en que su alma voló al cielo de los mártires : del honor esforzado.

Razón tenía para decir que lo mejor de Chorrillos es el mártir José Olaya ; á lo que agrego ahora, que lo mejor que ha podido hacer Chorrillos es esculpir en

bronce la lección de fidelidad y de firmeza, que legó á los americanos tan humilde hijo del pueblo...

Las casas de Chorrillos tienen una especie de galería exterior, que se cierra con una cortina de hilo listado, dividida por la mitad. Esta hendidura, las más veces picarescamente entornada, deja columbrar una hamaca suspendida, y dentro de ella, reclinada ó mecida muellemente, la dueña de un pie pequeño, tan curioso de ver la calle, como el transeunte de verle á él.

Las voces cadenciosas y el cuchichear de las niñas, en medio pero alegre tono, estimulan la curiosidad, que puede conducirnos á morir por la oreja, como el padre de Hamlet. Yo no he puesto la mía á tiro de sátira limeña.

Detrás de un cerro de Chorrillos, coronado con una cruz, está el « Salto del fraile », lugar donde un buen religioso, si la tradición no miente, fué tentado por cierta mujer. El monje eludió el compromiso, salvando de un tranco el espacio que entre una roca y la base de aquella eminencia dejó el cataclismo que los había separado. Parece que murió allí, y que desde la época de ese acontecimiento, el mar se enfurece siempre que ve faldas, lo cual debe suceder con frecuencia, porque el sitio es uno de los predilectos de las niñas de los contornos.

Penosa es la ascensión y descendimiento del cerro, escarpado y cubierto de espesa capa de tierra, que se levanta con las pisadas de los viandantes. El lugar de la tentación compensa todas las fatigas y molestias. La fresca brisa templá el bochorno de la caminata, y la vista del mar convida á vagar por los mundos imaginarios de la fantasía. Allí tienen lugar alegres almuerzos, y los convidados levantan la chispeante copa en honor de la gracia y la hermosura.

Chorrillos proporciona á los bañistas bellas é inolvidables horas.

Por una rampa artificial descíendese á los baños, situados debajo del malecón. Animados grupos de niñas, seguidas de las criadas portadoras de ropas y sombreros, suben y bajan, vienen y van en diversas horas del día.

La temperatura de Chorrillos es mucho más templada que la del Callao. El sol, casi siempre cubierto, es tan galante que raras veces deja ver el rubicundo rostro.

Siendo Chorrillos una pequeña ciudad de palacios, y asiento, aunque momentáneo, de gentes acomodadas, siempre se encuentra en buenas condiciones higiénicas. El gallinazo, emigrado de Lima, no tiene ocupación en Chorrillos.

La elegante población de Chorrillos está alumbrada á gas. No creo que le convenga luz tan brillante. La noche del campo tiene su encanto especial, alumbrada por agonizantes faroles y azuladas estrellas.

SANTIAGO ESTRADA.

UN CAMINO EN LA MONTAÑA.

Había llegado yo, una noche de Agosto de 1852, á la posada de Toche, tan conocida de todos los que han viajado por nuestra magnífica montaña de Quindío. Corría el más hermoso de todos los veranos, por lo cual estaba tan bueno el camino, que no había gastado, á *paso de carga*, sino un solo día de Ibaqué á

Toche. Dormí deliciosamente, entre un nido de cobijas y *ruanas*, arrullado por la sonora quebrada de Tochesito, que en nada desdiría del mejor paisaje; y á las seis de una hermosísima mañana ya había tomado mi parco y sabroso desayuno, y la mula conductora de mis baúles estaba cargada, dándome la señal de partir. Monté mi macho sabanero, noble animal cuyo brio y blandos movimientos lo igualaban á un caballo; y bien cobijado por el bayetón, fumando con embeleso un cigarro del mejor tabaco de Ambalema, empecé mi camino...

Á la izquierda tenía constantemente la montaña virgen, elevada, majestuosa; á la derecha, la bajada rapidísima y nunca hollada, de cuyo fondo misterioso subía el estruendo del torrentoso San Juan. Nuestros ingenieros, los presidiarios, después de igualar y ensanchar el camino, colmando con tierra seca los antiguos hoyos ó *canjilones*, habían desmontado en la orilla derecha una zona de seis varas, que estaba cubierta de esas elegantes palmas que producen la cera (*ceroxylum andicolam*). Sus troncos gruesos y parejos, cortados con igualdad á la altura del pecho de un hombre, formaban con su primera fila una línea bien trazada á la vera del tortuoso camino, y su número no se dejaba contar, mientras que la parte superior de la palma con su graciosísimo follaje había sido arrojada al abismo. El corazón de esos troncos es formado de filamentos que la intemperie destruye muy pronto, dejando una gran cavidad que no tarda en rellenarse de tierra menuda. El viento del desierto, trayendo semillas de diversas plantas que vinieron á encontrar allí buena tierra, humedad y abrigo, había convertido aquellos troncos en jarrones naturales de flores que los más ricos artificiales no podrían aventajar. Clemátidas, campanillas azules, batatillas de color

de aurora, y cien otras flores, ya magníficas ya exquisitas, formaban el capitel de esas preciosas columnas, coronándolas ó colgando inclinadas con aquella gracia que tiene la naturaleza para todo lo que el hombre la deja hacer sola. Mi camino, ancho y limpio, tenía pues á un lado millones de árboles soberbios, y al otro millares y millares de tazas de flores abiertas y galanteadas por nubecillas de mariposas azules, doradas y rojas, mientras que del fondo del selvoso valle me enviaba el río sus roncós ecos, y alcanzaba á percibir el paso de las fieras sobre la hojarasca, el bufido de la danta, el aullido del lobo, y los bramidos de algún león montañés. Una miriada de aves de todos matices, atraídas por la luz y las flores, revolaban sobre las campanillas, y el jilguero cantaba melodiosamente. La fragancia de tantos árboles y de tantas flores había aromatizado la brisa seca y saludable de la mañana, y ésta me robaba el humo de mi cigarro apenas salía de la boca, como para darme á aspirar olores más gratos que ella iba recogiendo.

Eran ya las siete de la mañana; el sol había iluminado las cimas más altas, é hiriendo de improviso el Tolima que me quedaba al frente y á corta distancia, presentó á mis ojos una inmensa pirámide de plata bruñida y brillantísima, cuyo ápice se perdía como entre copos de algodón tornasolado:

¡Oh! lo que yo sentí en ese momento, delante del Tolima, el nevado monarca de mi país, entre aquellos árboles, aquellas flores, aquellas aves, aquel río, aquel todo, único pasajero atravesando en semejante mañana esa soledad augusta, quedará eternamente en mi memoria como la mañana más bella de mi vida, como la más rica de las fruiciones que me ha regalado la naturaleza.

PRODUCCIONES NATURALES DE CUBA.

En la espesura de sus bosques crecen gigantes el pino erguido y el poroso cedro, que tantas naves dieron á la armada española ; la gallarda palma y la *seiba* majestuosa, el duro *quiebra-hacha*, el *ácana* y el *yaucuaje*, el *frijolillo*, el roble y la sabina con que fabrica el hombre sus moradas ; y el caobo luciente, el negro ébano, el pintado granadillo, el naranjo silvestre y el duro *guayacán*, asombro del ebanista ; la hoja preciosa del aromático tabaco cubre abundante las márgenes arenosas del Consolación, el Cuyagua-teje, San Sebastián y otros ríos de vuelta abajo, el distrito todo de Olguín y una parte de la jurisdicción de Santiago de Cuba ; la dulce caña puebla las piñas del Mariel, las fertilísimas que corren al este de Matanzas hasta Saguachica, y los distritos de Trinidad y Cienfuegos ; y Alguizar no ha mucho sorprendía al viajero con el esplendor de sus ricos cafetales, inferiores sólo en la excelencia de su fruto á los que embellecen los altos cerros de Santiago de Cuba ; adornan sus huertos la dorada naranja, el dulce *anón*, el regalado zapote, el plátano luciente y la verde corona de la piña ; el maíz ostenta sus matizados penachos, y el flexible arroz blanda la copiosa espiga ; ajena del temor de ver vencidas las suyas propias, generosa la fértil tierra ácoge allí las producciones de otros climas ; y junto al índico *mamey*, el suave *aguacate* y el tamarindo, se verán un día crecer, como en nativo suelo, la uva de Málaga, el melocotón de Castilla, el higo de

Canarias, la naranja siciliana y el manzano de la Nueva Inglaterra; el algodón esparce al aire sus blandos copos; la vainilla, el cinamomo y la pimienta sus olores; su añil, el jiquilete; la dagailla, su corteza sutil; sus tintes, la bija, el fustete y el brasilete, clamando por brazos á la culta Europa.

El cielo ha querido que en esta tierra de encantos disfrute el hombre de los más bellos y ricos dones de la naturaleza, para formar de él un carácter sin igual. Los espléndidos paisajes que despliegan á porfía el mar y la tierra, iluminados por un sol de fuego, encienden su ardiente fantasía y dan á la expresión de sus ideas un colorido original; la regularidad del clima templá los instintos naturalmente duros de la humanidad é imprime á sus sentimientos una dulzura que en la mujer es verdaderamente angélica; las riquezas del suelo lo hacen generoso, espléndido, social y culto. El bruto mismo vive allí bendecido por la mano del Creador. Sus agrestes y enmarañadas breñas jamás sirvieron de guarida al fiero león y al tigre carnívero, ni sus extensas sabanas vieron jamás escondida entre la verde yerba á la traidora sierpe; en sus praderas sólo se oye el mugido del toro jarameño, mezclado con el relincho alegre del caballo andaluz, y libre de peligro la inocente oveja retoza al lado del perro fiel; sus ríos y costas pueblan peces mil, y densas nubes de innumerables aves cubren la clara luz del día.

P. J. GUTERAS.

EL ARTISTA INDIO.

(TRADICIÓN POPULAR.)

Paseábase cierto día del año del Señor de 1780, un buen fraile del hábito de la Merced, acompañado

de un indio misionero, excelente y hábil escultor educado en las Misiones jesuíticas del Paraná. La brisa de la tarde y la apacible tranquilidad de la vida colonial daban á los moradores de la ciudad y sus alrededores un aspecto familiar y sencillo. El reverendo padre se dirigía á las quintas, que en aquella época no distaban muchas cuadras de su convento, y caminaba por la calle hoy de la *Florida* en alegre charla con el indio, cuyas chuscadas hacían reír sin embozo al bien mantenido fraile.

En aquellos buenos tiempos de holganza, se dormía la siesta patriarcal, y luego se descansaba todavía de la pereza del sueño, bebiendo el sabroso *mate* de la celebrada *yerba* del Paraguay. El fraile, que no carecía de chispa y buen humor, decía sus agudezas á las lindas muchachas que á la puerta de sus casas se divertían en mirar la soledad de las calles, llenas de polvo á la sazón, si la lluvia no lo aplacaba, pues de cierto no era el tráfico el que lo levantaba, sino el viento juguetón ó el temido huracán.

El reverendo padre y el indio continuaban su camino, no sin pensar este último en sus adoradas libaciones, pues amaba sobre todas las cosas el zumo fermentado de la uva y tributaba ferviente culto al mitológico Baco, á pesar de su origen pagano, y de ser él oriundo de las jesuíticas misiones. Era aquella una flaqueza que no pudo nunca dominar, y no cuenta la crónica tampoco que lo intentase con firme voluntad y empeño. Desgraciadamente las divinidades paganas no carecen de adoradores, al menos cuando su culto es placentero y halaga la pasión del individuo.

De repente el indio detuvo su paso y se quedó extasiado contemplando un frondoso árbol á cuya sombra tomaba el mate una familia del pueblo pobre. Crecían en aquel sitio las yerbas olorosas, los arbustos y los

árboles silvestres; la mano del hombre había aún desdeñado derribar esas galanuras de la naturaleza. La heredad estaba situada, según la tradición, entre las calles que hoy llamamos *Paraguay* y *Charcas*, dando frente á la calle Florida. Todos aquellos lugares se disputaban la virgen poesía de la selva primitiva, y las habitaciones estaban sombreadas por añosos árboles, ó rodeadas de altas yerbas, menos el limpio patio que sin enladrillar era sin embargo el sitio de la charla y del mate de la tarde.

— ¿Qué miras? — le dijo el reverendo.

— Ese árbol, padre.

— Y ¡bien! ¿No has visto más hermosos que éste en los magníficos y seculares bosques de tu país?

— Sí, padre, los he visto más elevados, mejores y más frondosos, pero ese árbol es excelente para tallar una estatua. ¡Qué hermosa efigie haría de su tronco!

El indio contemplaba con creciente interés el árbol que le había sugerido aquella idea, y en su mirada ardiente creyó vislumbrar el fraile la inspiración del artista. Volviéndose entonces hacia el indio, le dijo:

— Lo compraré, si quieres trabajar una efigie para el convento.

— De su tronco puedo tallar una estatua sentada. La naturaleza, parece, ha imitado en su forma un hombre en esa posición, — balbuceaba en voz baja el indio preocupado; y dirigiéndose con resolución al padre, le contestó:

— Haré la efigie del Señor de la Humildad y Paciencia.

La inspiración del genio había iluminado el alma del artista, y las facciones del indio misionero se revistieron del aspecto imponente de la verdad, bajo la certidumbre de realizar la creación de su imaginación.

El reverendo enmudeció, y se dirigió resueltamente hacia el sitio donde aquella familia estaba, la cual se puso toda de pie al ver entrar en el hogar la visita inesperada de un mercenario, cuyas blancas vestiduras daban á aquel hombre un aspecto venerable.

— Buenas tardes les de Dios, hijos míos, — les dijo.

— Buenas tardes, padre, — contestaron en coro, menos los chiquillos, que se detuvieron en sus juegos para arrodillarse, tal era el tradicional respeto que entonces se tributaba á los miembros de las comunidades religiosas de la colonia.

— ¿Queréis venderme ese árbol? — dijo el fraile con resuelto acento.

— Reverendo padre, contestó el jefe de aquella honrada familia, á su sombra juegan nuestros hijos, yo jugaba también siendo niño cuando mi madre se sentaba á tejer. Quiero á ese árbol como á un compañero de la infancia, como á un viejo amigo del hogar. Entrad y cortad todos los otros árboles y arbustos; ¡ todos, padre pero no me pidáis ése!

Había en la palabra franca de aquel hombre sencillo una expresión tan pura y una ternura tan natural y respetuosa al santo recuerdo de su infancia y de su madre, que á su pesar el fraile se acordó también de la suya. ¡ Quién no se enternece al recordar la madre, si ésta *duerme á la sombra de los muertos!*

Hay seres, empero, que no los conmueve ni el amor de madre, y son aquellos cuyo corazón ha helado la avaricia. ¡ Malvados! ¡ vivirán acumulando oro sin quedar nunca hartos, pero la felicidad huirá de su hogar espantada por su egoismo y aterrada por su impiedad!

¡ El dedo de Dios marcaráles la frente á los réprobos!

El reverendo sacerdote sentóse sin ceremonia en medio de aquella familia modesta, pero honrada, as-

pirando con avidez el suave aroma de las flores y gozando del espectáculo de la tranquilidad, de la dicha, si en el mundo es posible encontrarla. El padre, la madre, los hijos, estaban allí reunidos bajo el árbol secular del hogar; en sus semblantes se pintaba la bondad de sus corazones, y en sus miradas se veía la limpia pureza de sus sentimientos.

¡Benditos sean los que inspiran á sus hijos la virtud por medio del ejemplo!

El mercenario explicó entonces que deseaba comprar ese árbol para que de su tronco hiciese el tallista misionero José, una efigie para su convento. Cuando supieron el propósito, se prestaron deferentes á que el hacha derribase á aquel compañero de la familia que iba á trasformarse en la imagen de la paciencia y de la humildad, bajo la figura del Cristo resignado á la maldad de los hombres y á la injusticia de su tiempo.

Al día siguiente, el árbol fué despojado de sus ramas frondosas, y luego el tronco se inclinó por el golpe del hacha, que lo derribó al fin. El indio José dirigía el trabajo, y eligió el trozo del cual iba á tallar la efigie que había concebido en el paseo de aquella tarde.

Dominado por la inspiración, olvidóse de las libaciones y trabajó con empeño, con entusiasmo y con amor, en dar á aquella madera las formas y la expresión humanizada de la resignación y la humildad. Concebido su plan con acierto y verdad, los instrumentos del hábil tallista iban mostrando á los ojos benévolos del reverendo padre, la realización de su promesa y de su idea. Al fin de un trabajo asiduo, vió toda la comunidad la obra del indio terminada. Era en realidad una obra de mérito artístico, una preciosa adquisición para el convento.

Esa efigie se encuentra hoy en la iglesia parroquial

de la Merced, dentro de un nicho de cristal, colocado á la derecha de la entrada, debajo del arco del coro. Representa al Cristo desnudo, sentando en una actitud que revela la más profunda resignación, la humildad más tierna y la más conmovedora mansedumbre. Su cabeza descansa en la mano derecha, que se apoya sobre la pierna: el cuerpo está inclinado, y las facciones tristes y doloridas revelan con naturalidad la calma y la paciencia. Hay en aquella cara enflaquecida por la amargura una ternura que oprime el corazón; el cabello suelto cae sobre la espalda, y de la boca entreabierta parece escucharse el quejido del dolor, de la pena, mientras sus ojos hundidos expresan la conformidad más edificante. Las formas de la efigie son de una verdad artística notable y prueban un conocimiento muy concienzudo del arte y de las condiciones que constituyen el mérito en una obra de esta naturaleza. La pintura que cubre el trabajo del artista misionero le ha quitado, en nuestra opinión, parte de su mérito. Mejor estaría la madera natural que retocada con una pintura de mala escuela que dismimuye por el barniz aquella efigie del Cristo de la Humildad y la Paciencia.

La tradición popular no refiere si la familia dueña de aquel árbol pudo más tarde arrodillarse ante la imagen del Cristo. De cierto, si tuvieron el gusto de contemplar la obra del indio José, debieron celebrar que el árbol á cuya sombra habian jugado los niños y los viejos, hubiese inspirado aquella obra de arte.

Tal es la leyenda popular sobre la efigie que se ve en el templo parroquial de la Merced.

El artista indio, desgraciado como los de su raza, sólo ha legado su nombre — José — como único recuerdo; hasta la gloria ha querido ser injusta con el humilde indígena, cuyo apellido ha quedado perdido

en el misterio insondable del pasado. José, el indio misionero, el compañero de paseo del fraile mercenario, murió probablemente en algún rincón del convento, desconociendo él mismo su propio mérito.

VINCENTE G. QUESADA.

VEGETACIÓN DE LOS ANDES.

Si los hombres son diferentes, la vegetación de los Andes parece que toca en los extremos. En el corto espacio de veinte leguas halla el botánico observador plantas análogas á las de la Siberia, plantas semejantes á las de los Alpes, la vegetación de Bengala, y la de la Tartaria septentrional. Basta descender cinco mil varas para pasar de los musgos del polo á las selvas del Ecuador. Dos pulgadas de más en el barómetro hacen mudar de faz el imperio de Flora. Los bálsamos, las resinas, los aromas, los venenos, los antidotos, todas las calidades enérgicas están en la base de la soberbia cordillera. Los cereales, las hortalizas, los pastos, las propiedades benignas, están sobre sus faldas. En las cimas se han refugiado las gramíneas, los musgos y la mayor parte de las criptógamas. Aquí se vuelven á hallar calidades enérgicas en algunas plantas. Los extremos se tocan. ¡Qué diferentes son las selvas de Santiago de las de las cercanías de Quito! La altura de los árboles crece en razón inversa de la elevación del suelo en que nacen. En las costas son colosales, y los diámetros enormes: los troncos derechos, perpendiculares, y dejando entre sí grandes

espacios vacíos. Las lianas abundan en extremo. Maromas, cables semejantes á los de un grueso navío, bajan y suben, unas veces perpendiculares, otras envolviéndose espiralmente alrededor de los troncos. Aquí forman bóvedas, allí techos que no pueden penetrar los ardientes rayos del sol. Las palmeras, estos orgullosos individuos de las selvas inflamadas, levantan á los aires sus copas majestuosas, y descuellan sobre cuanto las rodea. Pocos musgos revisten los troncos. Las raíces someras se extienden horizontalmente á distancias prodigiosas. Un huracán, una ráfaga de viento arranca con facilidad estas masas inmensas que parecía desafiaban á todas las convulsiones y á la duración misma de los siglos. En su ruina envuelven todo cuanto existe en su vecindad: hombres, animales, plantas, todo queda oprimido bajo su mole. El silencio augusto que reina en estas soledades en medio de la noche, se interrumpe con frecuencia con el ruido espantoso que causa su caída. No es el diente, no las garras del tigre, no el veneno mortal de la serpiente lo que más se teme en el fondo de estas selvas.

Los vientos, las dislocaciones del aire, ponen pálido al viajero y le sacan de su lecho. ¡ Cuántas veces turbó su reposo una aura ligera seguida de un crujido! Á cada paso hemos hallado espacios de ciento, de doscientas varas, cubiertos de palizadas provenientes de la ruina de un árbol que desplomaron los años y los vientos.

Los árboles de la parte alta de la cordillera son unos pigmeos comparados con los de la base. Éstos suben á 40, á 50, y frecuentemente á 60 varas de altura: aquéllos no se elevan sino á 10, á 15, y cuando más á 20. Sus raíces profundizan, y resisten á la impetuosidad de los vientos que reinan en estos lugares elevados. Sus troncos son aproximados, tortuosos, y ves-

tidos enteramente de musgos. Las plantas volubles son infinitamente en menor número. Aquí abundan los pothos, las titilancias y demás parásitas. Una sola palmera elevada, otras enanas, conservan en las alturas la forma de estos vegetales que parecen prodigados en las llanuras calurosas. En fin, si pierden en majestad las selvas elevadas de los Andes, adquieren en recompensa contraste, belleza, y no sé qué de patético que nos arrebatara.

Cuando atravesamos un bosque, hallamos al lado del roble colosal el musgo humilde: la palmera erguida, que ha sustentado muchas generaciones, tiene cerca de sí al lirio efímero; unas se arrastran sobre la tierra, otras se elevan á los cielos. Sobre el cuerpo inmenso del robusto coracolí dan cien giros espirales la banistería y el convólvulo, que entrelazándose de todos modos, forman festones y caprichos en que brilla el oro al lado de la púrpura. El toluifera aromático se halla asociado al venenoso manzanillo, y la quina, el árbol de la vida, la más preciosa producción del reino vegetal, mezclada confusamente con la apacua y con la ortiga. Más allá aparece el lisianto enorme, de cuyos ramos pende y flota en el aire el salvaje, que imitando la forma de una cabellera encanecida, imprime al gigante de los bosques el carácter de la venerable ancianidad. El loranto y las orquídeas, desdeñándose de tomar su jugo de la tierra, han fijado su residencia sobre la copa de los grandes árboles. Por todas partes vemos el junco al lado de la rosa, la grama con la encina, el cardo y el tomillo, los aromas mezclados con las exhalaciones mortales, el antídoto con el veneno, lo grande y lo pequeño, lo bello y lo horroroso, lo estéril y lo fecundo, la dilatada duración y los momentos. Concluimos que las plantas se han esparcido sobre la superficie de los Andes sin designio,

y que la confusión y el desorden reinan por todas partes. Pero no juzguemos de la naturaleza por las primeras impresiones; desconfiemos de las apariencias; no la calumniemos antes de penetrar más en su santuario augusto. Acerquémonos, observemos, midamos antes de decidir sobre materia tan importante.

FRANCISCO J. DE CALDAS.

LOS LLANEROS.

Se llaman así los habitantes de los *llanos* de la República de Venezuela; hombres cuyas costumbres, por una singularidad curiosa, eran y son aún tártaras y árabes más bien que americanas ó europeas. El clima abrasador de sus desiertos y las inundaciones de su territorio los obligan á adoptar un vestido muy sencillo, y moran ordinariamente en cabañas á las orillas de los ríos y los caños, en incesante lucha con los elementos y las fieras. Sus ocupaciones principales son la crianza y pastoreo de los ganados, la pesca y la caza, si bien algunos cultivan pequeñas porciones de terreno para obtener raíces comestibles. Esta vida activa y dura, sus marchas continuas y su necesaria frugalidad desarrollan en ellos gran fuerza muscular y una agilidad extraordinaria. Pobres en extremo y privados de toda clase de instrucción, carecen de aquellos medios que en las naciones civilizadas aumentan el poder y disminuyen los riesgos del hombre en la faena de la vida. Á pie ó sobre el caballo que ha domado él mismo, el llanero, á veces en pelo, casi

siempre con malísimos aparejos, enlaza á escape y diestramente el toro más bravío, ó lo derriba por la cola, ó á usanza española lo capea con singular donaire y brio. Un conocimiento perfecto de las costumbres y organización de los animales del agua y de la tierra les ha enseñado, no sólo á precaverse de ellos, sino á arrostrar sus furores.

Acostumbrado al uso constante de la fuerza y de los artificios para defender su existencia contra todo linaje de peligros, es por necesidad astuto y cauteloso, pero injustamente se le ha comparado en todo á los beduinos. El llanero jamás hace traición al que en él se confía, ni carece de fe y honor como aquellos bandidos del desierto : debajo de su techo recibe hospitalidad el viajero y ordinariamente se le ve rechazar con noble orgullo el precio de un servicio. No puede decirse de él que sea generoso ; mas nunca por amor al dinero se le ha visto prostituirse, como raza proscrita, á villanos oficios. Igualmente diestros, valerosos y sobrios que las razas nómadas del Africa, aman como ellas el botín y la guerra, pero no asesinan cobardemente al rendido á menos que la necesidad de las represalias ó la ferocidad de algún caudillo no les haga un deber de la crueldad. Tres sentimientos principales dominan en su carácter : desprecio por los hombres que no pueden entregarse á los mismos ejercicios y método de vida, superstición y desconfianza. En medio de ésto, tiene el llanero prontitud y agudeza en el ingenio : sus dichos, festivos siempre y en ocasiones profundamente epigramáticos, participan del gracejo y donaire natural de los hijos de la risueña Andalucía. Como todos los pueblos pastores, son aficionadísimos á la música y al canto, é improvisan con mucha gracia y facilidad sus jácaras y romances. Lo más común es que dos de ellos canten alternativa-

mente acompañándose con la guitarra; y así con frecuencia se oyen resonar sus trovas en las cacerías, en los hatos, en las riberas de los ríos, ora los días festivos, ora cuando en las noches de vela, al suave resplandor de la luna, rumia el ganado tranquilamente en la pradera. El llanero, en fin, ama como su verdadera y única patria las llanuras. Á ellas se acostumbraría fácilmente el habitador de las montañas; pero fuera de ellas sus hijos hallan estrecha la tierra, el agua desabrida, triste el cielo. Á semejanza de los árabes beduinos, un amor ardiente por la libertad y por la vida errante les hace mirar las ciudades como prisiones en que los señores encierran á sus siervos.

RAFAEL MARÍA BARALT.

MORELOS.

I.

EL VIAJERO.

Era uno de los primeros días del mes de Octubre de 1810. El sol descendía lentamente en el horizonte, y sus rayos ardientes bañaban el bosque de ciruelos, entre el cual se levantan el humilde templo y las pobres y dispersas casitas que forman el pequeño pueblo de Nucupetaro.

Nucupetaro está situado en el sur del Estado de Michoacán, en medio de esa inmensa cadena de montañas que no termina sino hasta las costas del Pacífico.

El pueblo está en medio de un bosque de árboles de

ciruela; pero allí el calor excesivo hace á la tierra árida y triste, un sol abrasador seca las plantas, y apenas unos cuantos días, cuando las lluvias caen á torrentes, los campos se visten de verdura, y los árboles se cubren de hojas; después, los árboles no son sino esqueletos, y las llanuras y los montes presentan un aspecto tristísimo.

En Octubre, pues, la naturaleza no se ostentaba allí con sus encantos; un viento abrasador levantaba en las cañadas nubecillas de polvo, y el cielo, sin una sola nube, parecía velarse con una gasa que daba á su fondo azulado un tinte melancólico.

Delante de una de las casitas del pueblo, y á la sombra de un cobertizo de palma, se mecía indolentemente un hombre sentado en una hamaca.

Aquel hombre parecía estar en todo el vigor de su juventud; era de una estatura menos que mediana, pero lleno de carnes; moreno; sus negras y pobladas cejas tenían un fruncimiento tenaz, como indicando que aquel hombre tenía profundas y continuas meditaciones, y en sus ojos oscuros brillaba el rayo de la inteligencia.

El vestido de aquel hombre, de lienzo blanco, era semejante al que usaban los labradores de aquellos rumbos: un ancho calzón y una *campana*, que es una especie de blusa.

Tenía entre las manos un libro, y sin embargo no leía, meditaba, porque su mirada vaga se perdía en el espacio.

De repente le sacó de su distracción el ruido de una cabalgadura; volvió el rostro, y casi al mismo tiempo se detuvo cerca de allí un anciano que llegaba caballero en una magnífica mula prieta.

— Buenas tardes dé Dios á su merced, señor cura,
— dijo el recién llegado.

— Muy buenas tardes — contestó el de la hamaca levantándose y dirigiéndose al encuentro de su interlocutor. — ¿Qué viento nos trae por aquí al señor don Rafael Guedea?

— Aquí vengo de dar una vuelta por Tacámbaro, y á ver si me da posada esta noche su merced.

— Con todo mi gusto — contestó el cura. — Mándese V. apear.

— Vaya, Dios se lo pague al señor cura Morelos.

Don Rafael entregó su mula á los criados que le acompañaban, se quitó las espuelas y el paño de sol, y abrazando al cura con grande efusión, se entró á sentar con él debajo del cobertizo.

II.

GRANDES NOTICIAS.

— ¿Y qué deja de nuevo mi señor don Rafael por esos mundos? — preguntó el cura.

— ¡Cómo! — exclamó el otro — ¿pues aun no sabe su merced las novedades?

— No. ¿Hay algo nuevo?

— Y mucho, y muy grave.

— Cuénteme V., cuénteme V.

— Pues, ¿recuerda su merced al señor bachiller D. Miguel Hidalgo, que estaba en Valladolid en el colegio de...?

— Sí, sí, y mucho; ¿le ha sucedido algo?

— ¡Pues no digo nada! está su merced para saber, que se ha levantado.

— ¿Levantado?

— Levantado contra el virey y contra los gachupines.

— Pero, ¿es cierto? ¿es cosa de importancia? —

preguntó Morelos pudiendo contener apenas su emoción.

— Tan cierto, que toda la gente de tierra fría anda ya revuelta; no se dice más, ni se habla de otra cosa, sino del señor Hidalgo que quiere libertar á la América, y que tan grave es el negocio, que el 16 de Setiembre amaneció ya levantado el señor cura que era de Dolores, y el día 28 había tomado ya Guajuato, que dicen que hubo mucha mortandad, y que estará ya muy cerca de Valladolid; cuentan, y es seguro, que trae muchísima tropa, y los gachupines están huyendo y cerrando los comercios y dejando sus haciendas; en fin, no sé cómo vuestra merced no sabe nada, porque lá novedad es muy grande, y el señor Hidalgo tiene por todas partes muchos que lo aclaman y lo requieren.

Morelos había seguido la narración de su amigo sin perder una sola palabra; sus ojos se abrian desmesuradamente, su rostro se coloreaba, el sudor inundaba su frente, y su pecho se agitaba como si estuviera fatigado por una lucha.

Por fin, cuando Guedea terminó su relación, Morelos no pudo ya contenerse; levantóse trémulo, dejó caer el libro que tenía en las manos, y alzando los ojos al cielo, exclamó con un acento profundamente commovido, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus tostadas mejillas:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡bendito sea tu nombre!

Después, dejándose caer en la hamaca, apoyó su rostro sobre las palmas de las manos, y parecía que sollozaba en silencio.

Don Rafael Guedea, enternecido también, contemplaba respetuosamente á Morelos, sin atreverse á dirigirle una sola palabra.

Sin duda, el viejo hacendado comprendía el choque

terrible que debía haber sufrido aquel gran corazón al saber que ya tenía una patria por la que podía sacrificarse.

Morelos se había sentido mejicano por la primera vez; el paria, el esclavo, el colono, escuchaba el grito de Independencia.

Aquel placer era capaz de causar la muerte.

III.

EL GUERRILLERO.

Pocos días después de esta conversaci6n, Hidalgo, con el ej6rcito independiente, salía de Charo (inmediaciones de Valladolid) para dar la célebre batalla de las Cruces, y al mismo tiempo, aunque con opuesta direcci6n, se desprendía de allí don José María Morelos.

Morelos iba á emprender la campaña por el sur, y por todo elemento para acometer tan aventurada empresa, el Sr. Hidalgo había dado al cura de Carácuaro un papel con la siguiente orden firmada también por Allende:

« Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente el bachiller don José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en las costas del sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado. »

En manos de un hombre vulgar aquella autorizaci6n quizá no hubiera servido ni para levantar una guerrilla; pero Morelos era un genio.

Sobre aquellas cuantas líneas trazadas en un papel, Morelos iba á fundar una reputaci6n gigantesca; aquella orden era para él la vara mágica con la que iba á levantar ej6rcitos, á fundir cañones, á dar batallas, á

tomar plazas, á formidar por fin á los vireyes y al monarca español.

Durante el camino hasta llegar á su curato, Morelos marchó solo, pero su imaginación le presentaba por donde quiera divisiones en marcha, batallones en movimiento, cargas de caballería, asaltos, combates, escaramuzas, todo el cuadro, en fin, de la terrible campaña que iba á emprender.

Morelos llegó á Carácuaro, y allí reunió 25 hombres mal armados, y comenzó su carrera militar.

Conforme á las instrucciones del Sr. Hidalgo, se dirigió á las costas del sur.

Saliendo de Carácuaro, llegó á Choromuco; pasó el gran río de Zacatula por las balsas, llegó á Coahuayutla, tomó el camino de Acapulco, siguiendo desde allí toda la costa.

Por último, dos meses después de haberse puesto en campaña con 25 hombres, Morelos contaba ya con 2,000 infantes, gran número de jinetes, cinco cañones y considerable cantidad de pertrechos de guerra.

Casi todo el armamento y todo el parque habían sido quitados al enemigo.

IV.

EL CAUDILLO.

Desde esa época Morelos fué el caudillo prominente en la guerra de la Independencia.

Vencedor unas veces, vencido otras, pero siempre constante, valeroso, inteligente, el humilde cura de Carácuaro era un héroe.

Por todas partes se hacía sentir su poderoso influjo; por todas partes, á su nombre, se levantaban parti-

das, y se organizaban tropas, y se daban combates.

Y no se contentaba sólo con defender su causa por medio de las armas, sino que sostenía constantemente difíciles polémicas con los curas y las principales personas del clero, que valiéndose de la religión, pretendían apartar al señor Morelos del camino que se había trazado.

La historia de las campañas del héroe es la historia de todas las poblaciones, de todos los bosques, de todas las llanuras del sur de nuestra patria, y sus recuerdos viven imperecederos en todos esos lugares.

Pero el apogeo de la gloria de aquel grande hombre está en el sitio de Cuautla.

Reducido Morelos á defenderse en esa ciudad, que hoy lleva con orgullo el nombre del ilustre caudillo, dió pruebas de la grandeza de su genio.

Una ciudad pequeña en una llanura, abierta por todos lados, con unas fortificaciones hechas de prisa y sumamente ligeras; ésta era su posición.

Un ejército bisoño, casi desnudo, con malas armas, con pocas municiones, y constando de un reducido número: éstos eran sus elementos de defensa.

Félix María Calleja, el vencedor de Aculco, de Guajuato y de Calderón, seguido de un numeroso ejército bien armado, perfectamente disciplinado, orgulloso con sus victorias, provisto de abundantes viveres y municiones y constantemente reforzado: esto representaba el ataque.

Y sin embargo, Morelos resistió sesenta y dos días, y aquel sitio mereció con razón el renombre de famoso.

Viéronse allí episodios de valor inauditos para impedir que los sitiadores cortaran el agua; los sitiados hicieron prodigios, y vivieron los que custodiaban la toma, bajo una constante lluvia de proyectiles.

Por fin la situación se hizo desesperada; el hambre obligó á los insurgentes á tomar una resolución extrema, y la noche del 2 de Mayo de 1812, el señor Morelos salió de la plaza, atravesó con su pequeño ejército la línea de circunvalación, abriéndose paso á viva fuerza, y aunque sufriendo grandes pérdidas, y libre ya de aquel peligro, volvió á ser el alma inteligente y guerrera de la lucha de la Independencia.

V.

EL MÁRTIR.

La suerte abandonó por fin á Morelos, y en la acción de Tesimalaca (5 de Noviembre de 1815) cayó prisionero en manos del general español Concha. — El martirio debía coronar aquella vida llena de gloria, y Morelos marchó al patíbulo lleno de valor.

La inquisición, el clero, el virey, la audiencia, todos quisieron tener parte en el sacrificio, todos quisieron herir á su víctima, todos hicieron gala de su crueldad con aquel hombre que los había hecho temblar, y á cuyo solo recuerdo palidecían.

Semejantes á una jauría hambrienta que se arroja ladrando y furiosa sobre un león herido, así aquellos hombres *organizaron su justicia* contra el pobre prisionero de Tesimalaca.

La inquisición le declaró hereje, el clero le degradó del carácter sacerdotal, la audiencia le condenó por traidor al rey, y el virey se encargó de la ejecución.

Y el hereje, el traidor, el mal sacerdote, el ajusticiado era sin embargo un héroe, un caudillo en la más santa y noble de las luchas; era, en fin, *el hombre más extraordinario que produjo la guerra de Independencia en Méjico.*

Morclos fué fusilado en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de Diciembre de 1813.

Cuando la sangre de aquel noble mártir regó la tierra, cuando su cuerpo acribillado por las balas dejó escapar el grande espíritu que durante cincuenta años le había animado, entonces pasó una cosa extraña que la ciencia aun no explica satisfactoriamente.

Las aguas del lago, tan puras y tan serenas siempre, comenzaron á encrespase y á crecer, y sin que el huracán cruzase sobre ellas, y sin que la tormenta cubriera con sus pardas alas el cielo, aquellas aguas se levantaron y cubrieron las playas por el lado de San Cristóbal, y avanzaron y avanzaron hasta llegar al lugar del suplicio.

Lavaron la sangre del mártir, y volvieron majestuosamente á su antiguo curso.

Ni antes ni después se ha observado semejante fenómeno. ¡Allí estaba la mano de Dios!

VICENTE RIVA PALACIO.

LAS RUINAS DE HUMAITÁ.

Cuando por primera vez divisamos, de sobre la cubierta del vapor que surcaba las aguas del Paraguay, el torreón solitario de Humaitá, que se alza sobre el verde césped como una gigantesca esfinje levantada para atestiguar el heroísmo y la mutilación de un pueblo, sentimos oprimirse nuestro corazón, impresionado por uno de esos dolores grandiosos que sólo arrancan los

despojos de una nación que formó parte de nuestra misma comunidad política y social.

¡Oh! ¡los estragos de la guerra! las imposiciones de la patria, las exigencias del deber, las satisfacciones debidas al honor; todo eso es la vida de los pueblos; ¡cómo todo eso llega un día en que se convierte en ariete demoledor, en tea de incendio, en fosa sombría!

Allí está el derruido templo bajo cuyos muros acudía una raza sumisa á ofrecer al Dios de sus padres todos los anhelos de su corazón, á pedirle abundancia para el hogar, amparo en los días turbios de la duda. ¡Cuántas palabras de fe han escuchado aquellos escombros que un día reunieron en torno suyo una familia sin derecho, pero que vivía feliz en medio de su esclavitud ignorada! ¡Y cuántas voces de esperanza emanadas del labio de los espíritus que presienten un algo más elevado, más digno de la superioridad humana!

La campana, que convocó á la grey en la alegre alborada ha enmudecido para siempre; diríase que no pudiendo exhalar una queja, se ha encerrado en la elocuencia del silencio.

Aquella inmensa mole deforme, desmentbrada, semeja un cráneo humano despedazado en la pelea, y del cual apenas restan las oscuras órbitas, cual si mirara la eternidad de frente sin un rayo de luz en su rígida cuenca; esas arcadas imperfectas y oscuras remedan la dentadura descarnada con su risa dolorosa, expresión que no ha encontrado una lágrima en la pupila vacía para desahogar la angustia.

Sólo la yedra afectuosa se extiende profusa sobre los negros escombros, como si quisiera preservar aquellas reliquias que envuelven la gloria de la patria, de los ultrajes del tiempo.

¡Allá en la silenciosa agonía del día que muere, sobre

los verdosos torreones se agitan en vuelo ondulante y desigual las aves nocturnas, que se acogen á las ruinas y revoletean sobre el grandioso despojo, ¡ como si pretendiesen llamar con su ala negra é invisible á las sombras de la noche para envolver esos restos sagrados en su oscura mortaja!

Hay algo que conmueve hondamente el corazón humano entre todos los dolores que agitaban sus fibras: ¡ ese algo es la contemplación del cadáver de un pueblo destrozado por la cuchilla de la guerra!

SANTIAGO V. GUZMÁN.

EL TAMBORCITO DEL PIRATA.

El extranjero que hubiera llegado á Lima en 1615, habríase sorprendido al encontrarse la ciudad en son de guerra, y á todo títere barbudo afilando espadas y componiendo mosquetes. Ítem, habría visto muy rodeado de papelotes al oidor Solórzano, el sabio autor de la *Política Indiana*, quien se ocupaba á la sazón del censo de la capital, resultando empadronadas 23,454 personas. De esta cifra, excluyendo mujeres, ancianos, niños, indios y esclavos, no llegaba á dos mil el número de hombres en aptitud de tomar las armas, circunstancia que traía descorazonado al ánciano virey, pues el enemigo con quien tenía que habérselas era formidable, aguerrido, y orgulloso por otras victorias.

Ya sospechará el lector que contra quien se preparaban los vecinos de esta ciudad de los Reyes, era

nada menos que contra el pirata holandés Jorge Spilberg, quien, con cuatro galeones y dos patachos bien artillados, habíase entrado en el Pacífico, como Pedro por su casa, acompañado de ochocientos lobeznos, de esos que no temen á Dios ni al diablo.

Á fuerza de actividad y sacrificios, consiguió el virey armar en el Callao cuatro buques, tripulándolos seiscientos hombres. Dió el mando de la escuadrilla á su sobrino don Rodrigo de Mendoza, caballero del hábito de Calatrava, y las naves se hicieron á la vela én demanda de los piratas, llevandó por capellán mayor al franciscano fray Bernardo de Gamarra y ocho religiosos más de las comunidades seráfica y dominica.

Parece que don Rodrigo de Mendoza no era el hombre que tan peligrosas circunstancias requerían, pues hasta Abril de 1615, en que regresó al Callao, se anduvo paseando el mar sin tropezar con los piratas, que seguían haciendo frecuentes desembarcos en la costa y saqueando pueblos que era maravilla.

Súpose con firmeza, á principios de Mayo, que los piratas hacían rumbo al Callao; y el virey ordenó á nuestra escuadra salir al encuentro de ellos, trabándose la lid frente á Gañete, á noventa millas, poco más ó menos, de Lima.

El combate duró cinco horas y fué reñidísimo. En cada buque español iban dos ó tres frailes que, con una cruz en la mano, exhortaban á nuestros improvisados marinós á no rendirse, á pesar de la incuestionable superioridad de los holandeses, en número, armas, disciplina y condiciones marineras de sus naves.

Hubo un momento en que la victoria pareció inclinarse á favor de España; porque el navío almirante de Spilberg, buque de mil cuatrocientas toneladas, fué abordado por nuestra capitana al mando de don Rodrigo de Mendoza y de su segundo Palomeque de

Aluendín. Desarbolados ya dos de los buques de nuestra escuadra y yéndose á pique el otro, los del enemigo, aunque bien maltratados, acudieron en socorro de la almirante, esterilizando las ventajas que en el abordaje comenzaban á tener los nuestros, que habían acorralado en la popa á los piratas que se batían desesperadamente.

Viendo don Rodrigo la imposibilidad de hacer frente á los que venían en auxilio de la almirante, mandó desprender los garfios de abordaje, abandonar la cubierta de la nave holandesa y asilarse en la capitana.

Para colmo de desastre, el incendio estalló en ésta, y á fin de salvarse de la explosión de la Santa Bárbara, tuvieron nuestros infortunados marinos que arrojar al agua. De 600 hombres de nuestra escuadra perecieron ahogados 164, y 110 al filo de las hachas de abordaje. El dominico fray Luis Tenerio y el franciscano fray Alonso Trujillo murieron en el combate. Dos días después la escuadra holandesa se presentaba en el Callao.

En Lima el pánico se había apoderado de los espíritus, y el mismo virey (dice un historiador) dudaba de encontrar cien hombres dispuestos á morir á su lado, pues razones de política y desconfianza le impedían armar á los indios y á los esclavos.

El sacramento estaba descubierto en los templos invadidos por el pueblo, y la que fué más tarde santa Rosa de Lima rogaba en Santo Domingo por los hijos del Perú.

Si Spilberg hubiera desembarcado, habría sido muy débil la resistencia que le opusiera el cañón de cruzija, (pieza única que artillaba el Callao), con el que el padre Hernando el Gallardo, de la orden seráfica, hizo algunos disparos, sin causar averías á los buques holandeses.

Pero el pirata cambió repentinamente de propósito, y se alejó del Callao, continuando el saqueo de la costa.

Palomeque de Aluendín hallábase sobre la cubierta de la almirante holandesa, batiéndose como un bravo, en el momento en que, reforzados los piratas, obligaron á los nuestros á refugiarse en la capitana que principiaba á arder. El valeroso Aluendín se vió acosado por tres marineros que le impedían volver á su nave. Entonces retrocedió, cogió un tambor que había en la popa, y, encomendándose á la Virgen del Rosario, arrojóse á la mar, haciendo de la caja de guerra una especie de salvavidas.

Llegó la noche, y Aluendín, sosteniéndose en el tambor, nadaba cuanto le era posible, impulsándolo las olas sobre la playa. En ella lo encontraron al día siguiente privado de sentidos y con las manos crispadas en las cuerdas del tambor holandés.

Palomeque de Aluendín trajo á Lima, como botín de guerra, el tambor que á bordo de la almirante servía para congregar á los piratas, tambor al que, sea dicho de paso, debía su milagrosa salvación.

Aluendín hizo una suntuosa fiesta á la Virgen del Rosario, en la iglesia de los dominicos, y en conmemoración del milagro permaneció, durante muchos años, el tambor á los pies de la dulce Madre del Amor Eterno.

RICARDO PALMA.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Echeverría es uno de nuestros literatos más afamosos. Sus composiciones líricas, sus poemas, sus es-

critos en prosa fueron leídos con avidez en los tiempos ya lejanos en que inició lo que puede llamarse el movimiento revolucionario de nuestra literatura. Conviene que la joven generación se familiarice con aquel noble y vigoroso espíritu que condensaba, por decirlo así, todas las nociones de la ciencia social en la época en que vivió, y que supo abrir al arte anchos y nuevos caminos, por los cuales hallaron nuestros poetas un mundo entero de bellezas desconocidas. Echeverría era un hombre reflexivo, estudioso, inspirado y amante de su patria. Podría presentársele como el tipo del ingenio sud-americano, sagaz, delicado, flexible, apto para comprender las verdades que obtiene como premio la paciente investigación, y para sentir con viveza las emociones que los bellos espectáculos de la naturaleza depientan en las almas noblemente apasionadas.

Los jóvenes que cultivan la literatura hallarán sin duda en la lectura de las obras de Echeverría, placeres delicados y puros, enseñanzas fecundas y severas. Cuando se trata de evitar que los hombres de letras se puerilicen en busca de una popularidad fácil y pervertidora, cuando se trata de hacerles adquirir esos hábitos meditativos indispensables para el progreso intelectual, Esteban Echeverría, desdeñoso como Horacio de la incipiente del vulgo, investigador concienzudo en las cuestiones de la ciencia y del arte, es todavía, después de la muerte, el bienvenido para los pueblos del Plata.

Sus escritos políticos no son, no pueden ser ya, por la marcha natural é incesante de las ideas, una revelación sorprendente para sus conciudadanos, como lo fueron talvez cuando el malogrado argentino volvió al seno de su patria, después de beber á largos sorbos la ilustración europea; pero son y serán siempre un alto ejemplo para enseñarnos á disciplinar y dirigir

las fuerzas intelectuales en orden á hallar la solución de los problemas que se refieren al bien de la sociedad.

Nada es tan eficaz para inspirar aversión hacia el hueco charlatanismo de los que hablan y escriben sin reflexionar, como la lectura de las obras de Echeverría. Él conocía los serios deberes del literato y sabía practicarlos con escrupulosa austeridad. No escribía para halagar las preocupaciones vulgares y alcanzar las victorias estruendosas, pero efímeras, obtenidas por los que dicen á gritos las necesidades que el vulgo ama como á sus hijos; y sacrificaba siempre el efecto inmediato á las reglas del criterio artístico, inaccesible para la gran mayoría de personas que no tienen un gusto refinado. Escribió *La Cautiva* en humildes octosílabos como para hacer contraste con los ampulosos alejandrinos á cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable, probando que la poesía reside en las ideas y en el sentimiento, que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiración del poeta.

Supo reconcentrarse en los senos de la conciencia y sondar pacientemente las profundidades del mundo interior, así como había estudiado las maravillas de la naturaleza. Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vigiliás, y la invisible confidente bajó á su alma con una frecuencia y una amabilidad de que pocos pueden jactarse á pesar de haberla invocado muchas veces. Rompió la tradición clásica á que habían estado sujetas las generaciones poéticas de la República Argentina, quitó á nuestra literatura el carácter de « cosmopolitismo incoloro » que había tenido hasta entonces, inspirándose en las peculiaridades de nuestra naturaleza y de nuestra sociedad, é introdujo en la poesía las audaces franque-

zas de la expresión, que muestran con sus verdaderos matices y en todo su vigor los fenómenos del alma humana. Sus cuerdas favoritas eran las que se armonizan con la solemne majestad de la meditación y con los tiernos suspiros de la elegía.

En su alma se alberga ese indefinible sentimiento en que se condensan, perdiendo mucho de su amargura, los *males de la vida*, sin llegar á confundirse jamás con la horrible desesperación ó la sarcástica indiferencia de los que han dado á la esperanza un eterno adiós. Su espíritu se oscurecía con las nubes de la tristeza como el mundo con las sombras del crepúsculo, pero brillaba también con los fulgores de halagüeñas visiones. Echeverría ha contemplado el ideal, ha sentido los dolores y los placeres de esa contemplación, y ha reflejado en bellas estrofas las variadas escenas de su drama interior.

PEDRO GOYENA.

EL RASTREADOR.

El más conspicuo de todos, el más extraordinario, es el *rastreador*. Todos los gauchos del interior son rastreadores. En llanuras tan dilatadas, en donde las sendas y caminos se cruzan en todas direcciones, y los campos en que pacen ó transitan las bestias son abiertos, es preciso saber seguir las huellas de un animal, y distinguir las entre mil; conocer si va despacio ó ligero, suelto ó tirado, cargado ó de vacío; ésta es una ciencia casera y popular. Una vez caía yo de un camino de encrucijada al de Buenos Aires, y el

peón que me conducía echó, como de costumbre, la vista al suelo. « Aquí va — dijo luego — una mulita mora muy buena... ésta es la tropa de don N. Zapata... es de muy buena silla... va ensillada... ha pasado ayer. » Este hombre venía de la sierra de San Luis, la tropa volvía de Buenos Aires, y hacía un año que él había visto por última vez la mulita mora, cuyo rastro estaba confundido con el de toda una tropa, en un sendero de dos pies de ancho. Pues, esto que parece increíble es, con todo, la ciencia vulgar; éste era un peón de árrea, y no un rastreador de profesión.

El *rastreador* es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa. Todos le tratan con consideración; el pobre, porque puede hacerle mal, calumniándolo ó denunciándolo; el propietario, porque su testimonio puede fallarle. Un robo se ha ejecutado durante la noche; no bien se nota, corren á buscar una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama en seguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otros es impercèptible. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando un hombre que encuentra, dice friamente: « ¡éste es! » El delito está probado, y raro es el delincuente que resiste á esta acusación. Para él, más que para el juez, la deposición del rastreador es la evidencia misma; negarla sería ridículo, absurdo. Se somete, pues, á este testigo, que considera como el dedo de Dios que lo señala.

Yo mismo he conocido á Calibar, que ha ejercido en una provincia su oficio durante cuarenta años con-

secutivos. Tiene ahora cerca de ochenta años; encorvado por la edad, conserva, sin embargo, un aspecto venerable y lleno de dignidad. Cuando le hablan de su reputación fabulosa, contesta: « ya no valgo nada, ahí están los niños. » Los niños son sus hijos, que han aprendido en la escuela de tan famoso maestro. Se cuenta de él, que durante un viaje á Buenos Aires, le robaron una vez su montura de gala. Su mujer tapó el rastro con una artesa. Dos meses después, Calibar regresó, vió el rastro ya borrado é inapercibible para otros ojos, y no se habló más del caso. Año y medio después, Calibar marchaba cabizbajo por una calle de los suburbios, entra á una casa, y encuentra su montura ennegrecida ya, y casi inutilizada por el uso. Había encontrado el rastro de su raptor después de dos años. El año 1830, un reo condenado á muerte se había escapado de la cárcel. Calibar fué encargado de buscarlo. El infeliz, previendo que sería rastreado, había tomado todas las precauciones que la imagen del cadalso le sugirió. ¡ Precauciones inútiles! Acaso sólo sirvieron para perderle, porque comprometido Calibar en su reputación, el amor propio ofendido le hizo desempeñar con calor una tarea que perdía á un hombre, pero que probaba su maravillosa vista. El prófugo aprovechaba todos los accidentes del suelo para no dejar huellas; cuerdas enteras había marchado pisando con la punta del pie, trepábase en seguida á las murallas bajas, cruzaba un sitio, y volvía para atrás. Calibar lo seguía, sin perder la pista. Si le sucedía momentáneamente extraviarse, al hallarla de nuevo exclamaba; « dónde te *mias dir!!* » Al fin llegó á una acequia de agua en los suburbios, cuya corriente había seguido aquél para burlar al rastreador... ¡ Inútil! Calibar iba por las orillas, sin inquietud, sin vacilar. Al fin se detiene, examina unas yerbas, y dice: « por

aquí ha salido ; no hay rastro, pero estas gotas de agua en los pastos lo indican !! » Entra en una viña ; Calibar reconoció las tapias que la rodeaban, y dijo : « adentro está. » La partida de soldados se cansó de buscar, y volvió á dar cuenta de la inutilidad de las pesquisas. « No ha salido », fué la breve respuesta que, sin moverse, sin proceder á nuevo examen, dió el rastreador. No había salido, en efecto, y al día siguiente fué ejecutado. En 1831, algunos presos políticos intentaban una evasión ; todo estaba preparado, los auxiliares de fuera prevenidos. En el momento de efectuarla, uno dijo : « ¡Y Calibár ! » — « ¡Cierto ! — contestaron los otros anonadados, aterrados ; — ¡Calibar !! » Sus familias pudieron conseguir de Calibar que estuviese enfermo cuatro días, contados desde la evasión, y así pudo efectuarse sin inconveniente.

¿ Qué misterio, es este del rastreador ? ¿ Qué poder microscópico se desenvuelve en el órgano de la vista de estos hombres ? ¿ Cuán sublime criatura es la que hizo Dios á su imagen y semejanza !

DOMINGO F. SARMIENTO.

LA CALANDRIA.

No poca confusión ha causado en la historia natural de América el abuso que hicieron de la nomenclatura los primeros pobladores y viajeros, aplicando á las producciones de este continente, ya nombres caprichosos, ya las mismas denominaciones de las del antiguo al más ligero rastro de semejanza que advir-

tiesen entre unas y otras. De esto se ha derivado el erróneo concepto formado, aun por los doctos, de la degradación é inferioridad de las especies americanas. De ahí el juzgar al *llama*, como un camello degenerado, y tener por un animal contrahecho al *Perico-ligero*, por haberlo observado fuera de su elemento, que es la dilatada copa de nuestros bosques, y por el *ay ay* de su voz, suponiendo que esta interjección de dolor en el lenguaje humano manifestase también en una bestia la triste condición de un ser condenado por la naturaleza á la desdicha. De ahí también llamar nutria al *quiyá*, cerdo al *carpincho*, oso al *tamandú* ú *hormiguero*; y dar todavía nombres no menos impropios á gran número de animales y plantas de estas regiones.

Uno de los pájaros americanos que por la hermosura de su canto ha arrebatado la admiración del mundo antiguo, denominado por los naturalistas *mimus* ó *burlón* y *poligloto* (que habla muchas lenguas), ha recibido entre nosotros el nombre inadecuado de *calandria*, siendo así que ni aun pertenece al género de esta alondra, sino al de los mirlos. Es el mismo *burlón* de la Luisiana, la *tenca* de Chile, y el *cenxontlatle* de Méjico; nombres todos alusivos á la facultad que posee este pájaro de imitar el canto de las demás aves, y aun el grito de algunos cuadrúpedos.

También lo han llamado *Orfeo* por su habilidad musical, y Buffón lo llama *Ruiseñor de América*, reconociendo la supremacía de nuestro cantor sobre la *Filomena* del viejo mundo. Él es también el único en el globo que tiene el arte singular de acompañar su voz con movimientos llenos de gracia y de expresión. Los *burlones*, ó llámeseles *calandrias*, son aves exclusivamente americanas como los *picaflors*; unos y otros sin rival en toda la creación: en belleza y variedad

éstos, y aquéllos en gracia y canto. Las dos especies recorren todo este vasto continente, hermoscando, la una con su lindeza y su gracejo, y la otra con su música y su mimica, los sitios privilegiados con un suelo feraz y un cielo ardiente ó templado.

Nuestra *calandria* tiene un ropaje oscuro y sin brillo. Mr. Lesson, examinando una muerta en los alrededores de Montevideo, la encontró de una extraordinaria semejanza con la especie de Cuba y de los Estados Unidos. La parte superior de su cuerpo es de un color ceniciento oscuro, con listas blancas en las alas; tiene unas manchas blancas sobre los ojos, figurando grandes cejas; su pecho es cenizoso, y su vientre blanquecino. Lejos de hacer daño en los sembrados y jardines, persigue las orugas, y en el invierno destruye las crisálidas que las harían pupular después de su transformación. Es difícil tenerla enjaulada si no se ha criado en casa, á causa quizá de ser de un natural tan vivo, que no se para jamás, pues hasta para cantar va saltando ó revolando. A poco tiempo de hallarse sin libertad muere consumida de tristeza. Sin embargo, es una ave bastante familiar y con cierta inclinación al hombre, pues se la ve acercarse con frecuencia á su morada, complaciéndose en cantar á su presencia. No debemos nosotros manifestar menos humanidad y gratitud que los americanos del Norte para con esta avecita inocente y preciosa. « Los niños (dice Audubon), en general, no tocan estas aves, que son protegidas por los labradores; y esta bevelencia para con ellas llega hasta tal punto en la Luisiana, que no es permitido matarlas en ningún tiempo. »

Es imposible leer las brillantes páginas que aquel elocuente ornitólogo consagra al *burlón*, sin admirar y cobrar el más tierno afecto al objeto de su entu-

siasmo. « No son (dice hablando de su canto), no son las dulces consonancias de la flauta ó del oboé las que escucho, sino las notas más armoniosas de la misma naturaleza : la suavidad de los tonos, la variedad y gradación de las modulaciones, la extensión de la escala, la brillantez de la ejecución, todo aquí es sin rival. ¡ Ah! sin duda en el mundo entero no existe ave alguna dotada de todas las cualidades musicales del rey del canto, de aquel que ha aprendido todo de la naturaleza, ¡ sí, todo! » « No sólo canta bien y con gusto (añadiremos con Buffon), sino también con acción y con alma ; ó por mejor decir, su canto no es otra cosa que la expresión de sus afecciones internas ; se entusiasma á su propia voz, la acompaña con movimientos cadenciosos, siempre adaptados á la inagotable variedad de sus frases, ya naturales, ya adquiridas. »

Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del Delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer á dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente ; ya atravesando plantíos de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias hermoseedas con el lustre del relente ; ya siguiendo las sendas umbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una lluvia de rocío ; ya abriéndome paso por la espesura y vagando sin sendero.

¡ Qué enajenantes descubrimientos ! ¡ Arroyuelos serpeando por entre espadañas coronadas de sus blancos penachos y de pintados pájaros, durazneros abrumados con su fruto en racimos rubios y carminados, hermosos panales colmados de miel !... ¡ Oh ! ¡ qué dicha el descubrirlos ¡ por primera vez ! ¡ Qué gusto andar por sendas desconocidas, trazadas por la apa-

cible capiguara; contemplar aquellas vertientes de agua cristalina, á cual más sinuosa y bella; y encontrarse sorprendido bajo una rústica glorieta que siglos haría esperaba la primera visita del hombre; y allí sobre su alfombra de musgo, intacta aún, tenderse á reposar y á enajenarse con el recuerdo de las emociones de aquel día!

À cada paso, se ofrece un objeto nuevo, una planta, un insecto en que se descubren nuevas maravillas que tienen el espíritu en incesante fruición. La naturaleza, infinita en su variedad y portentosa en sus obras, ofrece al observador una fuente inagotable de goces intelectuales, que jamás terminan en la fatiga y el hastio de los placeres de los sentidos. Absorto en estas reflexiones, no había notado que ya un sol radiante había disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del río. Me hallaba á la entrada de un dilatado bosque de seibos imponentes por su grandeza, bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba en lampos temblorosos por entre el agitado ramaje. El árbol que me daba sombra estaba más espléndidamente decorado que los otros; entre mi árbol y el bosque se extendía un pequeño campo, y en medio de él había un mirto florido. Mil susurros agradables se sucedían á mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé por qué, al respirarlo me llenaba de contento, y embargaba mi espíritu en una vaga y dulce contemplación.

Repentinamente despierta mi atención una música deliciosa, que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves, cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados, y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida,

parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habían confundido con la cética armonía, para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos la Silfide, la Ondina ó la Sirena que produce el encanto, cuando una faja vaporosa, compuesta de innumerables alas, elevándose en espiral sobre el mirto solitario, me presenta en su cima á la *calandria* ejecutora de aquel portentoso de melodías.

Á los hechizos de la música uníase la inexplicable gracia de los movimientos del ave.

Salían de su garganta gorjeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo remontaba con raudo vuelo describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver á subir, sin cesar en sus hermosos concertos. Ciérnese en el aire, cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si exprimiere allí toda la intensidad de su ternura. Acelera nuevamente su revuelo circular y exhala suspiros melódicos que no pueden menos que corresponder á la voluptuosidad de sus recuerdos, degradándose al paso que asciende el cantor en rápido remolino, hasta apagarse en un silencio en que mi alma se deleitaba como si resonaran aún en mi interior los ecos de la divina armonía. Posada la *calandria* sobre la copa del mirto, nuevos acentos, estrepitosos y brillantes, llenan los espacios del bosque, sucediéndose con la volubilidad de los arpejos y los trinos; y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los trasportes de su júbilo celebrando sus dichas y sus glorias.

✓ MARCOS SASTRE.

ROSAS.

No impera sólo Facundo, Aquiles de las edades bárbaras de América, sobre el suelo estremecido de la patria. En las anchas sabanas del Sur va subyugando las masas, jinete que doma el potro, hipócrita caudillo que fanatiza, otro hombre famoso ya en ciudades y campañas. No era nuevo hacia 1825 en el teatro de su negro drama. He retardado, empero, su exhibición, porque el aliento de los grandes malvados envenena. La musa se irrita al respirarlo, y la conciencia embarcada, apenas y á costa de supremo esfuerzo si puede escoger entre la serenidad del que juzga y la emoción iracunda del que aborrece. ¿Quién era ese hombre? Al verlo creeríais que el arte diabólico se agotó para encarnarse en él. Es el hijo hermoso del mediodía. Atlético de formas y arrogante de postura, lleva en su andar los aires de la audacia; pero en su frente ceñuda y en los rasgos que se desprenden de aquellos ojos dominados, revélase patentemente que aquella actividad no está regida por movimientos espontáneos. Fosca y pertinaz mirada baña el óvalo de su rostro blanco; sus labios contraídos tienen el gesto del sarcasmo genial, y en su frente alta, pero mal desenvuelta, se lee un pensamiento fijo, uniforme, batido por las pasiones del alma que trasluce. La agria esperanza que lo alienta parece haber estereotipado en sus labios aquella fría sonrisa. La concibió en sueños amargos y se fijó con su expresión. En la emoción del hombre leal buscáis los estremecimientos del pecho; pero delante de aquel caudillo y subyugados por su

mirada, buscaríais el reflejo siniestro de la faz que su pasión predominante asumiera en cada punto : aun dudaríais que tuviera corazón. Todo él está en sus ojos y en su sonrisa, como una encarnación del tirano, que humilla y se burla de sus semejantes. No resplandece en su fisonomía el calor del sentimiento moral, ni la franca ingenuidad del hombre imprevisor. Su alma no reposa. Inquieta y febril, va al capricho de la pasión, desmayada por la envidia, irritada por el encono. Tiene rasgos predominantes, radicados en la vida vagabunda y en las confidencias del palenque; el profundo egoísmo del hombre en la lucha con la naturaleza y la soledad; la idolatría de la fuerza y la resignación al remordimiento debilitado por un fatalismo instintivo, que engendran el combate y las privaciones. Es disimulado y suspicaz, frío y cruel. Está á servicio de sus fines ambiciosos sin lucha íntima; apenas siente su vida moral por el roce de pasiones coincidentes. Ninguna personalidad se ha desenvuelto con mayor lógica á favor de su elemento; nada lo **contrariaba** en el fondo de su alma por la ausencia absoluta del sentido moral. Gaucho un día, fué otro protector de vagabundos; caudillo de desertores que cobijaba y mandaba; capitán de montoneros militares, amparados por la ley primero, independientes después, rebeldes por fin; jefe de las campañas mañana, y al amparo de la corrupción y el desaliento, brutal tirano, al cual una generación de mártires citaba ante el Dios de la justicia, y una generación de esclavos ensalzaba gritando con acento ignominioso :

.. *¡Loor eterno al magnánimo Rosas!*

El gaucho estupefacto le admiraba, cuando corría la pampa dominando el bruto generoso con brazo y aliento de Hércules; lo admiraba deslumbrado; jamás **la tierra de los** desiertos sustentó, **hubiera** podido

cantar el payador del Sur, ni rico más generoso, ni patrón más campechano, ni jinete más robusto, ni gaucho más enamorado; jamás la vida del desierto alimentó pecho más fuerte, ni dieron resplandor sus luces á busto más hermoso. Y era así, la belleza de Juan Manuel Rosas, prestigiosa para el sentido estético de las masas bárbaras, la idealización artística del tipo campesino, como era su corazón degradado el producto lógico y superior de la educación, de los hábitos, de las preocupaciones con que el coloniaje envileció al pastor de los desiertos; y jamás apareció suma tal de ignominias morales bajo formas tan seductoras. Era el Belial de Milton.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

HOMBRE CONTRA HOMBRE.

Entre las varias tribus que poblaban el hermoso territorio que hoy forma la República Oriental, los guaraníes ocupaban un lugar prominente, aunque en guerra abierta con los charrúas y los *mamaluco*s del Brasil, sus implacables perseguidores, que les daban caza como á bestias feroces, los herraban y vendían por esclavos.

En una de las muchas invasiones de éstos, los guaraníes, confederados, habían reunido un poderoso ejército y estaban acampados en las inmediaciones del Uruguay.

Las reyertas y rivalidades, tan comunes entre los caciques guaraníes, ocasionaron un rompimiento, y

próximos á venir á las manos, cada uno se retiró con su gente donde mejor le pareció.

Uno de los caciques, Guaymirán, el que contaba mayor número de combatientes, logró vadear el río y se guareció en la vecina selva.

Los demás formando alas paralelas marcharon hacia el norte.

El enemigo que acechaba sus movimientos, cuando los vió divididos y bastante lejos unos de otros, cayó sobre ellos y los fué batiendo en detalle.

Los que escaparon de aquella espantosa carnicería, anduvieron tres días y tres noches vagando por los montes, perseguidos siempre por los mamalucos, hasta que muertos de hambre y de frío pudieron llegar á las márgenes del Uruguay, favorecidos por la oscuridad de la noche.

Estaba muy crecido el río y había vara y media de agua sobre el paso, que era un estrecho banco de arena. La fuerza de la corriente ponía espanto, y los baqueanos declararon que era imposible pasar.

Los fugitivos, cuyo número crecía por instantes, llegaban, y al ver á sus compañeros detenidos por aquel obstáculo insuperable, se sentaban tristemente á la orilla del río, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Empezó á despuntar el alba y á divisarse en lontananza, en la cumbre de las lejanas cuchillas, las hordas de los mamalucos, que husmeaban su presa.

Las mujeres y niños rompieron en sollozos y gemidos.

Algunos hombres corrieron instintivamente hacia la orilla, pero al tocarla, retrocedieron amedrentados por el imponente espectáculo que ofrecía el Uruguay desbordado.

Un joven alto, robusto, de vigorosa musculatura y

excelente nadador, detúvose únicamente, y confiado en su destreza y en sus nervios de acero, se precipitó en el río.

Otro y otros le siguieron.

Lucharon un momento... pero debilitados por el cansancio y la falta de alimento, remolinearon, y describiendo un ancho círculo, desaparecieron arrebatados por la corriente.

Poco después sus cadáveres flotaban sobre las olas.

Horrible desesperación se apoderó del alma de los guaraníes, y de nuevo los niños y mujeres ensordecieron el aire con sus alaridos.

Los que se encontraban seguros en la selva, acudieron al tumulto desde la orilla opuesta, y una sonrisa satánica iluminó el pálido rostro del vengativo Guaymirán, que capitaneaba aquella tribu, la única que se había salvado del desastre general.

En esto un grito formidable retumbó en el espacio como el sordo rújido de un trueno : los enemigos acababan de divisar á los dispersos.

— ¡ Protejednos, hermanos ! — gritó un anciano adivino, dirigiéndose á sus antiguos compañeros : — los mamalucos, después de degollarnos, pasarán el río mañana y harán lo mismo con vosotros.

El cacique pareció reflexionar, y un murmullo de compasión se levantó entre su tribu.

Las mujeres, los niños y los heridos les tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte iluminando con rasgos de fuego aquella escena desgarradora.

— Sí, es preciso salvarlos — exclamó un joven entusiasta : — ¡ caerá sobre nosotros la maldición de Dios y el desprecio de los hombres si no lo hacemos !

— Unidos, somos invencibles, tornó á decir el adi-

vino ; pero aislados y hostiles seremos la presa y el escarnio de las tribus más despreciables.

Guaymirán levantó los ojos al astro, símbolo de su común creencia, y herido en la pupila por su luz irresistible sacudió su larga cabellera como si quisiese arrojar de sí los malos pensamientos que le dominaban, y volviéndose rápidamente al viejo adivino, le gritó :

— Que cien hombres de los más fuertes, enlazadas las manos con las manos, hombro contra hombro, se adelanten en línea recta sobre el banco hasta la mitad del río. Nosotros haremos lo mismo, y formaremos así un estrecho canal que sirva de tránsito á los débiles, y de invencible barrera á la pujanza del río.

Así lo ejecutaron, y entonces á favor de aquella muralla de pechos humanos, asegurándose en ella, el resto de los fugitivos pasó y trasladó á la otra orilla á los niños, á los heridos y las mujeres.

Cuando llegó el feroz mamaluco encontró la playa desierta ; pero confiado en que bajase el río, sentó allí su campamento.

Los guaraníes derrotados, ganaron la selva, comieron y durmieron tranquilos esa noche, y restablecidos de sus fatigas, en la madrugada del siguiente día, aliados con la numerosa falanje de Guaymirán, sorprendieron á los mamalucos y no dejaron uno solo con vida.

Pueblos del Río de la Plata y de toda la América española, partidos que por diversos senderos perseguís un mismo ideal, el imperio de las instituciones, el bien, la felicidad de la patria, imitad en la buena como en la mala fortuna el proceder de Guaymirán : unidos sois invencibles, pero aislados y hostiles, seréis la presa y el escarnio de las más despreciables tribus.

LA BATALLA DE AYACUCHO.

Era el 9 de Diciembre de 1824.

Hallábanse afrontados, á tiro de cañón, en los llanos de Ayacucho (1) y alturas de Condorcanqui (2), dos numerosos ejércitos : eran el ejército español y el americano, que fatigados con la prolongada campaña de 15 años, parece que se hubieran dado cita para librar el último combate decisivo, reconcentrando cada cual todas sus fuerzas y condensando todo su aliento bélico.

Iba á cerrarse el largo y sangriento período de la guerra, con la última batalla, para fijar definitivamente los destinos del continente de Colón...

Desde el 14 de Noviembre, uno y otro de esos ejércitos comenzaron sus maniobras y escaramuzas de guerra, aproximándose y alejándose respectivamente; flanqueándose sus posiciones en Talavera, San Jerónimo y Andahuallas; cortándose su comunicaciones en Uripa; pasando y repasando el río Pampas; presentando y excusando la batalla, en Matará y Tambocangallo; disputándose el paso de las quebradas de Corpaguaico y de Chonta, donde el ejército libertador perdió más de 300 hombres, todo su parque y dos piezas de artillería; hasta que, después de repetidas marchas y contramarchas, siempre á la vista un ejér-

(1) *Rincón de los muertos*. Se llamaba así, porque los españoles hicieron en ese lugar una gran carnicería de peruanos, en tiempo de la conquista.

(2) Más propiamente *Condorcunca*, que significa *garganta del condor*, en idioma quichua.

cito de otro, el 8 de Diciembre tomaron posición los realistas en las alturas de Condorcanqui, y los independientes en los llanos de Quinapata ó Ayacucho, cerca del pueblo de Quinoa, habiéndose batido esa misma tarde las primeras guerrillas, y sostenidose el fuego de fusilería, durante la noche, por los destacamentos de ambos ejércitos.

El día 9 se libró la gran batalla.

La línea del ejército libertador formaba un ángulo, cuya derecha estaba compuesta de los batallones Bogotá, Voltigeros, Pichincha y Caracas, al mando del general Córdoba; la izquierda, de los batallones 1º, 2º y 3º, y la legión peruana, con los Húsares de Junín, á las órdenes del general Lamar; el centro, de los Granaderos y Húsares de Colombia, con el general Miller; y la reserva, de los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, al mando del general Lara. Entre la reserva y la división Córdoba, se colocó la única pieza de artillería que poseía el ejército libertador.

El ala derecha del ejército realista estaba formada de los batallones Cantabria, Centro, Castro, 1º Imperial, dos escuadrones de Húsares y una batería de seis piezas, al mando del general Valdés; el centro, de los batallones Burgos, Infante, Victoria, Guías y 2º del primer regimiento, á las órdenes del general Monet; y el ala izquierda, de los escuadrones de la Unión, el de San Carlos, los cuatro de los Granaderos de la guardia, de los batallones 1º y 2º de Gerona, 2º Imperial, 1º del primer regimiento, el de Fernandinos, el escuadrón de Granaderos Alabarderos del Virey y 5 piezas de artillería, al mando del general Villalobos.

El ejército realista constaba de 9,310 plazas, y el ejército libertador sólo de 5,780.

El choque no pudo ser sino formidable, y la pelea encarnizada. Ambos beligerantes se disputaron la vic-

toria, durante tres horas no interrumpidas, con admirable tenacidad, desplegando todo su talento militar y ejecutando actos de estupendo valor y osadía, en lucha desesperada.

Los gritos de ¡viva la Libertad! y ¡viva la República! electrizaban á los soldados de la patria y fortalecían su arrojo, mientras que los del ejército enemigo atronaban el airé con sus victores al Rey, para tomar aliento. Aquéllos retemplaban su valor recordando sus triunfos, sus glorias, su honor y su patria; éstos obedecían como autómatas á la voz de su señor, sin que ningún sentimiento noble y elevado moviera su corazón. Los genizaros del absolutismo debían ceder el campo á los soldados de la libertad.

La desigualdad del número, la inferioridad de las armas y la diferencia de disciplina militar entre el ejército americano y el ejército español, fueron ventajosamente superadas por el esclarecido genio del general Sucre, y por la intrepidez de los guerreros que le acompañaban, cuyo brazo era movido por la convicción de la santidad de la causa que defendían, brillando en su frente la aureola del más puro patriotismo.

Á la una del día se declaró la derrota en las huestes realistas de una manera completa y absoluta, y el ángel de la victoria, batiendo sus alas sobre ese campo de muerte y de gloria, coronó de laureles las armas americanas... La historia tomó nota de esa fecha y de ese hecho, en su página más brillante, para transmitirlos á la posteridad y perpetuar su memoria en todas las edades. Igual suerte tocará siempre á los que combatan por su Dios, su patria y su honra.

Hubo 1,800 cadáveres y 700 heridos, de parte del ejército español; 370 muertos y 609 heridos, de parte del ejército victorioso.

Los trofeos del triunfo, antes de la capitulación,

fueron : 1,000 prisioneros, entre ellos el virey Laserna, 60 jefes y oficiales, 14 piezas de artillería y 2,500 fusiles; después de ella fueron prisioneros los tenientes generales Laserna y Canterac, los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landazuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 67 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales, más de 2,000 prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían.

MODESTO OMISTE.

TIPOS DE TIERRA CALIENTE.

La mula me lleva ahora con suave trotecillo hacia aquella casa que diviso al volver un recodo del camino. Allí vive mi comadre Bartola, campesina rica; y como no me dejará pasar así no más, tengo que detenerme para continuar mañana el viaje.

Mi comadre Bartola está casada con mi compadre Triburcio hace veinte años, y los pobrecillos no han tenido en ese tiempo sino la friolera de *veinte* chicos también. Seméjense á los árboles de la montaña de Chucurí, que apenas cortados vuelven á retoñar. Mi comadre pesa ocho arrobas; pero ella dice que eso no importa, que así como ustedes la ven, semejante á un tambor mayor, puede saltar un vallado de tres varas de ancho... cayéndose en él. Sus padres le dejaron la friolera de treinta mil pesos : casada con ñor Tribur-

cio, que hoy se llama *don Triburcio*, colocaron esos realejos en tierras y animales, de manera que se gasta un día en recorrer las posesiones y contar los animales de mis compadres. Pero éstos, á pesar de sus riquezas, se han plantado en el año de 1800, y no es posible hacerlos andar al paso regular, es decir, al paso de la civilización. Por ejemplo, la casa en que habitan es grande, con treinta piezas para guardar granos, tabaco, *aperos* y otras zarandajas de la laya; pero no hay en ella gusto, ni elegancia, ni aun siquiera comodidad. Una gran mesa ocupa uno de los extremos de la sala, á la cual se entra después de haber atravesado el corredor; una tabla colgada en la pared, por medios ingeniosos, sostiene las figuras de san Cristóbal, san Antonio y otros personajes de más dudosa genealogía. En el otro extremo de la sala hay una *cuja* de madera, y tres taburetes forrados en cuero completan los modestos adornos, y hacen poco majestuoso el escenario. Grandes y numerosos árboles rodean la casa, y á veinte varas de ella los peones trabajan en el trapiche con infatigable actividad.

Ésta es la tela : ahora trataré de pintar.

Llego á casa de mi comadre maldiciendo, porque la mula se cayó ó porque no se cayó cuando yo lo apetecía, pues así es la flaca naturaleza humana. Cuatro ó más perros salen á devorarme, pero al reconocermese vuelven mohinos para el patio. Infinidad de chicos y chicas, en progresión creciente y decreciente, me rodean, me bajan de la mula, me abrazan, me quitan los zamarros, la ruana, la levita, y si no los detengo en su tarea, me dejarían con el vestido elegante y primitivo de nuestro padre Adán. Mi compadre regularmente está en el trapiche, ó dando sal al ganado, ó engañando al prójimo en algún negocio, en fin, está haciendo algo, porque primero se desplomaría el

universo que mi compadre perder dos horas en 'el día. Pero mi comadre sí está en la casa. Sale á recibirme con las manos untadas de grasa, la melena esparcida al viento y meneando su gran coto con una regularidad matemática. Á propósito, el coto de mi comadre es un termómetro que me hace conocer el estado de calma ó de tempestad que hay en la casa : cuando el coto se mueve con violencia es porque mi comadre se ríe y está contenta, á causa de que en el último mercado se vendieron las reses á treinta pesos, ó porque las muchachas han hecho en la semana veinte hamacas y otras tantas *colchas*; pero si no se mueve el coto de mi comadre, la atmósfera está mala, habrá tempestad.

Pero sea que la haya ó no, lo cierto es que mi comadre, al verme, me ahoga casi, tomándose en sus nervudos brazos, y empiezan á llover los obsequios. Tras el *guarapo*, el chocolate, con los *lictos* que describió Marroquín; tras éste llega la sopa; tras la sopa el frito; tras el frito carnes diversas; y arepas, y bizcochos, y frutas, y dulces, y todas las diabluras que se han inventado para producir una fuerte indigestión. Yo pido misericordia, pero mi comadre no la tiene. Está empeñada en que sea tan gordo como ella, porque opina que los románticos y flacos no sirven para nada, y porque así yo al casarme, como me lo aconseja diariamente, tendré también veinte pimpollos que produzcan un ruido infernal.

Mi comadre hace prodigios junto con las ocho muchachas, mientras que mi compadre, con los doce varones restantes, descuaja el monte, limpia los poteros, vigila el ganado, dirige el trapiche, vende los muleros, la panela, el azúcar, etc., etc., y trabaja como un gañán. Allí nadie descansa. Recuerdo que Mariquita, último retoño de mis compadres, que tiene dos

años, ya desmota algodón y barre la cocina con una seriedad imperturbable.

Pero los domingos son días de reposo, días consagrados al Señor. Compónense las chicas, se traen las bestias del potrero cercano, toma mi compadre un terrible bejuco, pone á mi comadre en su sillón, á las muchachas en los galápagos, y montando él en un caballo tuerto, que por más señas se llama el *Rayo*, parten todos para el pueblo. Allí oyen misa, y mi comadre visita á las amigas y murmura del prójimo, mientras que las muchachas, con otras jóvenes, recorren la plaza, viendo las curiosidades que hay en ella, y escuchando, al descuido, los galanteos de sus adoradores.

Por la tarde... á caballo, y sigue la vida patriarcal.

Una de las costumbres de Tierra Caliente es llamarse todos primos; de manera que mis compadres á veces me regalan con ese título, y á veces me dan el calificativo de compadre, que merezco.

— Pero, compadre, decía yo á éste últimamente, — ¿por qué teniendo plata no envía esos muchachos al colegio?

— ¡Al colegio, primo! — exclamó mi compadre, — ¡qué colegio ni qué *pandorgas!* ¡Á que se llenen la cabeza de cucarachas y vengan hechos unos *sabiondos!* Buena nos la llevamos. ¡Ellos que ya saben dirigir el trapiche, sembrar de todo y *meter clavos*, embutirse en la *ciudadá* para que se vuelvan unos perdidos y vengan á darme en las narices con los *cobiletos!* No quiero *dotores*, compadre.

— Pero ¿no ve usted que se quedan hechos unos brutos?

— Que se queden así, — dijo mi comadre Bartola. — ¿No ve usted á Triburcio? ¿Cuándo aprendió nada?

y ya ve como hace cuentas con los *deos* y aumenta el caudal sin saber *scencias*. ¡Y mandarlos *ora* que hay por allá tantos herejes y Antecristos! ¡Qué consejo nos da, compadre!

— Pero la civilización, el progreso...

— ¡Dale con la civilización, y *güelta* con el *progreso*! ¿Qué más *progreso* que el del trapiche, que da cien cargas de azúcar á la semana?

— Amén, comadre, — conclui entonces.

Se me olvidaba un acto importantísimo que hará más simpáticos á mis compadres. Éstos practican de un modo patriarcal la santa virtud de la hospitalidad; la mesa está siempre puesta en la gran sala para todo viajero, y nadie, absolutamente *nadie*, llega á esa morada sin recibir atenciones y alimentos. El número de plátanos, yucas y otros frutos que allí se consumen, es prodigioso: siempre hay café con leche, chocolate exquisito, carne excelente. Con las *arepas* que han hecho mi comadre y sus hijas desde 1840, se podría construir una pirámide tan grande como las de Egipto. Con el *guarapo* que se ha regalado en la hacienda se formarían torrentes y cascadas.

Como mis compadres son, según ha podido verse, católicos rancios, los domingos, cuando no hay gente de la vecindad, reúnen toda la familia y la numerosa falange de criados en la gran sala, para rezar el *rosario*. Es una escena digna de contemplarse. No toda la reunión guarda la compostura y formalidad que requiere un acto de esta especie. Los muchachos y muchachas, en medio de los *Ave Marias* y *Padres nuestros*, se hacen cosquillas y se pellizcan de lo lindo, obligando á mi comadre á interrumpir los rezos con interjecciones poco evangélicas, que suenan como pectardos.

Á las ocho de la noche está concluído el rosario, y

todo el mundo va á dormir con la tranquilidad de los justos, mientras que los peones de la hacienda gastan en orgías de doce horas los reales ganados en la semana, bailan torbellino sin descanso y beben aguardiente y *guarapo* en compañía de sus novias, hasta que ruedan bajo los bancos. Esos infelices no tienen otra distracción durante la semana; el lunes ó el martes (porque es de uso consagrar dos días á los placeres) sigue andando la rueda del trapiche, siguen corriendo pesadamente los bueyes y mulas á impulso del agujijón y el látigo, siguen trabajando día y noche hombres y mujeres bajo esas horribles *enramadas*, durmiendo sobre el *bayazo* en una confusión y desorden inmorales; y corren así los días, y pasan los años, sin ver aquellas gentes más horizonte que el de la hacienda, ni más luz que la que lanzan las calderas del trapiche, ni más placer que la embriaguez, ni más esperanza que la muerte.

ADRIANO PÁEZ.

EL HOGAR PATERNO.

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción, ha recibido en el trascurso de estos últimos años algunas adiciones, que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella á que se apegaba la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente á mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y

pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, ó ejércitos de soldados de la misma pasta para engreirme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos : uno, sirviendo de dormitorio á nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo, con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de santo Domingo y san Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos y heredados á causa del hábito doméstico. Á poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera, que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaban antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él, la necesidad de hacer por el trabajo frente á las necesidades. Algunas ramas de la higuera iban á frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban á la estación, ofreciendo para el 23 de Noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque

santos é higuera fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que, á no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores, impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomadas en aquella sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron la merecida reputación de las más hacendosas niñas que tenía la provincia entera, y cuanta fabricación femenil requería habilidad consumada, fué siempre encomendada á estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza y deja poquísimos dinero.

Nuestra habitación permaneció tal como la he descrito hasta que mis hermanas mayores llegaron á la edad núbil : entnces, hubo una revolución interior que costó dos años de debates, y á mi madre gruesas lágrimas, al dejarse vencer por un mundo nuevo de ideas, hábitos y gustos, que no eran aquellos de la existencia colonial, de que ella era el último y más acabado tipo. Son vulgarísimos, y pasan inapercibidos, los primeros síntomas con que las revoluciones sociales que opera la inteligencia humana en los grandes focos de civilización, se extienden por los pueblos de origen común, se insinúan en las ideas, y se infiltran en las costumbres. El siglo XVIII había brillado sobre la Francia y minado las antiguas tradiciones, entibiando las creencias, y aún excitado odio y desprecio por las cosas hasta entonces venerandas ; sus teorías políticas, trastornado los gobiernos, deslizado la América de la España, y abierto sus colonias

á nuevas costumbres y á nuevos hábitos de vida. El tiempo iba á llegar en que habia de mirarse de mal ojo y con desdén la industriosa vida de las señoras americanas, propagarse la moda francesa, y entrar el afán en las familias de ostentar holgura, por la abundancia y distribución de las habitaciones, por la hora de comer retardada de las doce del día en punto á las dos y aun á las cuatro de la tarde. ¿Quién no ha alcanzado á algunos de esos buenos viejos del antiguo cuño, que vivian orgullosos de su opulencia en un cuarto redondo, con cuatro sillas pulverulentas de baqueta, el suelo cubierto de cigarros, y la mesa, por todo adorno, con un enorme tintero, erizado de plumas de pato, si no de cóndor, sobre cuyos cañones, de puro antiguos, se habían depositado cristalizaciones de tinta endurecida? Éste ha sido, sin embargo, el aspecto general de la colonia, éste el menaje de la vida antigua. Encuéntrasele descrito en las novelas de Walter Scott ó de Dumas, y vense frecuentes muestras vivientes aún en España y en la América del Sur, los últimos de entre los pueblos viejos que han sido llamados á rejuvenecerse.

Estas ideas de regeneración y de mejora personal, aquella impiedad del siglo XVIII, ¡quién lo creyera! entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores. No bien se sintieron llegadas á la edad en que la mujer comprende que su existencia está vinculada á la sociedad, que tiene objeto y fin esta existencia, cuando empezaron á aspirar las partículas de ideas nuevas de belleza, de gusto, de comfortable, que traía hasta ellas la atmósfera que había sacudido y renovado la revolución. Las murallas de la común habitación fueron aseadas y blanqueadas de nuevo, cosa á que no habia razón de oponer resistencia alguna. Encontróla la manía de destruir la tarima que

ocupaba todo un costado de la sala, con su chuse (1) y sus cojines, diván, como he dicho antes, que nos ha venido de los árabes, lugar privilegiado en que sólo era permitido sentarse á las mujeres, y en cuyo espacioso ámbito, reclinados sobre almohadones (palabra árabe), trababan, visitas y dueños de casa, aquella bulliciosa charla que hacía de ellas un almá-cigo parlante. ¿Por qué se ha consentido en dejar desaparecer el estrado, aquella poética costumbre oriental, tan cómoda en la manera de sentarse, tan adecuada para holganza femenil, por sustituirle las sillas en que, una á una y en hileras, como soldados en formación, pasa el ojo revista en nuestras salas modernas? Pero aquel estrado revelaba que los hombres no podrían acercarse públicamente á las jóvenes, conversar libremente, y mezclarse con ellas, como lo autorizan nuestras nuevas costumbres, y fué, sin inconveniente, repudiado por las mismas que lo habían aceptado como un privilegio suyo. El estrado cedió, pues, su lugar, en casa, á las sillas, no obstante la débil resistencia de mi madre, que gustaba de sentarse en un extremo á tomar mate por las mañanas, con su brasero y caldera de agua puestos en frente en el piso inferior, ó á devanar sus madejas, ó bien llenar sus canillas de noche para la tela del día siguiente. No pudiendo habituarse á trabajar sentada en alto, hubo de adoptar el uso de una alfombra, para suplir la irremediable falta del estrado, de que se lamentó largos años. El espíritu de innovación de mis hermanas atacó en seguida objetos sagradas. Protesto que yo no tuve parte en este sacrilegio, que ellas cometían, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la época. Aquellos dos santos, tan grandes, tan viejos, santo Domingo, san Vi-

(1) Palabra quichua que significa alfombra.

cente Ferrer, afeaban decididamente la muralla. Si mi madre consintiera en que los descolgasen y fuesen puestos en un dormitorio, la casita tomaba un nuevo aspecto de modernidad y de elegancia refinada; porque era bajo la seductora forma del buen gusto, que se introducía en casa la impiedad iconoclasta del siglo XVIII.

La lucha se trabó, pues, en casa, entre mi pobre madre que amaba á sus dos santos dominicos, como á miembros de la familia, y mis hermanas jóvenes, que no comprendían el santo origen de estas afecciones, y querían sacrificar los lares de la casa al bien parecer y á las preocupaciones de la época. Todos los días, á cada hora, con todo pretexto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba á los santos, como si quisieran decirles: « han de salir para afuera »; mientras que mi madre, contemplándolos con ternura, exclamaba: « ¡pobres santos! qué mal les hacen, donde á nadie estorban! » Pero, en este continuo embate, los oídos se acostumbraban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porque, vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo mucho más adecuado lugar de veneración el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse á ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; y dé una concesión en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco á poco, y cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba, no más que por no dar su brazo á torcer, una mañana que el guardián de aquella fortaleza salió á misa ó á una diligencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas, donde había dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, y á

juzar por sus caras, no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdón con sus oraciones, permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el día, triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que al fin el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las más grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espíritu de reforma; y después del estrado y los santos, las miradas cayeron en mala hora sobre aquella higuera que vivía en medio del patio, descolorida y nudosa en fuerza de la sequedad y los años. Mirada por este lado la cuestión, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro y de la decencia; pero, para mi madre, era una cuestión económica, á la par que afectaba profundamente su corazón. ¡Oh! ¡Si la madurez de mi corazón hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoísmo me hacía ó neutral ó inclinarme débilmente en su favor, á causa de las tempranas brevas! Querían separarla de aquella su compañera en el álbor de la vida y el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia á todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima y vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer y llegar á la edad proveya, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos á la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos, y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo hubiésemos sacrificado sin motivo legítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba á su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, los sentimientos, comprimidos en el corazón de mi madre, estallaban con

nueva fuerza, y se negaba obstinadamente á permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol y el temblor de las hojas, sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fue éste un momento tristísimo, una escena de duelo y arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida sacudieron también el corazón de mi madre; las lágrimas asomaron á sus ojos, como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para salir á la calle y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre. Dos horas después, la higuera yacía por tierra, enseñando su copa blanquecina, á medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura, que, por tantos años, había prestado su parte de protección á la familia.

DOMINGO F. SARMIENTO.

LAS ESTRELLAS DE LOS BOSQUES.

Una noche la hija de Linneo comunicaba á las flores sus secretos: unas dormían, otras se levantaban para contemplar la vía láctea. Pensativa y amorosa, la niña

les revelaba los secretos de su alma, cuando de golpe, de los lirios y de las tuberosas que acababan de abrir, se elevaron llamas fosforescentes que iluminaron el infantil rostro de la niña. Inquieta, vuela al regazo de su padre, y le cuenta como las flores del jardín habian contestado á los latidos de su corazón. El padre viene, contempla el fenomeno, lo estudia; al día siguiente, el ilustre sabio había descubierto una ley fisiológica en el mundo vegetal: la fosforescencia de las plantas.

Hongos, agáricos, el girasol, la mareñuela, la caléndula ó flamenca, algunos lirios, el berro, casi todas las flores amarillas dan fosforescencias al abrir sus pétalos. Cuenta Drumond que á las orillas del Sivan, río de los cisnes en Australia, él pudo una vez leer, á la luz de los agáricos que florecían en los troncos de las banksias.

Aquí tenéis la luz vegetal en la superficie de la tierra: buscadla ahora en las profundidades del planeta, y la encontraréis. Refiere Dana que hay en Dresde minas de carbón ya célebres por la iluminación constante, aunque débil, que les dan algunas plantas. En esos antros de Plutón á donde el hombre descendiendo llevando en sus manos su compañera nocturna, la llama, hay *bissus* y *rizimorfos*, plantas escondidas entre las negras rocas, abandonadas por la mirada del sol, pero que aguardan á todas horas al hombre para decirle: « No temas, donde está la vida está la luz. »

La ciencia no puede explicar este fenómeno fisiológico sino por la accion de agentes químicos, en el momento de la inflorescencia. Sábese que algunas flores, al abrirse, desarrollan calor; otras, fosforescencia; mientras en otras ambos fenómenos son concomitantes. Quizá contribuyen al fenómeno el estado

eléctrico de la atmósfera, su humedad y condiciones particulares en algunos vegetales.

¿Queréis ahora contemplar la luz animal, movible, inquieta, apasionada, que se comunica en el silencio y que cautiva la mirada del hombre? Venid á los trópicos. Es necesario habitar esta zona de fuego para comprender toda la belleza de esas iluminaciones nocturnas en que el insecto, dueño de la sombra y del espacio, siembra de diamantes los campos, los desiertos y las ciudades.

No es una ilusión. Hay una luz que vuela, que se agita, tímida ó inquieta, brillante ó plácida, que gira, no en elipses como las luces planetarias, sino en líneas de graciosa curva. No es la materia obedeciendo á la atracción universal: es la vida obedeciendo á los caprichos del deseo; no es el esclavo planeta siempre en derredor de su señor: es el amor que tiene por palacios la tierra, por límites el firmamento.

Cada árbol, cada rama, el aire, la yerba, la roca, las aguas y hasta la piel del cuadrúpedo dormido, están cubiertos de luces. La magia del arte no podrá jamás imitar esta magia de la naturaleza, esta obra del insecto lucífero, estas galérrias que él tachona de diamantes, antes las cuales queda magnetizado el animal, extasiado el hombre: la tierra, reproduciendo en la dilatada extensión de las sabanas y de los bosques, el panorama de los cielos estrellados, según la pintoresca expresión del Homero de los Andes.

Refiere Aimé Martin que en una noche á orillas del Ganges, la lancha de un viajero, conducida por cuatro remeros, se deslizaba suavemente sobre las ondas. Nunca un cielo más puro había brillado sobre campiñas mas tranquilas; el aire estaba embalsamado con los perfumes de las rosas y de los jazmines, cuyas

guirnaldas se sumergían á lo largo del río : todo estaba en calma y en silencio. El viajero se entregó con éxtasis á sus emociones, y ya los remeros dirigían la embarcación hacia la orilla, cuando de súbito vió los árboles que la coronaban colorearse de luces azules, como si estuvieran cargados de cristales y de frutos transparentes. Estos cristales pasaban por todos los matices del arco-iris : eran sucesivamente azules, purpúreos ó rosados ; algunas veces se apagaban y toda la isla se oscurecía, pero un momento después se levantaban chispas de todos lados ; veíaselas brotar de los árboles, caer en lluvia de oro, levantarse de nuevo en gavillas color azul y ópalo, ó desplegarse en los aires como un ramillete de fuego artificial. Inmóvil en presencia de tantas maravillas, el viajero se creyó trasportado á un país de hadas , temía llegar á aquellas playas encantadas que no han sido vistas sino por los héroes del Tasso, y donde las delicias del amor hacían olvidar las delicias de la patria. Pero los remeros destruyeron bien pronto sus ilusiones, enseñándole que aquellos fenómenos se repetían todas las noches en la misma estación, y que eran producidos por insectos alados que la naturaleza en un día de capricho quiso revestir de luz.

Al entrar en esas galerías de los bosques, iluminadas por la luz del insecto, el hombre del vulgo y el hombre de la ciencia no contemplan el fenómeno al través de un mismo prisma : para el uno todo es luz ; para el otro hay algo más ; es el imperio de la debilidad sobre la fuerza. Todos los insectos que reposan, ya en la yerba, ya en los árboles, son más luminosos que los insectos que vuelan ; para los unos, abundancia de luz ; para los otros, abundancia de emoción ; los unos son las hembras sin vuelo, esposas ó castas vírgenes que atraen, con su belleza, la luz al incons-

tante alado, que activo, diligente y en poder de su gran fuerza, el ala, las busca para departir en luminoso coloquio durante las silenciosas horas de la sombra.

ARÍSTIDES ROJAS.

LA TUMBA DE CHATEAUBRIAND.

Forma la orilla del mar una ribera peñascosa y dentellada, donde si hay peligros durante el temporal en que la invade el mar, en cambio pueden ir las mujeres hasta la orilla, durante la bonanza. Esta orilla es tajada y está erizada al pie de rocas agudas que el mar pule y afila al azotarlas. Tras de la temible escollera se ve el monstruo enroscado en un golfo lleno de bajíos y de corrientes. De las rocas para arriba viene una pendiente cascajosa que tiene de vez en cuando algunas hebras de yerba, y que forma una colina. Este islote se llama el Gran Bé. Tras de esta colina hay un bajío arenoso que el mar inunda todas las tardes, y después de este bajío se sube á la otra colina, en tierra firme, donde está edificada la ciudad.

. Salí por la puerta correspondiente, bajé hasta el arenal, lo atravesé, subí la colina solitaria hasta llegar á su cumbre, y busqué con los ojos el monumento que buscaba y que está en la mitad de la falda al lado del mar; se le ve solitario. Yo tenia una falsa idea del monumento; me había figurado *algo*, no sé qué, de mármol; debía haber no sé qué de adornos griegos, de recuerdos romanos. La tumba de Celilia Metella,

que había visto en la vía Apia de Roma, me hacía creer que Chateaubriand hubiera dado la idea de una cosa, si no parecida, de un orden extraño y único.

Pero al ver este monumento me sentí herido en mi vanidad, porque había creído comprender al poeta y su genio, y me había equivocado totalmente. Él me había engañado, como Zeucis á los pájaros, con la sencillez y la verdad. Nada de fantasmagoría ni de aparato; lo que encontré allí y que era tan diferente de lo que había soñado, si hirió mi vanidad artística y mi inventiva, me hizo comprender y admirar al hombre que ya admiraba. Siete pies de tierra, lo suficiente para esconder un cuerpo humano, y no un alma, tienen en derredor unas piedras que detienen en el declive la tierra que se amontonó sobre su cuerpo. Encima no hay flores, ni se ha sembrado orgullosamente un laurel. Una grama tupida como la de todas las campiñas verdea allí, y á la cabecera, plantada entre la cabeza y el corazón del muerto, hay una cruz tosca de piedra común. Una verja de hierro rodea el sepulcro.

¡Ni un nombre! Mas, ¿para qué nombre? Allí se lee y se leerá siempre: *¡Chateaubriand!* Este nombre escrito en un mármol se borraría con los siglos, y algún sabio futuro no podría deletrearlo. En vez de mármol se conserva en la memoria de los hombres, más seguro. De generación en generación se irán diciendo al despedirse una de otra y al ver la tumba solitaria: *¡Chateaubriand!* En un rico panteón pueden ser violados los huesos por robarse el oro: aquí nadie irá á robar un puñado de tierra por descubrir los restos hechos tierra.

No ocultaré que tuve la esperanza de ver la sombra de Chateaubriand sobre su tumba; no ocultaré, tampoco, que cuando el sol rompió una barrera de nubes,

no alcancé á ver otra sombra que la de la cruz sobre la yerba verde. Segunda lección para mi vanidad : ¿ á qué buscar en los sepulcros otra sombra que la de la cruz ?

Gracias á Job, uno puede hablar delante de las tumbas. *Pasé como una flor. Mis días se secaron como el heno. Creo que mi Redentor vive y en el último día me he de levantar de la tierra. ¿ Qué es el hombre?... Lo visitas por la mañana y al momento lo pruebas.*

Pero el que ignore las palabras de Job, no puede hablar nada delante de esos montecillos que el rey de la creación forma con sus huesos. En la tumba no puede verse sino la nada ó Dios. Una cruz sobre una tumba lo dice todo. El que aquí yace creyó y oró, y al morir esperó. ¿ Habrá sido confirmada su esperanza ? La cruz lo asegura. No se adopta un signo de infamia por mil generaciones, si por algún medio no hay seguridad de que es ya signo de gloria. Un esclavo mendigo muerto un día antes de Jesucristo no hubiera aceptado para su tumba semejante distintivo : un rey al morir, poco después de Cristo, no hubiera pedido para su tumba ninguna imagen, ni la de su corona, sino esa, que pocos años antes recordaba á los esclavos ladrones. ¡ Para que esto suceda, es preciso que la cruz diga y signifique mucho !

Dí la vuelta alrededor de la tumba, lento cual si contara los pasos : ocupé tanto tiempo como el que empleé en derredor de la de Napoleón, en los Inválidos. En ambas me preocupaba la historia del muerto. Pero acaban peregrinaciones más largas aún, y ésta también acabó. Me senté en el escalón de la tumba, y me recliné en la reja que la circuye, y recé. Si, recé : descendiendo de las poéticas regiones de la gloria humana y de la poesía terrena, recé despacio un Padre Nuestro en sufragio de esa alma. Le deseé, en prosa

cristiana, que es la verdadera poesía, que Dios le diera su eterno descanso, y que luciera para él la eterna luz. Largo rato pasé después meditando por qué arte de magia cabía tanta grandeza en tan pequeño espacio. Con el brazo izquierdo enlazado á un balaustre de la reja, reclinado sobre el otro que apoyaba en mi rodilla, permanecí allí buen espacio, mientras un zuavo, que no tenía ganas de meditar, tentaba un descenso hasta la escollera. Reconstruí mentalmente toda mi vida desde el día en que cayó en mis manos el primer libro del muerto, cuya tumba honraba, hasta ese instante. Vi el ancho corredor de Casa-Blanca, en que leí ese libro y en que quince años después escribí en la pared el borrador de unos versos á Atala. Poblé aquella casa querida con la sombra de mis muertos, y volví á pasar el mar para encontrarme allí, solo y desconocido, en una playa de Bretaña, meditando en una lengua que no me entendería ninguna de las personas que andaban ese día por allí.

Volvió el zuavo de su peligrosa excursión, llamándome á gritos que cortaron mis coloquios y ahuyentaron las sombras evocadas. Llegóse él también á la tumba á pedirme noticias sobre el muerto, de quien no conocía sino el nombre. Interesaron mis respuestas á las personas que por allí andaban, y se acercaron. Había una pareja de recién casados, unos artesanos, y una madre con dos jovencitos. Todos ellos se sentaron en derredor de la tumba : el novio se sentó junto á mí, y al lado de él su novia, que cogía una de sus manos entre las suyas. Todo mi auditorio conocía vagamente á Chateaubriand, y el que más adelantado estaba sabía que había sido un *¡guerrero!* Fué menester, pues, rectificarles las ideas. Como yo tenía la palabra y todos oían con atención, menos la novia, que no veía sino á su esposo, menos la chiquilla que

como una mariposa, revolaba en torno de la tumba, se estableció un completo silencio en el cual no se oía sino mi voz, que en una lengua extraña para mí y despacio, porque no la poseía lo suficiente para hablarla como propia, les contaba la vida del hombre sobre su cadáver. Esto era extraño, y extraña también la escena de un americano hablando de un bretón en una playa de Bretaña. De vez en cuando una ola más recia sonaba al despedazarse en los escollos, ó se oía el viento en una ráfaga más silbadora.

JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Páginas.
ADVERTENCIA.....	1
La poesía americana, por <i>Juan María Gutiérrez</i>	1
Fisonomía del Nuevo Mundo, por <i>Juan García del Río</i>	6
Yapeyú, por <i>Domingo F. Sarmiento</i>	13
La <i>María</i> de Isaacs, por <i>José Manuel Estrada</i>	16
Retrato de San Martín, por <i>Benjamin Vicuña Mackenna</i>	21
El gaucho argentino, por <i>Vicente F. López</i>	24
Los Granaderos, por <i>Domingo F. Sarmiento</i>	33
La selva de la Yerba-Buena, por <i>Miguel Cané</i>	36
San Lorenzo, por <i>Bartolomé Mitre</i>	38
El Chimborazo, por <i>Manuel Villavicencio</i>	43
Paso de los Andes. Chacabuco, por <i>Juan María Gutiérrez</i> ...	46
La cañada de las Calaveras, por <i>José V. Lastarria</i>	50
La abdicación de San Martín, por <i>Bartolomé Mitre</i>	54
Primera fundación de Buenos Aires, por <i>Luis L. Domin- guez</i>	59
San Martín en la expatriación, por <i>Benjamin Vicuña Ma- kenna</i>	62
Origen y civilización de los antiguos peruanos, por <i>Mateo Paz Soldán</i>	66
Muerte del general San Martín, por <i>Félix Frias</i>	70
Las sierras del Tandil, por <i>Santiago Estrada</i>	72
San Martín y Bolívar, por <i>Benjamin Vicuña Mackenna</i>	76
Vuelta a la patria, por <i>Carlos Guido y Spano</i>	81
Pintura de un bosque tropical, por <i>José M. Samper</i>	82
Antiguos habitantes de Méjico, por <i>Lucas Alamán</i>	89
El Abra de Yumuri, por <i>Miguel F. Tolón</i>	91
Bogotá, por <i>Miguel Cané</i>	95
El cóndor, por <i>Juan Ignacio Molina</i>	100
Las Huacas del valle del Rimac, por <i>Domingo F. Sar- miento</i>	102

Don Andrés Bello, por <i>Juan Maria Gutiérrez</i>	106
La caza del tigre, por <i>Jorge Isaacs</i>	109
Bolívar, por <i>Ildelfonso Riera Aguinagalde</i>	115
Los baños de Apoquindo, por <i>Santiago Estrada</i>	118
La ciudad de los contrastes, por <i>Juana Manuela Gorriti</i>	120
Una planta artillera, por <i>Aristides Rojas</i>	123
Lavallo en Rio Bamba, por <i>Pedro Lacasa</i>	127
Las ruinas de Mendoza, por <i>Félix Frias</i>	129
Belgrano, por <i>Bartolomé Mitre</i>	133
El bosque de Chapultepec, por <i>Luis de la Rosa</i>	135
El Rio Grande, por <i>Santiago V. Guzmán</i>	137
El guardiero, por <i>A. Suárez y Romero</i>	139
El avestruz americano, por <i>Andrés Bello</i>	143
La Serena, por <i>Benjamin Vicuña Makenna</i>	145
Allende, por <i>Manuel Payno</i>	148
Incursión por las islas, por <i>Marcos Sastre</i>	154
25 de Mayo de 1810, por <i>Luis L. Domínguez</i>	159
Mariano Moreno, por <i>José Manuel Estrada</i>	162
Viaje por el Magdalena, por <i>Miguel Cané</i>	165
El rodeo y la aparta en Chile, por <i>Alberto Blest Gana</i>	169
Caracas. — Costumbres antiguas, por <i>Nicanor Bolet Peraza</i> .	175
La receta del cura de Yana-Rumi, por <i>Juana Manuela Gorriti</i>	179
El Cotopaxi, por <i>Manuel Villavicencio</i>	183
El indio de la América del Sur, por <i>Francisco J. de Caldas</i> .	186
La cascada de Tequendama, por <i>José M. Zalazar</i>	190
Buenos Aires en 1815, por <i>Vicente F. López</i>	193
Bolívar en Casacoima, por <i>Juan Vicente González</i>	198
El negro Falucho, por <i>Bartolomé Mitre</i>	201
Las ruinas de «La Fortaleza», por <i>Pedro Paz-Soldán y Unanue</i>	204
Monólogo en el mar, por <i>José Mármol</i>	207
Los llaneros de Páez en «Las Queseras», por <i>Eduardo Blanco</i>	210
Las carreras, por <i>Alejandro Magarinos Cervantes</i>	214
Chorrillos, por <i>Santiago Estrada</i>	219
Un camino en la montaña, por <i>José M. Vergara y Vergara</i> .	223
Producciones naturales de Cuba, por <i>P. J. Guiteras</i>	226
El artista indio, por <i>Vicente G. Quesada</i>	227
Vegetación de los Andes, por <i>Francisco J. de Caldas</i>	233
Los llaneros, por <i>Rafael M. Baralt</i>	236

	Páginas
Morelos, por <i>Vicente Riva Palacio</i>	238
Las ruinas de Humaitá, por <i>Santiago V. Guzmán</i>	246
El tamborcito del pirata, por <i>Ricardo Palma</i>	248
Esteban Echevarria, por <i>Pedro Goyena</i>	251
El Rastreador, por <i>Domingo F. Sarmiento</i>	254
La calandria, por <i>Marcos Sastre</i>	257
Rosas, por <i>José Manuel Estrada</i>	263
Hombro contra hombro, por <i>Alejandro Magariños Cer- vantes</i>	265
La batalla de Ayacucho, por <i>Modesto Omiste</i>	269
Tipos de Tierra Caliente, por <i>Adriano Páez</i>	272
El hogar paterno, por <i>Domingo F. Sarmiento</i>	277
Las estrellas de los bosques, por <i>Aristides Rojas</i>	284
La tumba de Chateaubriand, por <i>José M. Vergara y Vergara</i>	288

*Sigue el índice por autores con indicación de las nacionalidades
respectivas.*

ÍNDICE POR AUTORES, con indicación de las nacionalidades respectivas.

ESCRITORES ARGENTINOS.

	Páginas.
CANÉ (MIGUEL). — La selva de la Yerba-Buena.....	36
» » » » » — Bogotá.....	95
» » » » » — Viaje por el río Magdalena.....	165
DOMÍNGUEZ (LUIS L.). — Primera fundación de Buenos Aires.....	59
» » » » » — 25 de Mayo de 1810.....	159
ESTRADA (JOSÉ MANUEL). — La <i>María</i> de Isaacs.....	16
» » » » » — Mariano Moreno.....	162
» » » » » — Rosas.....	263
ESTRADA (SANTIAGO). — Las sierras del Tandil.....	72
» » » » » — Los baños de Apoquindo.....	118
» » » » » — Chorrillos.....	219
FRIAS (FÉLIX). — Muerto del general San Martín.....	70
» » » » » — Las ruinas de Mendoza.....	129
GORRITI (JUANA MANUELA). — La ciudad de los contrastes.....	120
» » » » » — La receta del cura Yanarumi.....	179
GOYENA (PEDRO). — Estoban Echeverría.....	251
GUIDO Y SPANO (CARLOS). — Vuelta á la patria.....	81
GUTIÉRREZ (JUAN MARÍA). — La poesía americana.....	1
» » » » » — Paso de los Andes. — Chacabuco.....	46
» » » » » — Don Andrés Bello.....	106
LACASA (PEDRO). — Lavalle en Río Bamba.....	127
LÓPEZ (VICENTE F.). — El gaucho argentino.....	24
» » » » » — Buenos Aires en 1815.....	193

ÍNDICE POR AUTORES.

	297
	Páginas.
MÁRMOL (JOSÉ). — Monólogo en el mar.....	207
MITRE (BARTOLOMÉ). — San Lorenzo.....	38
" " — La abdicación de San Martín....	54
" " — Belgrano.....	133
" " — El negro Falucho.....	201
QUESADA (VICENTE G.) . — El artista indio.....	227
SARMIENTO (DOMINGO F.) . — Yapeyú.....	13
" " — Los Granaderos.....	33
" " — Las Huacas del valle del Rimac.....	102
" " — El Rastreador.....	254
" " — El hogar paterno.....	277

ESCRITORES BOLIVIANOS.

OMISTE (MODESTO). — La batalla de Ayacucho.....	269
VACA GUZMÁN (SANTIAGO). — El Río Grande.....	137
" " — Las ruinas de Humaitá.....	246

ESCRITORES CHILENOS.

BLEST GANA (ALBERTO). — El rodeo y la apata en Chile..	169
LASTARRIA (JOSÉ V.) . — La Cañada de las Calaveras.....	50
MOLINA (JUAN IGNACIO). — El cóndor.....	100
VICUÑA MAKENNA (BENJAMÍN). — Retrato de San Martín..	21
" " — San Martín en la expatriación.....	62
" " — San Martín y Bolívar....	76
" " — La Serena.....	145

ESCRITORES COLOMBIANOS.

CALDÁS (FRANCISCO J. DE). — El indio de la América del Sur.....	186
" " — Vegetación de los Andes... ..	233
GARCÍA DEL RÍO (JUAN). — Fisonomía del Nuevo Mundo...	6
ISAACS (JORGE). — La caza del tigre.....	109
PÁEZ (ADRIANO). — Tipos de Tierra Caliente.....	272

	Páginas.
SAMPER (JOSÉ M.). — Pintura de un bosque tropical.....	82
VERGARA Y VERGARA (JOSÉ M.). — Un camino en la montaña.....	223
" " — La tumba de Chateaubriand.....	288

ESCRITORES CUBANOS.

GUITERAS (P. J.). — Producciones naturales de Cuba.....	226
SUÁREZ Y ROMERO (A.). — El guardiero.....	139
TOLÓN (MIGUEL T.). — El Abra de Yumuri.....	91

ESCRITORES ECUATORIANOS.

VILLAVICENCIO (MANUEL). — El Chimborazo.....	43
" " — El Cotopaxi.....	183

ESCRITORES MEJICANOS.

ALAMÁN (LUCAS). — Antiguos habitantes de Méjico.....	89
PAYNO (MANUEL). — Allende.....	148
RIVA PALACIO (VICENTE). — Morelos.....	238
ROSA (LUIS DE LA). — El bosque de Chapultepec.....	135

ESCRITORES PERUANOS.

PALMA (RICARDO). — El tamborcito del pirata.....	246
PAZ-SOLDÁN (MATEO). — Origen y civilización de los antiguos peruanos.....	66
PAZ-SOLDÁN (PEDRO). — La ruinas de «La Fortaleza»....	204

ESCRITORES URUGUAYOS.

MAGARIÑOS CERVANTES (ALEJANDRO). — Las carreras....	214
" " — Hombro contra hombro.....	265
SASTRE (MARCOS). — Incursión por las islas.....	154
" " — La calandria.....	257

